



# EL RITO

LAIRD BARRON

Lectulandia

En la periferia de nuestra existencia, acechando desde oscuridades más profundas que el Cosmos y que se extienden más allá del círculo de luz de nuestra hoguera y del calor de la conciencia, existen cosas extrañas... magia negra, cultos abyectos, rituales obscenos y entidades abominables que operan al amparo de las sombras. Los Hijos de la Vieja Sanguijuela llevan con nosotros desde tiempos inmemoriales. Y nos aman.

Donald Miller, geólogo y académico, ha vivido casi toda su afortunada existencia al borde de un abismo, debatiéndose entre una cómoda ignorancia y un secreto enloquecedor. Ahora, al final, todo debe converger. Donald descubrirá los oscuros secretos que se ocultan en los bordes, en los rincones y las grietas de la realidad y de su propia conciencia, desenterrando verdades aterradoras sobre su esposa Michelle, sus mellizos adultos y todo lo que él conoce y en lo que confía. Y es que Donald está a punto de enfrentarse con... *El rito*.

**Lectulandia**

Laird Barron

# **El rito**

**Insomnia - 05**

ePub r1.0

Rob\_Cole 23.04.2017

Título original: *The Croning*  
Laird Barron, 2012  
Traducción: Rubén Martín Giráldez  
Retoque de cubierta: Rob\_Cole

Editor digital: Rob\_Cole  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PROYECTO SCRIPTORIUM



4<sup>o</sup> Aniversario

*Para Oksana, Julian y Quinn*

## Agradecimientos

Agradezco a las siguientes personas que hayan hecho posible este libro: a Amy, Marty, Jason, Jeremy, Ross, y a la plantilla entera de Night Shade Books; a mis agentes Brendan Deenen, Colleen Lindsay, Heather Evans y Peter Rubie; a Matt Jaffe; a Jody Rose; a JD y Lara Busch; a Mark Ibsen; a Larry Roberts; y a Ellen Datlow.

Especial gratitud merecen mis fieles camaradas Athena, Horatio, Ulysses y Persephone; así como mis amigos (ya sabéis quiénes sois).

Aún más especial es mi agradecimiento hacia Jason y Harmony Barron, y la familia Langan (John, Fiona y David). Os quiero, chicos.

## Nota del traductor

El título original de la novela es *The Croning*. Se denomina *croning* a una práctica derivada de la wicca, extendida en Estados Unidos y Australasia, consistente en una ceremonia de ensalzamiento y consolidación de la mujer cuando entra en la ancianidad, entendida como etapa de sabiduría. Un rito de paso, a fin de cuentas.

La fórmula *croning* sería el resultado de combinar *crown* (corona) y *crone* (anciana, arpía y bruja son otras de sus acepciones más comunes).



# CAPÍTULO UNO

*En busca del señor R.*

*(Antigüedad)*

## 1

**L**a versión popular del espléndido cuento de hadas sobre la hija del Molinero y el Enano que la ayudó a hilar la paja para convertirla en oro tiene un final feliz. No puede decirse lo mismo de los sucesos que inspiraron la leyenda.

El Espía, hijo del Molinero, se embarcó en una arriesgada misión que lo llevó a las Montañas del Oeste. Las huellas de carros y los rastros de caza que siguió eran tortuosos, se internaban en bosques sombríos llenos de ladrones y toda clase de animales salvajes.

Esos eran los peligros a los que se enfrentaba el viajero en la mayor parte de regiones del mundo por aquella época. Prefirió ir a pie, y se hizo acompañar por un mastín agrisado que le había servido fielmente en más de un momento de aflicción. Llevaba consigo una daga, una bota para beber, unas pocas monedas en una bolsa raquítica y un pequeño crucifijo colgado del cuello. Sólo aquellas pertenencias exiguas y su corazón, que ardía por la Reina. Este fervor lo guiaba a través de espinosos matorrales y arenas movedizas, lo hacía salvar desprendimientos de rocas y cruzar ríos. Lo consolaba a lo largo de todas aquellas noches oscuras, oscurísimas, que pasaba acampado a un lado del sendero con el perro, envuelto en su capa, el fuego consumiéndose hasta quedar reducido a brasas, los lobos aullando entre los árboles. Las estrellas relucían frías como piedras, frías como las cimas nevadas de los picos a los que cada día se acercaba un poco más en su ascenso.

Pensaba en su hermana, la Reina, hija también del Molinero, aunque de una madre distinta. Había logrado encumbrarse hasta el trono convenciendo al viejo Rey de que dominaba los secretos de la alquimia, de que era capaz de hilar la paja y transformarla en oro o una patraña por el estilo. El Espía no sabía con seguridad qué engaño en concreto había puesto en práctica su encantadora hermana en aquella arriesgada carambola. Sus manías, su crueldad ocasional, hacían que la amase aún más.

Sin embargo, no le cabía duda de que su Hermana poseía un pico de oro para chupar pollas y otras manipulaciones, pero de alquimia no tenía ni puta idea. Por lo tanto, cuando el viejo Rey aceptó el farol y la encerró en una mazmorra con una pila de paja y una fecha límite —pero literalmente *límite*—, él, que por entonces era un humilde mozo de cuadra, supuso que antes de las doce del día siguiente la cabeza de

su Hermana caería rodando en una cesta. Mandó a lavar su mejor conjunto negro de aldeano y reunió un ramo de rosas blancas para la fosa común.

Imaginen el asombro general cuando la chica emergió de la celda doce horas más tarde con varias cestas repletas de hilo dorado y una fórmula para repetir el procedimiento bajo condiciones astrológicas complejísimas garabateada en un pergamino. Pese a su sonrisilla petulante y su pestañeo esquivo, el Espía percibió el miedo de la Hermana.

A lo largo de los tres años siguientes, durante la fastuosa ceremonia de boda con el Príncipe Coronado, a la que asistió la mitad de la población de los reinos colindantes; tras la opulenta luna de miel; tras la abdicación del viejo Rey y el subsiguiente ascenso al trono de la Reina Consorte; tras los bailes de gala y las fiestas al aire libre de una épica extravagancia; tras el prometedor embarazo; únicamente el Espía detectaba una nube negra de melancolía arremolinándose en torno a la mujer como una tormenta en formación. Sólo él se fijó en los cuervos apostados en las ramas del sauce llorón de su jardín favorito.

A pesar de su naturaleza despiadada y de su talento innato para los subterfugios y marrullerías, el Espía se lo debía todo a la generosidad de su Hermana. Ella había obsequiado a su padre con el retiro a una casa de campo y a él con un puesto en la corte dentro de los servicios clandestinos. El Ministerio de los Atizadores Candescentes, como algunos chistosos apodaban aquel gabinete.

El mozo de cuadra se alegró de que lo apartasen de aquel trabajo. Se acabaron las coces de los jamelgos mientras los herraba, se acabó el palear mierda y el acarrear agua para el irascible dueño de los establos. ¡Se acabó el tirarse a fornidas hijas de herradores y a viejas cubiertas de verrugas en callejones oscuros (o eso pensó)! En adelante todo serían levitas, sombreros de plumas y coños de lo mejorcito hasta que reventase.

Las cosas se desarrollaron así por algún tiempo. Hasta que la Reina se quedó embarazada y aquel Enano horripilante comenzó a dejarse caer por palacio...

Durante un partido de polo, el Espía sorprendió a la Reina mirando fijamente a un enano vestido de sotana que merodeaba cerca de las lavanderas. Era una criatura horrenda (y el Espía sabía de cosas horrendas, tras muchos años desperdiciados en calles de mala muerte, entre leprosos, mendigos y veteranos tullidos en aventuras de ultramar. Había visto un buen puñado de personas comidas por la viruela, con malformaciones congénitas, pobres diablos transformados en caricaturas retorcidas de la figura humana, lo mismo en callejuelas que en burdeles). El Enano, encorvado y obsceno, que escudriñaba el mundo a través de unos ojillos penetrantes y que sonreía con la malicia de un carnicero o un juez que disfrutaban de su oficio por los motivos menos apropiados, era algo digno de ver. Al principio lo tomó por un pordiosero o un artista, un cómico ambulante. Entonces el Enano le dedicó un guiño pícaro a la Reina, clavando la mirada en su por entonces prodigioso vientre, y el Espía se olió que se avecinaban problemas.

Aquella noche la separó de su séquito de damas de compañía y lacayos estirados y la condujo hacia el jardín, bajo el sauce llorón. Fue directo al grano y le preguntó si la estaban chantajeando por no pertenecer su bebé al joven y viril Rey, quien irónicamente presumía de engendrar cientos de bastardos durante la aburrida espera del trono.

—¿Le has contado a alguien que es mío? —inquirió el Espía agarrándole la mano pequeña y helada con demasiada fuerza.

—No soy estúpida —respondió ella en un tono que indicaba que a quien creía sin ninguna duda estúpido era a él—. Prefiero que mi cabeza se quede donde está en lugar de colgada en la pared del estudio de mi amado marido.

—Entonces, ¿para quién trabaja ese pigmeo y qué quiere?

—El Enano jamás me ha dicho su nombre. Es un duende del infierno.

—Eso no suena muy bien —dijo el Espía—. Esa mosca cojonera introdujo de matute el oro y ahora aspira a un favor real, ¿verdad? Por los clavos de Cristo, cariño. Como se trate de un asunto político lo llevas crudo.

—No pretende un favor político.

—¿Seguro? ¿Ni mapas, ni movimientos de tropas, ni reuniones del consejo?

—Nada de eso.

—¿Quiere tu culito?

—No está interesado en los dominios reales.

—Vaya, hostia. Joder. Coño ya. ¿Qué es lo que le va, entonces?

—Fue el Enano quien transformó la paja en oro, no yo. Ha venido a cobrarse su recompensa.

—¿Qué es, querida hermana, lo que has hecho?

La hermana sonrió exactamente como lo haría un zorro atrapado en un cepo, mostrando los dientes, y le contó el pacto que había hecho para producir aquellas célebres cestas de hilo de oro y por ende sacar a su familia de pobres. No había tenido nada que ver con el mayor temor del Espía en aquel momento —una mamada al Enano contrahecho—. No, se trataba de algo muchísimo peor.

## 2

ocas noches después de que naciese el Príncipe, el Enano se presentó visto y no visto

**P**y se fue con las manos vacías. Sin embargo, la tregua sería breve. Prometió que volvería después de tres meses exactos y recogería su pago: el tierno bebé que en aquel instante horticaba el armonioso pecho de la Reina. No obstante, si en el ínterin la estimada Reinita era capaz de averiguar el nombre del Enano, él declararía nulo y revocado todo aquel pacto sórdido y santas pascuas.

Iban listos.

El Espía se enteró de todo esto al día siguiente, cuando se le convocó al salón de la Reina junto con otros muchos hombres de confianza de Su Majestad. Ella expuso el asunto de forma clara y concisa, y el Espía supuso que era el único miembro de la delegación que conocía a fondo los escabrosos motivos de la misión. Al mismo tiempo, dudaba de estar al corriente de todo. Por aquello de que su Hermana fuera una zorra rastrera y tal.

La Reina los envió a los confines de la tierra. Tenían setenta días para averiguar el nombre del Enano, de lo contrario se les iba a caer el pelo. Si alguno se topaba por casualidad con aquel retaco hijo de puta y le clavaba un cuchillo entre las costillas, pues tanto mejor.

Como era de esperar, los demás hombres, imbuidos de un frenesí patriótico, se encaramaron de un salto a sus leales corceles y se perdieron al galope en lontananza para emprender la búsqueda. El Espía, que demostró ser el mejor de todos, empleó métodos nada ortodoxos para escoger una indicación fiable que terminaría llevándolo a atravesar el reino hasta llegar a las montañas y los remotos territorios sombríos.

Pasó todavía más tiempo de lo habitual en tabernas y conventos. Llenó los vasos de los alguaciles fuera de servicio, les metió el dedo a las fregonas solitarias, dio palizas a comerciantes y chuloputas. A un mozo de establo le chamuscó un pie en una fogata. El Espía despreciaba a los mozos con todas sus fuerzas. Sobornó, chantajeó y embaucó; todo la mar de divertido, aunque no sacase nada en claro.

*Todo el mundo* conocía al Enano, pero no sabía su nombre ni de dónde había salido. Era una sombra que fluctuaba dentro y fuera de la realidad. Los rumores abundaban: unos afirmaban que se trataba de un asesino a sueldo de una nación rival; que era el último vástago de una familia noble venida a menos, reducido a la mendicidad y la prostitución; un mago malvado que descendía de los Siete de Salamanca y que pactaba con fuerzas diabólicas y había vivido muchos más años de los que dura una existencia mortal; era un demonio, un íncubo, la forma humana decrepita del Arcano, la Serpiente Antigua. Un cortesano con el cerebro comido por la sífilis declaró que el Enano formaba sociedad con los gusanos y con el Señor de los Gusanos. Se negó a dar más detalles.

Todos los que decían haberse cruzado con él se santiguaban y escupían, o agarraban sus crucifijos. Una camarera atlética pluriempleada como furcia para acaudalados caballeros de alta posición juró que el Enano estaba en estrechas relaciones con los príncipes del comercio, que les enseñaba secretos de las artes oscuras a cambio de favores abominables. Ella lo había visto desencajarse la

mandíbula para devorar a un bebé gembundo recibido de manos de una fulana como recompensa por sus servicios a cierto individuo. La camarera se había quedado dormida allí tras una orgía. Ninguno de los perpetradores advirtió que yacía enterrada bajo un montón de cojines al otro lado de una mampara ornamental mientras el oscuro trato se consumaba. Se trataba de una muchacha joven; había sido pelirroja, pero la melena se le volvió blanca como la nieve a raíz del horrendo crimen del que fue testigo, según ella.

El Espía asintió cortésmente sin creerse una palabra. Sin embargo, actuó con diligencia e investigó al comerciante en cuestión —un burgués proveniente de Constantinopla llamado Theopolis, especializado en antigüedades, afincado en una lujosa mansión en la parte alta de la ciudad—. Algunas discretas pesquisas revelaron que Theopolis no era más taimado o carente de escrúpulos que cualquier otro comerciante; ni más ni menos depravado o corrupto, ni más ni menos excéntrico en sus inclinaciones lúdicas.

Desesperado por dar con cualquier clase de pista, el Espía allanó la propiedad mientras el dueño y la mayoría de sus sirvientes estaban en la ciudad emborrachándose y de putas. Nada que despertase sospechas. La casa aparecía suntuosamente decorada en tal variedad de estilos como cabía esperar de un hombre de la personalidad de Theopolis; algunos tomos de literatura erótica popular de buen gusto, unas cuantas estatuas subidas de tono, un provocativo retrato desnudo de una diva muerta mucho tiempo atrás. Tal vez muchas de las piezas de armadura del vestíbulo o un par de bolsitas de especias dentro del cajón de la mesilla de noche fueran de una legalidad cuestionable, pero desde luego nada siniestro ni que diese pista alguna sobre el paradero del puñetero Enano.

De camino a la ventana vaciló, volvió sobre sus pasos para comprobar la estantería del estudio principal y, ¡mira por dónde!, encontró una palanca astutamente disimulada. La estrecha cámara enladrillada que se ocultaba tras la librería estaba provista de cadenas, grilletes y arcanos instrumentos de tortura. Un suelo revestido de ónice brillaba a la luz de la vela. El esqueleto de una serpiente en forma de «ce» aparecía grabado profundamente en él. «Serpiente» no era la palabra más apropiada; mejor «gusano». En cualquier caso, se trataba de algo completamente malsano. En una canasta de bambú, la tapa grabada también con el símbolo ocultista, había huesos de niño. El Espía contó suficientes fragmentos distintos como para formar nueve o diez criaturas de menos de un año.

Por lo visto, teníamos un ganador.

Entrada la noche, sacó al comerciante borracho de la cama y lo interrogó en la bodega. Lo único que estuvo dispuesto a admitir Theopolis era que el Enano pertenecía a una poderosa familia que residía en algún lugar de las Montañas del Oeste. El hombre predijo, además, que el Espía acabaría sufriendo un destino muchísimo peor que la muerte. Este le dio las gracias por la información al vapuleado y sanguinolento Theopolis y lo arrojó al Swangate desde el puente dentro de un saco

de arpillera lleno de piedras. Mientras las burbujas todavía subían a la superficie del agua, emprendió la marcha por la Carretera del Oeste.

Se terminaba el primer mes.

### 3

**E**l Espía y el perro viajaron por autopistas, luego por carreteras, después por senderos y finalmente por trochas que se borraban a lo largo de interminables leguas. Las ciudades se redujeron a pueblos, aldeas, villorrios y caseríos, cada vez más y más distantes; luego ya sólo encontraban la cabaña de un leñador aquí y allá en las profundidades de la selva. Apenas se cruzaron con peregrinos. Fue una travesía solitaria.

Tras grandes penurias, llegaron a un valle remoto poblado por gentes taciturnas y curtidas por el sol que cuidaban ovejas y cabras y cultivaban remolachas y rábanos. Una provincia de cortadores de turba y quemadores de mierda de vaca. La clase de lugar del que la corte se desentiende, susceptible de ser entregada como premio de consolación a algún noblucho de poca monta.

La campiña crecía a sus anchas entre parcelas primitivas y terrenos colindantes sin vallar. Los pinares aparecían entreverados por pastos raquíuticos y lomas. Un río fluía atronador desde un glaciar que presentaba una costra de polvo negro. El extremo más alejado del valle se elevaba formando un alto y desolado páramo infestado de lobos y salpicado de ruinas de antiguas fortalezas y de túmulos erosionados de tribus bárbaras derrotadas. Una escena accidentada y sombría que despertó la angustia del Espía, que aquella fuese la ciudad natal del bellaco era más que verosímil.

Obtuvo lo que deseaba a la primera.

Un campesino de barba cana había visto a veces al Enano en los alrededores de la aldea. ¿Nombre? ¿Quién lo sabía? Los paisanos lo llamaban «el Enano». Vivía en una cueva y bajaba a comprar provisiones una o dos veces al año durante los festivales, en los que se emborrachaba y bailaba con las bellas mozas que no eran lo bastante resueltas como para evitar sus lascivas insinuaciones, y horrorizaba a los niños (sobre todo a sus madres) contando historias dantescas de duendes y monstruos sexualmente depravados. Se ganaba la vida fabricando bisutería y trampas para lobos. El campesino sospechaba en secreto que el Enano era un profanador de tumbas

profesional que rapiñaba la mayoría de sus cachivaches en las ruinas del páramo.

Un incordio de tres pares de narices, se mirase por donde se mirase, aquel hombrecillo, y además con un porrón de años.

—¿Un porrón de años? —interrumpió el Espía.

—¡Ya le digo! La primera vez que le puse los ojos encima era yo un renacuajo. Lo volví a ver la primavera pasada haciendo cabriolas por el camino que lleva al páramo. Llevaba un saco echado sobre la joroba. Una cabra llevaría, digo yo... lo que hubiese dentro del saco se meneaba que daba gusto.

El campesino le ofreció su granero como refugio, ya que la aldea estaba llena de canallas y no había allí sitio para cristianos temerosos de Dios. Cuando le insistió en que refiriese ejemplos de la perversidad a la que aludía se limitó a escupir, se santiguó y masculló algo para sus adentros. Al marcharse, advirtió al Espía que tuviese cuidado con el Enano.

—No le conviene acercarse a él ni a sus amiguitos. Acabará mal si mete las narices en los asuntos de esa gente.

Al Espía ya le sonaba aquel estribillo. Se preguntó en voz alta por la naturaleza de aquellos *amiguitos*.

—Nunca los he visto, sólo he oído hablar de ellos. Tullidos y deformes. Algunos no tienen brazos ni piernas, por lo que dicen. Lo acompañan arrastrándose tras él, ¿sabe? Culebreando por el barro como gusanos, todo rosáceos.

—Tiene un séquito de sujetos sin brazos —dijo el Espía alzando las cejas hasta el ala del sombrero que llevaba encasquetado—. Ni piernas. Y lo siguen allá donde va.

—Unos tienen brazos y otros no. Unos tienen piernas y otros no. Algunos no tienen ni una cosa ni la otra. Eso es lo que he oído.

El campesino se encogió de hombros y se santiguó de nuevo sin intención de añadir nada a aquel asunto.

El Espía se abrió paso hasta la aldea y alquiló una habitación en la sórdida posada. Iba disfrazado de ex soldado de vuelta a casa tras una larga expedición al otro lado del reino. Se presentó como buscador de oro y comentó que tal vez tendría que quedarse una o dos semanas examinando las colinas en busca de posibles yacimientos de oro o plata. A ninguno de los pastores de ovejas ni de los cabreros que entraban allí tambaleándose para tomarse una pinta de grog tras la jornada en los brezales pareció importarles lo más mínimo.

Se acostó con un par de busconas que se alegraron de su aparición, y aún más por el hecho de que —al menos de momento— no oliera a mierda de vaca y tuviese además dónde caerse muerto. Ambas habían visto al Enano no hacía ni un mes. A ambas les aterrorizó y repugnó el semblante de la criatura, aunque no había hecho nada del otro mundo para ofenderlas directamente. Sí, habían oído hablar de la tropa deforme que, se decía, se escondía en una cueva de la montaña, a excepción de las raras ocasiones en que lo acompañaban en sus excursiones por el páramo. Los rumores que le confiaron las fulanas no resultaron esclarecedores. Salvo uno: según

ciertas amas de casa, el Enano y los suyos se dedicaban a descuartizar bebés y su cueva estaba alfombrada de huesos de varias generaciones de víctimas menudas. Llegaría el día en que un ejército bien provisto de antorchas y horcas marcharía contra aquellos caníbales, vaticinaron las fulanas.

El Espía no averiguó el nombre de la aldea. Las edificaciones databan de tiempos inmemoriales, construidas a base de barro, ladrillo y paja, provistas de pequeñas puertas y ventanas aún más diminutas selladas con piel de oveja. Se echaba el cerrojo a las puertas poco después de la puesta de sol. Sobre las chimeneas colgaban ofrendas paganas y los huesos de animales eran decoración habitual en los patios. Las conversaciones se interrumpían cuando entraba en una sala o pasaba por la calle, y la gente le sonreía y dirigía la mirada a los pies o al cielo.

Los vecinos de la aldea formaban una estrafalaria caterva: los hombres vestían de manera arcaica y hablaban con un acento tan penoso para su oído que se perdía dos de cada tres palabras cuando charlaba con alguien despacio y a un volumen de voz normal, y cuando farfullaban entre ellos ya no era capaz de pillar nada en absoluto, cosa que sucedía con frecuencia. En general, los habitantes se parecían entre ellos como un huevo a otro huevo. Exceptuando a las camareras lujuriosas, que habían nacido al otro lado del valle en una zona más poblada, las mujeres del pueblo no se dignaron a hablar con él. No es que fuesen tímidas, ni mucho menos; sonreían, guiñaban los ojos y se atusaban el pelo al verlo pasar, pero el caso es que no pronunciaban palabra. Muchas de ellas estaban embarazadas, pero al Espía le sorprendió no ver a ningún niño por allí. El más joven que descubrió estaba en edad de afeitarse.

A un kilómetro al norte de la aldea se extendía un acantilado desde el que se erigía amenazador un templo construido en tiempos inmemoriales. Durante su primera noche refugiado en la posada el Espía presenció un tumulto en la taberna. Propietario, empleados y huéspedes dejaron sus jarras de cerveza y sus piernas de cabrito asado y se dirigieron a la calle en dirección a la plaza. Una procesión de aldeanos marchó callejuela arriba desde allí hasta el templo iluminando el camino con antorchas y faroles. Caminaban en silencio absoluto, precedidos por un trío de siluetas ataviadas con sotanas de color herrumbroso y terroríficas máscaras paganas que no se asemejaban a ningún animal conocido ni de leyenda que le sonase al Espía.

Una vez la hilera de suplicantes hubo desaparecido en el edificio distante, el exterior permaneció frío y oscuro durante casi dos horas, tras las cuales la procesión regresó a la plaza de la aldea y se dispersó. El posadero era uno de los bizarros líderes ensotanados de la ceremonia. Se quitó aquella desagradable máscara que parecía un híbrido ceroso entre anguila e insecto depredador y deambuló por la taberna atizando el fuego y recogiendo platos y vasos como si nada desacostumbrado hubiese sucedido. Más tarde, las dos mujercuelas mantuvieron la mirada baja y esquivaron las preguntas del Espía respecto al incidente con dosis poco elegantes pero espléndidas de amor.



Al día siguiente tomó un suculento desayuno y decidió visitar el lugar. El perro lo siguió con una total falta de entusiasmo. El animal había comunicado a todo aldeano que pasaba por medio de gruñidos, gañidos y miradas malignas que aquel sitio no le gustaba un pelo. El aire de la montaña no se ajustaba lo más mínimo a su sensibilidad canina.

El templo de la colina era, con diferencia, el monumento más imponente que el Espía había contemplado desde que salió de la capital; de una extravagancia que sobrepasaba las imaginaciones más audaces para una provincia tan alejada del reino, al tiempo que conservada en un fabuloso estado de decrepitud; una reliquia de una era antigua, desde luego. Una estructura impracticable de bloques de granito y pilares cincelados sobre la que corrían de punta a punta grietas abiertas por el paso del tiempo y por terremotos (un seísmo tremendo había sacudido la región unos diez años antes, según el posadero: «El gusano se dio la vuelta», comentó con sarcasmo y una sonrisa aviesa), cubierta de ponzoñoso moho negro norteño y enredaderas erizadas de púas.

En lugar del tradicional crucifijo, un anillo enorme de cobre martillado pendía sobre unas puertas dobles con un aspecto que se correspondía más bien a las de una fortaleza. El anillo estaba truncado por la parte superior de manera similar al monstruoso símbolo que había descubierto en la celda del burgués, y aparecía inclinado en un ángulo forzado hacia adelante, seguramente a causa del terremoto. Daba la impresión de ser un gigantesco collar preparado para descender, verdadero martillo de los dioses, sobre los devotos que entraban y salían.

El interior estaba en penumbra y era cavernoso, una reminiscencia de los templos romanos y griegos del período helénico; las naves y los altares consagrados a una docena de deidades estaban dispuestos en cámaras. El Espía reconoció a Júpiter y a Saturno, a Diana y a Hécate, y bustos del panteón nórdico, en concreto una fiera representación de Loki siendo torturado por sus crímenes contra Baldur, y otro de Odín llorando coágulos sanguinolentos por la cuenca del ojo recién arrancado. El padre del Espía era un hombre leído, pese a trabajar en un simple molino, y su hermana una mujer extremadamente ambiciosa, así que entre ambos todo consistía en libros y lecciones de historia clásica durante los largos y desapacibles inviernos.

No obstante, aparecían representados otros dioses que no supo identificar. Situadas en lo más profundo de la iglesia, aquellas otras estatuas eran mucho más antiguas y desconocía por completo el idioma de las inscripciones en las placas. Tras cavilar un rato, llegó a la conclusión de que aquel lugar había sido construido o renovado a retazos a lo largo de los siglos, con añadidos modernos, dioses y motivos arquitectónicos similares, incrustados cerca de la entrada. De este modo, internarse en las tinieblas iluminadas por antorchas suponía un viaje atrás hasta la antigüedad.

Su instinto de cazador era magnífico, así que fue consciente de que una mirada hostil lo vigilaba. En varias ocasiones sorprendió movimientos por el rabillo del ojo; pequeñas sombras se desplazaban dentro de las más grandes que proyectaban pilares

y arcadas. De baja estatura, delgadas y rápidas; al principio pensó que debía tratarse de niños, el equivalente a los monaguillos que tuviese aquel culto pagano. Pronto resolvió que se equivocaba, aunque no fue capaz de explicarse cómo o por qué. Recordó lo que le había contado el campesino sobre el supuesto «séquito mutilado» del Enano y se estremeció.

En la otra punta del templo se apreciaban dos columnas enormes de basalto y una tupida cortina carmesí. A un lado se abría una nave más amplia que las adyacentes y un tosco altar de roca negra en bruto, extraída directamente del espinazo de la Tierra y moldeada en forma de pirámide con la cúspide plana como en ciertas civilizaciones de la selva. Aquel zigurat medía más de dos metros y medio de altura, y casi cuatro de ancho. En cada una de sus caras habían practicado una pequeña oquedad a la altura de los ojos.

Sobre el altar, incrustado en el centro de un mosaico manchado de hollín, pendía otro de aquellos anillos truncados de un diámetro tan amplio como varios hombres encaramados unos a hombros de los otros; esta versión estaba formada por incontables huesos engranados entre ellos y ennegrecidos por el paso del tiempo. El incienso de sangre de drago se propagaba desde unos braseros de hierro forjado y se mezclaba con el humo de la antorcha en una bruma que hacía distorsionarse y ondular como reflejos sobre un metal oxidado el zigurat y el símbolo.

El Espía sacó una antorcha de su soporte y la alzó para examinar mejor el anillo truncado y aquel mosaico de tenebrosa imaginería en el que se enquistaba —una cacería o una bacanal en medio del bosque; unas damas con bebés en brazos huían de unas figuras oscuras de refulgentes ojos rojos que les tendían unos brazos desmesuradamente largos terminados en escuálidas garras—. Se dio cuenta, mientras el fuego iluminaba unas y otras superficies, de que los huesos del símbolo pertenecían a esqueletos humanos de todos los tamaños, pegados con argamasa y fusionados para crear una obra de arte impío.

Al determinar el tremendo número de cadáveres que habían sido necesarios, y al recordar inevitablemente la colección de huesos de niños del burgués y las confidencias nocturnas de las fulanas en la taberna a propósito de una cueva alfombrada con huesos de bebés, las rodillas le temblaron y estuvo a punto de perder la compostura. No es que el Espía fuese un hombre piadoso ni por asomo, ni se puede decir que lo afligiera en demasía superstición alguna. Aun así, aquella visión inoculó en su pecho un gélido temor y le recordó que era un hombre sin amigos, lejos de su hogar.

—Bienvenido a la Casa de la Vieja Sanguijuela —dijo una mujer.

Estaba en una de las cámaras, observándolo. Ataviada con una túnica vaporosa, una diadema púrpura, el pelo y los ojos oscuros, de constitución exuberante. Mayor que el Espía por una diferencia de edad bastante generosa, sus carnes eran prietas e irradiaba una lubricidad tan voraz como el fuego.

Una sacerdotisa, dio por hecho. Pasmado por un instante, sólo un diminuto

fragmento de su cerebro enfebrecido fue capaz de pensamiento racional:

—Hola, sacerdotisa —saludó.

Forzó la entonación con picardía. *Todo el día perseguido por un montón de mujeres hermosas y semidesnudas... ¡No me lo creo ni yo!* Procuró no mirarle los pechos y se concentró en sus ojos, lo que resultó igualmente peligroso a la luz de la mirada evaluadora que ella le dirigió, a medio camino entre la inteligencia y la crueldad; ni su hermana, la Reina, podría haberla igualado. Era la clase de mirada capaz de desollar el alma de un hombre, y le hizo recordar que no hacía mucho tiempo que estaba emporcándose de estiércol en un establo, lejos del dinero y de compañías refinadas. Carraspeó y dijo, jugueteando:

—Esta es una iglesia fuera de lo común, si me permite. Confieso que me sorprende que blasfemias de tal calibre puedan haber sido llevadas a cabo sin disimulo. Y lo que costará conservar el tejado. Sus dioses...

—Y eso sin contar la orgía.

La mujer se le acercó con una sonrisa más amplia. Afortunadamente tenía piernas, y bien bonitas. De cerca olía a perfume y brea. Llevaba los ojos pintados con un brillo ligero y los labios del rojo oscuro de la diadema.

—El administrador de estas tierras es el Conde Mock, que es un entusiasta de las viejas costumbres. Está podrido de dinero y la corona apenas presta atención a lo que sucede a lo largo de la frontera. Así que el Conde M y los suyos campan a sus anchas. Descubrirá que el Valle se rige por una serie de tradiciones y usos distintos a los que está habituado.

—Sí, si por distinto quiere usted decir incivilizado. El Conde debe de haber pagado también a la diócesis. El suyo es el único recinto consagrado a la adoración que he podido ver en todo el valle. Esto es más que extraño, señora mía. Seguramente conviven con ustedes algunos cristianos.

—Los cristianos son bienvenidos aquí. *Todos* son bienvenidos. Toda carne constituye alimento del dios.

—¿Quién es la Vieja Sanguijuela? No es un nombre que me suene.

—¿Y le sorprende? Se sabe de la existencia de más de veinte mil dioses. A menos que sea usted un erudito o doctor en teología, difícilmente podrá enumerar un centenar. No se comporta usted como un filósofo. Tal vez sí como un mercenario.

Su acento era aún más distinto que el del resto de aldeanos. Mientras que los campesinos hablaban con un deje rústico, el suyo delataba una educación cosmopolita en tierras lejanas. Había una falta de sincronía casi imperceptible entre las palabras y el movimiento de sus labios; el sonido de su voz producía ecos en la cabeza del Espía un instante antes de que saliesen de su boca. Se preguntó qué debían de haber echado en aquel incienso...

—Soy un ignorante palurdo, lo que quiere decir que aquí tendría que sentirme como en casa. ¿Proviene usted de una casta de curanderas? ¿Una colonia de antiguas sanguijuelas?

Ella se rio tapándose la boca con una mano y lo miró de soslayo.

—La curiosidad mató al gato —enganchó con descaro la cadena del crucifijo de él con una uña y las incrustaciones de plata se reflejaron en sus ojos—. Los buenos cristianos no deberían buscar el conocimiento fuera de las Sagradas Escrituras.

—Para ser francos, estoy dotado de muy poca bondad —respondió él estremeciéndose al percibir el calor de la piel de ella contra la suya, el remolino de perfume exótico que enturbiaba su mente.

—Estoy convencida —la sacerdotisa bajó la mirada y pareció advertir por primera vez la presencia del perro—. Ah, qué perro más bonito —dijo mientras le palmeaba la cabeza abultada.

Al Espía no le dio tiempo a avisarla: el perro era un salvaje y le había arrancado los dedos a más de uno por acercarse demasiado; pero entonces la fiera soltó un gáñido, acobardada, y tembló al contacto de la mano de la mujer, presa del éxtasis o del terror. El Espía comprendió su reacción.

—Sacerdotisa, ¿estamos solos? De camino hacia aquí, juraría que había niños moviéndose entre las sombras.

—Por aquí los retoños escasean —respondió ella—. A no ser que estemos hablando de los de color verde intenso y cierto interés fetichista por el sol y la lluvia. Probablemente, lo que le ha asustado ha sido alguno de los mutilados arrastrándose por ahí. No se preocupe, no se aventurarán a plena luz por un bocado de urbanita —un gong resonó por la estancia, la atmósfera onduló y los dientes del Espía castañetearon. Ella se apartó de él unos pasos—. Por cierto, no soy sacerdotisa. Soy una viajera.

—Su forma de hablar... ¿De dónde es? —decidió ignorar la referencia a los mutilados por completo.

—Eso no le daría ninguna pista, pimpollo.

—Vaya, una mujer con secretos. ¿Qué hace aquí?

—He venido a celebrar mi investidura. Un ritual, por decirlo así.

—El rito iniciático. La virginidad y la fertilidad dan paso a la sabiduría.

—Estoy impresionada.

—Mi madre era druida.

—¿En serio?

—No, pero me he tirado a más de una pagana. ¿Cuándo es el rito? ¿Va a celebrarse aquí?

—Ya ha comenzado; y no: todo esto —gesticuló para indicar lo que la rodeaba— es para los paletos. En el castillo es donde sucede lo importante. Te toca. ¿Qué te trae a este rincón encantador en el ojo del culo del reino?

—Busco las riquezas de las montañas.

—Lo único que vas a encontrar aquí es mierda.

El gong volvió a sonar; una vibración retumbante que hizo levantarse el polvo de los recovecos más altos de la cámara. La mujer dio un respingo y por un instante su

expresión se tornó exultante y temerosa. Él le cogió el brazo, dio un paso adelante y la besó. Le pareció que era lo apropiado, dadas las circunstancias. Los labios le sabían a sangre y estaban calientes.

Ella lo agarró por el antebrazo con una fuerza muy superior a lo que su estatura hacía sospechar y lo apartó con la facilidad de la madre que se defiende de su niño.

—Por hoy ya te has pasado bastante de la raya, hijo del molinero —se dio la vuelta y avanzó con rapidez hacia la oscuridad. Le instó, o tal vez él se lo imaginó, porque el eco parecía provenir de un profundo cañón—: Vete, vete. Aquí hay cosas espeluznantes. Los establos no te prepararon para esto.

El Espía se quedó frente al altar aturdido y frotándose la parte del brazo donde la mujer le había dejado la marca negra y morada de sus dedos. Había viajado de incógnito y sin embargo ella sabía quién era y, por lo que había dicho, también conocía la identidad del Enano. Fue presa del terror, luego se recompuso y atajó el progreso de tales conjeturas. Todas y cada una de las dracmas de su sangre pertenecían a la Reina. El peligro era irrelevante: él no estaba en posición de abandonar la búsqueda, con independencia del fin que le estuviese deparado. En cuanto a la críptica advertencia de la encantadora devota, no valía la pena prestarle atención ni darle más crédito del que merecía. En comunidades tan minúsculas los rumores corren como una mecha prendida. Allí no había ningún misterio. Confiaba con todas sus fuerzas en que pensar que fuese así lo volvería más cierto.

*Aquí hay cosas espeluznantes.*

Paseó la mirada del perro, que todavía se encogía y se agazapaba, al gran símbolo de la Vieja Sanguijuela. Sintiéndose como un actor iluminado en medio del escenario, lo asaltó un instante de oscura epifanía que le permitió vislumbrar cómo se desenrollaba una vasta, escamosa, verdad del universo. Que no; a pesar del millar de esqueletos que la constituían, aquella abominación no era un dragón, ni una serpiente ni el Uróboros con las mandíbulas desencajadas: aquello era un gusano colosal que se había tragado pueblos, ciudades... Una sanguijuela de proporciones pesadillescas, una constelación representada en granito, que había despedazado las poblaciones de mundos enteros en su estela serpenteante a través de los cielos nocturnos.

Salió del templo y mantuvo la mano en la empuñadura de la daga todo el camino de regreso a la posada.

**E**l Espía expulsó a las decepcionadas busconas de su habitación y durmió con la puerta cerrada, el cerrojo echado y las botas puestas por si se veía obligado a huir por la ventana en medio de la noche. Esto le trajo recuerdos de los tiempos en que se colaba subrepticamente en los camarines de más de una mujer casada en la ciudad.

Transcurrió una semana y el Espía seguía soñando con la mujer del templo. En aquellos sueños, una sima dividía el suelo del edificio y ella lo miraba desde el otro lado, resplandeciendo con un fulgor carmesí. Se reía de él. De los ojos y la boca le goteaba algo negro que planeaba sobre la fisura humeante. Cuando estaba a punto de caerle encima, la mujer se agarraba la cara y daba un tirón. Se oía un ruido como de cáscara de huevo al romperse, el rostro se le despegaba y el Espía despertaba sudando aterrorizado.

Durante el día atravesaba a zancadas los campos y los pastos interrogando a campesinos y pastores con escaso disimulo. La mayoría de los aldeanos se negaban a responder a sus preguntas, y los pocos que se mostraron más comunicativos no le proporcionaron nada sustancial en lo relativo al Enano.

Sus investigaciones lo llevaron hasta el páramo y sus leguas de paisaje neblinoso y palustre. Huroneó alrededor de los cimientos de torres derruidas y terraplenes apiñados, se afaná como una hormiga a la sombra de megalitos cubiertos de musgo y líquenes. Exploró una cueva enorme situada en las escarpadas laderas de la Montaña del Oso Negro, y lo cierto es que encontró rastros de que un oso habitaba aquellas profundidades (huesos y excrementos). Sin embargo, el oso en cuestión no apareció. El Espía se felicitó; no había llevado consigo lanza ni arco.

Por las noches, se tomaba su hidromiel cerca del fuego de la cantina y secaba sus ropas, que siempre estaban sucias y embarradas de resultas de aquellas excursiones, y escuchaba a los pequeños terratenientes murmurando y cotilleando en la mesa grande. Los campesinos lidiaban con verracos y bandoleros, con aquella porquería de clima, con esposas mezquinas y plagas ocasionales.

Desde luego, era consciente de que tras los muros del castillo del Conde Mock se escondían algunas respuestas. Por desgracia, el Conde se negaba a recibir forasteros, y al Espía le habrían puesto unos grilletos o algo peor sin pretexto alguno. Colarse a hurtadillas era arriesgado; la morada del Conde era, a fin de cuentas, una antigua fortaleza diseñada para frustrar intentonas como aquella. Así que se pasaba el día pateando arriba y abajo, maquinaba y vagaba por el valle con la esperanza de que los dioses de la luz y la oscuridad se apiadasen de él y pusieran alguna pista en su camino.

Una noche emergió del frío y la humedad un Buhonero, un individuo de la capital rubicundo y desgarbado; se sentó con el Espía, le contó sucesos acontecidos en los reinos civilizados y confesó, en tono susurrante y sin dejar de lanzar miradas furtivas

por la posada, que el valle y sus habitantes no le agradaban lo más mínimo. Recorría muchas rutas para exponer su mercancía y ya había visitado la región antes en tres ocasiones. Siempre cerraba los tratos en la aldea y arriba en la propiedad de Mock con tanta celeridad como le era posible. El Conde tenía las puertas abiertas para él, deseoso de abastecerse de cierto tabaco que el vendedor ambulante se aseguraba de traer.

Por esta razón, el Espía le preguntó al Buhonero si no le importaría que le hiciese compañía durante la caminata del día siguiente hacia el castillo; un brazo fuerte que lo protegiera de los ataques de bandidos y lobos. El Buhonero no podía estar más encantado, así que al amanecer partieron juntos; el vendedor tiraba de dos ariscas mulas de carga y el Espía iba acompañado de su fiel perro.

El tiempo era bueno, para ser el valle, o lo que es lo mismo: lloviznoso y lúgubre. La lluvia se tornó aguanieve y amenazó con convertirse en una borrasca. Los dos hombres caminaron hasta el atardecer, siguiendo un sendero paralelo a unos picos envueltos en niebla y un bosquecillo de árboles pelados y retorcidos, hasta llegar cuando la luz se desvanecía a las puertas de un castillo a punto de desmoronarse. El edificio sobresalía de una ladera, sólo se podía acceder al portalón tras cruzar un desfiladero a través de un puente levadizo desvencijado. El puente se encontraba en un estado de completo abandono y le faltaba una cadena, de modo que estaba tendido permanentemente. Las rejas herrumbrosas de la entrada tampoco parecían funcionar. Estos detalles descorazonaron al Espía, que siempre apreciaba las vías francas de escapatoria cuando se enfrentaba a lo desconocido.

En medio del patio ruinoso, hundido varios centímetros en el fango, observó los tejados musgosos, los socavones y las estatuas rotas, los jardines infestados de malas hierbas y las fuentes taponadas por las algas, y no fue capaz de hallar demasiadas diferencias entre la morada de Mock y cualquiera de las ruinas mejor conservadas del páramo.

—Bueno, vaya plan —dijo. El perro gruñó en asentimiento.

—Ya te digo, este sitio me pone los pelos de punta —añadió el Buhonero como quien no quiere la cosa.

Un destacamento de sirvientes enfundados en atuendos negros salió para encargarse de las mulas y conducir a los viajeros al interior del torreón principal. Uno de ellos hizo el amago de atar al perro, pero el Espía lo disuadió con una mirada helada y penetrante. Dentro se quitaron los abrigos empapados y les hicieron sentarse a una gran mesa en el vestíbulo central. Créanme si les digo que se trataba de una cámara sombría, de piedras mohosas y agrietadas, armaduras criando óxido, banderines comidos por las polillas y en descomposición. El olor a humo y enmohecimiento era intenso.

Enseguida descendió el Conde la gran escalinata flanqueado por sus comedidas hijas de cabellera metalizada, Yvonne e Irina, que guardaban un parecido familiar con la mujer que merodeaba por el templo. El Conde Mock era un esqueleto renqueante,

bastante anciano y calvo; tenía la barbilla retraída, los ojos entelados como los de una serpiente, y babeaba.

Los tres iban de negro.

Los taciturnos criados irrumpieron con bandejas de asado correoso, patatas y un vino barato y picado. Irina le metía la comida en la boca a su padre y le enjugaba los labios exánimes con una servilleta. Yvonne conversó en nombre del Conde e hizo muchas preguntas sobre su mercancía al Buhonero, le interesaba saber sobre todo si había traído el tabaco de llano que tanto le gustaba a su padre. Ni una ni otra demostró ni una pizca de interés en los acontecimientos del reino o en el resto del mundo.

Ni una ni otra se dirigió al Espía, tan adecuado era su bajo estatus como para ser un sirviente del Buhonero; sin embargo lo examinaron a hurtadillas mientras comían. Por su parte, él se mantuvo en silencio salvo para murmurar algunos superlativos referidos a la carne recocida y las patatas duras como piedras. A lo largo de aquella charla informal se enteró de que los Mock comandaban la avanzadilla encargada de pacificar a los bárbaros locales ciento cincuenta años atrás y que fueron recompensados con un título cuando las cosas se calmaron. Por lo visto, no había ocurrido nada interesante desde aquellos días gloriosos.

Nadie hizo alusión alguna a enanos y el Espía no juzgó oportuno traer el asunto a colación en una conversación de sobremesa. Especialmente, después de que el semblante pánfilo del Conde se animase para clavarle la mirada y chillarle: «¡Corred si queréis salvar la vida! ¡Corred!». A lo que siguió un acceso de tos y ahogo, luego un retorno a su silencio vacuo.

Durante los postres, pudín de sangre y dátiles, Yvonne le dijo al Buhonero:

—Es curioso que llegue usted en esta víspera de vísperas, buen Buhonero. Hemos consultado el calendario y las nieblas de la temporada en previsión a su visita, la cuarta a nuestra humilde hacienda.

El Espía, cauto como un zorro cerca de la caseta de unos perros lobo, comió y bebió en modestas cantidades y, luego, una vez lo dejaron en la habitación donde pasaría la noche (en lugar de los establos, como deferencia hacia el Buhonero), registró de inmediato los aposentos en busca de peligros que habrían sido inimaginables para invitados corrientes. En cuestión de minutos descubrió un bloque suelto bajo la cama que sin duda ocultaba un resorte de rejones y mirillas practicadas en la fea tapicería junto al guardarropa. Consideró que se encontraba sin duda en una situación apurada y únicamente halló consuelo en el hecho de no haber visto ningún guardia y en que los sirvientes no tuviesen pinta de ser soldados bien entrenados.

La noche fue avanzando y los pasillos quedaron en silencio. Se deslizó fuera de su cámara con el perro pegado a él. Hombre y can merodearon por pasadizos enrevesados y en penumbra, huecos de escaleras atravesados por frías corrientes, husmeando en habitaciones y antesalas —en busca de *qué*, eso ya no lo tenía tan claro el Espía—. Las palabras de las hermanas sobre cómo habían previsto la llegada



del Buhonero lo angustiaban, al igual que el semblante aterrorizado del Conde durante sus interludios de lucidez. Estaba claro que el noble había aprobado el templo pagano, de lo contrario lo habrían quemado y arrasado hasta los cimientos; y también estaba claro que existía una conexión entre el templo y el Enano, dado que todas las historias sobre cuevas y montañas, todas las pistas que apuntaban a aquel retaco chantajista conducían a aquel castillo.

Fue descendiendo, junto *con* el perro, de una sombra a otra internándose en las bodegas. No encontró guardias en su camino, aunque las oquedades habituales y otros útiles para el almacenamiento de vino aparecían descuidados, invadidos por la humedad, y el espacio evidenciaba haber servido como mazmorra. Atravesó sigilosamente una serie de celdas vacías y una sala polvorienta provista de una doncella de hierro y una mesa de disecciones, a continuación dejó atrás un arco bajo apenas más ancho que sus hombros y prosiguió por una escalera curva hacia abajo. El subsótano estaba, como era de esperar, más húmedo y oscuro que el resto de la siniestra fortaleza, iluminado por antorchas espaciadas y faroles sucios en nichos cóncavos. Goteaba agua y pequeñas corrientes fluían entre las grietas del suelo y hacían peligroso pisar las piedras erosionadas. Los murciélagos chillaban y aleteaban inquietos.

De algún punto más adelante llegaba el ritmo grave de un cántico.

El Espía tuvo la fastidiosa e inoportuna sensación de andar sonámbulo o de estar atravesando un sueño muy vivido que se transformaba a toda velocidad en una obscena pesadilla.

*¿De qué han dicho que era la carne de la cena, de ternera? ¡Qué ingenuo!* La voz siseó a su izquierda desde la profunda oscuridad y el Espía estuvo a punto de rodar escaleras abajo, tal fue el susto. Escrutó sin descubrir a nadie apostado allí, tampoco oyó más susurros, así que pronto comenzó a preguntarse si sus nervios no le estaban jugando una mala pasada. Entretanto, llegó a un rellano y atravesó un angosto túnel. El camino lo llevaba cada vez más cerca del cántico y los pelos de la nuca se le erizaron. Las palabras se parecían al latín y a la vez a un idioma completamente distinto. A pesar de que era incomprensible, proyectó en su mente imágenes de repulsivos nidos de lombrices y de un río compuesto por gusanos culebreantes y coágulos, de él mismo y la mujer del templo acoplándose en una caverna demoníaca mientras la boca desdentada de un coloso descendía sobre ambos y los engullía.

Maldijo y se mordió la lengua hasta sangrar, continuó avanzando.

El túnel desembocaba en una pequeña garganta al otro lado de la montaña. La zona estaba iluminada por una hoguera cerca de un dolmen levantado en tiempos inmemoriales. En la construcción, constituida por cuatro lajas verticales de prodigiosa envergadura y coronada por una última losa encima, se habían grabado runas similares a las de muchos megalitos bárbaros y túmulos del páramo. En el suelo, a un lado de la entrada, había una roca en la que se incrustaban unas esposas y unas cadenas.

La hermosa mujer del templo yacía desnuda, atada de pies y manos. Miraba con serenidad la hoguera y las siluetas encapuchadas de negro de los asistentes. Había trece figuras con túnicas y capuchas, y el Espía sospechó que debían de ser los sirvientes del castillo, reunidos para participar en un sacrificio sangriento.

Él y el perro observaron este espectáculo desde un saliente situado a unos cuarenta y cinco metros de distancia. Se pellizó con la secreta esperanza de despertar de aquel horrendo sueño, y es que tenía que ser un sueño, porque tal confluencia de acontecimientos malignos no podía, por lógica, tener lugar en un universo cuerdo.

Hasta la última brizna de ingenuo convencimiento de que el universo fuese de algún modo cuerdo se desvaneció, junto con gran parte de su propia cordura, cuando Yvonne e Irina se quitaron las capuchas y sacaron unas dagas puntiagudas. Irina sajó a la mujer maniatada desde el monte de Venus hasta la cadera con un prolongado movimiento de sierra. De la herida salpicó sangre. Los asistentes prorrumpieron en cánticos y la mujer gritó, sus alaridos fueron escalando octavas hasta transformarse en una carcajada cuyo eco atronó con gran potencia por las paredes del cañón.

Invocado por la risa, los cánticos, el copioso flujo de sangre que brillaba oscuro como la miel al resplandor de la hoguera, el Enano, ataviado con un ropón, emergió del dolmen dando brincos y haciendo piruetas. Se despojó de la toga poniendo al descubierto una carne color gris hígado que colgaba de su complexión como si se tratase de un sayo tejido con prisas y dos tallas más grande. Saltó hacia delante con violento ímpetu, agarró a la mujer encadenada y se contorsionó sobre ella. El Espía sintió náuseas, convencido de que el hombrecillo estaba despellejándola viva.

Entonces aparecieron los Mutilados reptando de las tinieblas para unirse a la fiesta. Ante aquella visión, el discernimiento del Espía se dobló, quedó acogotado y fuera de combate. Se estremeció y volvió atrás corriendo por el túnel.

## 5

**L**ogró regresar a los aposentos del Buhonero, el cuerpo magullado de caerse mil veces por las resbaladizas escaleras. El comerciante había estado durmiendo profundamente y su reacción atontada hacía suponer que había consumido alguna droga. Había comido y bebido muchísimo más que el Espía. Este abofeteó, sacudió y

amenazó al hombre, confuso, y lo arrastró fuera del castillo sin mulas, provisiones ni pago por el tabaco entregado al Conde y a sus hijas. Cruzaron a la fuga aquel paisaje desamparado. Finalmente, el Buhonero se sacudió el estupor de encima y se sumó a las continuas miradas atemorizadas atrás en busca de indicios de que los persiguieran.

Al alcanzar las inmediaciones de la aldea se recompusieron un poco y recuperaron fuerzas en el alojamiento del Espía en la posada. A salvo en su refugio, compartieron una botella de vino que el Espía había reservado con anterioridad en un armario y no tardaron en estar borrachos como cubas.

La oscuridad engulló la aldea. Los dos hombres, temblando de frío y nervios, se apretujaron frente a una bujía. El Espía, entumecido por los horrores presenciados y por la certeza de haber fallado a su querida hermana, agarró al Buhonero por un hombro y le confesó los motivos de su peregrinaje por el valle.

El vendedor terminó balbuciendo atontado:

—Espera, espera. ¿No eres un soldado de viaje ni un mercenario? El espía de confianza de la Reina... ¿No serás por casualidad hijo del Molinero?

Como le costaba levantar la cabeza y terminar frases, el Espía gruñó que así era, en efecto.

—Por todos los dioses —dijo el Buhonero, los ojos como platos.

Entonces le contó cómo una vez, siendo un joven comerciante novato que visitaba por primera vez el valle, se había perdido en las montañas durante una tormenta y se había refugiado en una cueva. El resplandor del acogedor fuego que prendió atrajo al Enano, así que pasaron juntos una larga tarde fumando del narguile de aquel e intercambiando chismes mientras el viento aullaba y los relámpagos quebraban el cielo. El Enano dijo ser un ermitaño que sobrevivía con sus trampas y recogiendo hierbas, y que habitaba diversas cuevas y chozas diseminadas por la zona.

Hubo una cosa extremadamente chocante que perturbó al Buhonero. Tal vez sus sentidos se vieran distorsionados por lo que fuese que contuviera el cacillo del narguile; en cualquier caso, se llevó un buen susto cuando en un momento dado pareció que el rostro del Enano se estaba derritiendo. Justo antes de perder la consciencia, el Enano le sostuvo la barbilla con una uña afilada como una cuchilla y le dijo que le entregase un mensaje al hijo del Molinero el día que se cruzara con él: «Aquí hay cosas espeluznantes, mozo. El tiempo es circular. Mi nombre no os salvará ni a ti ni a tu hermana. Nosotros, Los que Nos Arrastramos en la Oscuridad, te amamos».

El Buhonero se calló, perdido en sus recuerdos. Se le despejó la mirada y dijo:

—Al amanecer estaba solo. La tormenta seguía arreciando, así que me acurruqué en aquella cueva durante tres días y tres noches. Había otra caverna un poco más allá. Me di cuenta de que el Enano se había asentado allí mucho tiempo atrás por las ropas y el lecho descompuestos, un par de jarras y alguna pieza deslustrada de cubertería. Por lo demás, no quedaba sino polvo, telarañas y excrementos de murciélago. O eso pensaba, hasta que encontré un atadizo de tablillas de barro bajo una piedra suelta.

Estas contenían escritos y el diario de un peculiar naturalista expulsado de su comunidad. Los cargos que se le imputaban eran, entre otros, asesinato de niños, brujería y práctica de magia negra, cosa que el interesado negaba rotundamente en sus anotaciones. La gente le tenía miedo por su corta estatura, sus huesos contrahechos y afirmaba que era hijo de un hechicero. No fui capaz de seguir del todo su discurso, porque usaba un lenguaje complicado y el relato había sido grabado antes de que nuestros padres hubiesen nacido siquiera. Lo esencial de sus últimas entradas era que había trabado amistad con unos forasteros de otro reino o tribu que habían venido a visitarlo desde sus cuevas, situadas al otro lado de la montaña. Estos hombres conocían la abyección igual que un alfarero conoce su torno, y con el tiempo corrompieron al Enano y lo convencieron para que se uniera a su causa. ¿Dices que la Reina hizo un pacto con *este* demonio y necesita saber su identidad? Tiene sentido, dado que un Nombre Verdadero es un símbolo de poder. Bueno, pues yo lo contemplé en aquel momento. Su firma estaba inscrita en la lengua antigua en la cerámica. No lo pronunciaré, porque debe de ser uno de los muchos nombres del Príncipe de las Tinieblas.

Se inclinó para alcanzar pluma y pergamino y garabateó con mano trémula el nombre que había visto escrito en las tablillas.

—Qué nombre más extraño y feo —comentó el Espía, tan borracho que prácticamente todo se ondulaba en su visión borrosa.

Miró fijamente lo que el Buhonero había escrito y pensó con un regocijo sombrío que, en cierto modo, aquel nombre era de una coherencia perfecta, un ingenioso juego de palabras a propósito de la talla achaparrada del Enano y del hecho de que su carne estuviese arrugada como un abrigo. Un demonio bufón. Qué jocosos.

—Es un hombrecillo extraño y feo —respondió el Buhonero—. Aunque yo lucubro que el Enano pereció y que lo que recorre la tierra con su pellejo echado encima es algo completamente distinto.

—Si me sucediera lo peor, prométeme que llevarás el nombre del Enano ante la Reina. Por la mañana debo partir hacia la capital por el Camino del Oeste. Toma tú las sendas secundarias. Uno de los dos tiene que sobrevivir para dar testimonio.

—Por supuesto. Dios salve a la Reina —contestó el Buhonero.

—Dios salve a la Reina. Pero ¿qué dios?

La llama de la bujía parpadeó y se extinguió.

El Espía estaba tendido con impotencia sobre el cálido bulto del perro. El animal roncaba. El Buhonero roncaba. Una puerta chirrió, luego los maderos del suelo. Se oyó un goteo persistente y viscoso, el sonido de unos pies descalzos chapoteando. La negrura hedía a cobre y el corazón del Espía palpitaba a demasiada velocidad.

La voz de la mujer dijo a su oído:

—Nos encontramos de nuevo. Sí, el tiempo es un círculo hambriento y tortuoso que serpentea y reptas sobre la realidad. Se lo come todo, amado mío.

Él intentó hablar, gritar para dar la voz de alerta. Demasiado tarde.

El Buhonero se despertó en la fría luz gris del amanecer y descubrió que en la habitación sólo quedaban él y el perro. Había unas pocas huellas de pies sanguinolentas. Ningún otro rastro del Espía. Así que el vendedor partió a toda prisa de aquella condenada aldea llevándose consigo al apesadumbrado animal. Viajó día y noche hasta la extenuación para cumplir con la fecha prevista. Por milagros de la perseverancia y la providencia, logró llegar a la corte de la Reina y entregarle el mensaje pocas horas antes del fin del plazo. Después de eso, se esfumó del cuarto de invitados a pesar de la presencia de un contingente de guardias armados y jamás volvió a saberse de él.

Pese a las subsiguientes leyendas a propósito de la fatídica confrontación de la Reina con el Enano, la profecía de la criatura fue bastante certera: saber su nombre no la salvó ni a ella ni a nadie.

## CAPÍTULO DOS

*Érase una vez en el legendario México...*

(1958)

### 1

**L**a primera vez que Donald Miller estuvo a punto de morir fue mientras visitaba México, pero al poco ya no recordaba nada de aquel suceso, salvo en sueños que se disipaban instantes después de despertar. Sin embargo, su cuerpo sí lo recordaba. Su sangre lo recordaba, y también la negra savia de su subconsciente.

Había ido con su mujer de vacaciones de primavera a México D. F. La enésima visita de ella y la primera de él. Un colega de Michelle que tenía buenos contactos, un tal Louis Plimpton que había llevado a cabo una importante labor de investigación en la ciudad, movió algunos hilos y les consiguió una *suite* en un hotel internacional. Unas vistas fascinantes y elevadas del distrito ajardinado, sábanas de seda, toallas caras, fruta fresca, café del bueno, coñac y margaritas de bienvenida. Al atravesar la puerta doble en madera de caoba, Don tomó nota de las láminas de pizarra, las estatuas de mármol y los acentos con incrustaciones de oro, y alzó una ceja mirando a su esposa, que se limitó a sonreír y le advirtió que a caballo regalado no se le mira el diente.

Cada día comenzaba con un desayuno continental de múltiples platos seguido de visitas guiadas por los barrios históricos, comidas en terrazas de restaurantes, luego cenas y un espectáculo en el club del hotel, que traía a los talentos de Las Vegas para que convenciesen a los turistas con su canturreo de tomarse un par de rondas más. Los días eran sofocantes, las noches lánguidas. Hacían el amor con frecuencia y con una entrega redescubierta —se ataban uno u otro con pañuelos de seda, se vendaban los ojos y bromeaban con pagarle a una criada para que se les uniese—. Bebían demasiado y por una vez no hablaban de sus carreras ni de que, tras siete años de matrimonio, fuese hora de ampliar la familia, ni de nada que tuviera que ver con responsabilidades o sobriedad. Aquella parte del viaje fue de perlas, supuso para ellos una segunda luna de miel y duró una semana. Una de las mejores semanas en la vida de Don.

Una mañana, mientras yacían entrelazados y borrachos aún por los excesos de la noche anterior, Michelle recibió una llamada de —eso es lo que Don, a duras penas, fue capaz de discernir— Bjorn Trent, un profesor de la Universidad de México, a propósito de una excavación en unas ruinas cercanas, al sur de la ciudad propiamente dicha. ¿Se trataba de trabajo? ¿O más chorradas relacionadas con la tribu perdida por

la que se había ido obsesionando cada vez más a lo largo de los dos últimos años? Aunque lo cierto es que no tenía muy claro si quería decir *perdida* como los mayas o *traspapelada* por antropólogos que no hubieran sabido definir con exactitud los patrones de migración estacionales.

Si bien compartía el amor por lo críptico y por lo arcano, le preocupaba la intensidad con que investigaba Michelle. Las teorías científicas de pacotilla eran perfectas para que la comunidad académica la relegara a la categoría de chalada y lunática. Y bastante tenía ya con ser una mujer en un mundo de hombres...

No parecía que Don fuese a obtener respuesta. Michelle colgó el teléfono con energía, se despidió de él con un beso mientras se echaba encima algo de ropa y salía presurosa de la *suite*. No volvió a tener noticias de ella en dos días y dos noches. Este incidente habría de cambiar muchas cosas entre ellos, especialmente la dinámica de poderes que toda pareja comparte, aunque los efectos totales no se dejarían sentir hasta muchísimos años más tarde. Las cosas buenas se hacen esperar, o eso dicen.

Bien entrada la tarde del primer día, una preocupación real por lo que le pudiera haber sucedido comenzó a reconcomer a Don. Desempeñó el papel de esposo preocupado de manual: llamó a la universidad y recabó escasa información de una secretaria o becario malhumorado tras otro, ninguno de los cuales estaba interesado en lo más mínimo en su apuro, ninguno de los cuales conocía a nadie que se llamase Bjorn Trent. Por lo tanto esperó abatido, la corbata aflojada y en mangas de camisa, en el borde de la cama con el teléfono pegado a la oreja, encendiendo un cigarrillo con la brasa del anterior mientras el sol descendía y la *suite* iba ensombreciéndose hasta quedar a oscuras por completo, salvo por el fulgor ocasional de la punta del cigarrillo y la reverberación del alumbrado urbano que hacía leves remolinos en las paredes del dormitorio.

El tiempo empeoró, llegó el amanecer atravesando el bajo vientre gris de los nubarrones y los incendió de púrpura. El aire sabía a creosota y alquitrán quemado. Don se arrastró hasta un restaurantito que había en una esquina con la misma ropa con la que había dormido, tomó café solo y mordisqueó un trozo de uva rescatada de su biter mientras contemplaba atento el consulado, vacilando solamente porque aquella situación no era del todo impropia a la personalidad de Michelle. Se había marcado numeritos parecidos, si bien menos dramáticos, en otras ocasiones, pretextando luego haber estado tomándose unas cervezas con un viejo amigo o visitando un lugar remoto sin decir ni mu ni un «¿cómo te va?» al pobre timorato de Don. Cuando le daba por ahí, podía ser impetuosa como el viento y casi tan indiferente como este a los sentimientos de su marido.

Así que permaneció en la cafetería, sorbiendo su biter y observando la lluvia, a medio camino entre el hosco resentimiento de haber sido ninguneado frente al tal Bjorn y el temor de que hubiese sucedido algo terrible —un accidente, un altercado con los soldados o la policía, que estuviese medio inconsciente en la cama mugrienta de un hospital o atrapada en la cárcel de un pueblo, aguardando desesperada a que

fueran a rescatarla—. Oscilaba entre el enfado y la inquietud. Una paloma alzó el vuelo y se le cagó en un zapato.

Finalmente, pagó la cuenta, paró un taxi y se dirigió hacia la universidad, decidido a investigar por su cuenta. Tal vez la disposición de aquellas secretarías intratables y de aquellos becarios rezongones se dulcificase cuando tuvieran delante el rostro barbudo y de ojos enrojecidos de un marido consternado.

Pero por lo visto no. Se pasó ocho horas frustrantes recorriendo el laberíntico complejo de túneles y oficinas, escalando y descendiendo por las principales jerarquías universitarias para terminar aterrizando en el subsótano, en el cubículo del auxiliar de un auxiliar de una especie de encargadillo de una rama semidesconocida de la burocracia.

Aquel cuartucho estaba mal iluminado y hacía más calor que en una sala de calderas, lo que —teniendo en cuenta la ubicación— significaba que probablemente el calentador funcionaba a toda mecha no muy lejos de allí. Un funcionario pálido le invitó a tomar asiento frente a un escritorio ocupado en su mayor parte por pilas de archivos y papelajos sin encuadernar. Allí estuvo esperando Don, abatido y desmoralizado, comenzando a perder el norte con el agravante, en gran medida, del temor que le producían los imaginados aprietos en los que pudiera andar metida Michelle. Estaba mordisqueando angustiado el extremo de su corbata y la soltó avergonzado al emerger de entre los montones de documentos un anciano austero que se sentó al otro lado de la mesa; de traje oscuro, silencioso, elegante y pálido como un pez de aguas profundas. Llevaba unas gafas diminutas que le daban a sus ojos un aspecto muy extraño. Hojeó los papeles que estaban en la parte superior de la pila más grande mientras se las ajustaba de continuo. Al poco, escudriñó a Don con la mirada fría y pétrea con que el ave examina al gusano y dijo en un inglés cultivado:

—Soy el *señor*<sup>[1]</sup> Esteban Montoya. Estoy al frente de la seguridad del campus. Necesita usted mi ayuda.

Don se fijó en la elección de la expresión «al frente», precediendo a la fórmula habitualmente interrogativa usada ahora como si se tratase de una afirmación, y los contornos tumularios del cuarto todavía se encogieron un poco más.

—Sí, soy Don Miller y mi...

El señor Montoya meneó un dedo:

—No, no. No me aburra. Ya me han hablado de usted, *señor*. También de su mujer. Ha estado molestando a mi personal durante horas. Haciendo preguntas. Ahora hago yo las preguntas. Empiece por el principio, *por favor* —no levantó el tono, se limitó a permitir que el silencio incómodo hiciera su labor.

—Mmm, bueno. Mi mujer ha desaparecido.

—Su mujer no ha desaparecido, *señor*.

—No la veo desde... —contó las horas con los dedos porque estaba demasiado cansado para fiarse de sus cálculos—. Hace más de treinta horas.

—Ya veo —la mirada fría y pétrea que le dedicó el señor Montoya revelaba que



no veía.

—Ni una simple llamada. Eso es lo que de verdad me tiene preocupado.

—Que se haya ido de compras o de turismo por nuestra maravillosa ciudad sin comentárselo siquiera. Tal vez le ha llamado mientras estaba usted fuera del hotel.

—Las llamadas se desvían a recepción cuando no estoy allí. Hace una o dos horas he ido a comprobar si había llamado. Todavía nada.

—Ya veo.

—¿Seguro?

—Francamente, *señor*, creo que a lo mejor se está preocupando sin motivo.

—Bueno, no sé qué es lo que harán por aquí en estos casos, pero de donde yo vengo...

—San Francisco, Estados Unidos.

—Eso es. En Estados Unidos, si la esposa de uno sale por la mañana y no regresa en treinta horas, avisamos a las autoridades competentes. Significa que algo marcha mal.

Don estaba encendido y su cólera iba en aumento. El semblante sereno y condescendiente del oficial casi le hizo desear que le hubiese sucedido algo a Michelle (¡Dios no lo quisiera!). No quería ni imaginarse la insoportable arrogancia del hombre cuando ella apareciera pavoneándose, tan campante.

—Vaya. Eso es lo que hace usted en Estados Unidos. ¿Es que no es la primera vez que sucede?

Don vaciló.

—Eeh... no de esta manera.

—Así que no es la primera vez que sucede.

—Pero ¡treinta horas! ¡Y ni una llamada! ¡Y aquí no hay nadie que haya oído hablar siquiera del profesor Trent! ¿Cómo es eso posible?

—Su esposa es antropóloga. Bien considerada. ¿Y usted, *señor*?

—¿No me ha dicho que ya lo sabía? —se miraron el uno al otro fijamente. Don suspiró—: Geólogo. Trabajo para AstraCorp.

—No es muy emocionante.

—No, no lo es. Bueno, *a veces*. Lo de las excavaciones. Eso puede ser peliagudo.

—Claro —el señor Montoya garabateó algo con el cabo de un lápiz. Se quitó las gafas. La agudeza de su mirada hacía pensar que las gafas funcionaban como simple complemento—. ¿Ha dicho profesor Trent?

—¡Sí! ¡Gracias a Dios! Ya pensaba que o me había vuelto loco yo o todos, en este lugar. Sí, profesor Trent. A usted le suena.

—Por supuesto. Trabaja en Ciencias Naturales.

—Genial. Si lo encontramos, encontraremos a Michelle. Están investigando unas ruinas. Creo que no me dijo de cuáles se trataba...

El viejo cloqueó para mostrar su desaprobación.

—¿Dejó que su esposa se fuese con el profesor Trent? *Muy mallow*. Es muy

atractivo. Es sueco.

—¿Sueco?

—Sí, señor. Sueco. El profesor Trent es muy popular entre las *señoritas*. El cuerpo docente sabe que debe mantener a sus esposas bien alejadas de él.

Parecía imposible que Don estuviese oyendo estas palabras de labios del oficial; se asemejaba demasiado a un sueño, como si se hubiese quedado dormido en el hotel y estuviera simplemente en el paroxismo de una pesadilla; de un momento a otro Michelle encendería las luces o se metería en la cama y lo despertaría para explicarle sus aventuras.

El señor Montoya esperaba impertérrito.

Don apretó las mandíbulas.

—Muy bien. Si no quiere ayudarme, iré a la policía. No quería meterlos en esto, no pretendía armar un escándalo, pero si no queda más remedio...

Se levantó y se alisó la chaqueta.

—Espere. A lo mejor nos hemos apresurado —se deslizó las gafas sobre el puente de la nariz para recolocárselas y sonrió, una sonrisa no particularmente alegre, pero uno o dos grados más cálida—. No lo entiende. La policía es... Por decirlo así: de poco fiar. Si no les da dinero no harán nada. Como dicen ustedes en América, *se sentarán sobre sus manos*.

—Pues sí, así es como lo decimos.

—Yo le ayudaré. No quiero llevarme la fama de haber tratado con descortesía a un invitado —Montoya dio unas palmadas con vivacidad, marcó un número de teléfono y comenzó a hablar en español a toda velocidad con quienquiera que hubiera contestado. La conversación concluyó enseguida. Le dijo a Don—: Tengo amigos en la policía. Están jubilados, así que tienen tiempo de sobra para echarle una mano. Tenga, le doy su dirección. Vaya a verlos y lo escoltarán, lo ayudarán con los lugareños, sortearán cualquier dificultad que se presente. La ciudad es hermosa. También es peligrosa para los extranjeros, especialmente después de que anochezca. Estos hombres, socios míos, impedirán que le hagan daño.

—Es muy amable por su parte, señor Montoya. Tal vez debería hablar con el cuerpo docente... El supervisor de Trent. Como le he comentado, no estoy seguro siquiera de qué ruinas han ido a visitar.

Montoya descolgó el teléfono. Habló velozmente y con impaciencia, o esa era la impresión que daba, y garabateó más notas simultáneamente sin dejar de sostenerle la mirada a Don y sin que aquellos ojos fríos pestañearan.

—Mis disculpas, señor Miller. La mayor parte de la plantilla se ha marchado a casa por hoy. La secretaria del profesor Trent me ha proporcionado un itinerario. Desafortunadamente, no hay ningún listado de yacimientos y no estoy al corriente de esas ruinas misteriosas a las que usted alude. En esta ciudad hay muchas atracciones insólitas —arrancó un trozo de hoja de su libreta y se la tendió—: Algunos de estos establecimientos son célebres. Creo que necesitará a Ramírez y Kinder.

A Don no le quedaban muchas otras opciones, confundido como estaba por la seguridad y rotundidad de la afirmación de Montoya. Humillado, le dio las gracias al anciano y pasó media hora deambulando por aquel laberinto subterráneo antes de empujar una puerta de servicio sin cartel alguno que se abrió a un suave y violáceo crepúsculo. Cogió un taxi y se lanzó a la búsqueda de los policías, como Montoya le había indicado. El conductor se estremeció al recibir la dirección y masculló algo disconforme, pero metió la marcha y recorrió dando bandazos el laberinto comprendido en la superficie de las calles de la ciudad. Mientras *tanto*, Don se enjugaba los regueros de sudor que le corrían sobre las mejillas y se agarraba al tirador de la portezuela como si le fuera la vida en ello.

El taxi lo dejó en un barrio extraño y bastante mal iluminado de un distrito que no habría reconocido ni a plena luz del día. La calle estaba sin pavimentar, y un polvo blanco que se volvía gris con el rápido oscurecimiento lo cubría todo. Un gato se escurrió entre las malas hierbas que crecían en las grietas de la acera, una bandera mexicana crujía flácida en su soporte en la barandilla de un balcón abandonado. Le llegaron débilmente los sonidos de un hombre y una mujer gritando, fragmentos de música y risas enlatadas de un programa radiofónico que escapaban por una ventana a siete u ocho pisos, la única en la que se apreciaban luces encendidas. Aquello era inquietante —Don estaba más que acostumbrado al ajetreo de la gran ciudad, al atropellado barullo de millones de ciudadanos apretujados como un hervidero de hormigas—. Aquel silencio, aquella vacuidad, eran antinaturales; se trataba de algo claustrofóbico y ensordecedor.

Espió el titilar del paisaje urbano a través de edificios de ladrillo vencidos y destartados. Las luces del centro parecían tan remotas como las constelaciones que se unían glacialmente sobre su cabeza. Aquel resplandor celestial le permitió fisgonear por la avenida irregular y discernir a duras penas los números de los edificios. Ninguno llevaba nombre, sólo números atornillados o pintados sobre yeso o madera, como mucho. Las callejuelas eran bocas negras y cavernosas, y exhalaban olores de orín y podredumbre; los ojos y la nariz se le humedecían, se cubrió la boca con un pañuelo. Alguien le susurró desde las sombras. La tapa de un cubo de la basura traqueteó al pasar rodando a toda velocidad por delante de él.

—Ay, Michelle —dijo.

Reanudó su camino, por peligroso que se le antojara, y enseguida estuvo convencido de que había encontrado la puerta correcta, porque estaba hecha de madera podrida, la pintura blanca se descascarillaba como piel muerta, y porque era la única que, a diferencia del resto, presentaba rajaduras entrecruzadas, pintadas desvaídas y dos o tres ventanas provistas de rejillas de hierro. Sin embargo, no tenía pomo; la puerta encajada exacta en el marco, una cerradura oxidada esperaba una llave que Don no tenía. Le avergonzó el pánico que ascendía con la ligereza del helio por todo su cuerpo, pero el individuo del callejón volvió a llamarlo en voz un poco más alta, y fue entonces cuando se fijó en un interfono con las letras del cartelito descoloridas;

no se divisaba ningún taxi, nada más que acres y acres e hilera tras hilera de ominosa arquitectura. Así que comenzó a apretar botones. Tras unos instantes, y después de que le colgasen, le respondiesen sin demasiado sentido y de algunos silencios estáticos, un timbre zumbó en las entrañas del edificio y la horrenda puerta blanca se abrió con un chasquido, franqueándole el paso.

Por dentro tampoco encontró tirador.

—¿Pero qué...? —dijo. Su voz reverberó desagradablemente por las paredes.

Se halló en un vestíbulo recóndito de un olor tan pútrido como el callejón, iluminado por una luz entre roja y verdosa proveniente de una abertura a lo lejos. El suelo era de aglomerado y estaba medio arrancado, la pizarra y la grava regadas de vidrios rotos, envoltorios de plástico y octavillas desmenuzadas. Las paredes eran suaves y estaban agujereadas, el armazón oxidado a la vista. Una escalera desvencijada de metal ascendía en espiral hasta perderse en el fulgor verdirrojo. El programa radiofónico que había oído fuera producía ecos que llegaban desde los invisibles niveles superiores, amortiguado.

Teniendo en cuenta que no estaba bajo la helada mirada del señor Montoya, todo aquel asunto parecía cada vez más mala idea. Aquel era la clase de sitio en el que los vagabundos podían tenderle una emboscada a un puto americano tonto del culo para pedir rescate por él, o simplemente matarlo y tirarlo a una zanja. Se preguntó seriamente si no sería preferible aventurarse en las calles sin iluminación y buscar una comisaría o una cabina telefónica para contactar con el consulado e implicar a las autoridades superiores. Sin embargo, estaba aquel pequeño inconveniente de la puerta sin pomo ni método visible para salir del mugriento vestíbulo.

Mientras andaba perdido en estas cavilaciones, el estrépito de una pesada puerta abierta de par en par de golpe se propagó escaleras abajo y la música y las risas enlatadas triplicaron su volumen. Al poco se aproximaron ruidos de pasos y crujidos. Pasaron unos minutos. Desde las tinieblas de las alturas, un hombre dijo:

—¡Eh, *gringo!* ¡Sube cagando leches, *pronto!*

—¿Quién habla? —respondió Don, no tan cándido como para seguir andando a oscuras sin comprobar primero la identidad de su interlocutor. Rescates y zanjas, rescates y zanjas. Quizás ya era demasiado tarde.

—Mira, *amigo*: este es un barrio peligroso. En el callejón hay algunos *muchachos* que están deseando degollarte o follarte con dulzura ese culo blanco que tienes, y de un momento a otro intentarán echar la puerta abajo. Esta noche no tengo ganas de juerga. ¡Vamos!

El acento del hombre no sonaba hispano, y Don recelaba hasta que recordó que Montoya se había referido a sus contactos como Ramírez y Kinder. Desde el punto de vista etimológico, Kinder era lo más caucásico que se puede echar uno a la cara, y eso bastó, más aún angustiado como estaba por la previsible aparición de aquellos matones que querían follarse su culo blanco con dulzura o degollarlo, o primero una cosa y luego la otra. Alguien golpeó la puerta y arrastró lo que parecía un punzón o

un cuchillo por la superficie de madera. Don subió los escalones hasta el segundo piso en tres o cuatro zancadas. Se detuvo a pocos centímetros de un individuo con turbante, camiseta de seda con cuello de pico, bombachos de algodón y sandalias roñosas.

El tipo era extraordinariamente pálido, como si hubiese donado un cuarto de litro de sangre más de lo que le convendría, y sus ojos emitían un destello azul como pedazos de hielo. De complexión enjuta, la nariz se le curvaba lo justo para darle carácter en lugar de hacerlo repulsivo. Su voz era ronca y desabrida; la voz de un bebedor.

—Sí, eres tú. Yo soy Ramírez. Sígueme.

A Don no le dio tiempo de reflexionar sobre el desarrollo de los acontecimientos y Ramírez se giró y comenzó a subir con la velocidad y la agilidad de una cabra montesa, indicándole por encima del hombro al llegar al quinto piso:

—Pégate a la pared, niño. Algunos de los soportes se han ido aflojando. Hay una buena caída.

Don, empapado en sudor y alucinando por la extenuación, no pudo responder porque se estaba asfixiando. No obstante, se agarró a la pared de mil amores. Habían pasado dieciséis meses desde su última excavación y había visto decaer su vigor hasta el punto de que la barriga comenzaba a sobresalirle ligeramente por encima del cinturón. Michelle no le había hecho ningún comentario, aunque él sospechaba que no la pillaba por sorpresa.

En el séptimo piso, Ramírez lo condujo a través de la casi total oscuridad hasta un estudio astroso. Colgajos de papel pintado en las paredes y bombillas pendiendo directamente de cables de un techo manchado de humedades. Un radiador traqueteaba y se sacudía bajo la única ventana de aquella celda carcelaria. En un rincón había una estufa y un frigorífico antiguos cubiertos de moho. Un sofá de vinilo que había ido perdiendo el relleno de una parte y dos sillas de madera componían todo el mobiliario. Había cajas de periódicos apiladas hasta la altura de la cintura, con una capa de aquel polvo blanco en la superficie. El suelo era casi de madera vista, mellado, rugoso y manchado. Una mujer desnuda yacía desmadejada sobre un montón de mantas cerca de la nevera. Roncaba. Una cucaracha hacía equilibrios sobre su cadera mientras se acicalaba las antenas. En la pared de enfrente, un tapiz representaba a una princesa azteca desnuda y un jaguar. La ruina se cernía sobre un horizonte púrpura, su sombra agusanada proyectaba una herida en el hombro desnudo de la princesa.

Un hombre orondo vestido con un sarape estaba sentado en una de las sillas. Su pelo era negro con reflejos azulados, espeso, abundante y largo hasta la cintura. Estaba encorvado sobre un largo cuchillo primitivo de piedra, pasándolo por una piedra de afilar. Echó un vistazo a Don y reanudó su trabajo.

—Kinder, aquí tienes al *gringo* testarudo. *Gringo*, este es Kinder. ¿Quieres tomar algo, *amigo*?

Ramírez no esperó a que contestase, echó el pestillo y escudriñó por la mirilla, como si fuera posible ver un pijo en aquel rellano negrísimo.

—Vale, todo despejado. A veces los *pendejos* nos siguen. Entonces es cuando saco esto —sacó un hierro del nueve de una bolsa embutida entre dos pilas de cajas, lo esgrimió y lo volvió a colocar en su sitio—. Muy bien. Es hora de echar un trago —pasó por encima de la mujer, que roncaba, y alcanzó una botella de tequila de la estantería. La contempló con los ojos entrecerrados, luego sirvió un poco en un vaso sucio y se lo dio a Don. Él, contra lo que le aconsejaba el sentido común, le dio un sorbo. Donde fueres, etcétera. Ramírez dio un trago directamente de la botella, se restregó la boca con la manga y eructó—. Eh, Benny, ¿quieres el gusano?

—Nah.

Kinder escupió sobre la piedra y continuó pasando la hoja del cuchillo. Lo mismo podría haber estado agachado así junto a una fogata en la pradera. Los músculos de los hombros se estiraban y flexionaban visiblemente bajo la tela del sarape.

Don no fue capaz de distinguir si lo que había en el fondo de la botella de tequila era un gusano petrificado o un efecto de la luz.

—El señor Montoya dice que ustedes pueden ayudarme con mi problema. Dice que sois policías.

—Retirados —respondió Ramírez. No tenía pinta de ser lo suficientemente viejo como para haberse jubilado—. Montoya te ha enviado aquí. Ha sido una estupidez. Nosotros habríamos ido a buscarte. Pero da igual, *hombre*, da igual. ¿Cuál es el problema?

—¿No os lo ha contado?

—No, *amigo*. Montoya sólo nos ha dicho que un *gringo pendejo* estaba dándole la murga en su oficina y que nos ocupásemos de ello. Pues vamos a ocuparnos de ello. Tienes dinero, ¿no? Dólares americanos. No pesos.

—¿Cómo? Un momento, si me ha enviado con vosotros porque los policías me iban a sacar toda la pasta.

—Ya te digo si te la habrían sacado, esos cerdos. No te fíes nunca de los cerdos, amigo mío.

—Pero... vosotros queréis dinero. Y sois policías.

—Por supuesto que queremos dinero. Es lo que hay. Engrasa las ruedas para que rueden, *amigo*. Yo no soy un cerdo, eso lo dejé hace muchísimas lunas. Hazme caso, sé cómo piensan los cerdos. Estás mucho mejor con nosotros. Ahora estás con los ángeles. ¿O no, Benny?

Kinder escupió y pasó la hoja por la piedra.

—Bueno, tío. ¿Cuánto llevas? —cuando Don vaciló, Ramírez puso los ojos en blanco y chasqueó los dedos—. Vamos. ¿Cuánto?

—Mmm... Treinta y cinco, americanos. Como doscientos pesos.

—¿Que tienes... cuánto dices? ¿Treinta y cinco americanos?

—Treinta y cinco americanos.

—Échalo.

Esta vez, Kinder ni siquiera se molestó en dirigirle la mirada.

—Pero ¿qué coño estás haciendo aquí? —preguntó Ramírez. Le arrancó las gafas a Don.

—Montoya me ha enviado...

—Ah, me cago en todo. Ya, ya. ¿Por qué?

—Mi mujer. Ha desaparecido —le costaba formular las palabras. Tragó saliva y apretó las mandíbulas—: Puedo haceros un cheque por más dinero. O ir a buscarlo al hotel, o lo que sea. O, ¿sabéis qué? Olvidadlo. Siento haberos molestado.

—Tranquilo, no te enfades. Te estoy apretando las tuercas. Montoya nos dijo que te cuidásemos y es lo que vamos a hacer. Benny está enganchado a las reposiciones de Bob Hope. Después de que escuche su programa, charlamos. Llegamos a un acuerdo.

—Ha sido una mala idea. La peor. Gracias por el trago. Ya sé dónde está la puerta.

La sola idea de descender la escalera hacia una muerte segura aterrorizaba a Don, pero no iba a dejar que aquellos dos maleantes continuasen atormentándolo. Era muy probable que la policía se mostrase igual de poco comprensiva, pero si se veía obligado a llamar a la caballería, una caballería parecía la única opción viable.

—Espérate, espérate. Treinta y cinco tampoco es una miseria. No es mucho, pero es algo. No sé. A lo mejor puedo hacer una llamada. Además, si no voy contigo igual tropiezas y te rompes el cuello. Y a lo mejor a Montoya no le hace gracia. ¿Tienes alguna foto de tu mujer?

—Aquí tienes.

Don suspiró. La alusión a las escaleras acabó de rematarlo. Hurgó en su billetera y le tendió a Ramírez una instantánea de Michelle de pie en medio de un césped, con su vestido de verano azul, un mazo de *croquet* en la mano y un sombrero flexible que le oscurecía la cara.

—La Madre de Dios, esto sí que es una mujer atractiva —comentó en tono reverencial.

Corrió hacia Kinder y se la enseñó. Este hizo girar el cuchillo y lo deslizó bajo el sarape. Se levantó, destensó sus fornidos hombros y contempló a Don con una aversión neutral.

—¿A qué coño esperamos?

**E**l trío descendió hasta el vestíbulo, Kinder a la cabeza con una linterna de gasolina iluminando la marcha, Don en el medio y Ramírez detrás, dándose golpecitos contra la palma con el hierro del nueve. Salieron a la húmeda noche, cruzaron la calle, avanzaron en fila india hasta un solar desierto y se metieron en un garaje cerrado cuya llave llevaba Kinder. En el interior había montones de lona diseminados, maquinaria y coches averiados. Tiró del cobertor de un Cadillac descapotable color cereza. Don viajó en el asiento de atrás. Ramírez ocupó el lugar del copiloto y el otro se puso al volante. Ambos charlaron en español, mientras consultaban a la luz del salpicadero el itinerario dibujado que les había proporcionado la secretaria del profesor Trent.

Ramírez silbó.

—*Amigo*, algunos de estos lugares no son demasiado decentes. ¿Estás seguro de que tu esposa se metería en esos antros?

—No. Es la lista de Trent. Ella lo acompañó a ver unas ruinas.

—No entiendo. ¿Es un novio de tu mujer?

—No, por Dios. Mira, sólo son amigos. Ni siquiera eso: son colegas, como dos policías, ¿comprendes?

—Pero tío... estos sitios... Vale, vale. Tú mandas. Benny nos llevará hasta ahí sin problemas, ¿verdad, Benny?

Kinder pisó el acelerador, el motor del Cadillac emitió un ruido sordo y el viento desbarató el pelo de Don e hizo que le lloraran los ojos. Las luces del corazón metropolitano de la ciudad no se acercaron, sino que se deslizaron por un lado y fueron quedándose atrás a medida que el vehículo atravesaba rugiendo una serie de puentes y a continuación subía por una pronunciada carretera en zigzag. Edificios de multipropiedad, bloques de cemento e hileras de casas de metal corrugado coronaban el ascenso. Una buena parte del bloque parecía ser una cantina destartada. Coches aparcados en ángulos desordenados por todo el solar de tierra, por la cuneta y la carretera. Gente aquí y allá bebiendo, tambaleándose por el suelo, amándose o peleándose, imposible distinguirlo; decenas de personas, y todavía más alineadas sobre el tejado de la cantina como pájaros posados en un cable, las piernas colgando frente a un neón fundido que decía *Casa del diablo*. La luz provenía de las estrellas, de las puertas con forma de alas de murciélago y de una pértiga con una antorcha que proyectaba fuego medieval sobre la escena.

Don pensó que debía de haber una grave equivocación.

—No puede ser aquí —dijo.

Kinder aparcó en medio de la carretera. No había nadie más.

—Todo irá bien —afirmó Ramírez mientras saltaba por el lateral sujetándose el turbante con una mano. Le hizo una seña impaciente a Don—: No te quedes detrás de los perros grandes, *amigo*. Este no es lugar para cachorros.



—Esta no es la clase de sitio al que vendría mi mujer.

—No te asustes, cachorrito. Mientras Benny y yo estemos a tu lado, nadie te va a arrancar la cabeza. No te alejes, pégate a la pared: la caída es más peligrosa que la de esas putas escaleruchas.

Ramírez rio socarronamente, agarró a Don por un hombro y lo obligó a cruzar a empellones el solar embarrado, atravesar las puertas aladas e internarse en un cubil brumoso, sofocante, iluminado por una luz púrpura y repleto del humo de un pozo de fuego que se enroscaba y desenroscaba en la sanguinolenta atmósfera que recortaba las figuras de los allí reunidos, que se hacinaban junto al horno, siluetas sombrías que dejaron de beber, lanzar los dados y zorrear para clavar los ojos en Don. Un perro amarillo al que le faltaba un ojo le pegó un bocado, la dentadura podrida y la lengua colgando, y le arrancó un trozo de carne de la pierna, realizando el deseo tácito de la multitud. Los presentes soltaron la carcajada y las guitarras y las trompetas volvieron a la vida. Había pagado la entrada con su carne.

—Ja, ja, mira, Benny: está sangrando como un cerdo en la matanza. Mejor que te lo limpies, amigo. Estos chuchos suelen tener la rabia. Y los perros también, ¡jo, jo! Anda, dame algo de pasta —y cogió los billetes que Don le tendía a ciegas.

Lo encajaron en una silla en un rincón, él siseó de dolor mientras la pernera se le empapaba de sangre y trataba de enjuagarla con un pañuelo. Demasiada sangre.

—¡Ay, caramba! El perrillo se le ha llevado un buen cacho —comentó Ramírez, y le puso a Don una botella de cerveza caliente en la mano—. Bebe, ¡te vendrá bien!

Don tragó, y mientras lo hacía, Ramírez se rio con estridencia y le echó un chorro de *whisky* de una botella que había destapado directamente sobre la herida rezumante. La fiebre bailó una tarantela en su cerebro y estuvo a punto de caerse de espaldas de la silla. Ramírez lo sostuvo.

—Sssh, *amigo*. No muestres debilidad. Tienes que ser fuerte, tienes que tener *cajones*. En este pueblo el hombre es un lobo para el hombre, ¡jo, jo!

A Don no le cupo ninguna duda de que esta vez en concreto la había cagado por todo lo alto. En lugar de salir del agujero había continuado cavando en dirección a China. Apoyó la frente sudorosa sobre la mesa e imploró que el lacerante dolor de la pantorrilla disminuyese, que las hienas se esfumasen dejando una nubecilla de humo tras ellas, que todo aquel pantano se disolviese y revelase no ser más que el efluvio de una pesadilla. Nada de esto sucedió. En lugar de eso, Ramírez le masajeó los hombros mientras alzaba la botella con la mano libre, engullía cantidades inhumanas de tequila y barboteaba lo que debía de ser la versión masacrada de una nana mexicana.

Kinder volvió acompañado por un par de hombres.

—Buenas noticias, gringo. Estos muchachos saben dónde han ido la chica y su novio.

—¡Que no es su novio, me cago en la puta!

—¿Pero a ti qué te pasa? Estamos de suerte —Ramírez sacudió a Don sin

demasiadas contemplaciones—. Abre los ojos, atontado. Clubbo y Günter te acaban de traer la buena nueva. Dame tu cartera —le arrebató lo que le quedaba de dinero y le embutió la cartera desinflada en el bolsillo de la camisa. Bajó la mirada y denegó con tristeza contemplando la sangre que cubría el suelo—. Tío, te ha dado un mordisco de la hostia. Vas a tener que ir a ver a un veterinario.

Clubbo era un cubano de pelo plateado vestido con una camisa blanca y un collar de conchas marinas (Ramírez explicó que su amigo era desertor de las fuerzas revolucionarias de su isla natal), Günter era europeo. Llevaba el pelo casi tan largo como Kinder, pero de un rubio ceniza, y una barba espesa y rizada. Vestía chaqueta y pantalones de cuero y parecía un ostrogodo recién salido de una máquina del tiempo, como si lo hubiese dibujado Frank Franzetta pero sin la espada en la mano ni la dama núbil abrazada a su pierna. Se había tatuado calaveras en los nudillos y un brazalete de púas le adornaba la muñeca izquierda. Kinder dijo algo sobre un encierro en un gulag ruso.

Ninguno de los recién llegados abrió la boca. Después de pasear la mirada sobre Don, clavaron los ojos en el dinero que Ramírez tenía en la mano. Este les dio una parte a cada uno. Ellos endurecieron el semblante y se embolsaron el botín. Una camarera con las tetas al aire, más flexibles que el sombrero que llevaba Michelle en la instantánea, se les acercó contoneándose con una bandeja de cervezas y otra botella de tequila; todos echaron un trago, incluido Don, que puso reparos y trató de rechazarlo, pero Kinder le tiró la cabeza hacia atrás agarrándolo del pelo y Ramírez le endiñó la medicina a la fuerza partiéndose de risa mientras el americano tosía, se asfixiaba y se debatía.

—Así que tu chica es científica y tal —preguntó Ramírez, y se bebió de un trago otro chupito del brebaje. Parecía un demonio albino, y la piedra que llevaba en el centro del turbante brillaba como un tercer ojo, avivado por el fuego interior del Mítico Rubí Ray—. Sí, esa es la pregunta del millón. ¿Por qué anda perdiendo el tiempo en las ruinas, eh? A los de aquí no nos hace gracia que una gringa figonee entre nuestras ruinas. No, no.

—A lo mejor sólo ha ido a echar un polvo —dijo Kinder echando una ojeada hacia la puerta, una mano escondida bajo la mesa como si esperase que John Wayne irrumpiese de un momento a otro abriendo fuego.

Don se rio como un loco, la rabia le cegó un instante. Se abalanzó por encima de bebidas volcadas, aplastó nachos y botellas de cerveza medio llenas y le dio un puñetazo en la boca a Kinder. De joven había boxeado un poco, y el golpe fue más o menos decente, enviado desde atrás, a la altura de la cadera, y lanzado con la inercia de una cadena desenrollada hasta impactar secamente. La clase de golpe que, asestado con guantes de doce onzas, podía tumbarle a uno. Fue un trompazo brutal, con los nudillos al descubierto. Como si golpease un saco de arena.

Ramírez y Clubbo lo contuvieron. Cada uno le clavó un pulgar bajo las clavículas y Don perdió casi por completo la sensibilidad en los brazos y el pecho.

Kinder titubeó y se limpió con serenidad una gota de sangre del labio partido.

—No te gusta que hable así de tu *puta*, ¿eh? Bueno, bueno, lo siento, *gringo*.

Don volvió a saltar y de nuevo los hombres lo contuvieron, aunque esta vez Ramírez le soltó un puñetazo en el corazón y Don perdió la visión por unos segundos, además del aliento.

Kinder esbozó una sonrisa cuando el americano dejó de jadear y sufrir arcadas.

—Discúlpame. A veces me olvido de que no todos son unos animales. Lupe — hizo un gesto con la cabeza a Ramírez—, ponle a nuestro *amigo* otro trago. Le hace falta. ¿Fumas, *amigo*? —se sacó un cigarrillo de una cajetilla blanca y lo encendió con una cerilla que raspó en la suela de la bota—. No, ¿cómo vas a fumar? Para andar arriba y abajo por esas excavaciones hay que estar fuerte —flexionó los bíceps con sorna—. Tanto fumar te deja sin fuerzas. Pero mira, las mujeres tienen el mismo efecto. No me pegues, *hombre*. Te estoy ofreciendo mi sabiduría. Las mujeres como tu esposa, esas que llevan pantalones y se pasean por ahí con apuestos desconocidos... con esas zorras hay que andarse con cuidado. No se preocupan más que de sí mismas, siento tener que decírtelo. Así funciona el mundo.

—Vete a tomar por culo —dijo Don, intentando sonar como Gary Cooper y quedándose, tal vez, en Andy Griffith.

Soltar tacos no era lo suyo, sin embargo, la ocasión parecía merecerlo. Los otros dos le habían liberado los brazos, pero se había calmado y se le habían pasado las ganas de darle una paliza al mexicano o morir en el intento. Su cólera disminuyó por efecto del cambio en la entonación de Kinder, por cómo se habían suavizado los toscos rasgos de su rostro hasta adoptar el aspecto de un entomólogo que se dispone a diseccionar un insecto. Como si se tratase de un geniecillo, le vino a la cabeza la cara de insulsa superioridad de Louis Plimpton.

—Vaya si fumo —le arrebató con torpeza un cigarrillo al estoico Clubbo y lo encendió con una vela porque los dedos no le respondían muy bien—. ¿Cómo sabes que excavo?

—Señor Miller, ¿qué le parece a usted? Montoya me lo ha dicho por teléfono.

—¿Sí? Una conversación corta de cojones.

—Montoya es conciso.

El dolor que sentía Don remitió hasta convertirse en una punzada sorda que se confundía en un fragor de luz y estruendo de fondo.

—Vosotros no sois policías.

—No se te escapa una —respondió Ramírez.

Kinder suspiró.

—Calla, Lupe. Mira, *amigo*. Todo va a ir bien. La *señora* está bien. Volverá a casa mañana como si nada hubiese sucedido. ¿Y si nos tomamos unas cuantas copas más y te olvidas de esa idea de correr por las colinas buscando a tu novia y al *pendejo* ese de Trent?

—¿Sabéis dónde está mi mujer?

—Sí, señor. ¿No puedes relajarte y tomarte la noche con tranquilidad? Deja que tus problemas se resuelvan por sí solos. Como ya te he dicho antes, estas mujeres caprichosas no dan más que disgustos. No tiene sentido correr detrás de ellas como un perro tras las gallinas.

—¡Yo propongo coger unas putas y meternos en un *donkey show*!

—Si no sois policías, ¿qué es lo que sois?

—No va atender a razones ni a lo de las putas —intervino Ramírez—. Ya nos lo dijo Montoya.

—Calla, Lupe —replicó Kinder.

—Tranqui, tranqui. Yo no digo nada.

—*Dirección Federal de Seguridad.*

—¿Inteligencia Mexicana? ¿Y vuestros trajes y vuestras placas?

—Confío en que sabrá guardar un secreto, señor Miller —Kinder echó una mirada fría, similar a la siniestra ojeada de Montoya, salvo por el hecho de que el mexicano estaba hecho un toro y llevaba un cuchillo lo bastante grande como para cortarle un brazo a uno—. Pues claro que sí. Es usted buena gente, Miller. Podemos ser amigos.

—Inteligencia Mexicana... Dios mío. Vosotros os encargáis de los malos de verdad.

—Sí, señor. Vamos a por los malos.

—¿Estáis vigilando a Michelle? ¿Por qué coño? ¿Eso es legal?

—Todo es legal en México, especialmente para nosotros, *estúpido* —dijo Ramírez, y se rio de aquella manera desagradable que le era propia—. Nosotros hacemos las normas.

—No vigilamos a la señora Miller. No es importante. Vigilamos al profesor Trent.

—Ah, ese cabronazo de mierda. ¡Cómo empiezo a odiar a ese hijoputa!

—Ese es el espíritu —dijo Ramírez mientras le palmoteaba un hombro.

—¿En qué ha metido a mi pobre Michelle? Oh, Dios, no tendrá nada que ver con los rojos, ¿verdad? La pondrían en la lista negra...

Ambos individuos intercambiaron miradas. Kinder comenzó:

—Nada que os incumba ni a tu mujer ni a ti. Se trata de un asunto interno, un asunto de seguridad de Estado. Vamos, acábate tu cerveza, que te llevaremos a casa. Mañana todo estará bien.

—Un montón de cosas estarán bien mañana —apostilló Ramírez.

—Lupe, me cago en la hostia, haz el favor de cerrar la boca.

—Vale, ya me callo.

—Ni de coña, *José* —dijo Don, un poco borracho, para acabar de redondear las cosas—. Michelle no va a pasarse otra noche haciendo quién sabe qué con el señor Sueco. No, señor. Insisto, agente secreto Kinder y compañero Ramírez y pistoleros, en que me escoltéis de inmediato hasta esas ruinas preciosas vuestras.

Dio un golpetazo sobre la mesa con la mano abierta.

—Pero, señor... ¿Qué va a hacer si los encontramos?

—Lo retaré a un duelo. ¿Alguien lleva un arma?

Se bamboleó en el asiento, Ramírez y Günter, uno de los susodichos pistoleros, lo sostuvieron.

—Ay-ay-ay —dijo Kinder, y miró de nuevo a sus amigos—. Así sea, pues. Montoya nos advirtió de que sería imposible convencerlo. Lupe, mis disculpas. Al coche, entonces. *Ándele*.

### 3

**L**os matones Günter y Clubbo ayudaron a Don a llegar hasta el coche, dado que las piernas no le respondían tras el chute de adrenalina, la pérdida de sangre y la bebida a espuestas. El trío se sentó en la parte de atrás, Don encajonado entre ellos con la cabeza sobre el hombro de Clubbo. El hombre olía bastante bien; una mezcla de alcohol, humo y loción para después del afeitado. Don pasaba por períodos de consciencia e inconsciencia mientras Kinder pisaba a fondo y se embalaban por una carretera sinuosa que los alejaba cada vez más de la ciudad en plena noche.

—Mi gente era celta —dijo Ramírez.

—¿Celtas? ¿En serio? —Don articulaba con dificultad—. Ya sabía que tenías algo distinto.

—Mi clan es especial. Somos ovejas negras de verdad. Nosotros estábamos metidos en el rollo chungo de verdad, *hombre*. Bailábamos al son de los viejos dioses negros.

—Música celestial —añadió Kinder con una voz cargada de melancolía—. Aquellos sí que eran buenos tiempos.

—No te pongas triste, *compadre*. ¡La rueda gira y gira para gloria y alabanza de la Vieja Sanguijuela!

Y este grito fue secundado por Kinder y los hasta entonces silenciosos Clubbo y Günter.

—A mi esposa le encantaría charlar con vosotros —comentó Don.

—¡Y tanto!

—¡Calla, Lupe! Este capullo es capaz de saltar por encima del asiento y partirte la cabeza —Kinder rozó los pedales y dio un giro brutal que les hizo dar un bandazo a

todos.

Tras recuperar la estabilidad y circular en calma durante unos instantes, Ramírez dijo como si hablase consigo mismo:

—Pues sí, sí: cuando cayó el Imperio Romano de Occidente en Britania, allí estábamos, clavándoles el machete a esos putos italianos. Nos peinábamos con estiércol y peleábamos con el culo al aire, pintados de azul y rojo. Nos prendíamos fuego, les cortábamos la cabeza a nuestros enemigos y hacíamos cuencos para la fruta con sus cráneos. En mi choza tengo uno, por cierto. Luchábamos con cobre, bronce y pedernal. Los hombres follaban entre ellos cuando las putas escaseaban y los perros salían corriendo al vernos. Todo el mundo salía corriendo al vernos. Así que no me toques los cojones.

Le lanzó una mirada furiosa por el retrovisor y Don le hizo un gesto desmayado con una mano.

—Nadie te toca los cojones —dijo Kinder.

Los matones pasaron un porro de marihuana hacia delante y el Cadillac atravesó arcos amplios y señoriales mientras pisaba las líneas de la carretera. Estaba demasiado oscuro para saberlo con certeza, pero parecía un paraje montañoso.

—Estoy bien —comentó Ramírez tras darle una viril calada al porro. Clavó los ojos en Don por el espejuelo—. Compórtate, cachorrito. Te estoy vigilando.

Algo enorme y oscuro tapaba las estrellas; allí acurrucado en el sobaco de Günter, Don se dio cuenta de que su instinto no le había fallado: estaban en la montaña. Incluso allí el potente Cadillac echó el resto bajo la sombra de una torre de piedra. El viento cálido se volvió denso, con un olor penetrante a polen y savia, una humedad empalagosa de sauna que de inmediato hizo que a Don se le pegase la camisa a la rabadilla y se pusiese a imaginar zigurats aztecas enguirlaldados por las enredaderas y la sombra terrible de un lagarto alado deslizándose sobre el arco iris, una princesa azteca, desnuda como el fuego, un nubarrón de tormenta flotando sobre su hombro; una nube de algo, en cualquier caso, una madeja deshilachándose a toda velocidad, chisporroteando envuelta en relámpagos. Gruñó, Ramírez soltó una risotada y entonces el coche se detuvo.

Don intentó escaparse en cuanto las puertas se abrieron; le pegó un cabezazo en la mandíbula a Günter y se lanzó contra Clubbo, derribando a aquel tío enorme a codazos y arañazos. A Günter el cabezazo lo descolocó tanto como a Kinder el puñetazo en la cantina. El matón agarró a Don por el cinturón y, con la ayuda de su compañero, lo arrojaron fuera del Cadillac. Don aterrizó boca abajo en el suelo y los dos bravucones le dieron unas patadas de cumplido en las costillas y en los muslos hasta que le faltó el aliento para gritar.

Kinder les ordenó que dejaran de pegarle.

Los hombres lo ayudaron a ponerse en pie y lo condujeron a la luz de los faros hasta una roca musgosa contra la que lo apoyaron. Todo sucedía como en sueños: alguien le desgarró la camisa y los pantalones; un tirón rápido y le sacaron el cinturón

y los pantalones; echaron la ropa dentro de un saco de lona que Kinder mantenía abierto. Don no ofreció resistencia; los brazos le pesaban como si fueran de plomo y le era imposible concentrarse.

En su delirio, en lo último que pensaba era en revolvele o en guardar rencor.

—¿Vais a secuestrarme?

Se les escaparon unas risas sofocadas y Ramírez le dio unas palmaditas en un brazo con cuidado de mantenerse a distancia del chorro de sangre que le manaba de la nariz y de los cuajarones aún goteantes de la pierna mordida por aquel perro furioso. Para Don, el muslo y el extremo de la pierna eran una masa repelente, tan inútil como la de un ciervo atropellado por un coche, pero a aquellas alturas sólo percibía una sensación levísima de dolor. Los insectos estridulaban en la densa maleza que los rodeaba. Piedras y gravilla por todas partes, el contorno en penumbra de un barranco justo donde ya no llegaba la luz de los faros; una cueva. Alguien había pintado un crucifijo invertido y una obscena cara de demonio en la roca blancuzca de la ladera, además de otras cosas, símbolos oscuros y glifos cuyo significado se le escapaba.

—¿Estas son las ruinas?

—En México hay muchas, muchas ruinas —Kinder sacudió el fardo y se lo tendió a Clubbo, que se dirigió al coche y lo tiró dentro—. Hay muchas maravillas. Siento decirte, *compadre*, que las ruinas de las que te ha hablado tu mujer no existen. No puedo llevarte a un sitio que no existe, así que te he traído aquí. Esta es la Cueva de los Antiguos. Un lugar muy, muy peligroso, si no sabes dónde pisas. Hay un agujero en la entrada. No muy lejos, nada lejos. Puede que un hombre como tú encuentre algo de interés en ello. El agujero no tiene fondo. Me pregunto si un agujero sin fondo es algo posible. Sería cuestión de comprobarlo, ¿no?

Don consideró fugazmente el pánico que debería estar corroyéndolo. Se sentía más que bien, flotando en una nube rosa. Aquellos hombres estaban a su disposición, solícitos a cualquier necesidad suya, y lo que él necesitaba era continuar flotando, sentir la brisa lenitiva recorriendo su piel húmeda. El rostro de Michelle emergió a la superficie de su conciencia y lo contempló con amorosa desaprobación, luego se evaporó y ya no volvió a aparecer mientras los hombres lo cargaban a hombros como a un gran campeón deportivo. Ramírez se adelantó con una antorcha que había ingeniado con un palo y trapos y, alumbrados por aquella luz extraña y rojiza, demonios, o sombras de demonios se engancharon a los zapatos de aquellos hombres, haciendo cabriolas sobre la tierra pedregosa.

La caminata duró siglos, las estrellas se endurecieron y se fosilizaron en el firmamento, y la sangre de Don cesó de gotear y se le estancó en las venas. Ramírez se puso a cantar cuando la pendiente del camino empezaba a ser más pronunciada y llegaban a la boca de una cueva; Don, a pesar de estar incapacitado física y mentalmente por completo, quedó asombrado por sus gigantescas dimensiones. Aquello se abría como las fauces dentadas del Uróboros, y lo que entonaba Ramírez era una canción fúnebre, sacrificial.

Penetraron en la cueva y caminaron por el túnel. El suelo era arenoso y pisaban de vez en cuando trozos de botellas rotas de antiguas juergas. Continuaron por un serpenteante pasadizo lateral y emergieron al rato en una enorme caverna. El techo estaba erizado de estalactitas y la antorcha se reflejaba en los depósitos de cuarzo y mica. Incluso para la disminuida percepción de Don la cámara transmitía una impresión arcana y maligna, un quiste en el tendón de granito de la montaña, y el miedo le atenazó el estómago. Aquel leve temor se calmó y silenció por obra de la droga que sus acompañantes le habían administrado en la cantina.

—Oh, mierda —dijo sin dirigirse a nadie en particular mientras lo tendían sobre una laja de piedra labrada con una suave concavidad en el punto donde estaba el eje y una serie de grabados profundos en la base. La superficie de la losa había sido pensada y diseñada para que se inclinase sobre el borde de un pozo. El pozo medía casi dos metros de diámetro. Exhalaba de lo más hondo un olor a podredumbre.

Los hombres encendieron más antorchas que fijaron en las paredes en candelabros de hierro ennegrecido. Se desnudaron todos de cintura para arriba y se pusieron máscaras de demonio o de animal, o de animal diabólico, y se unieron en un cántico perverso que acompañaban el viento soplando las cañas, el golpeteo de címbalos y las ululaciones agudas que rebotaban de la manera más alarmante desde una roca que había sido testigo de matanzas y un sinfín de escenas sádicas a lo largo de épocas como centinela y receptora de sangre.

Clubbo y Günter eran monos diabólicos, Kinder era un ave de presa con el pico amarillo y Ramírez se había calado un disfraz de murciélago monstruoso. Kinder se sacó aquella fea daga de piedra del cinturón y la sostuvo blandamente, como si se tratase de un picahielos. Ramírez blandió un tomahawk de piedra de aspecto igualmente brutal y bailó con desenfreno cerca del pozo meneando una antorcha resplandeciente en la otra mano.

El pavoroso cántico alcanzó un *crescendo*. Don contempló la posibilidad de forcejear, intentó flexionar la mano, trató de retorcerse para ponerse en pie, y comprobó que sus extremidades estaban más que entumecidas y cortocircuitadas, eran pedazos de carne sin nervios. Cerró los ojos y esperó. Entonces se produjo un interludio extraño e hipnagógico que debió de durar segundos o minutos y el canto se reanudó modificado, estridente y discordante. Cuando reunió fuerzas para mirar, contempló el asombroso espectáculo de Ramírez levitando como si fuera una marioneta a quien alzasen por hilos atados a sus pies, volando a continuación de espaldas en medio de la casi absoluta oscuridad de la caverna. Gimió lastimeramente, agitó con violencia la antorcha y se esfumó.

Don no fue capaz de ver al resto mientras sus chillidos se desvanecían en distintas direcciones. Sin embargo, la acústica era traicionera. Se quedó inconsciente durante un buen rato. Cuando se despertó, las antorchas se habían extinguido y estaba a oscuras. Su cuerpo y su mente estaban libres de la lasitud provocada por las drogas. Tembló violentamente por el frío y un terror de animal enjaulado, fueron momentos



duros.

Alguien susurró:

—Deja que la oscuridad te ciegue por dentro, Don. Hay aquí cosas espeluznantes.

Una familia que se dirigía al mercado se lo encontró dos días después en una carretera, cerca de un pueblecito sureño; lleno de cortes, moratones, acusando los efectos de la intemperie y con una brecha en la sien, al parecer motivada por una caída. Había perdido nueve kilos y había estado al borde de la muerte. Michelle llegó con la policía y unos agentes del consulado estadounidense. Incluso el doctor Plimpton cogió un vuelo y se presentó en el vestíbulo desesperado, reprendiéndose por una misteriosa razón que Don no pudo comprender en su confusión.

Michelle gimoteó, se tumbó a su lado en la cama y le besó mil veces, explicándole que había malinterpretado por completo sus últimas palabras la mañana en que se fue: el profesor Trent y ella no habían ido a visitar ningunas ruinas. No había tales ruinas. En lugar de eso, asistieron a una conferencia informal en la casa de campo de un científico alemán situada en las colinas. No había teléfonos, porque el individuo era un ermitaño contumaz. Al autobús se le había roto la junta de culata, así que los invitados tuvieron que esperar durante casi un día entero hasta que llegó un nuevo vehículo. Un malentendido terrible.

Naturalmente, las autoridades locales lo interrogaron a propósito de con quién había hablado y dónde lo habían llevado. En aquel momento, los detalles de nombres, caras y acontecimientos escapaban a su memoria como anguilas por en medio de una madeja. No recordaba nada de cómo había huido de la cueva. Durante unos cuantos años su único recuerdo consistente de aquellas vacaciones en México fue el romance supertórrido que mantuvieron Michelle y él en el hotel y la impresión vaga de burócratas remilgados, intimidantes matones callejeros y un desfile o una fiesta donde todo el mundo llevaba máscaras horribles. El resto era inaprensible. Por su parte, Michelle no volvió jamás a hablar de aquello.

## CAPÍTULO DOS PUNTO CINCO

*Wenatchee, 1980*

**E**l entomólogo murió con los labios sanguinolentos pegados a la oreja del agente Crane; un baboso sello bermellón que se rompió cuando la cabeza del científico se bamboleó y cayó sobre la almohada. El agente Crane se apartó de la cama y de su ocupante de ojos vidriosos. Junto a la sien izquierda del cadáver se advertía el volumen negrísimo de un revólver. El arma seguía caliente, olía aún a aceite y metal chamuscados. Adiós a su sospechoso. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el lóbulo ensangrentado.

El viento azotaba la granja. Una corriente lamió los tobillos del agente Crane. Unas cortinas flácidas se hinchaban como pasamontañas por la respiración de las ventanas medio abiertas. Estaban frías y oscuras. Todo crujía, suspiraba, cedía.

—Marchando una de melodrama —el agente Barton se recostó contra la jamba de la puerta. Si ya era alto de por sí, allí parecía gigantesco, porque las puertas y los pasillos se habían construido en los años veinte, cuando la economía en el diseño era prioritaria—. ¿Qué te ha dicho?

El agente Crane se restregó las manos.

Un reloj antiguo emitía su tictac sobre una antigua cómoda; una bombilla siseaba en una lámpara de bronce. Había muchas fotografías enmarcadas; generaciones y generaciones retratadas, dispuestas en columnas. Las fotografías estaban cubiertas por un cristal velado, la sombra confería una apariencia espectral a los sujetos, su irrelevancia repentina para cualquier ser vivo. Bajo los zapatones relucientes del agente Crane, la alfombrilla andrajosa y el parqué combado, retumbaron sordos y acuáticos chirridos y pisadas de otros agentes en el piso de abajo. Hombres trajeados de aquí para allá con linternas y cámaras.

—Eh, Tommy —dijo el agente Barton.

—Sí.

—¿Te ha dicho algo?

—Sí —Crane terminó de limpiarse las manos. No sabía qué hacer con el trapo, así que lo sostuvo entre el pulgar y el índice. A los del piso inferior se les cayó algo al suelo; al estruendo le siguieron unas risas nerviosas. Un perro ladró en el patio—. Me cago en la puta. Si llego a entrar quince minutos antes...

—Si llegamos a entrar quince minutos antes, igual nos descerraja el tiro a ti o a mí en lugar de matarse. ¿Quieres un café? —el agente Barton no esperó a que respondiese; se dirigió a la cómoda y cogió el teléfono para informar a la sección. La sección había dado la alerta a las autoridades locales, se encargaría de coordinar los detalles necesarios. Tras desconectar de la sección, respiró hondo y se recompuso visiblemente para hablar con su supervisora. Fue una conversación breve: «Sí,

señora. No, señora. Estaremos de vuelta mañana después de las doce cero cero». Se encogió de hombros, sonrió de un modo maquinal—. Aquí ya no tenemos nada más que hacer. ¿Quieres un café? Vamos a tomarnos un café.

El agente Crane asintió. Los técnicos examinarían a fondo la habitación, como hormigas sobre un pegote de gelatina. A lo mejor había alguna nota, alguna grabación. Probablemente nada. Siguió a su compañero por el estrecho pasillo y bajaron el estrecho tramo de escaleras. Observaron a sus otros colegas, los de las manos enguantadas y las bolsas de pruebas.

Una vez dentro del coche y rodando despacio sobre el camino de grava crujiente, el agente Crane comenzó a relajarse. Se encendió un cigarrillo. Los álamos huesudos alzaban sus garras hacia las estrellas. Las nubes ennegrecían una franja cada vez más amplia en la parte baja del firmamento. Se encontraron de cara con tres coches patrulla del *sheriff* de Chelan County, pasaron como una exhalación dejando un rastro de polvo. Las reverberaciones azulirrojas titilaban por los campos desiertos y traspasaban los párpados del agente Crane.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el agente Barton.

—No he sido capaz de entenderlo.

—¿No has sido capaz de entender qué? ¿Lo que te ha dicho Plimpton?

—Sí.

—Parece que tenía algo en mente.

—Desde luego.

—Pues sí. Mira, podemos ir a la estación de servicio para camiones de la noventa y siete. Una hamburguesa y un café.

—Vale.

Crane bajó un poco la ventanilla. Barton odiaba que fumase en el coche. Se encendió otro cigarrillo. Tenía la cabeza embotada, como una bola de plomo. La adrenalina iba abandonando su organismo, de modo que se sentía tembloroso y deprimido.

Llegaron a la autopista. Con cada kilómetro, la sensación de horror de Crane fue disminuyendo hasta que el residuo se le quedó ovillado en el estómago. A veces le daba por ahí, pero con muy poca frecuencia; era la primera vez en muchos años. No era por el suicidio. Plimpton era una fotografía, un párrafo de su expediente. Ahora, el informe de una patología. Carne.

No, era otra cosa, una cosa *indefinible*. Los miembros del otro equipo también lo habían percibido, a juzgar por la manera de levantar las aletas de la nariz y por las sonrisas de circunstancias. El agente Barton también lo había notado; estaba conduciendo demasiado rápido. Siempre conducía rápido cuando algo no le cuadraba. Quizás el equipo lograra descubrir algo. Tal vez había un alijo secreto de sustancias químicas, armas, documentos incriminatorios. Material para fabricar bombas. Crane no quería volver para husmear por allí. Prefería esperar al informe.

Preguntó:

—¿Crees que ella lo sabía?

—Ella lo llamó. Algo debía saber.

—Podría ser una coincidencia...

—¿Y qué decimos de las coincidencias?

—Y una polla coincidencia.

—Exacto. Así que ella lo sabía, lo tenía clarísimo. Pero como no encuentren algo de chicha va a parecer otra paja mental de las nuestras.

—Crees que nos van a meter en un paquete para Alaska, ¿no? Pues no te preocupes, hombre, si Alaska en otoño está preciosa, siempre que te lleves algo de ropa interior térmica.

Circularon un rato en silencio. Entonces, Crane dijo:

—Me gustaría haber sido capaz de comprender lo que decía Plimpton.

—Ya, ya —los ojos de Barton eran dos hendiduras reflejadas en el salpicadero luminoso.

—Estaba... balbuceando. Mascullando. Ya sabes.

—A lo mejor no te veía, Tommy.

—¿Tú crees?

—Sí. Sesos salpicados por toda la pared. Ni te veía.

—Estaba bastante ido.

—Eso es lo que le he dicho a la sección.

—Bien.

—Bien. No es problema nuestro.

—Ya tenemos suficiente con lo nuestro.

—Pues eso.

Soltaron unas risitas y el nudo en el estómago del agente Crane se encogió hasta casi desaparecer. Después, tras una cena grasienta en el Rattlesnake Prairie del área de servicio para camiones, pagaron un motel cutre y dejaron encargado al empleado nocturno que los despertase a las cinco de la madrugada.

Crane se puso sus bifocales y se dejó los ojos examinando una cartera llena de papeles, entre los que se contaban unos estudios geológicos sobre el sustrato de la región del valle de Wenatchee y el correspondiente informe medioambiental que documentaba sus efectos en los ecosistemas locales. Luego había una recopilación de estadísticas de homicidios, agresiones y personas desaparecidas que ocupaba veinte páginas. Esto último se leía más como un extracto de la prensa de sucesos de Detroit que como la descripción de una localidad agraria poblada de viñedos, huertos y granjas. Finalmente, apagó la lámpara de la mesilla de noche y se recostó contra la pared del cabecero mientras bebía agua mineral. Barton roncaba al otro lado del dormitorio. El agente Crane no lograba borrar de la cabeza la boca roja de Plimpton. El granizo apedreaba el tejado. El viento atacó de nuevo, voraz. La farola del aparcamiento emitía un resplandor tristón y, en un momento dado, vaciló y se desvaneció como la llama de una vela soplada.

Negrura.

Antes de que el agente Crane pudiese reaccionar, sus terrores nocturnos de infancia le recorrieron el cuerpo y lo paralizaron en el camastro de aquel cuarto en penumbra. Una puerta chirrió suavemente al abrirse y cerrarse un par de veces; luego se detuvo. Las persianas temblaron como si un aliento levísimo las hiciese oscilar. Era un niño asustado frente a la puerta acechante del armario, un hombre adulto clavado en una cama, un agente federal inclinándose sobre un moribundo en una granja de mala muerte y su ocaso personal cerniéndose sobre él de golpe desde todos los ángulos.

Plimpton susurró: «Los Que Esperan te aman, Tommy».

El agente Crane cogió aire para chillar, pero la sangre ya penetraba en él.

# CAPÍTULO TRES

*Los conejos corretean por su madriguera*<sup>[2]</sup>

*(En la actualidad)*

## 1

**E**l otoño estaba a la vuelta de la esquina tras un verano abrasador. En los últimos tiempos los días eran secos y cálidos, mientras que las noches deparaban cielos estrellados y temperaturas más frescas. A veces Don deambulaba por el patio a última hora de la tarde y contemplaba la inmensidad plagada de estrellas titilando y quemándose, con el corazón henchido por una profunda sensación de desasosiego cuyo origen no lograba identificar. Los fríos e impávidos astros no le preocupaban tanto como el espacio que mediaba entre ellos. El caso es que era viejo. Viejo y con una mente y un cuerpo precarios. Una verdadera piltrafa, según su querida esposa.

Aquella sensación siempre había desaparecido al llegar la mañana.

Durante la última semana oficial de verano desempolvó su querido Firebird del 68 y escoltó a Michelle hasta la ciudad para cenar y tomar unas copas como regalo de sexagésimo aniversario adelantado.

Había reservado mesa en el Hostal de la Vieja Gales, un *pub* restaurante galés tradicional trasplantado incongruentemente dentro de un pueblo de misión española remodelado, a media hora de su casa de campo en el valle de Waddell. Debido a una conjunción de circunstancias y a la reticencia de ella a aparecer en ningún lugar que estuviese a menos de mil metros de una taberna, aquella era prácticamente la segunda vez que conseguía arrastrarla a la posada.

Fue una proposición en plan *ahora o nunca*. Los mellizos llegaban al día siguiente para pasar con ellos unas vacaciones improvisadas: Kurt y su nueva mujer, la princesa de Hong Kong; y Holly, con una amiga que la acompañaba cada verano en sus diversas aventuras. Y la semana siguiente Don había acordado moderar unas conferencias sobre la exposición de geomorfología criptozoica en el Museo de Historia Natural de Redfield, y Michelle se iba a una cumbre de antropología en Turquía, el último destino de su peregrinaje anual por Oriente. Don se moría de ganas de componérselas para viajar con su esposa; le horrorizaba moderar aquel comité de relamidos rivales académicos, todos dispuestos a machacarlo con sus objeciones y a ajustar cuentas, frente a un público de, bueno, decenas, contando a los técnicos de luz y sonido, a los del *catering* y a los conserjes.

Don y Michelle cogieron el toro por los cuernos. Sus vidas se caracterizaban por seguir una rutina plácida y constante, salpicada puntualmente de momentos de

anarquía absoluta. La actuación de ella en el campo de la antropología comparativa era formidable, y esto se debía en una parte nada despreciable a sus llamativos artículos de investigación y a su habilidad para hacerse con becas cuantiosas a fuerza de erudición y astucia. Sus detractores rezongaban que no había manera de que abandonara un objetivo como no fuese con los pies por delante, dentro del estómago de una anaconda, quizás, o tras sucumbir a alguna horrible dolencia foránea como la malaria. Mientras tanto, Don daba clases en la Universidad Estatal de Evergreen como profesor de geofísica honorario.

El viaje fue bastante agradable, a pesar de que los pedales del Firebird iban duros y Don tendía a corregir mil veces la maniobra en cada curva (había cerrado aquella mole a cal y canto hacía una década y lo encendía sólo una vez al año para dar una vuelta de calentamiento). Su esposa prefería que cogiese el Volvo o la furgoneta, sobre todo ahora que usaba gafas; apenas quedaba nada de sus antiguos reflejos y acostumbraba a olvidarse de cosas, aunque esto último le venía sucediendo desde hacía varias décadas. Michelle alegaba que ir en un deportivo con un octogenario al volante iba en contra de su política.

*Tenemos que darnos prisa, cariño, o el Grand Prix empezará sin nosotros*, le había dicho él embalándose hacia la entrada. Ella contempló con desagrado sus gafas de sol graduadas, los guantes de conducir y la bufanda a cuadros que le envolvía el cuello (y que se había puesto sólo para chincharla). Don terminó por convencer a Michelle para que se metiese en el coche palmeando el asiento del copiloto con una rosa entre los dientes. *Ay, viejo bobo*, dijo ella riéndose con una mano delante de la boca.

Atravesaron Olympia bajo cielos anaranjados y continuaron por avenidas llenas de baches que cruzaban barrios históricos, serpenteando sinuosamente por colinas, corriendo entre las sombras majestuosas de arcos de ciento veinte años de edad. La carretera continuaba hasta que la línea de costa se curvaba y se separaba de la ciudad propiamente dicha.

Michelle dio un grito ahogado cuando el hostal apareció ante sus miradas en lo alto de una cordillera pelada a muchas curvas por encima del vehículo raudo.

—Dios mío, se me había olvidado lo precioso que era este sitio.

Sus gafas de sol reflejaban los fuegos del atardecer. Llevaba una pañoleta y un gorrito a lo Vivian Leigh.

Él le echaba miradas a hurtadillas, admirando la exquisita belleza con la que había madurado, sintiendo una punzada de lujuria como no experimentaba desde su primera cita, la primera vez que ella se quitó la ropa y le rodeó la cintura con sus poderosas piernas (y atajó de inmediato aquella divagación por miedo a salirse de la carretera y acabar en una zanja por culpa de su amorosa distracción).

A sus ochenta y ocho y medio, Michelle se concedía una sola vanidad: su larga y negra melena se había vuelto blanca por completo, un hecho que prefería disimular ante los demás. Las cicatrices, por otro lado, no hacían mella en su confianza. Tenía

marcas en el rostro y el torso de unas heridas que se hizo en un accidente con un todoterreno. Muchos años atrás, mientras participaba en una expedición en el corazón de Siberia, el conductor volcó en una carretera fangosa en una ladera a trescientos veinte kilómetros del pueblo más cercano. Estuvo a punto de morir durante la caminata de cuarenta horas hacia el hospital y, por más intervenciones quirúrgicas que sufrió, jamás lograron ocultar la desfiguración: un valle blanco irregular que arrancaba de la sien izquierda, le cruzaba el pecho y trazaba un arco hasta ir a parar al hueso de la cadera. Don estaba asesorando a una empresa minera en la selva de la península Olímpica y no recibió la noticia del accidente ni del encontronazo de Michelle con la muerte hasta casi una semana después. Otro interludio brumoso de su pasado que se había resignado a no poder recordar enteramente. Tal vez era mejor olvidarlo.

Le sonrió a Michelle para disipar su melancolía sentimental y habló del lugar al que se dirigían. Llevaba quince años reuniéndose allí con Argyle Arden, Robby Gold, Turk Standish y el resto de los chicos para tomar un trago y jugar a los dardos. En 1911, la casa de misión fue transportada ladrillo a ladrillo desde San Francisco y recompuesta en la actual elevación sobre el puerto de Olympia. Pronto la convirtieron en un convento católico romano a petición del padre fundador local y excéntrico residente Murray Blanchard III.

El edificio cambió de manos en numerosas ocasiones durante la Depresión, de nuevo tras el tumulto de los 40, y luego quedó vacío hasta 1975, cuando Earlagh Teague lo compró por cuatro chavos. El galés, con la ayuda de una esposa enérgica y cinco hijos audaces, transformó la reliquia prácticamente en un monumento; un cruce entre un comedor moderno y una posada del viejo mundo. Dentro todo eran bóvedas y atmósfera liviana. Las galerías formaban una amplia medialuna por encima de la barra de roble y de las mesitas y taburetes diseminados. El cuarto de los dardos se hallaba tras una arcada al salir del claustro principal, donde se desplegaban las dianas de corcho de rigor y una serie de mesas de billar estropeadas. Allí se congregaban a diario un buen puñado de viejos verdes y rufianes amables para engullir cerveza, hacer apuestas sobre sus tiros o sobre el acontecimiento deportivo que estuviesen televisando en el antiguo blanco y negro.

*Miller, mesa para dos*, le dijo Don a la camarera, una chica un tanto impaciente de mejillas preternaturalmente sonrosadas. Era nueva; el personal iba y venía con una frecuencia regular. Los escoltó hasta una mesa en la galería noreste con unas vistas preciosas de la franja distante de agua que se sumía en la oscuridad y parte del campo. Las lucecitas minúsculas de balandros y barcazas se bamboleaban en el puerto, resplandecían en las laderas arboladas donde la fronda más espesa daba paso a ringleras rojas y doradas; la noche se cernía sobre ellos.

Pidieron una botella de vino. La camarera encendió unas velas dispuestas en elegantes candelabros de hierro. Un par de parejas rondaba por allí dejando a su paso la vibración de sus conversaciones y risas. Personas de avanzada edad vestidas de



punta en blanco; los hombres llevaban relojes enormes y flamantes corbatas de seda; las mujeres, engalanadas con vestidos imponentes, sombreros de plumas y collares de perlas; y las dentaduras de unos y otros eran blancas como la nieve y resplandecían por habérselas frotado con vaselina. Más abajo, en un pequeño estrado, un violinista de barba blanca con chaqueta de tartán y sombrero hongo afinó su instrumento y comenzó a tocar una melodía celta. Michelle dio un sorbo a su copa. Observó los gallardetes y los escudos heráldicos, el mosaico de la vidriera de María cuyo color se proyectaba sobre las mesas vecinas.

Don adoraba a su esposa; su radiante jovialidad lo enardecía más aún que la media botella de merlot que se había tomado. En momentos como aquel, las arrugas y las suturas se difuminaban, se parecía como nunca a la novia de rostro aniñado a la que se había llevado a un pintoresco complejo turístico de Maui de luna de miel. Cuando pensaba que Truman había estado dirigiendo el Despacho Oval mientras ellos se gastaban lo que *les* quedaba de sus escasos ahorros en dos semanas hedonísticas de sol, surf y sexo, le parecía increíble.

Tal como había comenzado, la cena terminó, y con ella el vino. De postre, los empleados trajeron en un carrito un pastel de chocolate de seis capas y, sobre una bandeja de plata, la imperiosamente correcta jefa de sala se presentó ante Michelle con una cadena de platino en una cajita de nácar. Don había encargado el regalo en secreto a la joyería Malloy algunos meses antes del feliz acontecimiento. Michelle hizo balancearse la cadena a la luz de las velas ruborizada, los labios temblorosos, y estalló en lágrimas. Enterró la cabeza pulcramente peinada entre los antebrazos.

—Me alegro de ser capaz de hacerte feliz después de tantos años —dijo Don con socarronería.

Apuró de un trago lo que le quedaba en el vaso. Los hombros de Michelle temblaban con más violencia. Su respuesta quedó amortiguada por los brazos y, cuando su marido le preguntó: «¿Qué pasa, cariño?», alzó la cara, convertida en una máscara de pintura corrida y sollozó: «¡Soy feliz, coño!». Él se quedó pensativo ante esta reacción y llenó los dos vasos. *El silencio es oro, chico, hazme caso*, había murmurado infinitas veces su abuelo a modo de consejo fruto de un largo y accidentado matrimonio con una mujer mucho más temperamental que Michelle. La buena de la abuela. Había sido una buena pieza hasta sus últimos días, que Dios la tuviese en su Gloria.

Michelle sacó un pañuelo de su bolso de un tirón y corrió hacia el servicio de señoras. Don se fijó en que se había llevado la cadena, lo que era buena señal. Eso esperaba. No era una mujer que tuviese por costumbre llorar, nunca había sido demasiado sensible. Alegaba que las grandes pasiones eran peligrosas para la gente de su profesión, especialmente para quienes trabajaban lejos de casa. A los indígenas peruanos y los cazadores de cabezas de Nueva Guinea no les impresionaban los extranjeros llorones.

Miró por la ventana hacia el aparcamiento y descubrió un par de figuras

merodeando cerca de su coche. Los observó divertido durante unos segundos, inclinado de lado en su asiento con el cristal a poca distancia de sus labios. El aparcamiento era bastante estrecho, y había más de una decena de vehículos. La lámpara de sodio había vuelto a la vida, de modo que podía discernir unas siluetas oscuras en el lado del copiloto. Vaciló, preguntándose si serían los dueños del Studebaker aparcado dos plazas más allá; pero no: lo que estaban haciendo aquellos individuos en la sombra era encorvarse para ver mejor el interior, y ¡eh!, ¿no se había balanceado un poco el Firebird (lo que no podía ser más que la maniobra previa a forzar la puerta o la ventanilla)?

—Venga, buena suerte, colega —le dijo un caballero de edad proveya vestido de traje y pantalón y adornado con una pajarita. Su acompañante, una atractiva mujer de pelo largo y oxigenado, sonrió a Don. «Pobre patán», parecía decir su semblante frío y compasivo.

—¿Cómo? —se esforzó por comprender el comentario y entonces se dio cuenta de que habían pensado que Michelle había abandonado aquella cena romántica a causa de alguna inconveniencia por su parte.

—Eeh, sí, gracias.

Volvió a echar un rápido vistazo al aparcamiento y esta vez sorprendió no dos, sino cuatro misteriosas siluetas moviéndose subrepticamente en las sombras más lóbregas, y no es que estuviesen agachados: es que eran chavales. Una pandilla de granujas, concluyó. Unos gamberros descarados celebrando su última juerga antes de que las vacaciones de verano tocasen a su abrupto fin y fuesen barridos por los amorosos brazos de la enseñanza pública. Sus obras estaban por todas partes aquellos días; la estación de autobuses del centro hecha un cristo, grafitis y ventanas rotas, farolas reventadas y buzones de correos destrozados. Afortunadamente, el intermitente rojo del sistema de alarma bastó para disuadirles de potenciales canalladas.

—Cariño, mira a quién me he encontrado —dijo Michelle. El rostro lavado y risueño en plan subcampeona de un concurso de belleza; la cadena brillaba entre sus pechos. Iba cogida del brazo de una mujer de aspecto matronil que a Don le sonaba vagamente. ¿Cómo se llamaba? Se devanó los sesos mientras su esposa sonreía a la expectativa y su amiga esperaba con la expresión levemente incómoda de una estoica convencida—. Te acordarás de Celeste, ¿verdad, cariño? Trabajamos juntas en Alaska en el estudio cultural de Tlingit del 86. Su marido es Rudy Hannah. ¿Rudy Hannah? El director del departamento de terapia ocupacional de los colegios públicos North Thurston.

—Claro, por supuesto —contestó Don, que no recordaba aquello en absoluto, aunque no le sorprendía. Un ejemplo más de las lagunas de su mente. Ahora que era lo bastante viejo como para que lo sepultasen en una pirámide, todo el mundo consideraba aquellos lapsus fruto de la senilidad incipiente. Cuando era de mediana edad, el alumnado femenino pensaba que sus balbuceos y tartamudeos a la hora de

rescatar un hecho o una cita elementales, el sempiterno descuido de su aspecto y su tendencia a perder las gafas y los apuntes eran cualidades encantadoras. En sus inicios como alocado geólogo y explorador de las cavernas, aquello había puesto muy nerviosos a sus amigos y colegas. También solía ponerle de los nervios a él, pero aprendió a sobreponerse. No le quedaba otra opción, aparte de la locura.

En cuanto a aquella tal Celeste que le era vagamente familiar, lo pasó por alto. Su esposa era una mujer popular; de Washington a Pekín, sus socios eran legión.

—Hola, mmm... Celeste. Encantado de conocerte —se levantó y tomó la mano de la mujer mientras echaba un vistazo por la ventana a hurtadillas. El señor Pajarita y su esposa, la del melenón, cerraban de un golpe las portezuelas del Studebaker. Cuando alzó la vista, Michelle fingía no estar molesta y Celeste le dirigió una sonrisa claramente falsa, un mero gesto de civismo. *Las dos sabemos que tu marido es un imbécil.* Poco le debió faltar para poner los ojos en blanco. Don tenía este efecto sobre las mujeres. Siempre, y a pesar de sus esfuerzos por comportarse con urbanidad y encanto, olfateaban su zafiedad esencial, o eso había terminado por creer. Había cosas peores. Michelle se tomaba con paciencia sus ocasionales rachas de imbecilidad y así habían ido tirando.

—Le he dicho a Celeste que se siente con nosotros. Mira, Celeste, en aquella mesa tienen una silla libre.

Antes de que Don pudiera abrir la boca para expresar su opinión en un sentido u otro, ya se habían puesto cómodas y pedían otra botella de vino. Las escuchó charlar, barajó la posibilidad de preguntar dónde estaba Rudy y decidió no hacerlo. Uno no sabe cuándo va a meter la pata hasta el fondo. Sonreía mirando al vacío cada vez que el foco de conversación se dirigía hacia él; cuando no, dejaba vagar su imaginación.

Al final se levantó y caminó hacia el rellano dejando claro que pretendía estirar la espalda dolorida. Llamó la atención de otro camarero, un chico alto llamado Roy Lee, según su etiqueta. Le pidió que le diera su enhorabuena al chef y le dijo también que probablemente a la dirección le gustaría saber que unos chavales del barrio acechaban el aparcamiento.

El camarero asintió:

—Sí, gracias, señor; le transmitiré su preocupación a mi supervisor —bajó la voz en un gesto de franca confidencialidad y añadió—: Una de las chicas los ha echado del lavabo de señoras antes. Supongo que estaban estropeando los váteres. Esta clase de cosas no nos suceden a menudo. Eran gamberros de secundaria, seguro.

—¡Cielos! Es una vergüenza. Pobre chica.

—Sí, se ha quedado tocada. Si le digo la verdad, como la amenacen me encantará darles una buena zurra —crujió los nudillos.

—Entiendo. Gracias de nuevo.

Roy se recompuso y volvió a calzarse su máscara de obsequiosidad.

—Faltaría más, señor.

**D**e camino a casa le dijo a Michelle:

—¿Qué es lo que ha comentado Celeste sobre Estambul?

Habían dejado atrás las calles bien iluminadas de la ciudad y circulaban deprisa a lo largo de extensiones de pastos interrumpidas por colinas y collados de árboles centenarios. Don mantenía los ojos fijos en la carretera, atento a los ciervos. Durante la cena el cielo se había ido cubriendo de nubarrones y ahora todo estaba oscuro como un pozo minero. El volumen de la radio estaba tan bajo que lo mismo les habría dado tenerla apagada. A ella le traía sin cuidado todo lo que no fuese música tribal o ciertas corrientes cortesanas de la edad de bronce coreana.

—¿Cómo? Me ha preguntado que si ya había preparado el equipaje. Ella procrastina... como tú.

—Yo no procrastino. ¿Así que ella también va?

—Todos los años, cariño —tenía las facciones descolgadas por haber bebido demasiado vino, y ligeramente verdes a la luz espectral del salpicadero. Sólo arrastró levemente las sílabas cuando añadió—: Barbara, Lynne y...

—¿Lynne Victory? Oh, madre mía, esa está de muy buen ver.

—Cállate. Barbara, Lynne y Justine French. Y Celeste. Las chicas del club.

—Debe de ser una juerga —tomó una curva cerrada. Algo rodó dentro del maletero con un golpe sordo—. Seguramente no es más que una excusa para pillar una curda y ver películas guarras... eso si tus amigas son más o menos como mis amigos.

No tenía mucha idea del protocolo que seguían aquellas cumbres: el año pasado, Glasgow; el anterior, Manitoba; y antes, Pekín; aunque solían celebrarse en regiones relativamente desconocidas de estados satélite que iban y venían, que se formaban y se disgregaban en las sombras de su patria: la Unión Soviética, África y Yugoslavia. *Hay una fiesta allá donde mires*, había apostillado sarcásticamente Michelle.

—Es la ocasión para debatir importantes teorías científicas y establecer vínculos sociales y profesionales. Y, para tu información, bebemos mosto y vemos cine de arte y ensayo —soltó una risita y balanceó la cabeza hacia atrás, dejando que la gravedad la tumbara en el asiento del coche como si se encontrase en una versión infantil de las tazas de las ferias.

—Oye, uno de los camareros me ha contado que habían destrozado el servicio de señoras, ¿lo han dejado muy mal?

—Pues no.

—Ah. Roy comentó que unos chavales rondaban por allí haciendo el tonto.

—¿Quién es Roy? —arrastraba más las palabras y su cabeza se bamboleaba.

—El camarero con el que he hablado. Me ha dicho que habían estropeado los váteres.

—Qué... Ah, eso. Tampoco era para tanto. Unos grafitis. A Celeste le ha

escandalizado un poco, pero es mejor reírse de esta clase de cosas. *Taquear*, lo llaman. Aquí también tenemos pandillas, ¿sabes?

—Mientras esos mocosos no taqueen mi coche...

Se volvió para mirarlo.

—Ah, ¿han estado toqueteando el coche? —sus ojos parecían los de un búho.

—Eh. Todo está en orden —se rio y le palmeó la mano, ella asintió y cerró los ojos.

El Firebird tomó otra curva pronunciada. Al enderezar de nuevo el volante, volvió a oírse aquel ruido sordo en el maletero.

—Vaya —masculló Don, y detuvo el vehículo cuando el arcén se hizo más ancho, en la falda de una colina.

Por el lado del copiloto ascendía una pendiente muy empinada. Más arriba, cerca de donde comenzaba la nieve, se extendían un radiofaro, una estación forestal y un observatorio propiedad de una cooperativa formada por tres universidades y un consejo de adinerados ciudadanos anónimos. Ya habían estado allí otra vez; las vistas desde el observatorio abarcaban todo el valle. Echó el freno de mano, dejó las luces de emergencia encendidas y se inclinó sobre Michelle para alcanzar una linterna de la guantera.

—Eh, pero ¿qué haces? —le dijo ella tirándole de la manga.

—No te preocupes, corazoncito. Tengo que comprobar una cosa. Será un minuto.

—Mmm. No te hagas daño —respondió soñolienta.

—Venga.

Cogió aire, reunió valor y salió del vehículo. No había más coches en la carretera. El aire se agolpaba, frío y húmedo, y la oscuridad parecía vastísima fuera de la frágil burbuja de luz de los faros del Firebird, la linterna en la mano. Las copas de los árboles susurraban bajo la acción de una brisa alta y precipitada que se colaba por los intersticios ocultos y huecos. Las ramas entrechocaban en la distancia sacudidas por el viento.

*Se acerca una tormenta.* Don abrió el maletero y apuntó con el débil haz de luz de la linterna sobre la rueda de repuesto, la llave de cruceta, una caja de bengalas y una bolsa de llaves inglesas y enchufes. El culpable era el gato; se había soltado de su enganche y se movía de un lado a otro. Suspiró y lo ató mientras echaba vistazos fugaces a la curva (los sábados por la noche las autopistas y las carreteras secundarias estaban a reventar de borrachos).

Su gigantesca sombra se extendió sobre la gravilla blanca y el asfalto. Dio un respingo al toparse con un rostro entre los matojos que colgaban sobre la cuneta dentro de su radio de luz. Era una cara plana y deforme, como sacada de un sueño, con una boca negra y cruel, ojos negros, ojos de tiburón, pero horriblemente asimétricos. Don dirigió la linterna hacia aquel punto y un remolino helado y húmedo arrastró unas hojas muertas y las hizo revolotear. Dejó al descubierto un buen trozo de pizarra. Sobre su superficie goteaban fluidos alcalinos que formaban manchas

congeladas.

*Ay señor, ¿a nuestra edad y tan asustadizo? No debería dejar que esos vándalos me asustasen tan fácilmente.* Prefirió atribuir el sobresalto a los efectos tardíos de la preocupación por su querido coche, la consciencia de que sus mejores años ya no volverían y de que Michelle y él eran vulnerables incluso ante aquellos gamberros que actuaban con maldad premeditada.

Sin embargo, las ramas quebradizas, el viento gimiendo, la absoluta impenetrabilidad de la oscuridad lo oprimían e intimidaban. Una incipiente nictofobia, se había autodiagnosticado tras introducir los síntomas en una web médica. A diferencia de su amada esposa, no se moría de ganas de meterse en expediciones selváticas; no después de que se pusiese el sol. La sola perspectiva de acampar una noche en uno de los parques vecinos le ponía los nervios de punta. En los últimos períodos de su carrera desempeñó su oficio desde la seguridad de un despacho, en un laboratorio o a través de infrecuentes viajes diurnos. Sus destinos juveniles en remotos campos de investigación fueron convirtiéndose gradualmente en una fuente de tremendas angustias que soportaba como un mal necesario. Disfrutaba de un país en lo que duraba el día; siempre y cuando al caer la noche pudiese accionar un interruptor y dejar las luces encendidas.

Don alzó la vista hacia la veta entre las bisagras del maletero y el comienzo del parabrisas posterior. Por aquella rendija podía atisbar el interior del coche, iluminado débilmente por los controles de la radio. Michelle se había retorcido en su asiento e inclinaba la cabeza en su dirección, atenta a sus movimientos. La luz recortaba su silueta y la hacía, al mismo tiempo, inescrutable. El viento agitó de nuevo los árboles que los rodeaban; multitud de ramitas se clavaban en el firmamento; un remolino dibujaba círculos en la carretera.

Contento de poder cerrar el maletero, se apresuró a refugiarse en el coche.

—Arreglado —dijo mientras entraba.

Michelle no respondió. Cayó hacia un lado, profundamente dormida; un hilillo de baba le corría por una comisura. Don se la enjugó con el puño de su camisa, un tanto perplejo por haberla sorprendido vigilándolo momentos antes, aunque daba la impresión de que se lo había imaginado. Por lo visto se le estaba deshaciendo el cerebro.

Se echó a la carretera. En el maletero volvió a oírse aquel ruido sordo. *Que le den.* Pisó a fondo el acelerador.

**A**l amanecer, los nubarrones en el cielo hacían presagiar tormentas, pero finalmente la lluvia no se desató. La locutora dijo: Preparaos, amigos, que es cuestión de tiempo.

La casa de los Miller estaba situada en el bucólico y levemente sumido valle Waddell, una hendidura superficial y sinuosa en las boscosas Colinas Negras, a pocos kilómetros de la capital del Estado. Un terruño negro repleto de baches rodeado de granjas silenciosas donde el ganado y los caballos pacían perezosamente en los pocos campos y pastos que las malas hierbas no habían invadido. Michelle heredó la residencia de Olympia en 1963 de sus tías Yvonne y Gretchen, que habían perdido a sus maridos en la Primera Guerra Mundial y se habían mudado luego a Nuevo Hampshire para pasar sus últimos años con la rama del este de la familia Mock. Aquellas señoras legaron a su sobrina la mayor parte de sus posesiones —acumuladas durante casi un siglo—, y hasta la fecha los Miller aún tenían pendiente cambiar el antiguo mobiliario, los cuadros y cachivaches, por no hablar de organizar los tesoros que se guardaban en el desván, la enorme y laberíntica bodega o el altillo del granero.

Se trataba de una casa de campo de tres pisos, amarilla y blanca, con dos grandes anexos (uno de ellos, una torreta de ladrillo en la que se enroscaba la hiedra que se alzaba un piso entero por encima del tejado) y una chimenea de piedra que se alzaba hacia el cielo. Estaba construida en una ladera al final de un camino de tierra, y por las noches las suyas eran las únicas ventanas encendidas en aquella zona. Dos magnolios acechaban en el jardín trasero, cerca del granero que Don había repintado y convertido en garaje y taller. Eran unos árboles monstruosos, tachonados de nudos musgosos y compactos, escamados por una dura corteza que recordaba a un cocodrilo osificado escondiéndose.

De niño, Kurt sacaba a Don de sus casillas al trepar a las ramas más altas para balancearse en ellas como su ídolo, Tarzán. Acababa de descubrir a Edgar Rice Burroughs y a Robert E. Howard, así que durante algunos meses se las vieron y se las desearon. Sólo consiguió que Kurt abandonara sus braquiaciones bufas cuando lo amenazó con talar los árboles y hacerse unas sillas y una mesa para el comedor. Kurt había sido, y continuaba siendo, un auténtico incordio en comparación con su encantadora hermana. Michelle rebufó y negó con la cabeza al oír a su marido hablar sobre Holly como si fuese un ángel caído del cielo. «Vas listo, amigo mío; es hija de su madre», solía decir Michelle arqueando la ceja enigmáticamente antes de reanudar su absorción de datos crudos bajo la forma de periódicos comidos por las polillas, cuadernos manchados de sangre e informes mecanografiados y clavados en la pared del estudio a la altura de los ojos de una jirafa. El cuarto de *no te acerques mucho si sabes lo que te conviene*.

Aquella vieja casa de campo había sido la residencia de veraneo de los Miller hasta nueve meses atrás, cuando Don accedió por fin a vender la casa colonial

española que tenían en San Francisco, en la que habían vivido y trabajado dos terceras partes del año durante los setenta, en una ubicación ideal, ya que se encontraba en el núcleo de los viajes internacionales de Michelle. Lo cierto es que él prefería la vivienda de la ciudad, un domicilio más pequeño, soleado e indiscutiblemente más barato, pero su mujer llevaba décadas insistiendo en que salieran de Washington durante los veranos: los niños necesitaban aire fresco y una mínima exposición a la naturaleza.

Por supuesto, alrededor de 1980, cuando los chicos ya iban a la universidad y tanto Don como Michelle tenían excelentes ofertas para trabajar como docentes de instituciones con sede en Washington, dividieron sus años casi por la mitad entre el Área de la Bahía y la humilde Olympia, partiéndose en dos para amigos y socios en general. Por lo tanto, jamás acabaron de instalarse ni en uno ni en otro lugar (una experiencia comparable a la migración constante entre dos hoteles familiares en una serie interminable de viajes de negocios).

Ahora que aquella cuasijubilación había terminado por estabilizarse, parecía prudente y lógico trasladarse de manera permanente. Los gastos eran sustancialmente menores y el emplazamiento rural mucho más tranquilo que San Francisco. Para rematarlo, Michelle había comunicado su ambición de dedicarse a un estudio genealógico de sus antepasados, y la vieja casa estaba literalmente abarrotada de libros y anotaciones de generaciones que se remontaban a la expeditiva salida de Europa de los hugonotes, aunque los orígenes de la familia Mock precedían aquella época con un margen más que generoso.

Más de un moroso atardecer sorprendió a Don arrellanado en el balancín del porche con un vaso de limonada en la mano, abanicándose con un grueso libro sobre naturalismo mientras las ardillas charlaban en los árboles y algún vehículo atravesaba la carretera principal. La propiedad, como la mayor parte de los terrenos del valle Waddell, había pertenecido originalmente a un granjero holandés que había vendido la parcela a Yvonne Mock en 1902. Sólo Dios sabía con exactitud cuándo se había construido la casa (si bien la habían rehabilitado dos veces), pero se rumoreaba que databa de 1853, lo que la convertía en una de las edificaciones más antiguas que quedaban en Olympia. A saber de qué habían sido testigos aquellas paredes. El campo que la rodeaba se extendía en un rectángulo irregular a lo largo de varios cientos de yardas, delimitado por una herrumbrosa alambrada. La hierba, las flores silvestres y los abedules jóvenes invadían los alrededores. Las colinas boscosas sobresalían por los linderos. Thule, el labrador negro de Don, se volvía loco persiguiendo conejos de una punta a otra de la finca.

Los vecinos más cercanos eran los Hertz, un poco más arriba del camino, una familia rubia y rubicunda. Una mujer rubia, tres o cuatro chicos rollizos y rubios, dos chiquillas rubias, la mayor en el instituto; todos cortados por el mismo patrón, como una bandada de gansos. El único que no parecía una caricatura de Disney rediviva era papá Hertz, con su rostro curtido por el sol y sus impávidos ojos islandeses. Dietrich



era un lechero pobre de solemnidad que había vendido la mayor parte de los acres que su padre, granjero de segunda generación, le había dejado en herencia. Poseía menos de media docena de vacas y el terreno que ocupaban la casa y el granero. Un tipo lacónico, saludaba cortésmente a Don llevándose la mano al sombrero al pasar y deslizaba la mirada sobre Michelle, satisfecho de poder fingir que no existía. Ella se reía y le explicaba a su marido que aquello era típico de beatos y de hombres temerosos de Dios, nada por lo que tuviese que sentirse ofendido. Además, Dietrich tenía pinta de ser capaz de arrancarle los brazos (*Dios mío, qué brazacos*). Sólo los mecánicos, los canteros y los lecheros tienen esos brazos.

Misty Villa quedaba a cuatrocientos metros en la dirección contraria. La subdivisión de la zona verde se había hecho vigente alrededor de 1969 y la poblaba gente de clase media que vivía en casas bastante nuevas con revestimientos de vinilo y exteriores de ladrillo y piedra falsos. Don y Michelle habían frecuentado a un arquitecto encargado de diseñar una cabaña modernizada en el extremo de uno de los ubicuos caminos circulares de la subdivisión. Asistieron a varias barbacoas y cócteles, intercambiaron postales de Navidad.

El arquitecto se mudó a Brasil a principios de 1990, tras contratarlo una empresa que construía rascacielos de oficinas y hoteles de lujo en las regiones más pobres del mundo para que los ejecutivos y socios dispusiesen de un entorno limpio y provisto de aire acondicionado mientras organizaban y consolidaban la industria en países en vías de desarrollo. Dan no sé qué. Los Miller no habían tenido ocasión de conocer a nadie más en el vecindario; sus amigos vivían principalmente dentro de los límites urbanos de Olympia, Tacoma y Seattle, y en todos los rincones del continente. Habían escogido el valle Waddell precisamente por este motivo: lo suficientemente cerca como para plantarse en la ciudad en cuanto fuese necesario, pero lo bastante lejos como para que las visitas inesperadas fueran infrecuentes.

Aquella mañana, Thule estaba tumbado resollando y gimiendo en el suelo de la cocina junto a la puerta trasera que daba a un camino cubierto que desembocaba en el invernadero de Michelle. La tormenta de la noche anterior había irrumpido con una furia ostentosa. La lluvia corría por las ventanas. El viento azotaba el tejado y golpeaba las puertas, silbaba en las cañerías y la chimenea. El transistor zumbante sobre la encimera informó de que el temporal iba a durar lo suyo (tres o cuatro días como mínimo). Ya habían sido dadas las alertas de vientos fuertes e inundaciones en los condados de Pierce y Thurston.

Don, sentado a la mesa de la cocina envuelto en la penumbra del amanecer, se estaba tomando un café instantáneo en albornoz y pantuflas. La lámpara del porche vacilaba a cada embestida salvaje y disminuía momentáneamente como si la sumergiesen bajo el agua. Escuchó por si Michelle se levantaba de la cama para hacer el desayuno antes de que llegasen los chicos, pero seguía dormida, por lo que se sintió agradecido. Jamás se le pegaban las sábanas, a no ser que se hubiese pasado con el alcohol o tomado algún medicamento fuerte para el resfriado, e incluso en

aquellos casos se obligaba a levantarse para tirar adelante. «Tirar adelante, tirar adelante»: ese era el *leitmotiv* de Michelle, y Don sólo podía atribuir tal empeño a una tradición familiar de los Mock.

Sabía poquísimo sobre los Mock, aparte de retazos y rumores. Igual que los suyos propios, los padres de Michelle habían muerto a una edad temprana: Theresa Mock (ninguna de las mujeres había adoptado el apellido de casada), de una tuberculosis contraída durante una aventura que la llevó a China a los cuarenta y ocho años, y Landon Caine, de un ataque al corazón once años y un segundo matrimonio más tarde. Don estrechó las manos de sus suegros en su propia boda, la única ocasión en que los había visto. Michelle ya había dejado claro que sus relaciones familiares eran tensas. No bromeaba.

Con motivo del sexto cumpleaños de Holly, Michelle la envió en avión (aunque sin el pequeño Kurt) a una reunión familiar en Nueva Inglaterra, pero Don, sin contar aquel breve encuentro, no había conocido más que a una hermana menor y, antes, a una tal tía Babette; una señorona momificada vestida de negro de pies a cabeza. Llevaba las cejas dibujadas con tinta. Babette Mock consintió a regañadientes en conocer a Don tras enterarse de que trabajaba tanto de anticuario como de bibliófilo especializado en historia geomórfica. En sus últimos tiempos (que se extendieron por espacio de dos décadas y media) Babette había visitado con frecuencia la Costa Oeste en busca de manuscritos raros, algo que sonaba mucho más interesante de lo que era en realidad. Por desgracia, Don había sido incapaz de procurarle ciertos textos concernientes a anomalías geofísicas y aquella fue la última vez que hablaron.

Hubo muchas otras tías, una multitud de primas y la madrastra, Cornelia, pero ningún tío. El hermano mellizo de Michelle, Michael, perteneció al cuerpo de francotiradores del ejército. La milicia adoraba sus manos; unas manos firmes como rocas, unos dedos de acero que en su día pulsaron las teclas marfileñas del piano. Ningún Miller poseía un talento musical relevante, aunque la mayoría estaban dotados de un criterio perspicaz para con aquel arte sublime, de modo que Michael fascinaba a Don.

Las alusiones a Michael provocaban el inevitable suspiro melancólico de su hermana. *Mamá quería enviarlo a Julliard. Maldita sea, Mickey, tuviste que preferir ser carne de cañón en el ejército. Cabrón egoísta.* Junto con otros ocho soldados, se perdió en un accidente de helicóptero durante una misión cerca de la frontera de Corea del Sur a finales de 1952. Una escalofriante coincidencia con la manera en que había muerto el padre de Don pocos años antes. «Los varones de la familia mueren jóvenes», comentaba su esposa con torva jovialidad siempre que él abordaba el asunto. Don habló por última vez con el hermano por teléfono cuando llamó por Navidad. Prometieron tomarse unas rondas juntos cuando la expedición de Michael en Corea terminase.

A veces Don se planteaba en qué clase de hombre se habría convertido su cuñado de haberse desviado el misil dos metros hacia la izquierda. Se imaginaba al atildado

muchacho de las fotografías que llevaba Michelle en la cartera visitándoles, la mirada un poco más sabia, el rostro curtido por las selvas y las preocupaciones, vestido ya de paisano, como un Beethoven o un Bach en una sala de conciertos con las luces bajas, encorvado sobre el teclado de un piano de cola mientras la aristocracia se inclinaba hacia adelante en los palcos en un silencio multitudinario y sin aliento, pendientes de los movimientos de aquellos dedos preparados para ejecutar su prestidigitación sobre las teclas sagradas, aquellos mismos dedos que acariciaron una culata de madera de nogal y apretaron el gatillo contra sabe Dios cuántos objetivos, y que se secaron, retorcieron y ennegrecieron en realidad en el corazón de un incendio y quedaron reducidos a polvo.

Don no tenía claro si aquel era el motivo por el que eran tensas las relaciones de Michelle con su familia, la mayor parte de la cual, obviamente, había pasado a mejor vida. En cualquier caso, casi nunca la visitaban, apenas llamaban, se limitaban a enviar ocasionales cartas escritas a mano en una caligrafía tan espasmódica y arcana que a los débiles ojos de Don se le antojaba indescifrable.

Michelle, como tenía por costumbre desde su primera cita hasta entonces, se mantenía en silencio, salvo para decir que sus parientes eran «unos pazguatos» y que mejor que estuviesen en Maine o Nuevo Hampshire. Según los datos reconocidamente vagos de Michelle a propósito de sus orígenes genealógicos, el amplio árbol familiar hundía sus raíces en los Balcanes, y en menor grado en Alemania del Este y algunos oscuros territorios próximos a los Pirineos. Investigar dicho árbol se había convertido en una de las pasiones a las que dedicaba todas sus energías, y parecía que ello podía mantenerla ocupada hasta el Día del Juicio.

Numerosas fotografías del clan Mock decoraban el salón; otras muchas estaban diseminadas por toda la casa en el rellano y en varias habitaciones, las de índole formal, en las que los hombres aparecían de pie, rígidos como postes, tocados con sombreros y de chaqué; las mujeres, sentadas con pose remilgada, vestidas con miriñaques que hacían que sus traseros semejasen vagones de tren; todos posaban frente a fondos vacíos. Una cuadrilla austera y decididamente poco amigable, a juzgar por sus caras cetrinas y desangeladas.

La familia de Don era del Medio Oeste, católicos no practicantes, principalmente. Sus hermanos pequeños eran abogados jubilados hacía mucho. Los mayores, muertos ya años atrás —o eso decían los rumores—, fueron unos pazguatos que adoptaron la forma de vida de iconoclastas y diletantes profesionales; sin embargo, el grueso de la familia se dedicaba a oficios relacionados con las leyes, los museos y las escuelas privadas. En la estirpe de los Miller había muchísimos comisarios de arte y profesores de lengua. Decía en broma que las reuniones familiares se parecían a convenciones de fanáticos de J. R. R. Tolkien; todo el mundo vestía de *tweed*, fumaba en pipa y olía a polvo de tiza.

Los más interesantes de aquella tropa eran inofensivamente excéntricos, y eso lo decepcionaba. Todas las personas verdaderamente destacables, los que poseían algo

de espíritu y vigor, habían fallecido, como sus padres y su abuelo, el héroe de guerra; o habían desaparecido como sus hermanos mayores, consumidos por el paso incesante del tiempo y la vida. Tal vez aquel era el premio por ir a la suya. Su gusto por la excentricidad, además de ser algo así como una veleidad personal, era probablemente el secreto de los sesenta años de matrimonio con Michelle. Ella tenía el punto justo de chaladura que bastaba para mantenerlo encandilado.

Unas manos frías cayeron sobre sus hombros y se derramó café en la bata. Michelle le besó la coronilla en el punto en que se apostaban los pelos que le quedaban.

—Uy, mejor que te cortes esos pelos que te salen de las orejas, ¿eh? —le dobló el lóbulo para subrayar lo dicho—. Voy a vestirme. Haz más café, por favor. Y pela algunas patatas, si eres tan amable.

—¡Agh! —Don se frotó la mancha que se extendía—. ¡Maldita sea, no te muevas con tanto sigilo! ¡No estamos en la selva, caray!

Persiguió su sombra con la mirada mientras flotaba escaleras arriba.

## 4

**A**l sábado también era el día que le tocaba pasear al perro por la arboleda de la otra punta de Misty Villa. Se puso unos pantalones de chándal, una cazadora y se metió en el bolsillo un bote de *spray* de pimienta por si acaso. La recua de perros que merodeaban por el vecindario eran impredecibles y feroces, pero rodear la arboleda de Schneider era tan potencialmente peligroso como echarse bocadillos de jamón en la mochila y hacer una excursión por el Serengueti. Don lo sabía porque los había visto atravesando las trochas y los patios sin vallar —un border collie, un caniche, un beagle (aunque sospechaba que este último iba con ellos porque sí) y dos o tres de razas mezcladas— y, para abreviar, porque la recua lo persiguió un día desde el buzón hasta el porche delantero.

El paseo de cuatrocientos metros se desarrolló con lentitud, Thule se empeñó en olisquear cada uno de los arbustos de la cuneta y luego trató de follarle la pierna.

La subdivisión la formaba la zona comprendida alrededor de la intersección de los caminos de Red y Darkmans, igual que un cuerpo en un crucifijo. La construcción más grande y llamativa del vecindario pertenecía a los Rourke, a medio bloque de

allí. Barry Rourke era un ejecutivo de AstraCorp (y, por tanto, uno de los jefes de Don), su mujer era violonchelista de la Orquesta Sinfónica de Seattle a media jornada debido a su edad y mosca cojonera a jornada completa; su casa era muy vieja y estilosa a conciencia; un armatoste levantado meses después de la Primera Guerra Mundial. Por entonces, los caminos de Red y Darkmans eran los únicos existentes, y estaban hechos de la buena tierra de toda la vida. La extensión de los bosques era más profunda y oscura en la época en que los lobos deambulaban por la espesura, los osos negros y los pumas habitaban las colinas y, según los viejos de La Chabola de Barro, algún fugitivo de la Wharton House, el antiguo manicomio que cerraron en los noventa. Los lobos habían desaparecido mucho tiempo atrás, a los habitantes salvajes los habían expulsado hacia el Oeste o donde fuese, pero los coyotes continuaban guareciéndose en el bosque; los ciervos, y por supuesto la recua aquella de perros que iba en aumento con las inevitables oleadas de cachorros abandonados cada puñetera temporada por los turistas, y con ello la resolución de la gente sabia y prudente de armarse al hacer su paseo diario.

La vivienda de los Rourke y sus alrededores tenían historia, desde luego, estaban bien empapados en ella, como una bolsita de té renegrida y puesta a secar en un lado del platillo. Don tuvo muchas oportunidades para aventurarse dentro de la casa a finales de los setenta y principios de los ochenta: Kirsten Rourke celebraba suntuosas fiestas con frecuencia, y él además era en aquel momento empleado de AstraCorp; a Michelle la invitaron durante algún tiempo a la partida de pinochle de los viernes y, evidentemente, Rourke invitaba a Don de vez en cuando para darse el gusto de mezclarse con la plebe. El edificio era imponente y estaba decorado con un aire tan museístico que uno no osaba tocar un solo objeto por miedo a despertar la ira de los anfitriones.

Apenas se podía dar dos pasos seguidos sin tropezar con los bultos y cachivaches diseminados en cada cavernosa habitación, la velada acumulación de una superioridad inefable a través del linaje y el azar: vitrolas de nogal de Circasia con las que habían arramblado tras la destrucción de la sede de la Compañía Británica de las Indias Orientales; armarios revestidos en madera de roble flamenco traídos a Occidente ante las narices de los codiciosos demonios rojos; cestas de mimbre tejidas por los dedos agrietados de aldeanos largo tiempo agostados bajo la insulsa capa de tiza gris que se acumula como un manto sobre todas las cosas en todas partes; óleos de ventas de inmuebles y de subastas privadas; jarrones Ming y lámparas de Tiffany's; la colección de zapatos de Kirsten, valorada en un millón de dólares; una afición que la entretenía tras seguir las proezas de Imelda Marcos. Rourke coleccionaba arte medieval de la Europa occidental: espadas, escudos, estandartes andrajosos y una biblioteca de libros ajados tras una vitrina. Sabía un poco de latín y recitaba poemas en inglés vernáculo cuando se emborrachaba o, como sospechaba Don, cuando fingía estar borracho.

Había sido miembro afiliado de la Sociedad John Birch; elitista afable y experto

jugador de bádminton dotado de un brutal servicio de diestra. Era suscriptor de *Foreign Policy* y de un buen puñado de publicaciones periódicas contrastadas pertenecientes a sociedades de investigación histórica de las que Don apenas había oído hablar.

En los tiempos en los que todos eran jóvenes y andaban ocupados, Don solía ver a uno u otro Rourke al pasar por delante en su caminata campestre para recoger el correo o el periódico del buzón de la carretera, la antigua ruta preferencial, como la llamaban los carteros —Kirsten al volante de su Jaguar, escoltando a sus dos hijos y medio (los mellizos Page y Brett, y Bronson Ford, el muchacho que habían adoptado de una aldea de Angola) de camino o de vuelta de alguna actividad extraescolar (fútbol, *ballet*, gimnasia, ajedrez, etcétera); o Rourke en su inmensa furgoneta diésel que sonaba como una máquina industrial, haraganeando en el patio cuando el día se presentaba borrascoso—, y los saludaba con la mano o con un gesto de la cabeza. Si el matrimonio no estaba demasiado ocupado le devolvía el saludo, generalmente. La muchachita rubia platino lo ignoraba con altanería (el hermano, también rubio, murió en circunstancias trágicas; no conocía los detalles), pero Bronson Ford a veces se daba la vuelta en el asiento para mirarlo por el parabrisas trasero, impasible como una máscara totémica.

La brisa seca arreció mientras Don atravesaba la puerta de acero de los Rourke. ¿Cuándo habían hablado por última vez? Hacía siglos... Kirsten estaba arrugada como una pasa. Don se rio para sí, burlón. *¿Acaso no nos hemos arrugado todos?* Demasiado tarde para charlar con Rourke, de todos modos. Aquel canalla engreído se había esfumado hacía años en medio de las montañas Olympic. Circunstancias muy misteriosas. Corrieron rumores de escándalos financieros, malversación, una cuenta en las Islas Caimán... Más de uno estuvo de acuerdo en que lo más probable era que Rourke se hubiese escabullido de un matrimonio carente de amor y de sus estresantes negocios y hubiera salido por patas con rumbo a alguna playa tropical.

Don escudriñó el extenso camino de grava, los contornos acechantes de la casa y los reflejos de vidrio o metal a través de los árboles susurrantes. Las sombras ascendían y descendían como una respiración, y un hombre, seguramente un jardinero, con una camisa rojo chillón cruzó fugazmente por un parterre de césped segado con precisión milimétrica y desapareció cuando el movimiento de las ramas lo ocultó entre sus hojas.

Don y Thule siguieron caminando hasta el callejón sin salida y el trío de casas corrientes. Un caminito se curvaba en dirección al despoblado bosquecillo de alisos y tocones de pinos invadidos por las termitas; había que ir con cuidado de dónde se pisaba, porque estaba lleno de bosta de caballo y excrementos de perro. Como a ciento ochenta metros más allá, el sendero cortaba con una pista de tierra, una combinación de grava roturada y arena húmeda, que se dividía y volvía a dividirse como los radios de una rueda y abría numerosos caminos a través de todos aquellos acres de arbolitos enanos apretujados; ninguno sobrepasaba los dos metros y medio,

un auténtico bosque de árboles de Navidad.

El vivero forestal llevaba allí toda la vida; se trataba de una empresa de dimensiones colosales que bordeaba un tramo de la lejana autopista Yelm y se extendía hacia el interior desde allí formando un abanico irregular de unos seis kilómetros y medio de ancho en el punto en que se unían la vía de servicio y el sendero de la Asociación de Propietarios de Misty Villa. La vía era popular entre los aficionados al *footing*, los que paseaban al perro y las pandillas de chavales en motos de trial. Las motos de trial, los quads y similares estaban prohibidos expresamente, cosa que no impedía a los chicos repletos de testosterona ni a los pueblerinos borrachos que habían llegado al estadio más acuciante de la madurez pasar zumbando por allí al anochecer, destrozándolo todo y dejando latas de cerveza por doquier.

Incrustado entre una hilera de árboles dispuestos como dientes cerca de la entrada había un caballete de madera con un cartel de un gris descascarillado en el que se leía claramente en enormes letras negras:

¡NO PASAR!  
¡ZONA ROCIADA CON PESTICIDA!  
¡PERJUDICIAL PARA PERSONAS Y MASCOTAS  
DURANTE LOS PRÓXIMOS 14 DÍAS!  
¡PROPIEDAD PRIVADA!

La señal iba cambiando de sitio, según el día en un punto u otro de la propiedad, y eso llevaba haciendo continuamente desde hacía muchos años.

Un labrador amarillo pasó corriendo y alzó una pata para regar un abeto antes de proseguir su camino, con el morro pegado al suelo. Thule tironeó de su correa y gimió nervioso. Los dueños del labrador, una pareja de jóvenes yupis con polos a juego, paseaban unos cuantos metros por detrás de Don, ignorando con la misma cachaza tanto el cartel como a su caprichosa mascota. En la lejanía, más allá de la masa de vegetación, se oyó una sierra mecánica. Todo olía húmedo y amargo, y diminutos insectos revoloteaban entre su pelo.

Los trabajadores que se encargaban del vivero andaban por allí aquella mañana. Un grupo de siete u ocho venían cada pocas semanas para adecentar la maleza, podar las ramas y llevarse las plantas que presentasen alguna plaga. Eran todos hombres, capitaneados por un campesino patriarcal barrigón y de mirada aterradora. Vestían monos y sombreros de ala ancha, y blandían machetes con la eficacia natural de un carnicero.

Don daba por hecho que eran hispanos, porque los había oído charlar en español, aunque entreverado con otro idioma que no supo identificar. Jamás había hablado con ellos, se limitaba a saludarlos con un gesto de la cabeza al pasar; una sonrisa amistosa o un gesto de la mano, que siempre le devolvían. Su español era malo, por no decir que ni *era*. Se trataba de algo que lo sacaba de quicio y desconcertaba a partes iguales desde que un día del invierno pasado había descubierto unas anotaciones que hizo de joven en su diario íntegramente en castellano. Eran notas tomadas sobre el terreno

mientras elaboraba un informe sobre un sistema de cuevas en las islas Aleutianas durante la administración Nixon. Hacía muchísimo tiempo, pero, por Dios... ¿cómo puede olvidarse uno de un idioma? ¿Cómo llega a olvidar incluso que dominó dicho idioma en su momento? Por más que estrujara sus porosos sesos, tampoco era capaz de extraer ni el más mínimo detalle relativo a la expedición. La oscuridad, una caverna, él mismo suspendido de una cuerda sobre un abismo, el haz de su linterna frontal que no alcanzaba nada sólido, el goteo y el borboteo del agua por todas partes... Se despejó y se sacudió como hacía Thule cuando volvía de pasear en medio de la lluvia, y continuó avanzando. Avanzaba desde un pasado que iba convirtiéndose día tras día en el reino de la sombra de una existencia.

Ese día divisó a un par de hombres más jóvenes que él cerca de la carretera, y al momento se dio cuenta de que había algo distinto, algo andaba mal. Sus monos estaban empapados de arriba abajo de polvo y savia. Caras largas y ceñudas, perladas ya de sudor; murmuraban mientras buscaban ramas muertas y las echaban en carretillas formando pilas que semejaban un revoltijo de brazos y piernas deformes. Sí, sus movimientos eran distintos, irradiaban un aura enigmática, vagamente hostil, y sus medias sonrisas parecían burlonas. Bajó la mirada y se fijó en que el pelaje de Thule estaba encrespado, erizado igual que cuando señalaba amenazas como un perro poco amigable o cualquier bicho oculto entre los matorrales.

Primero uno y luego el otro, la pareja advirtió la presencia de Don y dejó sus labores para estudiarlo, mientras se decían algo por lo bajo. Uno llamó con un grito agudo y aflautado a sus hermanos, ocultos en la profundidad de la fronda, y el extravagante gemido obtuvo respuesta desde muchos y muy distintos puntos a la vez.

*¡Dios mío, qué boca!*, respingó Don apartando la mirada del hombre que había proferido aquel extraño vagido aviar; la boca del individuo se contrajo como un iris, un agujero desdentado del tamaño de un puño. El otro se pasó la lengua por los labios y restregó el machete por la pernera del pantalón como un barbero que afila su navaja.

Los saludó con la cabeza y una sonrisa desfalleciente, fingiendo no advertir la palpable antipatía, y continuó caminando tan rápido como la dignidad le permitía. Los ojos de obsidiana de la pareja giraron para seguirlo hasta que una curva del camino se interpuso. Él agarraba espasmódicamente su *spray* de pimienta dentro del bolsillo. Los dientes le castañeteaban.

Los cuellos de aquellos dos tenían vértebras de más. No se había dado cuenta en anteriores encuentros con la cuadrilla. Ambos tenían la misma deformidad; y le asaltó una ocurrencia absurda y paranoica: esos dos eran actores, dobles que sustituían a actores principales en una película, siempre filmados por la espalda o en segundo plano. A cierta distancia, con ponerle un uniforme a cualquiera basta para que pase por nuestro mejor amigo. ¿Quién coño iba a perder el tiempo en representar el papel de unos obreros inmigrantes en una arboleda? ¿Por qué tenía la sospecha insidiosa de que los había visto antes en otras circunstancias?



*Te vigilan. Te vigilan, Donald. Te aman.*

La intromisión de aquel inesperado susurro de su subconsciente le puso los pelos de punta, por más que lo arrumbó en el sótano con todos sus terrores infantiles a las arañas y el hombre del saco. Se apresuró por el camino de vuelta a casa, adelantándose a la tormenta y al demonio.

## 5

**U**na cafetera más tarde, Thule gruñó y unos faros giraron en el camino de entrada. Don forzó la vista: *Ahí están.*

Kurt y Kaiwin llegaron en un coche de alquiler. Kurt tenía cuatro coches, contando un Lexus y un Mini Cooper clásico con todas las prestaciones que había pertenecido anteriormente a una estrella del cine de acción de segunda; pero, como señaló ya una vez, se aventuraría con uno de sus pequeños por las carreteras secundarias de Olympia cuando los cerdos volasen. El cielo se había ido aclarando casi imperceptiblemente, revelando los contornos del granero y de los cimbreados magnolios. Salieron del coche, pisotearon un charco fangoso e irrumpieron atropelladamente en la cocina.

Kaiwin tenía los ojos oscuros y era esbelta, delicada, aunque fibrosa como una bailarina. Llevaba un sencillo vestido de verano sedoso y calzado apropiado; aparentaba menos años de los que debía de tener. Su bolso era de plástico transparente, la moda del momento entre las chicas de ciudad a la última y las mujeres que querían ir de muchachas. Allí estaba, inquieta, enjugándose las gotas de lluvia de los ojos. Llevaba los párpados de un delicado color azul ala de mariposa.

Thule la olfateó con cautela, a continuación se bamboleó y comenzó a lamerle las manos. Don, que aparte de una breve conversación el día de la boda, jamás había charlado con la chica, la aceptó en ese instante sin reservas. El juicio de Kurt era dudoso. En cambio, cualquiera a quien el perro le diese el visto bueno tenía el partido ganado con Don.

—Papá. Al final hemos llegado. Una tormenta de mil pares de cojones —a pesar de estar bien entrado en la mediana edad, Kurt era alto, bronceado y tenía la constitución de un levantador de pesas; en el instituto y en la facultad jugaba al *rugby*, había pertenecido a la línea de defensa del primer equipo de la Universidad de

Washington. Podría ir de camino a una reunión de negocios, tal era la elegancia de su traje hecho a medida, el sofisticado lustre metálico de su corte de pelo de trescientos dólares; la clase de corte de pelo que el gobernador en persona habría escogido para sí—. Bueno, Winnie, pues esta es la casa familiar —y pasó un brazo enorme alrededor de los frágiles hombros de ella, que asintió y abrió la boca en una sonrisa blanca y superficial.

Don tuvo que preguntarse hasta qué punto dominaba el idioma aquella chica. Le dirigió una sonrisa amable y les dijo que tomasen asiento enseguida. Les ayudó a quitarse los abrigos y puso café, aunque resultó que Winnie no era muy de café, sino más bien de té, por lo que Kurt ya no tomaba café tampoco. «Más para mí», respondió Don, y rebuscó en los armarios hasta desenterrar una lata oxidada de té en hojas que probablemente estaban criando telarañas desde antes de que los chicos terminasen la universidad.

Cuando la pareja ya estaba sorbiendo su té, Don lavó unas patatas y comenzó a pelarlas, una tarea a la que se había aficionado bastante con los años, quizás únicamente por instinto de conservación. Michelle destacaba en muchos terrenos, pero la cocina no era uno de ellos. Comentó esto y aquello, fijándose en la expresión tirando a aburrida de su hijo; tamborileaba con los dedos cada vez que su atención comenzaba a irse por otros derroteros. Don siempre había albergado la sospecha de que Kurt sufría un trastorno de déficit de atención. Michelle no estaba de acuerdo y aducía que Don no era un gran conversador y que, desde luego, no había heredado el vitalismo de sus genes paternos. Sin embargo, a él le hubiese gustado probar el Ritalin con el muchacho, en aras de la ciencia. Preguntó a su hijo sobre su trabajo como vicepresidente de operaciones en una empresa aeronáutica de Seattle.

El puesto de Kurt exigía muchos viajes: la empresa subcontractaba la fabricación de componentes electrónicos a Taiwán y China, lo que casualmente había motivado que conociese a Winnie. Era la hija pequeña de un ejecutivo de segunda de Hong Kong, y los habían sentado juntos en una cena. La fecha de la boda se fijó tan sólo para seis meses después.

Otra exigencia del trabajo de Kurt era el absoluto secretismo y unos procedimientos de seguridad draconianos. Le mostró a Don el dorso de su mano izquierda.

—La empresa implanta un chip bajo la piel, justo aquí... microscópico, como un grano de arroz. Contiene mi clave de seguridad, mi información médica. Lo controlan vía satélite para que pueda moverme con libertad por el interior de la oficina y de edificio en edificio. Tienen una decena de puestos de control, puertas selladas, ascensores de seguridad, lo que se te ocurra. Sin esta cosita, sería una puta pesadilla.

—¿Ahora mismo te están rastreando? —le preguntó Don. Alzó la vista al techo.

—Oh, no, papá. Eso representaría una invasión de mi privacidad. Estoy de vacaciones, caray.

Nunca era fácil saber si la exasperación del hijo era una reacción a las

provocaciones del padre o impaciencia ante su supuesta ignorancia. Kurt distaba mucho de ser estúpido, pero aún más de ser imaginativo.

—Sí, pero ¿cómo saben dónde estás y con quién hablas? La Virgen, esto podría ser una guarida de espías comunistas.

—He firmado un compromiso de confidencialidad. Un procedimiento habitual. La sanción por violarlo es del orden de veinticinco años y la confiscación de mi testículo izquierdo, como mínimo. Además, proporcionamos a los directores de operación el itinerario detallado de adónde vamos y el propósito de la visita. La madre que lo parió, este té sabe a hojas podridas. Winnie, no te lo bebas —le quitó con suavidad la taza de la mano y la empujó hacia el centro de la mesa. Los ojos de ella centellearon con animosidad, un centelleo que remitió al instante. Kurt no se dio cuenta—. ¿Queda algo de ese café?

## 6

**H**olly y su amiga Linda llegaron hacia las nueve, en un momento en que el temporal amainó. Holly, más independiente y bregada que nunca, conducía el viejo Land Rover que su madre envió una vez por barco a Sudáfrica tiempo atrás para una odisea de seis meses por el Continente Oscuro; se lo regaló a ella cuando se graduó en la universidad. Don suponía que el motor llevaba hechos más kilómetros que si hubiese ido a la Luna y vuelto a la Tierra. Holly saltó del coche y le dio a su padre un abrazo que lo dejó sin aliento. Era bajita y robusta, tenía una abundante melena rubia entreverada de mechones grises; en su rostro se advertían las marcas y las mellas de una existencia aventurera. Al igual que su madre, poseía la cualidad natural de no acusar el paso de los años, una pasión extraña y juvenil por la vida que no implicaba fragilidad alguna, ni física ni de ningún otro tipo. Los ojos le centelleaban con un humor desalentador, fruto sin duda de veintitantos años dedicados al magisterio en la escuela primaria.

—Hola, hermanito —dijo mientras le alborotaba a Kurt su fantástica cabellera cuando salió al porche. Le dio un puñetazo en el hombro y Don le guiñó un ojo con complicidad; él mismo se había peleado en broma con ella de adolescente y ya en aquel momento sus puños curtidos eran como ladrillos.

Kurt gruñó y le frotó la frente con los nudillos, Don se interpuso entre ambos para

detener aquella agresión medio simulada antes de que las cosas se salieran de madre y los chicos terminasen revolcándose en el barro tirándose del pelo y dándose bocados; su papel de árbitro se había vuelto reflexivo tras años de narices rotas y egos lastimados. No cambiaban; iban a cumplir los cincuenta el próximo diciembre, y sin embargo volvían a la adolescencia en un abrir y cerrar de ojos. La amiga, Linda, se les unió en el porche. Una mujer atractiva, aunque desmejorada, con el pelo cortado al rape. Llevaba una camisa gruesa de franela, unos pantalones caquis y botas de leñador. Saludó a cada uno tímidamente y su voz era suave; pronunciaba con meticulosidad de un modo que hacía suponer que se había criado en Europa.

La lluvia volvió a arreciar momentos después de que sacasen el equipaje y lo apilaran en la entrada principal. La casa tenía muchas ventanitas, pero la estructura seguía las líneas habituales de las construcciones del siglo XIX. Las habitaciones, las escaleras y los pasillos que las conectaban tenían el techo bajo, eran estrechas y oscuras, especialmente en las estaciones sombrías. Una casa llena de recovecos y grietas, puertas extrañas y armarios en lugares desacostumbrados e insospechados. A lo largo de su infancia, Holly mostró un terror permanente hacia ciertas habitaciones. Se quejaba de oír arañazos y susurros en el interior de su guardarropa y desde lo alto de la escalera que conducía al desván. Algunas noches se negaba a dormir en su cama.

Del sótano no había ni que hablar, porque juraba que una vez que bajó a coger un frasco de conservas el venerable gato Boris (que habían heredado junto con la casa) había soltado una risita ahogada desde una de las estanterías para las botellas en la que estaba encaramado y había canturreado: «Soy un gatito bueno». Boris se escapó poco después del supuesto incidente y ellos no llegaron a procurarse otro gato, a pesar de la sempiterna plaga de ratones.

Kurt se burló de su hermana comentando que a lo mejor lo que había oído era uno de los pequeños seres de mamá. Don atajó al instante y con aspereza inusual la observación. La sola mención de lo que conocían como Los Pequeños Seres estaba estrictamente prohibida en la hacienda Miller. Había comprobado amargamente por sí mismo hasta qué punto su esposa era sensible al más inocente desaire en lo tocante a su investigación de décadas sobre la existencia de tribus aisladas y culturas ocultas. Como alguien habituado a debilidades similares, podía comprenderlo.

No obstante, Michelle se había consagrado a aquel asunto con celo evangélico, aunque con un secretismo casi absoluto, ya que teorías de tal esoterismo sólo podía debatirlas sin avergonzarse con criptobiólogos como el que en su día fuera gran amigo y mentor Louis Plimpton, y los miembros más radicales de la comunidad científica del estilo de los majaras Toshi Ryoko o Howard Campbell. Gracias a Dios, últimamente había cejado en su empeño antes de destrozar su matrimonio o de volverse locos ella, Don o ambos.

En aquellos tiempos, Don no pensaba demasiado a menudo en la cruzada de Michelle, aquella obsesión apocalíptica cultivada durante sus primeros años de

universidad por demostrar la existencia de una casta familiar en concreto, probablemente tribal, que habitaba en los confines de la civilización —la Antártida, el corazón de las junglas de Nueva Guinea, en medio de la desolación del Gobi o, si había que creer a sus minuciosamente cribadas fuentes, en todos estos lugares—. Esta teoría era absurda, desde luego, y la habría convertido en el hazmerreír de la academia al uso si no hubiese demostrado una brillantez sólida en la investigación tradicional o si no hubiera escrito dos libros de no ficción que se vendieron sensacionalmente y que le valieron el abrumador elogio de la crítica. Los poderes fácticos se mofaron de sus teorías de la Tierra Hueca y las desdeñaron como la deplorable, aunque tal vez natural chifladura de una científica por lo demás genial.

Para los mellizos, toda aquella montaña de documentos de lo más áridos y acompañados de cientos de horas acumuladas en aviones, barcos y duras sillas de biblioteca se había resumido siempre en «Mamá ha ido a buscar a los pequeños seres». Al principio era gracioso, cuando eran niños y el optimismo y el humor de Michelle estaban en todo su apogeo; pero fue siéndolo menos con el transcurso de los años hasta que al final, durante una cena en familia y sin ningún preámbulo, les anunció desabridamente que su investigación (gracias a Dios, algo no tangencial a su auténtica labor) había sido un despropósito y que la daba oficialmente por terminada. En adelante consagraría su tiempo libre a una recopilación del amplio árbol genealógico de la familia. Luego se bebió media botella de vino blanco y se quedó dormida en el suelo del salón. Al día siguiente de tan extraordinario acontecimiento apenas se hizo alusión al asunto, y a lo largo de las sucesivas semanas todos dejaron de hablar de ello.

En cuanto a la aseveración de Holly sobre el gato parlante, Michelle bufó con sorna; como sucede en muchas casas antiguas, las cañerías golpetean y chirrían, en los aleros se instalan las musarañas, y lo más importante: los niños nacen con una imaginación hiperactiva.

Don, sin embargo, no riñó a su hija. A él también le daba miedo el sótano. Habían tenido lugar otros incidentes —una serie de ellos, de hecho— que había obviado atribuyéndolo a sus fobias o había olvidado al instante si nada se lo impedía. Se volvió un experto en apartar de su mente aquellos detalles desagradables hasta que Michelle volvía a salir de viaje, caía la noche, las luces parpadeaban y algo hacía un ruido sordo en medio de la oscuridad —una silla oscilaba, un jarrón roto, el tintineo de los vasos moviéndose dentro de los armarios de la cocina, esa clase de cosas—. Desaparecían objetos; comida, tenedores y cuchillos. Los cuchillos le preocupaban; siempre se trataba de los más grandes, los de carnicero y las hachuelas. A veces Thule gemía como un cachorro lanzando miradas a las paredes y el techo. Entonces los terrores de Don se las tenían que ver cara a cara con su dueño.

Irrumpía en las habitaciones, de una en una, encendiendo las lámparas. El resplandor lo tranquilizaba, aunque la luz no conseguía demasiado, dado que los recovecos y los rincones continuaban a oscuras del todo. Lo que más le molestaba de

vivir en la vieja residencia de los Mock era que no había manera de ahuyentar la oscuridad por completo.

No tardó en precipitarse el caos. Un reguero de maletas iba de la puerta de entrada al tramo de escaleras del desván, que utilizaban como dormitorio de invitados. Kurt y Winnie estuvieron de acuerdo en ocuparla, aunque él refunfuñó a propósito de las estrecheces, convencido de descalabrarse con las vigas. Holly le dijo que cerrase el pico y que fuese un buen soldado. Él replicó con algún epíteto pintoresco. Preferían hablarse cada uno desde su habitación, con lo que se veían obligados a gritar, así que el perro se puso a ladrar y a subir y bajar corriendo las escaleras. Michelle les pidió que no armasen jaleo porque estaba de resaca. El teléfono no dejaba de sonar. Como nunca era para Don y a Michelle no le daba la gana de responder aquel maldito aparato, nombraron a Holly recepcionista temporal, pero ella le cargó el muerto a la pobre y desvalida Linda, que iba con un trozo de lápiz en la mano de un lado a otro, apabullada.

—Argyle viene a cenar. Traeré una botella de champán —informó.

—¿Con este tiempo? —repuso Don mientras retumbaba un trueno.

Argyle Arden era un filogeógrafo que había abandonado Caltech, luego Saint Martin y por entonces trabajaba de asesor en el museo Redfield. Los chicos continuaban refiriéndose a él como *el tío Argyle*.

—No se va a ahogar —dijo Michelle—. Además, no podemos dejar que se quede solo en esa casona suya; vamos a necesitar refuerzos. ¿Puedes llevarle esa maleta a Win, cariño?

Había apartado de Kurt a Winnie, Holly y Linda con algún pretexto. Estaban en el sofá de cuero del saloncito con un buen puñado de álbumes de fotos esparcidos sobre sillas y por el suelo. Las cuatro parecían dispuestas a acampar allí indefinidamente.

—¿Cuál? —Don miró con pereza un juego de maletas con estampados a juego.

—La que pesa —respondió su mujer distraídamente.

A él todas le parecían pesadas. Decidió que era su oportunidad para escabullirse y tomarse su medicamento para la artritis con un trago de Glenlivet que había escondido astutamente en la despensa detrás de una hilera de tarros y latas de verduras precocinadas. En aquellos tiempos no se daba el gustazo casi nunca, sólo cuando estaba estresado. Se sirvió un triple, considerando que sería un anestésico suficiente hasta que Argyle lo rescatase de las garras de su esposa y de sus hijos.

Kurt entró en la cocina y lo pilló con las manos en la masa.

—¡Por el amor de Cristo y de los apóstoles, pásame eso ahora mismo! —irrumpió en la despensa, le arrebató la botella y se bebió un cuarto de golpe—. Espero que no seas un borrachín pendiente de salir del armario —dijo tras limpiarse la boca con el dorso de la mano, luego se fijó en que realmente estaban metidos dentro de una despensa de las dimensiones del armario de un conserje—. Literalmente.

—Bueno, caramba, hijo, no es que me beba el *whisky* como agua.

—Claro, claro. Necesito relajarme. Tengo la presión por las nubes desde hace

unas semanas. Hay posibilidades de que perdamos un contrato con Airbus y los maquinistas amenazan con largarse. ¡Otra huelga! ¿Te lo puedes creer? Hace tres años consiguieron un contrato nuevo y flamante, y mira cómo nos lo agradecen. Extorsionadores de mierda.

Teniendo en cuenta el puesto de Kurt y las responsabilidades que debía asumir, la hipertensión parecía un gaje del oficio que había que asumir.

—Oh, pues mira, lo que es yo, vivo con tu madre.

Don recuperó la botella y se sirvió otra dosis. En un abrir y cerrar de ojos no quedaba ni gota y ya empezaba a tomarse todo aquel bullicio con algo más de filosofía. Al final se decidieron a salir de la despensa, celebrando con risitas sus propias agudezas como un par de colegiales, y acometieron la desalentadora tarea de cargar con media docena de maletas escaleras arriba, una labor que se reveló sorprendentemente desternillante, sobre todo cuando Kurt admitió que cinco eran suyas.

Después de un segundo viaje al desván, Don se derrumbó en la cama doble que tantos sudores le había costado a Michelle embellecer con sábanas nuevas y un edredón de estampado geométrico, tratando de recuperar el aliento. Consideró que estaba en buena forma para ser un carcamal culigordo. Salía a correr de vez en cuando y hacía ejercicios con unas pesas que Kurt se había dejado en el garaje. De todas maneras, aquello lo superaba un poco. Un trueno retumbó más cerca que antes. Desde aquella altura —la torre del vigía, por así decirlo— la tormenta era impresionante. Daba la sensación de que el tejado fuera a desmoronarse de un momento a otro. Una luz gris y desangelada entraba por la única ventana del cuarto, salpicada de mugre y cagadas de mosca.

La estancia estaba atestada de andrajos colgados de perchas y comidos por las polillas, estanterías repletas de libros de fotografía mohosos y revistas como *Life* y *Time* y de un montón de muñecas antiguas. La tía Yvonne las había coleccionado; algunas eran de los tiempos de la Guerra Civil; había adquirido incluso un indio de madera, de esos que en su día colocaban en la calle los tenderos. Estaba apostado en la oscuridad, cubierto de polvo; acribillado por las termitas, el conjunto era más bien macabro, tallado toscamente y carcomido; parecía un jefe cherokee demacrado por la hambruna y la viruela, un alma en pena condenada a vagar por el desván.

Apiñados en un cuarto había un viejo proyector Westinghouse junto con decenas de latas de películas cuyas etiquetas apenas podían leerse de tan ajadas, además de por culpa de la endiablada caligrafía de los Mock. Aquellas que eran legibles resultaban un puro galimatías: *Exp. Hierofantes 10/38; Exp. Mt. Fuji 10/46; Rt. (Beatrice J.) 10/54; Astrobio Mt. subm. 5/76 (idea central T. Ryoko & H. Campbell); Patrones organizacionales urrilobites (L. Plimpton) 8/78; Columna vertebral ekaltadeta, Túmulo de Duino 11/86; CoOL 9/89*, etcétera. Arrumbadas en los rincones había cajas de madera polvorientas y arcones empapelados con sellos de puertos de escala exóticos. Un puñado de aquellos objetos eran más nuevos,

remanentes de expediciones de Michelle a África, Malasia, Polinesia y decenas de otras regiones.

Había muchos óleos tapados con lonas, apoyados en el caballete y sin terminar desde hacía mucho; la labor de un artista desconocido. Se trataba de obras desconcertantes. Un empeño impresionista; los sujetos eran humanoides deformes, reducidos por comparación con otras figuras de hombres-bestia y objetos indiscriminados de dimensiones barrocas sin tasa. Esto último sobrecogía a Don, la interpretación tribal de dioses antropomórficos y zigurats ciclópeos que dichos seres debían de habitar generalmente, todo ello filtrado a través de la lente de alguien en posesión de una sensibilidad europea occidental. Tal vez alguien con un trastorno mental o un fetiche antinatural por lo grotesco. Había evitado mencionarle las pinturas a Michelle por temor a que desarrollase un apego morboso hacia ellas e insistiera en colgar las «obras maestras» en lugares bien visibles.

Todavía peor era una fotografía en blanco y negro de tamaño póster en la que aparecía una silueta alta y delgaducha de medio perfil encorvándose sobre un enano contrahecho recortado sobre un fondo neutro blanco y gris. Ambas figuras vestían trajes ceñidos y homburgs; el hombre larguirucho de extravagantes proporciones, cuyas manos y cuello presentaban más articulaciones de lo normal, llevaba unas gafas oscuras sin montura, mientras que el enano sonreía a la cámara tras una barba demoníaca. Lo más probable era que la foto hubiese sido tomada durante las épocas de la Prohibición o la Depresión, a juzgar por las estriaciones y la pátina de la composición, aunque era difícil de concretar a causa del deterioro y de la capa de polvo que la cubría. En una esquina había una inscripción: «R y un amigo». A Don le daba igual quiénes fuesen uno o el otro y menos aún lo que pudiera haber sido de ellos.

Sonrió torvamente: si aquel era el aspecto de los hombres de la familia Mock, no le extrañaba que no les gustase llamar demasiado la atención. Tras aquella fotografía había otras muchas, pero estaban chamuscadas y estropeadas, los bordes doblados y carbonizados por las llamas; daban la impresión de que alguien las había echado al fuego y se había arrepentido demasiado tarde, así que no se podía sacar mucho en claro de los sujetos que aparecían en ellas.

—Ya veo que no has logrado encontrar el momento de deshacerte de toda esta basura —Kurt se encendió un cigarrillo—. Esto está abarrotado de cosas. Y esas muñeteras muñecas. De niño me cagaba de miedo con ellas.

—Ejem, no se puede fumar dentro de casa. Es la ley —abrió los ojos melodramáticamente e hizo el gesto de degollarse con el pulgar. Señaló el suelo, a través del cual llegaban de vez en cuando los ecos de risas amortiguadas por los conductos de ventilación. Una vez al año desde que pasó el Sputnik dejaba el tabaco.

Kurt soltó una bocanada de humo vigorosamente, con una expresión de adicto saciado.

—Los cojones voy a salir fuera con este temporal. Si no doy una calada me va a



explotar la cabeza. ¿Quieres uno?

—Ya te digo —Don casi le arrancó de la mano el cigarrillo que le ofrecía su hijo. Fumaron en un silencio satisfecho durante un rato y el aturdimiento del *whisky* comenzó a evaporarse en su cabeza y fue sustituido por la avidez del tabaco—. Bueno, y ¿qué es lo que celebramos?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que, con suerte, vemos a Holly una vez al año. Y tú estás siempre más ocupado que un autobús en hora punta. Y, sin embargo, aquí estáis los dos; sin razón aparente, tengo que añadir. Así que, ¿a qué se debe?

Kurt exhaló el humo por la nariz.

—Mamá nos amenazó. ¿Me estás diciendo que no tienes nada que ver en esto?

—A mí con una postal me vale. Aprecio la paz y el silencio. ¿Cómo os amenazó?

—Con desheredarnos, ¿con qué si no?

—Llega demasiado tarde.

—Ja, ja, estoy de coña. Le pidió a Holly que os visitase, no a mí. Yo he venido porque quería que hablásemos —le dio una calada al cigarrillo, el rostro ceñudo y reconcentrado, como siempre que se enfrentaba a un problema demasiado grande para su consabido cerebro prosaico—. Se trata de... Bueno, es extraño.

—Oh, oh. ¡Rápido! —Don aplastó su cigarrillo, escondió la prueba en el bolsillo delantero de su camisa y se puso a espantar como loco el humo que lo rodeaba.

—Ey, chicos —llamó Michelle desde el rellano. Una lámpara la iluminaba desde detrás y su sombra temblaba contra el techo en el punto en el que las escaleras descendían—. ¿Cómo va?

—Eh, ejem..., ¡perfecto, cariño! Casi hemos terminado —respondió Don luchando por dominar el picor en la garganta, las exasperantes ganas de toser.

—Fabuloso. Bajad ya, por favor. Holly tiene otra maleta en el porche y no vamos a hacer que se rompa la espalda intentando cargarla, ¿verdad?

—Claro, claro, es una florecilla delicada —dijo Don. Encogió los hombros mirando a su hijo—. Que no se te olvide, ¿eh?

—Vale —abrió la ventana lo suficiente para crear una succión susurrante y el humo salió a encontrarse con la vorágine—. Luego hablamos de eso.

**E**l temporal les dio un respiro y el cielo se abrió, entre dorado y carmesí. Negro y púrpura a lo largo de kilómetros a la redonda, y en lo alto el ojo sanguinoso de Júpiter fijo sobre sus cabezas. Las mujeres enviaron a Don y Kurt a la ciudad en busca de suministros de emergencia (más enfriadores para el vino y velas).

Don decidió matar dos pájaros de un tiro y llevar a Kurt a visitar al abuelo Luther, un compromiso que llevaba postergando seis meses, para la creciente irritación de Michelle (que era de las que piensan que la sangre tira). A él le traía sin cuidado su desaprobación y se lo tomaba con calma, terco. Luther se había comido el mundo en sus tiempos, y a Don no le gustaba visitar la parcela del viejo. Le hacía acordarse de sus propias patas de gallo, de cómo la piel de los tríceps se le estaba empezando a descolgar, picada y pálida como la de un pavo desplumado.

Kurt lo llevó en coche al cementerio y le dijo:

—Oye, haz lo que tengas que hacer. A mí no se me dan bien estas mierdas sentimentales. Voy a comprar la bebida y paso de nuevo por aquí a recogerte en un rato.

Don se quedó un rato en la entrada, aspirando el aire salado que se mezclaba con el abono orgánico y la hierba húmeda. A continuación avanzó despacio con un ramo multicolor del supermercado torcido en la mano. A su izquierda estaba el mausoleo, una construcción baja y rectangular de ladrillo, con cruces talladas a intervalos donde podrían haber ido las ventanas. A su derecha, un Cristo sucio de mármol blanco se arrodillaba en un monte con las manos juntas y el rostro vuelto hacia el cielo. La roca se había resquebrajado de la sien a la mandíbula de Jesús; una cicatriz. Tal vez se trataba de una representación después del Gólgota, con las heridas todavía frescas. Tras la estatua corría una verja irregular e improvisada, una hilera de tablillas de plástico y cachivaches que separaba el cementerio de un grupúsculo de dúplex y casas adosadas.

Las ventanas de numerosos dormitorios daban a aquel campo de cruces semiderruidas; reflexionó sobre lo irónico que resultaba que los vivos y los muertos durmieran por la noche frente a frente. ¿No representaría aquella barrera endeble algo más de lo que sus autores pretendían al construirla? Tal vez una demarcación subconsciente del Aquí y Ahora frente al Más Allá.

Dejando atrás un asta sin bandera cerca del monumento de granito a la Guerra Civil, se dirigió hacia las secciones más antiguas, los entramados en los que se hallaban enterrados los fundadores de Portland. No había demasiados caminos en aquel césped mal cortado, y los que había eran irregulares, de asfalto agrietado por el paso de los años y legamoso a causa de la pinaza y el polen acumulados. Los árboles se erguían en un desorden de bosquecillos. Predominaban los de hoja perenne, de ramas robustas y bajas que crujían cuando el viento las zarandeaba. Los abedules se encorvaban como parientes pobres en un banquete, la moteada corteza fría y blanca, las ramas negras abatidas incluso en verano. La poda simétrica de los setos hacía patentes los intentos periódicos por acondicionar el terreno.

Las inscripciones llamaban la atención en distintos grados desde todas partes: lápidas de mármol o granito corroídas por la lluvia y varias de metal sin lustre. La mayoría eran simples acontecimientos, nombres y fechas grabadas en la piedra. Había placas grises semihundidas en el césped; el musgo voraz invadía los surcos y huecos de las criptas más respetables. Bajo aquellas inscripciones, en la tierra húmeda y oscura, yacían mezclados unos con otros los huesos de pioneros y políticos, pescadores y esposas de pescadores, vaqueros y banqueros, inmigrantes y vagabundos, viejas viudas ricas e hijas recién nacidas, muchachos caídos en la guerra, chicas que perdieron la vida en la fábrica de conservas, ateos y feligreses.

Tras atravesar los campillos de los enterramientos coloniales, se aproximó al otro extremo del cementerio, la sección más nueva. La placa de su abuelo era sencilla: una chapa fijada con pernos a una lámina de piedra. Decía:

LUTHER ANGSTROM MILLER  
CAPITÁN DEL EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS  
3 DE AGOSTO DE 1882 - 14 DE ENERO DE 1977

A su mujer la habían enterrado en el panteón familiar de Bellingham, así que allí sólo estaba el abuelo.

—Te he traído flores, abuelo.

Don arregló las flores con la esperanza de que quedasen más presentables. La tierra estaba demasiado húmeda para sentarse.

1945 fue el año en que el mundo dio un giro crucial para él, el año en que se fue a vivir con Luther en la vieja cabaña familiar entre las colinas de la periferia. Su madre se estrelló con el coche y su padre perdió la chaveta y se ofreció voluntario para una especie de misión suicida por un trozo de tierra en una isla perdida y desde entonces olvidada de Filipinas (las verdaderas circunstancias de su muerte quedaron sepultadas en los archivos del gobierno para los restos). En aquel momento no se podía contar con los hermanos mayores de Don: Colin se había mudado a Wallachia y era conservador del respetable museo de historia natural que albergaba el castillo Mishko; Robert se escapó y se enroló con los marines, luego se unió a una comuna de San Francisco a finales de los sesenta y no se volvió a saber más de él, salvo por media docena de cartas extravagantes dirigidas «A quien pueda interesar» a lo largo de las tres últimas décadas. Los hermanos pequeños, Stephen y Ralph, pasaron el verano en el lago con la tía Muriel, una aristócrata londinense. Su hermana Louise, a quien había perdido la pista hacía tanto, se esfumó también en la vorágine del mundo mientras viajaba por Europa del Este acompañando a hombres ricos y cosmopolitas, aunque también ella escribió alguna vez; la última vez que tuvieron noticias suyas había emigrado a América Central en los ochenta y llevaba a cabo labores de soporte en nombre de varias asociaciones benéficas.

Luther le enseñó a fumar a Don aquel verano de 1945, a los catorce años. Estaba soportando su tercer año de jubilación del cuerpo militar y tonteando con un libro de

poesía que llevaba escribiendo desde la Primera Guerra Mundial. Lo habían apartado de sus obligaciones tras muchísimos años de servicio: había llegado el momento de incorporar una visión fresca, se necesitaban hombres más jóvenes y despiadados; cabrones todavía más retorcidos y sanguinarios capaces de afrontar las complejidades de un modelo de recolección de datos que cambiaba a toda velocidad. Su esposa, Vera, murió el invierno anterior y aquella gran casa de la colina parecía una enorme caverna con el viejo y el nieto como únicos habitantes.

El carácter amargo del abuelo lo atemperaba un entusiasta humor negro, una refinada aunque sencilla tendencia a la autoflagelación que, en última instancia, más que censurarse se reafirmaba. *Somos hormigas. Ni siquiera hormigas, somos jejenes, chaval. No te olvides de rezar tus oraciones.* Soltaba su horrible risita mucosa y le daba a Don una palmada en el hombro como si fuesen un par de oficiales subalternos contándose un chiste mordaz.

Nunca hablaban de la familia. En lugar de eso debatían acerca de a qué universidad debía ir Don y de qué profesión escogería. En aquel momento Don le tenía echado el ojo a la Roger Williams con la intención de dedicarse a la oceanografía. Lo que sucedió en realidad fue que estudió cuatro años en la Universidad Western Washington y dos en Stanford, y entre una y otra se prendó de Michelle. Luther proveyó lo que sus tres becas no cubrían. Aquellos veranos con el abuelo cuando terminaban las clases se le antojaban pertenecientes a otra vida, pero los recordaba con una claridad que lo asustaba.

El tiempo era apocalíptico. Días morosos enmarcados por cielos metálicos y hierba marrón. Días de perros, calor y moscas. Las moscas se subían por todas partes, zumbaban dentro de las lámparas, sus cadáveres se amontonaban sobre los edredones blancos, se pegaban formando una tapicería verdiazul sobre las viejas mosquiteras; emitiendo siempre una vibración fúnebre.

En lo peor de la estación, Luther se sentaba en el porche, botellas vacías y semivacías a sus pies, la jardinera colgando sobre su cabeza, las flores diseminadas como hileras de cirios en una iglesia medieval. Se hundía en su asiento en medio del sofocante fulgor azul, encendiendo un cigarrillo detrás de otro y vaciando botellas de *whisky* escocés sin obtener efectos visibles, siempre vestido de traje, de los que guardaba una docena en su armario. Se echaba la corbata por encima del hombro, los ojos turbios tras las gafas de gruesa montura. El viejo televisor Philco petardeaba desde el salón, trayendo fragmentos de heroicidades en el campo de béisbol a través de la mosquitera. El abuelo resplandecía en la luz mortecina, una sombra de lo que fue, el retumbar debilitado de una supernova. La fosilización implacable había trepado por su rostro y marmolado las venas de unas manos que en su día fueron delicadas. Aquellas manos se habían endurecido hasta convertirse en las nudosas y ganchudas zarpas del anciano, del malogrado.

Don sabía cosas sobre su abuelo, había muchas cosas de las que enterarse. Luther Miller fue, en algún lóbrego momento de la prehistoria, una leyenda menor. La

enorme casa que su propio padre, Augustus, había construido durante la primavera de 1878 constituía el depósito y el testamento de la rica mitología que impregnaba el linaje de los Miller. A Don se le presentó más de una ocasión para examinar los trastos hacinados en el estudio. Diplomas de Columbia y Princeton; certificados amarillentos y galones polvorientos otorgados por el ejército de Estados Unidos. Además de las obligadas instantáneas familiares y de las fotos de bodas, había álbumes de fotografías en blanco y negro del joven Luther delgado como un palo y con su uniforme de oficial frente a fondos exóticos: catedrales y monasterios derruidos, plazas y pirámides medio desmoronadas, mercados del Viejo Mundo, campamentos del desierto y fortificaciones en la selva, filas de tanques y de camellos. En aquellas fotos todos aparecían quemados por el sol, todos fumaban cigarrillos, todos iban armados y sonreían como estrellas de cine entre escenas de una producción histórica. Y así cien más, hasta que el cúmulo de fotografías se mezclaba en un patrón de camuflaje que le daba dolor de cabeza y le producía un profundo sentimiento de inferioridad. El abuelo había *hecho* cosas, y al realizarlas el hombre se había ido formando y agrietando, su sangre perdió calidad y sus emociones se rarificaron.

Luther tampoco le contó demasiado sobre aquella parte de su vida. No le habló del año que pasó en China como enlace con la policía municipal de Shanghái, de su filiación con gente del estilo de Fairbairn o Applegate, de quienes fue bastante amigo. Ni de sus misiones en Francia durante la Primera Guerra Mundial; jamás le habló de los artículos que había firmado, de los informes del congreso en los que había participado. Si le preguntaban, se encogía de hombros y replicaba al curioso que su vida estaba archivada en los expedientes del ejército..., que la buscase. Y aquella aseveración en concreto era para Don un resumen bastante preciso. Luther Miller era un voluminoso libro abierto al que habían arrancado cuidadosamente unas páginas y codificado otras.

Aquel asqueroso y húmedo verano del 45 fue el de la puñetera guerra del Pacífico, que terminaría con el florecimiento de dos nuevos soles, la aniquilación de la inocencia, e incluso en masacre. Aprendió a fumar siguiendo el ejemplo de Luther. Y una vez, cuando el viejo estaba tan borracho que su disertación adquiría una precisión mortal y sus movimientos la funcionalidad de un autómata, le dijo a Don que se pusiese elegante y fueron en el Studebaker a Olympia. Le dio un paseo por el Capitolio de California, le presentó a una sarta de hombres con trajes caros y rólex, perfumados con caras lociones para después del afeitado. Hombres importantes que sonreían a Luther mientras le estrechaban la mano, que se dirigían a él casi con reverencia, volviendo sus ojos brillantes y sus dientes de tiburón en francas sonrisas de tiburón hacia Don.

En medio de todo aquello, Luther devolvía las sonrisas (una sonrisa accionada por resorte que al nieto le resultaba tan ajena como el hielo de los oscuros cañones antárticos) y llamaba a todos por el nombre. Aquel suplicio duró minutos u horas.

Cuando terminó y conducían ya de regreso a las colinas, Luther, con las dos manos en el volante, le preguntó a Don qué le habían parecido aquellos honorables representantes del pueblo. Después de la respuesta que tuviese a bien mascullar su nieto, el abuelo asintió sin apartar los ojos de la carretera y dijo: *No hay cuerda suficiente en este puto mundo para colgar a ese atajo de hijos de perra.* Ahí quedó zanjada la conversación.

Don echó a andar de vuelta a la entrada. La noche caía rápidamente sobre el cementerio; las farolas sibilaban al encenderse, delimitando el perímetro. La brisa volvió a helarse, la notaba húmeda en la boca. Las ramas crujían como si prometiesen: *Vuelve a tu casa calentita y déjanos aquí a oscuras. No te preocupes, amigo, algún día regresarás para hacernos una visita mucho más larga.*

# CAPÍTULO CUATRO

*La sesión*

*(En la actualidad)*

## 1

**S**e hizo tarde.

Holly hizo las veces de chófer para el *tío* Argyle, puesto que al hombre le habían retirado el permiso de conducir hacía más de diez años. Vivía en la casa Arden, situada en un barrio histórico al este de Olympia. El diluvio nocturno se reanudó con rachas de viento más potentes y el camino se transformó en un pantano, de modo que ella y su Rover suponían el vehículo más fiable en cualquier circunstancia. La llegada de Argyle reavivó los ánimos de la casa. Entró pesadamente por la puerta principal maldiciendo a los dioses y al temporal con una voz de barítono que constituía la marca distintiva de los hombres de Arden.

Era grande, fanfarrón y autoritario, con su traje clásico gris, un Brooks Brothers heredado de su tatarabuelo, que dejó a su muerte aquel conjunto indeciblemente antiguo, prácticamente un artefacto histórico que podría interesar a más de un museo. Había llevado una vida extravagante y fructífera: soldado, diletante, autor, historiador, científico y con un talante de *bonvivant* profesional equiparable casi al de la realeza. Desde luego, había heredado una fortuna que no le iba a la zaga a la del príncipe de Montecarlo, en su mayor parte —según se rumoreaba— gracias al imperio criminal de su abuelo durante los violentos años veinte.

Las frecuentes visitas a los proletarios Miller se atribuyeron a menudo a una inclinación por mezclarse con la plebe; esto es lo que se murmuraba entre sus presuntos congéneres. El clan Arden estaba compuesto por un círculo interno de familias locales adineradas desde tiempos inmemoriales, la *crème* de la *crème*, la realeza —como si dijésemos— de tres condados, e incluía luminarias tales como los Redfield, los Rourke, los Wilson y los Smith, por orden decreciente de alcurnia. El mediano de ocho hermanos, y el único científico de una casta de abogados y *playboys*, era el último superviviente y el menos susceptible de fijarse en el rango a la hora de escoger sus amistades. Sus hermanos habían ido cayendo por el camino debido a guerras, duelos, desapariciones y, en una ocasión excepcional, por causas naturales. No es que él hubiese salido ileso; soltero impenitente, y contra toda previsión, se casó una vez con una chica encantadora de Niza, una enfermera que murió joven y lo convirtió en un viudo amargado. En algún momento de una juventud consagrada a la disipación se sajó la nariz en un accidente —nadie conocía con

exactitud las circunstancias de aquel percance— y llevaba una prótesis de metal dorado para tapar el estrago.

La fascinación de Michelle por lo arcano era responsable de la elección por parte de su amigo de aquel inimitable complemento. Una forma popular de castigo en la corte de Bizancio tenía que ver con cortar la nariz del noble que había quebrantado la ley, práctica a la que seguía el exilio permanente; un destino que experimentaban periódicamente incluso los más eminentes y poderosos emperadores junto con sus desafortunadas consortes. Uno de estos emperadores huyó a un reino colindante y se agenció una nariz de oro para salvar un mínimo de dignidad. Regresó a la corte al frente de un ejército de ciudadanos descontentos y masacró a los aspirantes a usurpadores (tras cortarles las narices, naturalmente). La idea le agradó a Argyle y encargó al mismísimo Llewellyn Malloy que le fabricase varias prótesis ostentosas en oro, plata y platino. Cuando los chicos estaban en primaria les regaló a cada uno una nariz postiza; de marfil para Holly y de bronce para Kurt. Se las ponían con una frecuencia embarazosa y trataban de imitar el acento característico de Argyle.

Cenaron cerdo asado, la especialidad de Don. Desplegó la mesa del comedor y los siete disfrutaron de un largo banquete caracterizado por las ingentes cantidades de champán y las bromas chuscas sin tregua. Hubo también revelaciones: Winnie estaba embarazada de nueve semanas; habían postergado la noticia para estar seguros de que las pruebas eran correctas; podían presentarse complicaciones, dado que ella había entrado en la cuarentena, pero las señales prenatales eran tranquilizadoras. La noticia de ultimísima hora tenía que ver con la reciente decisión de Holly de acompañar a Michelle y a sus socios a Turquía. Era libre de tomar parte en dicha excursión porque había pactado en el trabajo un año para emprender un máster en educación, el prerrequisito para acceder a una carrera administrativa. Esto motivó que Michelle pusiese en marcha una larga e intensa campaña para convencer a su hija de que unas vacaciones antes del final del semestre era exactamente lo que necesitaba.

Mientras tomaban el postre, un sorbete de naranja y un bizcocho, las luces refulgieron y luego se extinguieron. Durante varios minutos suspendieron toda conversación sentados en la oscuridad, rodeados por el rugido del vendaval y el tabletear de la lluvia contra las persianas. Don se había preparado para esta eventualidad. Ayudándose con una minilinterna, buscó a tientas una caja de cerillas y encendió lámparas de queroseno dispuestas estratégicamente por toda la casa. Habían sido propiedad de la tía Yvonne, y los Miller se habían acostumbrado a usarlas con frecuencia con los años, los apagones eran el pan nuestro de cada día en la vida campestre.

Todos terminaron por reacomodarse en el salón como un rebaño, atropelladamente y comentando excitados la jugada, junto a la chisporroteante lumbre anaranjada de la chimenea, que Kurt había abastecido de leña de abedul. El viento aullaba por el conducto y las chispas chocaban contra la rejilla. Don acercó un deteriorado hornillo portátil para preparar *hot toddies*<sup>[3]</sup>.



Se sintió aislado mientras esperaba en la cocina sombría a que el hervidor empezase a calentarse. El eco de la conversación en voz baja reverberaba por el pasillo como si saliese de un lugar mucho más remoto que el salón. Thule se escabulló de debajo de la mesa, una sombra gigante y negra, y soltó un gruñido que indicaba temor. Se agazapó apuntando con el hocico hacia la puerta del sótano. No era simplemente que la puerta fuera estrecha, es que parecía diseñada para enanos. Michelle, que medía un metro sesenta, se tenía que agachar cuando entraba. La desvencijada escalera de madera tenía unos quince escalones y se enroscaba en un giro de noventa grados hacia la izquierda. El embaldosado roto y hundido daba paso a un suelo de tierra batida que se extendía hacia el interior como dos terceras partes de la planta de la casa; olía a tierra húmeda y a madera en descomposición. Don intentaba bajar lo menos posible, había reducido sus visitas allí a una o dos cada verano.

Thule gimió. Don lo empujó con un pie hacia el vestíbulo. Preparó las bebidas en una postura forzada sobre la encimera para no darle la espalda al sótano. Algo que no sólo era una estupidez, sino peor aún: bordeaba la paranoia. Sacó los refrescos de la cocina y los repartió entre los presentes. Experimentó un susto momentáneo al darse cuenta de que Michelle había desaparecido. Estuvo a punto de sufrir un ataque de pánico, a punto de ponerse a dar vueltas por la casa buscándola. Aquella exagerada reacción podría haber sido desastrosa, puesto que en la penumbra era ciego como un murciélago.

Por suerte, Michelle se materializó en medio de la nada, un tanto confusa al comprobar que su excursión al baño para empolvase la nariz se había convertido repentinamente en un asunto federal. Don masculló una disculpa por ser tan asustadizo y le hizo una carantoña en la mejilla.

Arreglada esta cuestión, se quedaron en el salón sorbiendo sus *toddies* y repasando recuerdos en voz baja, como si la ausencia de electricidad los hubiera sumido en los Años Oscuros en los que los campesinos se escabullían hacia sus casas antes del anochecer, echaban el cerrojo y se persignaban para espantar al demonio.

Fue Argyle quien propuso que contasen historias de fantasmas. ¿Cómo iban a desaprovechar tal conjunción de elementos, el temporal, las velas y una agradable compañía? Nadie hizo el gesto de secundar la propuesta, pero eso era lo de menos. Cuando Argyle sugería algo, insistía y se empecinaba hasta conseguir su objetivo. Se lanzó al relato de su infame viaje al interior de China para documentar los patrones migratorios de cierta tribu que cazaba cerca del desierto de Gobi; casualmente, su labor le valió un desconocido pero más que satisfactorio galardón. Iba salpicando su sermón con apartes cómplices dirigidos a Michelle, que le sonreía con indulgencia y confirmaba la veracidad de las observaciones con su silencio.

Don reconoció que Argyle había logrado un cuento excelente. Tenía los elementos adecuados: amantes desafortunados, destino cruel, venganza más allá de la muerte, una flor extraña que brotaba precisamente en el lugar en el que los

enamorados eran lapidados, la leyenda encantada que se repetía a lo largo de generaciones como fábula aleccionadora. Todos aplaudieron al llegar al desenlace, momento en el cual Argyle, que seguramente había recitado aquel mismo cuento en cientos de astrosas cantinas de todo el mundo y otras tantas aulas repletas de estudiantes babeantes, se alzó un poco de la silla y ejecutó una gallarda reverencia.

—Bien hecho, Argyle, bien hecho —celebró Don—. Qué pena que seas tan mentirosillo. ¿Quién es el siguiente?

Tras un estallido de risas que sirvió para rebajar la tensión, Kurt dijo:

—A ver qué te parece, Holly. ¿Por qué no nos cuentas una de casas encantadas? Aquello del pobre y desventurado Boris...

—A nadie le importa un comino Boris. Ya conocen mis historias.

Holly le había guardado rencor durante mucho tiempo a su hermano por sus burlas oportunistas, el insulto era doblemente doloroso por cuanto su madre se confabulaba con Kurt para ello. Se lo confesó por primera vez a Don cuando estaban un poco achispados en la boda de Kurt y la conversación acabó tomando los derroteros de una reflexión sobre la vida después de la muerte y la posibilidad de que el abuelo y la abuela estuvieran flotando por allí como presencias etéreas.

—Ah, vale, es verdad —sonrió—. Pero es que la contabas tan bien. Y en cuanto a Boris, creo que se te ocurrió aquella patraña porque eres alérgica a los gatos. La tenías tomada con el minino desde el primer día, reconócelo —esquivó la taza que su hermana le lanzó cerca de la cabeza—. O a lo mejor sólo querías ayudar a mamá a demostrar su teoría de la Tierra Hueca...

Don lanzó una rápida ojeada a su esposa para calibrar su reacción, pero ella continuaba sonriendo y eso le hizo sospechar que a aquellas alturas ya había bebido mucho más de la cuenta. O, milagro de milagros, quizás las heridas habían sanado realmente.

Entonces, con la velocidad de una serpiente, sus ojos cambiaron y clavó una mirada de gran intensidad en Kurt.

—¿Qué dices del hueco no sé qué? —preguntó con una inflexión de voz almibarada que sólo le salía cuando estaba furiosa, el tono que adoptaba antes de sacar las uñas ante cientos de sus desdichados colegas en cientos de discusiones.

—Oh, aquello, vamos, ya sabes a qué me refiero —Kurt tosió y miró a su alrededor con la esperanza de que alguien le echase un cable.

—Ay, cariñín, todo el mundo sabe que no existen los pequeños seres —dijo ella. Sonreía con ferocidad. Mostraba demasiados dientes, perfectos aún a su edad—. Pero hay historias mejores. ¿Os he contado lo de aquella vez que el doctor Plimpton me llevó a una casa de putas en España para conocer a su hermana? Vivía por todo lo alto. Llevaba a las otras putas como quería. Fue una grata coincidencia, porque Louis seguía la pista de unos rumores sobre una comunidad que habitaba un sistema de cavernas desconocido. Qué lástima que ya hubieses dejado las excavaciones, Don. ¡Qué estalactitas! ¡Qué estalagmitas! —apuró su bebida de un trago con la misma

sonrisa congelada en el rostro.

—¿Linda? ¿Tú no tienes alguna anécdota que te apetezca compartir con esta humilde congregación? —se apresuró a preguntarle Don a la amiga de Holly.

Linda declinó la proposición alegando que no era capaz de ver una película de terror sin taparse los ojos durante las escenas más fuertes. Don desaprovechó la oportunidad para unirse a las risas. La conversación perdió empuje y pensó que tal vez darían la velada por terminada, que a él ya le iba bien. Había sido un día larguísimo.

Winnie miró a Kurt.

—Cuéntales lo de la bruja.

—Mmm, eso no tiene ningún interés, Win. Créeme, las historias de Holly son la leche.

Ahora no se reía. Mantenía los labios apretados. Don se fijó en que abría y cerraba la mano espasmódicamente.

—Es una historia terrorífica. Cuando me la contaste temblé.

Le sonreía con inocencia, la manita blanca apoyada sobre el brazo de él, la cara alzada para sostenerle la mirada. Don contuvo una risita, porque reconocía un ajuste de cuentas femenino cuando lo tenía delante de las narices: desde luego, se trataba de una represalia por el arrogante comportamiento de su marido. Tomó nota mental de no llevarle la contraria a la modosa mujer de Hong Kong.

El rubor de Kurt se apreciaba claramente en la luz mortecina.

—Bah, a lo mío apenas se le puede llamar historia de terror. Mamá, seguro que tú tienes alguna —parecía vagamente desesperado.

Michelle replicó:

—Yo no sé cuentos de fantasmas, sólo historias reales.

Por el tono engréido de su voz, Don dedujo que se había puesto hasta el culo de champán. Le había retirado el vaso subrepticamente tres veces durante la cena, pero en vano.

—Cuéntanos una de esas, entonces —era lo más cerca que Kurt había estado de suplicar en su vida—. Los primitivos y la adoración de sus antepasados son perfectos para un cuento. Algo con brujería sexual y sacrificios humanos.

—Ahora ya no los llamamos primitivos: son indígenas. En cualquier caso, no se me ocurre nada que no sea mortalmente aburrido. La tuya suena más interesante. No recuerdo habértela oído nunca.

—La madre que te parió, chaval. ¿Te vas a echar a llorar o qué? Déjate de chorradas —le dijo Argyle con una sonrisa torva.

—Eso, hermanito. Te escuchamos —Holly arqueó una ceja de un modo que le confería una expresión levemente diabólica. Por lo menos no combinó el alzamiento de ceja con los ojos en blanco, como solía hacer en el colegio para impresionar a sus compañeros, o aterrorizarlos si era eso lo que quería.

El resto estalló en murmullos de aprobación y exhortación y finalmente Kurt se

encogió de hombros, derrotado.

—Dios mío, sois incansables. Venga, si voy a contároslo necesito otro *toddy*.

## 2

**K**urt contempló fijamente su bebida. Dio un respingo cuando un golpe de viento azotó el lateral de la casa, los músculos de la mandíbula apretada le palpitaban. Por fin, sin levantar la mirada hacia la audiencia expectante, comenzó a hablar. Tenía la voz pastosa y pronunciaba con la cautela de un hombre bastante bebido.

—Bien, tío Argyle, Linda, permitidme que os ahorre los detalles. El último curso del instituto vi a una bruja. O así es como nos referimos a ella, en cualquier caso. «Bruja» no es la palabra adecuada ni por el forro, pero ya veréis qué quiero decir. Aquel verano me quedé en San Francisco mientras mamá y papá estaban aquí como de costumbre.

»Recuerdo lo importante que fue para mí: me dejaron al frente de la casa, tenía que pagarle al tío del contador, asegurarme de que cortaban el césped y tal. No es que estuviese muy justificado, teniendo en cuenta que los vecinos nos vigilaban todo el tiempo. Mamá, tú y papá no estabais mucho por allí en aquella época, siempre de viaje por alguna selva o algún complejo de cuevas, o lo que fuese. Sin embargo, los diecisiete fueron un punto de inflexión: marcaron la primera vez que me dejasteis solo, como encargado de la casa. Todo iba sobre ruedas. *Por poco tiempo*.

»Jugué de defensa en los Rams el primer año de instituto. Tenía el récord de placaje del equipo. Tres más de los que había logrado cualquier jugador de la Pac-9. Todos sabían que tenía posibilidades de entrar en la liga estatal. Eso me puso en bandeja a Nelly Coolidge, una de las animadoras más guapas del colegio. Todos le chupaban el culo: las virtudes que se le atribuían tenían que ver con el hecho de que fuese una “buenorra”, como se solía decir; y las chicas le hacían la pelota sin parar porque estaba forrada y no le importaba compartir la pasta con su claque. También le tenían miedo. Era popular y poderosa, una combinación ganadora. Su padre me contrató para trabajar durante el verano en su tienda reponiendo las estanterías y encargándome de cerrar. El curro me llenó lo suficiente los bolsillos como para llevar a Nelly a bailar y a tomar copas —tápate los oídos, Winnie, cariño— con la esperanza de meter algo más que un gol. Ay, pero no hubo manera. Un putadón,

teniendo en cuenta la mierda que estaba a punto de tragarme por su culpa.

»Estábamos en 1979. Gracias a mi actuación estelar tumbando a pobres chavalines de secundaria por el campo, logré alcanzar aquella beca para la Universidad de Washington y todo encajó. Si te digo la verdad, papá, de no haberme salido bien lo de la beca, había decidido alistarme en el ejército el día de mi cumpleaños con Frankie Rogers y Billy Summerset. Frankie murió en las explosiones de los cuarteles de Beirut, y Billy fue uno de los pobres desgraciados a los que dispararon durante la invasión de Granada. Pero es que eran marines. Los marines se llevan la peor parte. Todavía me envió postales de Navidad con el hermano pequeño de Billy, Eli. Él se unió a la milicia cuando lo de la Guerra del Golfo y se las arregló para volver a casa con todas sus extremidades.

»Es igual: el último año de la secundaria. La graduación a nueve meses vista se acercaba a toda velocidad, el entrenador contaba conmigo para llevar la defensa a un campeonato estatal. Yo era consciente de que mi beca estaba en sus manos, y con él las cosas no eran precisamente de color de rosas, menos aún con los hinchas y el director presionándole para que ganase el trofeo cada año... Tenía muchas cosas en la cabeza; el cerebro me iba a mil por hora. Me daba la sensación de ir la mitad del día aturdido, casi en un estado de ensoñación, y aquello contribuyó a lo que sucedió después. Hay gente propensa a sufrir alucinaciones. A lo mejor soy una de ellas: *mister Lelo*. Ni idea. Me encantaría creer que es así.

»Por las noches armaba un poco de bulla con los muchachos (Frankie, Billy, Toby Nethercutt y Mike Shavenko). Nos reuníamos en el viejo parque Celadon (una decisión poco inteligente, desde luego, con todos los drogatas que hay por allí rajando a la gente de arriba abajo con botellas rotas) o en aquella feria abandonada del paseo marítimo. A veces, cuando había alguna fiesta, nos montábamos unos cuantos en el Caddy de Mike Shavenko, cruzábamos a toda pastilla la costa para sentarnos alrededor de una hoguera con decenas de chavales de otros colegios, beber cerveza y jugar a fútbol en la playa. Todo ese rollo de *Casta invencible* sin un soso cascarrabias como Henry Fonda de por medio. Había alguna pelea y las chorradas habituales, pero las cosas eran totalmente inocentes.

Nada parecido a lo que están acostumbrados los chicos de hoy en día. Creo que lo peor que hice fue emborracharme un par de veces y adquirir el hábito de fumar. Frankie y Billy tuvieron la culpa de que me enganchara. Sobre todo Frankie, que era de los que se ventilaba un paquete de Lucky Strike al día. Fumaba todo dios; era lo más de lo más. Me acuerdo de colarme en el baño para dar un par de caladas entre clases. Cosas de críos.

»Los padres de Frankie estaban divorciados desde que él tenía once años. Yo lo conocía desde los ocho. Un chaval feliz. El típico diablillo. Aunque los profesores le tenían cariño por su tremenda facilidad para la réplica ingeniosa. Ya os conocéis el percal. Te daban ganas de partirle la cara, pero era imposible porque te estabas meando encima de la risa.

»La huida de su madre con paradero desconocido lo cambió todo. Conoció a un publicista que ocupaba un alto cargo y se marchó con él: hizo una sola maleta y desapareció para siempre. El padre se subía por las paredes. Jack Somerset trabajaba de estibador en los muelles. Tendríais que haber visto qué hombros y qué brazos: un bisonte embutido en una camisa a cuadros. Terrorífico. Se tiró a la bebida —se paraba en la tienda de licores de Clausen y se fundía un *pack* de seis latas de camino a casa—; de tanto en tanto, cuando iba a visitar a Frankie, veía al viejo repantingado en su Chevy echándose al coleteo media caja de Lone Star. Se pegaba las latas a la boca una detrás de otra como si fuera una máquina. Luego cogía otra docena y se la pulía viendo el béisbol. Jamás decía una palabra. Se limitaba a estar allí como un pasmarote con la cara blanca como la tiza por el resplandor de la pantalla del televisor. Casi se podía oír el tictac de su mecanismo.

»Lo peor fue que comenzó a cascar a Frankie sin motivo. Bueno, a lo mejor no *sin motivo* (a fin de cuentas, era un respondón incorregible). Pero se trataba de otra cosa. Sin previo aviso, Jack se le acercaba y le soltaba un tortazo. Frankie no podía pegarle a su padre, claro. Una vez lo intentó y el viejo le hizo atravesar la puerta mosquitera como si fuera un saco de patatas. Aterrizó en el camino de entrada y se despellejó las manos. El médico tuvo que vendárselas como a un boxeador. Pues eso, que ahí tenemos a mi colega del alma viviendo un infierno durante siete años. No veía la hora de alistarse en los marines. Y la hora no llegó tan rápido como para evitar que fuera por mal camino. No se puede decir que me sorprendiese cuando la personalidad de Frankie comenzó a volverse oscura. Aun así, y al tanto de sus dolorosas circunstancias, la transformación me dejó pasmado, me clavó una lanza helada en las entrañas. Fui testigo de cómo se iba pudriendo por dentro... una manzana devorada por un gusano desde el centro. Me rompió el corazón.

»Fue empeorando durante la primavera de aquel año 1979 y hacia el verano ya era una puta mierda. Jack pasó de azotar a su hijo una vez a la semana a darle palizas a diario. ¿Y sabéis qué era lo verdaderamente monstruoso? Que el tío iba con mucho cuidado de no dejarle marcas. Le pegaba en la nuca, le apretaba la garganta hasta que se le salían los ojos de las órbitas, esa clase de cosas. No lo vi en persona, gracias a Dios. Frankie me lo explicaba y lo transformaba en una comedia negra. Se reía y se encogía de hombros soltando comentarios como “¡Sólo es televisión, hombre!”. También su risa era distinta. Sonaba como el graznido de un cuervo.

»Se volvió perverso hacia el final del primer año de instituto, se volvió salvaje como un perro rabioso. Le robaba dinero a su padre para que los chungos que deambulaban cerca de las licorerías de la décima con Browning le comprasen privas. Y no cerveza, qué va: él se graduó directamente en Jim Beam; almacenaba las botellas bajo el asiento del coche de Mike Shavenko. Shavenko venía a ser el escudero de Frankie, lo llevaba a todas las fiestas con bebida al aire libre, sobre todo a las de la otra punta de la ciudad, donde había posibilidades de meterse en líos si uno se lo proponía seriamente. Se ponían finos y hasta el culo de *whisky*, luego Frankie

provocaba una pelea —uno, dos, tres tíos, a él le daba lo mismo—. Los pillaba según iban viniendo y los tumbaba a todos. Era delgaducho, lo que demuestra que a la hora de darse de hostias cuenta más la brutalidad que las cualidades atléticas. Francamente, se convirtió en algo así como una leyenda. Se llevó un montón de golpes, pero supongo que no eran nada en comparación con los que le daba su viejo.

»Ahora os lo puedo contar: le di una llave a Frankie para que pudiese quedarse a dormir en el sofá si las cosas se ponían muy feas en su casa. Allí me lo encontraba algunas mañanas, aniquilado, con los ojos negros como los de un mapache y roncando a un volumen que me hacía temer que se ahogase mientras dormía. Y una vez, por Dios y la Virgen, me lo encontré tirado en el sofá literalmente cubierto de sangre, tanta sangre que me costó reconocerlo. Parecía que acabase de tener un accidente de coche; tenía la cara empastada de coágulos, la camisa que llevaba estaba negra y dura como un trozo de yeso. Por unos instantes pensé que estaba muerto, luego comenzó a soltar aquel atroz ronquido abocinado. Lo llevé a la clínica. Resultó que se había metido en una pelea a puñetazos con dos tíos de primero de carrera en una fiesta en la playa. Tenía a uno en el suelo y le estaba tatuando la cara con una lata de Black Label cuando el segundo intentó marcar un gol chutando su cabeza —el cabronazo llevaba botas de escalada con clavos, por cierto—. Frankie terminó con el del suelo, se levantó de un salto, persiguió al otro por la playa medio kilómetro, lo atrapó y lo dejó hecho papilla. Soltaba espumarajos por la boca; intentó ahogar a aquel tío hasta que el sentido común de un grupo de chavales prevaleció y los separaron. Frankie perdió tres dientes y le tuvieron que dar cuarenta y pico puntos en el cuero cabelludo. Mal asunto.

»Todo aquello suponía una especie de traición a vuestra confianza, dejar que alguien que todo el colegio consideraba un mal bicho se hospedase en casa mientras estabais fuera... Creedme, no estaba contento con aquella situación, me encontraba entre la espada y la pared. Tenía que escoger entre ayudar a mi amigo o hacer honor a la confianza que habían depositado mis padres en mí. Fue una decisión difícil. Me preguntaba qué habrías hecho tú en mi lugar, papá.

»Pero resultó que Frankie era un perfecto caballero. No tocó nada de la casa. Incluso me ayudó durante unas semanas a arreglar el patio. Cuando lo pienso ahora me doy cuenta de que tuvimos suerte de que su padre no dedujese dónde estaba y se presentase allí para usarlo de saco de boxeo. A lo mejor le importaba un pepino. Por entonces se le había ido tanto la olla que se las había arreglado para que lo echasen del sindicato (esta reacción tan drástica os dará una idea del desastre colosal en que se había convertido). La última vez que tuve noticias de él fue en la universidad: terminó perdiendo su casa, se trasladó a una caravana en Nuevo México y estaba viviendo con una prostituta que se ganaba la vida, por así decirlo, bajo el puente de una autopista.

»Mientras el drama con Frankie iba dirigiéndose a un callejón sin salida, tenía que presentarme una tarde sí una tarde no en la tienda de Coolidge a las ocho

clavadas y trabajar hasta la medianoche. A no ser que llegase mercancía; entonces el encargado de Coolidge, Herb Nolton, me hacía quedarme hasta la una o las dos de la madrugada. Tampoco es que fuese como para romperse la espalda. Por lo general, Herb se metía en su despacho a ver la tele o se quedaba dormido en la cómoda silla giratoria de cuero que Coolidge llamaba “el asiento del capitán”.

»Trabajaba con otro tío que se llamaba Ben Wolf. Se había graduado dos o tres años antes y se había casado con su novia del instituto. Tenían un bebé, así que trabajaba en tres sitios a la vez para no quedarse sin un lugar donde caerse muerto. Hacíamos largos descansos en el callejón trasero fumando y charlando de fútbol. Había jugado de delantero en el equipo. No ganó nada, aunque seguro que era bastante rápido. Buen tío (incluso llevó a su mujer y a su niño a verme jugar poco después aquel otoño).

»Y luego estaba el otro miembro de nuestra fraternidad nocturna: Doug Reeves. Reeves era mucho más viejo que nosotros; hacía chapuzas para varios negocios locales. Era un manitas en lo que se te ocurriese; no era electricista ni fontanero, pero era capaz de reparar enchufes estropeados y sabía usar una llave Stillson. Era un hombre de pocas palabras, probablemente porque le daba a la petaca que llevaba siempre consigo. Se ponía mucha loción para después del afeitado con la intención de disimular la peste a *whisky*. Una vez, como mínimo, lo descubrí agachándose tras unas cajas del almacén para echar un trago. El pobre Reeves no podía aguantar ni quince minutos sin entonarse. El señor Coolidge nos prohibía fumar dentro del edificio. El humo se pegaba a la ropa y a los sacos de dormir. Se hubiese pillado un cabreo de haber sabido que Reeves iba de aquí para allá con un cigarrillo colgando de la comisura. Supongo que habría despedido a Herb por permitirselo. Por suerte, Coolidge no se pasaba a hacer inspecciones por sorpresa. Nelly me contó una vez que sus padres estaban siempre como el perro y el gato. Al final simplemente llegaban a casa, se tomaban un par de *whiskys* y se derrumbaban en camas separadas. Así es como se divorciaba la gente en aquellos tiempos, ¿no? De todas formas, su miseria suponía nuestra salvación.

»Entonces las cosas dieron un extraño giro. Reeves comenzó a salir con Ben y conmigo durante nuestros descansos para el cigarrillo. Era raro (no decía una palabra, no se unía a la conversación). Sonreía a nuestros chistes a la manera de quien quiere seguir la corriente pero sin llamar demasiado la atención. Al principio se venía una vez de cada dos turnos. A lo largo de las tres semanas que trabajé allí, no nos dejaba ni a Reeves ni a mí ni para mear. Lo teníamos pegado a todas horas, dándole caladas a su cigarrillo y trincando de la petaca. La cosa llegó al punto de que ni uno ni el otro éramos capaces de sacárnoslo de encima. Tan pronto como no había moros en la costa y nos dirigíamos de puntillas hacia la puerta, oíamos un bote de pintura o el golpeteo de una llave inglesa al chocar contra el suelo y allí que llegaba Reeves como un murciélago salido del infierno. En retrospectiva, la metáfora no es exagerada.

»Ben fue quien decidió finalmente cogerlo aparte y tener una charla de hombre a



hombre con él. Tenía la intención de decirle las cosas claras, plantearle tan educadamente como le fuera posible que tal vez le convendría dejar de empinar el codo y recomponerse un poco. Aquella costumbre del acoso nos estaba poniendo de los nervios y tenía que terminar, pero ya. Recuerdo la expresión de Ben diez minutos después, cuando vino seguido de Reeves donde yo estaba ordenando raquetas de tenis y bates de béisbol. Ben le pide que me repita lo que le ha contado y el otro se encoge de hombros y baja la mirada. Al final logramos que cantase: estaba cagado de miedo porque alguien acechaba en el almacén. “La bruja”, así la llamó. Nos contó que era alta, escuálida y blanca como la tiza. Llevaba un vestido sucio que arrastraba por el suelo. Así era como la había descubierto: vio la cola del vestido desapareciendo en las sombras por el rabillo del ojo. Pensó que se trataba de una alucinación, su versión desmedida del burro volando. Hasta que pocos minutos después la vio en carne y hueso al entrar en el despacho y topársela inclinándose sobre Herb, que estaba durmiendo como de costumbre. Temblaba mientras desgranaba su relato. Los dientes le castañeteaban como si se estuviese congelando. Según él, esto llevaba sucediendo desde dos semanas antes de que nos cansásemos de tenerlo pisándonos los talones. Por eso no quería quedarse solo en la tienda: una vez se había dado la vuelta y allí estaba ella, al otro lado de una estantería, sonriéndole diabólicamente. Quería dejar el trabajo, pero estaba demasiado enganchado al bar y debía un mes de alquiler. Si se iba se moriría de hambre. O le daría un ataque al corazón por culpa del síndrome de abstinencia.

»No supimos reaccionar. Ben tomó la iniciativa de nuevo. Le dio unas palmaditas en la espalda al tipo y me hizo soltarle veinte pavos para que el veterano pudiese pillarse una buena curda de viernes noche (me dijo que era lo menos que podíamos hacer). Mis planes de cena y película con Nelly se fueron al traste. Una cosa irritante de la dulce y cariñosa Nelly era que, a pesar de lo espléndida que se mostraba con sus amigas, esperaba que yo corriese con todos los gastos durante nuestra relación. La chavala era una calentapollas con delirios de grandeza. Me extraña que no se dedicase a la política, teniendo en cuenta sus dotes de manipulación.

»El caso es que Herb me llamó el viernes por la mañana para decirme que en el muelle de carga me esperaba una remesa inesperada de aparatos de gimnasia. Ese día no les tocaba trabajar ni a Ben ni a Reeves, así que me rogó que fuera allí y moviese la pesada carga, porque a él se le había pinzado una vértebra. Dado que estaba sin blanca y no tenía planes, me apresuré a aceptar, aunque arrastrar barras de pesas y discos de hierro tenía poco que ver con mi idea de una noche de diversión. Me topé con Nelly en la cafetería. Una cosa lleva a la otra y al momento estamos dándonos el lote en el asiento trasero de mi... eehmm, de tu coche, papá... pero no era capaz de concentrarme en el asunto porque le estaba dando vueltas a las descabelladas revelaciones de Reeves. Nelly me preguntó que qué me pasaba, así que le expliqué toda la historia como un tonto. Se lo tomó muy en serio.

»La tienda había sido construida en 1916 y los Coolidge la compraron en 1950.

Nelly se apretujó contra mí y me susurró en tono conspiratorio que un amigo de un amigo le había contado que un empleado murió allí durante los violentos años veinte; se ahorcó de una de las vigas. Lo único que podía ir y venir como le había explicado era un fantasma. Le pregunté si había visto alguna vez algo raro. No exactamente; sin embargo, estaba convencida de que algo espeluznante se cernía sobre nosotros. Había estado enrollada con uno de los chicos del almacén un par de veranos antes y también había mencionado al fantasma. La misma descripción: una mujer alta y delgaducha con una sonrisa malévola. Para ella estaba clarísimo.

»Y ahí mismo, en medio de nuestra preterida sesión de filetazo, los ojos de Nelly brillaron, me pellizcó y dijo que lo que teníamos que hacer era invocar la aparición del espíritu y luego ejecutar un ritual para expulsarlo de la propiedad. Me quedé boquiabierto. No daba crédito a lo que estaba oyendo. Se puso frenética y parloteó sobre dos amigas suyas, unas marginadas que vestían de negro y se arrastraban por ahí con la cara mustia, que por lo visto estaban metidas en toda clase de chorradas ocultistas. Una de ellas le había prometido enseñarle a utilizar la *ouija* y llevarla a una sesión que habían organizado para Halloween. Precursoras de las futuras góticas, aquel par. Samantha y Cassie. No le caían bien a nadie, ni siquiera a los *nerds* del club de ajedrez, ni a los fumetas, ni a los gordos de la orquesta. Nelly se mezclaba con el vulgo, cataba su “pintoresco” estilo de vida para burlarse de ellas con su círculo cuando se aburría, sin duda. En cuanto decidió traer a sus colegas al almacén, ya no pude meter baza.

»Todavía estupefacto por el giro que habían tomado los acontecimientos, me presenté en el negocio de Coolidge al caer la tarde. Herb me pasó las llaves cuando se disponía a disfrutar de su noche de farra salvaje bimensual en el Elks Club; llevaba su cazadora naranja y una pajarita (no puedo daros una idea del mareante efecto del conjunto). Hasta donde se me alcanza, los lunes por la mañana se colaba en la tienda feliz como una perdiz; era el único día que no venía más sobrio que el papa de Roma. Todavía hoy siento curiosidad por saber qué es lo que hacía en aquellos saraos. A lo mejor le tocaba la lotería con alguna de aquellas antiguas novias que a veces rememoraba.

»Tras la huida de Herb, me puse a mover la montaña de pesadas cajas que me esperaban en la zona de recogida, que era una especie de almacén anexo a la parte de atrás del edificio. Había unas estanterías que llegaban hasta el techo, plagadas de trastos y llenas a reventar. Si a nadie le había matado una baldosa desprendida o un frigorífico mal atado en lo alto de los estantes era de pura casualidad. Apilábamos aquellos cachivaches hasta los topes, literalmente.

»Coolidge heredó una carretilla elevadora con embrague al comprar la tienda. Ben solía introducir los palets en el almacén y los dejaba junto a la sala de exposición principal. Ni se me pasaba por la cabeza meterme con aquella mole entre los pasillos atestados, así que me tocó cargar con una o dos cajas de la remesa en cada viaje.

Aquello no tenía ninguna gracia, sobre todo porque estaba oscuro y quieto como

los edificios cuando quedan desiertos y sumidos en el silencio (y la tienda de Coolidge era enorme). ¿Os acordáis? Comprabais allí los utensilios de acampada. Dos pisos y la mitad de un tercero con una escalera mecánica hecha polvo y otra muy estrecha, enmoquetada con un gusto pésimo (¡verde lima!), sorteando a la muchedumbre desde la sección de ropa interior femenina hasta la de deportes y artículos para el hogar. Dios, aquel sitio estaba tan repleto de mercancía que sólo cabían dos o tres personas en fila india sin estorbarse.

»Me di cuenta de que era la primera vez que estaba solo en aquel lugar. La atmósfera era sombría, pero no me atreví a encender las luces del edificio como si fuese un árbol de Navidad. Me conformé con encender las de la sala de almacenaje, y algo ayudó, aunque el efecto dejaba mucho que desear: todo se volvió de un color verde chungo y en los montones más al fondo abundaban las sombras. En la planta principal no hubo ningún cambio, estaba iluminada por los fluorescentes de las vitrinas de exposición y dos o tres míseras bombillas en el piso de arriba. La verdad es que miraba por encima del hombro cada cinco segundos, como si esperase ver una máscara de Halloween acechándome. Cada sombra representaba una amenaza a punto de abalanzarse sobre mí.

»Hacia las nueve, Nelly golpeó el cristal de la puerta principal para que la dejase pasar con las gemelas Alegría de la Huerta. Eran tan pálidas y enfermizas que podrían haber hecho de fantasmas o de muertas vivientes. Deambularon por allí como miniclones de Boris Karloff, comunicándose por medio de monosílabos. Verdaderamente encantadoras.

»Aunque iban al grano, eso sí. Seguidas de cerca por Nelly, que se removía nerviosa y papando moscas, Samantha y Cassie sacaron sus artilugios de ocultistas (velas rojas y negras, tiza y un voluminoso libro negro forrado en cuero de imitación), dibujaron meticulosamente un pentagrama, o un pentáculo o como se diga, y una serie de símbolos sobre el suelo de cemento, no lejos de la sección de herramientas. Coolidge era un tacaño de primera. Cuando los constructores que había contratado para renovar la tienda con vistas a la gran reapertura agotaron el presupuesto, sin haber pulido elementos antiestéticos como plafones de yeso en el altillo y moquetas que se acababan tres metros antes de terminar algunos pasillos, los despidió y dijo que con aquello ya era suficiente para salir del paso. Además, ¿quién va por ahí fijándose en el suelo?

»El círculo —como tuvo a bien informarme Nelly, con una risa floja producto de la ansiedad repentina por estar perpetrando un ritual de magia negra en el territorio sagrado del negocio familiar— servía de conductor y símbolo de protección. Básicamente, se suponía que debía absorber y atrapar cualquier espíritu malvado que flotase por allí. Pensé que eran todas unas putas chaladas y las dejé con sus chorradas. Ah, pero ¿dónde iba tan rápido? Estaba desempaquetando otro palet de cajas cuando Nelly vino corriendo y me informó de que me esperaban. ¿Me esperaban para qué? La respuesta la obtuve enseguida, cuando me guio hacia donde Sam y Cass habían

encendido las velas negras y susurraban ensalmos. El pasillo de herramientas olía a grasa burbujeante y pelo quemado. Una de ellas se había cortado un mechón, lo había echado en un cuenco y lo había rociado con combustible líquido. ¡Fush! Lástima que la chispa no prendiese. Habría sido la hostia.

»Mientras tanto, las velas negras iban formando charcos untuosos al derretirse. Nelly se me agarró del brazo ante la escena iluminada por el resplandor rojizo de aquel hornillo provisional. Debíamos parecer la cubierta de un cómic de terror. En cualquier otra ocasión me hubiese encantado que Nelly Coolidge apretase su opulenta pechera contra mí, pero me encontraba extasiado ante el espectáculo de las hermanas dando vueltas sobre sí mismas, farfullando un galimatías inconexo, fragmentos en los que se pronunciaban claramente las palabras *Belcebú* y *Príncipe de las Tinieblas*.

»Cassie nos miró; las pupilas de la gótica estaban dilatadas a más no poder. Nos ordenó que nos sentásemos como los indios. Por supuesto no sólo dije que no, sino que *ni de puta coña*. Nelly me echó una mirada que os habría dejado pasmados. Su mirada de reina del imperio, cuyo significado no se prestaba a dudas: era un *no vas a volver a trabajar en esta ciudad* por vía telepática. Pegó sus labios a mi oído y susurró: ¡Gallina! ¡Gallina! ¡Gallina! Me senté y nos dimos las manos pegajosas mientras Sam pedía al “espíritu inquieto” que se manifestase. En el fondo, a pesar de que la escena me era ajena, en lo más profundo, quería saber qué sucedería a continuación. La fascinación de Nelly era contagiosa.

»La cosa prosiguió durante un rato hasta que el culo comenzó a dolerme de estar sentado en el cemento; entonces Cassie sacó una daga del bolso y se cortó en un dedo. De hecho, no era una daga, sino una réplica que había comprado en una tienda china de regalos. Dejó caer unas gotas de sangre en el cuenco. Luego le tocó a Sam y después a Nelly. Yo dije que nanai, que ni de coña, y se lo pasé de nuevo a Cassie. Ella sonrió burlona y me clavó la punta en el antebrazo. Era roma como un abrecartas, pero me pinchó con saña, me puse en pie de un salto y solté tacos como un camionero. Cass meneó la hoja y de la punta cayeron unas gotas de sangre en el hornillo. Yo pensaba que estaba frío porque el pelo, el polvo y lo que fuese que hubiera allí había quedado reducido a cenizas. Pero, me cago en la leche, las llamas se alzaron de nuevo, como un metro por encima de nosotros. Se consumieron y yo me quedé allí maldiciendo. Nadie decía ni pío; contemplaban fijamente el cuenco, tambaleándose como si se hubieran fumado un porro.

»Se fue la luz. Durante unos segundos la oscuridad fue absoluta. Las chicas chillaban. No veía ni tres en un burro. Aquello me acojonó un poquito. Para colmo, el aire parecía electrificado, espeso como si un banco de niebla húmeda se hubiera aposentado sobre mí. Como a tres metros por encima del pasillo alguien soltó una carcajada: sólo una; aguda y sofocada, rayana en la estridencia. Burlándose de nosotros.

»Las luces del despacho se encendieron de golpe. Se apagaron y volvieron a encenderse varias veces, cada vez más rápido, produciendo un efecto estroboscópico.

Entre los *flashes* vi... a alguien allí de pie, mirándonos. Coolidge tenía algunos maniquíes en el escaparate principal para exponer las chaquetas de franela, la ropa interior femenina, esas cosas. Más adelante llegué a convencerme de que Herb había dejado uno de los muñecos allí, apoyado frente al escritorio. Otro ciclo de *flashes* y desapareció. Entonces sí que contemplé la idea de unirme a aquel festival de chillidos. Los teléfonos comenzaron a sonar. Teníamos siete u ocho —uno en cada caja, en el despacho, en una cabina de cada planta, otro en el almacén— y todos sonaron simultáneamente. Me tapé los oídos y decidí que había llegado el momento de huir de allí a toda hostia. Las grandes mentes piensan muy parecido: las chicas estuvieron a punto de arrollarme de camino a la salida.

»Nos apelonamos en la acera, nos quedamos allí, contemplando boquiabiertos aquel agujero negro. La oscuridad era aún mayor por el contraste con las luces del exterior. Hacía frío y no había ni un alma. El viento húmedo soplaba desde el puerto. No se veían coches circulando, nadie paseando. Sólo nosotros cuatro apretujados y temblando. Un teléfono de una cabina en la otra punta de la calle comenzó a sonar, y un instante después sonó el de la vieja droguería. Llevé a cabo la acción más valiente de toda mi vida: me acerqué a la puerta y la cerré, fui por la callejuela trasera y me aseguré de que la puerta de descarga estuviese también cerrada. No habría vuelto a entrar ni por un millón de pavos, pero tampoco quería que Coolidge me despellejase vivo si alguien desvalijaba el almacén después de que huyésemos. Cosa que hicimos.

»Y... eso es todo. Presenté mi dimisión al día siguiente. No le di dos semanas de aviso, así que Coolidge se cogió un cabreo de mil pares de cojones. Nelly me dejó como si tuviera la lepra y se puso a salir en serio con un defensa, algo que en aquel momento me trajo sin cuidado. Tuve pesadillas hasta Acción de Gracias y me despertaba en mitad de la noche bañado en sudores fríos. *No creo que durmiese más de cuatro horas cada noche durante aquel mal trago.*

### 3

**D**esperto en la cama aquella misma noche, Don escrutaba la oscuridad. Michelle roncaba y balbucía; Thule estaba hecho un ovillo a los pies de la cama, un bulto de cuarenta kilos. El perro se revolvía y gemía a cada resplandor de los relámpagos, a cada retumbar de los truenos por el valle. Los estallidos azules y

blancos y los chisporroteos iluminaban el cuarto, extendían sombras huesudas de ramas por el techo, sobre la colcha y sobre la silueta encogida de Michelle; garras espectrales que se cernían tratando de arrancar las sábanas y darse un festín de carne sudorosa. Don contaba el intervalo entre el relámpago y el trueno: uno, dos, tres, ¡BUM! El vaso de agua vibró sobre la cómoda, y su dentadura postiza se movió, distorsionada por el momentáneo resplandor. Al menos la lluvia había amainado y el viento remitía a rachas intermitentes.

Le dolían las articulaciones, así que barajó la posibilidad de tomarse otra pastilla para calmarlas. Al final, se giró para abrazar a Michelle por la espalda. Olía muy fuerte a sudor nocturno y a algo más profundo; un tufo malsano y carnal que le obligó a apartarse de golpe y respirar por la boca. La mano de ella se agarró a su antebrazo, un reflejo. Tenía la piel fría, como un pez asfixiándose en un banco de lodo, un lucio pescado en las profundidades de un lago del norte.

Se quedó allí, conteniendo la respiración, prestando toda su atención a los ruidos nocturnos, los crujidos de las vigas, el leve y quejicoso repicar de las campanillas de viento al chocar contra las tablillas. Alguien se rio en otra habitación; la risa viajó por el conducto de ventilación y le recordó a los mellizos, de bebés, susurrando sus trastadas y diabluras. Al otro lado de la ventana croó una rana, tal vez atrapada en la rebaba de una lucerna, sus lamentos se unieron al coro apagado del patio, entre las malas hierbas y el refugio que proporcionaban los magnolios; una tenebrosa letanía, magnificada en cierto modo por la acústica de la tormenta. Las ranas parecían inquietas desde hacía algún tiempo, ¿verdad? Tal vez, igual que los perros, percibían desastres inminentes. Los ratones brincaban en los huecos secretos de las paredes y Don se preguntó si debían hacerse con un gato, luego se durmió.

## 4

**E**l frente de tormenta pasó antes del amanecer y la salida del sol iluminó las habitaciones de rosa y azul. Don no era capaz de recordar lo que soñaba, pero sabía que habían sido turbulentos por las bolsas que se descubrió bajo los ojos mientras se afeitaba. Las manos le temblaban a causa del agotamiento y se cortó tres veces, así que tuvo que pegarse trocitos de papel higiénico en la cara para detener el sangrado. Al ir a hacer la cama descubrió una huella fangosa en la almohada y

terrones de barro en las sábanas. Frunció el ceño, quitó la ropa de cama y la echó en la cesta de la colada.

Un coro de exclamaciones lo obligó a bajar apresuradamente la escalera. Por lo visto, Kurt había andado sonámbulo por la noche (quizás por culpa del asqueroso temporal y la rememoración de aquella historia decididamente inquietante). Le sucedía de adolescente; a veces se despertaba dentro del armario o de la despensa, o en el desván. Esta vez terminó en el invernadero, tumbado entre los tomates y las calabazas. Michelle había bajado a la cocina para comenzar con los preparativos del desayuno de buena mañana y se encontró la puerta trasera abierta de par en par.

Kurt no era capaz de ofrecer una explicación y decidió que debía de haber tropezado y se habría golpeado en la cabeza; le salió un chichón encima de la oreja derecha y presentaba varios arañazos. Lo peor de todo era que una puñetera rata le había mordido en la mano y en el brazo (mordiscos con muy mala pinta, además). Eso significaba rayos X, inyecciones para el tétanos y la revelación desagradable de que los roedores habían invadido el invernadero. Don se rascó la cabeza al oír esto último. No había visto ratas por allí. Evidentemente, acechaban en el sótano o en el granero antes de aquella incursión. Ah, pues nada, mientras a Kurt le pinchaban, él se pasaría por la ferretería y compraría trampas y veneno para ratones.

Mientras el resto se ponía en marcha para meter a Kurt en el Rover y llevarlo al hospital (exceptuando a Argyle, que se quedó en la mesa de la cocina tomando café con generosos chorros de *whisky*), Don cogió su abrigo de cuadros del perchero y se fijó en que la puerta del sótano estaba entreabierta, dejando al descubierto una rendija de oscuridad mohosa. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo y volvió a ser un cadete de *scout* temblando ante la hoguera, así que cerró de un portazo con la cadera al salir.

Todo salió bien: Kurt alegó que había tenido que salir a hacer sus necesidades de madrugada, aunque debía de estar borracho, porque no lograba recordar qué había sucedido tras subir las escaleras. Don, que se había pasado diez minutos corriendo como un loco de aquí para allá buscando las llaves del coche hasta que se metió la mano en el bolsillo y las encontró, lo comprendió perfectamente.

Acompañó a Michelle al aeropuerto Seattle-Tacoma el miércoles antes del fin de semana del día del trabajo. Según sus cálculos, estaría solo en casa con Thule y los ratones durante casi siete semanas. Afortunadamente, tenía las mañanas y las primeras horas de la tarde ocupadas con conferencias y seminarios en el museo, y pese a que en el fondo despreciaba la naturaleza insufriblemente aburrida de aquellas actividades, le proporcionaban un alivio a sus ataques de nervios recientes, sus arranques de nictofobia y sus pérdidas de memoria a corto plazo.

La memoria de Don era defectuosa durante las horas activas de la jornada, pero sus sueños constituían un caso aparte. Aunque lo cierto era que aquellos sueños se evaporaban durante los primeros minutos del despertar, mientras se desplegaban en tecnicolor con una inexorabilidad granulosa, intensa y coherente que obligaba a su

imaginación a rebobinar y reproducir de nuevo acontecimientos de su pasado lejano.

La noche en que Michelle partió hacia Turquía, Don bebió un poco de vino blanco que llevaba en el armarito Dios sabía cuánto tiempo (la etiqueta de la botella se había desprendido). Tal vez lo que había motivado el sueño del propio Don era el cuento de terror adolescente de Kurt, la aparición larguirucha en el almacén. Fuese cual fuese la causa, cayó como un tronco y su consciencia se trasladó de un salto a 1980.



# CAPÍTULO CINCO

*La exposición en la Casa de la montaña*

(1980)

## 1

**D**on emergió de una pesadilla en la que se ahogaba en la oscuridad y se dio cuenta de que alguien había pronunciado su nombre desde la margen lejana mientras bogaba por el Yukón en su vieja Zodiac remendada.

Miró a su alrededor con cierta aprensión: ¿acababa de escuchar otra voz humana? Se encontraba en lo más profundo y oscuro del bosque, a kilómetros del pueblo nativo más cercano, algo más cerca de las cabañas de veraneo o de los suburbios del hombre blanco. También estaba borracho como una cuba. Le daba la sensación de llevar siglos flotando, de todas maneras estaban en plena Fase Luminosa, así que todo era posible. El tiempo era nebuloso. El tiempo resplandecía, dejando una estela de chispas a su paso.

En el vuelo de regreso a Olympia no se sentiría mejor. Al posar la mirada sobre las calaveras rotas de mil clases distintas, sus pensamientos eran reptilianos. El DC-10 se bamboleó y viró mientras él escudriñaba a través del cristal empañado el interminable panorama de la América prehistórica y reflexionaba sobre cómo se parecía a los repliegues y arrugas de un cerebro calcificado. Las Colinas Negras de Dakota constituían el corazón legendario del mundo. Aquello, por lo tanto, el punto más al norte de la Tierra, bien podía ser el cerebro. Arco superior del Anillo de Fuego del Pacífico, la tierra de los Diez Mil Humos.

Por lo pronto, oscilaba entre la lancha y el avión, entre el futuro y el presente; entre echar tragos de coñac contemplando el territorio desolado en blanco y negro y yacer desmadejado en el fondo de una lancha borracho perdido, mirando como un bobo la extensión fangosa del río hasta chocar con la maraña de álamos de un banco que le salió de repente al paso.

Los responsables del parque le habían avisado ya sobre los alborotos de los nativos del embarcadero de Kyntak. Un puesto minero avanzado de los tiempos de la fiebre del oro explotó en un asterisco histórico, Kyntak estaba compuesto por un búnker semicilíndrico de metal, un puñado de dependencias anexas y una torre de radiocontrol al pie de la ladera de la cordillera de Brooks. Alaska también tenía su cuota de reliquias; el camposanto del espíritu fronterizo.

Los guardas forestales insinuaron de no muy buenas maneras que Don se estaba buscando que le volasen la tapa de los sesos. El más veterano, el que hablaba, dijo

que algunos de los habitantes del lugar guardaban un rencor que se remontaba a los tiempos de Seward. Desde luego, el hombre sabía de lo que hablaba, tenía el aspecto de poseer una cuarta parte de sangre indígena como mínimo. No era capaz de comprender que a alguien le diese por recorrer en lancha dos mil kilómetros desde el nacimiento del Yukón hasta la frontera canadiense si no era para cazar o para fotografiar el paisaje.

Don no llevaba ni rifle ni cámara. No llevaba mucho más que ropa de viaje y una mochila de las fuerzas navales repleta de raciones C, un paquete de pavo y una petaca forrada en cuero auténtico llena de *whisky* de centeno destilado en la bañera cortesía de su colega Argyle Arden de Olympia. Prefirió no mencionar la bolsita de plástico que contenía botones de peyote y que llevaba estrujada en el bolsillo de la camisa bajo el paquete de Winston 100. Otro de los kits de supervivencia de Argyle. *Don, cantarada, si quieres llevar a cabo una verdadera indagación, este es el billete de ida. Como dicen los chavales de hoy en día: ¡Buen viaje, hijoputa!* Tampoco les informó de que había pasado algunos meses viviendo entre tribus de Yukón cuando estaba con su proyecto de carrera, y que conocía de primera mano un par de cosas sobre la cara fea de la convivencia racial en Alaska.

¿Era un experimentado trotamundos? Había escalado cañones en Nuevo México a lomos de un burro en busca de vetas de cobre; de niño había acampado en las Cascadas varias semanas. Heredó muchas cajas de la revista de caza y supervivencia *Field and Stream* de su abuelo. Sabía usar un John Wayne, así que imaginaba que daba el pego.

*¿Se trata de un reto, señor Miller? ¿Ha venido para demostrar algo?*

Don soltó una risita y les juró que no se trataba de ningún reto, de ningún acto suicida, ni nada parecido. Igual era una crisis de la mediana edad con cinco o seis años de antelación. Necesitaba aire fresco, espacio para respirar, necesitaba tomar algunas decisiones. Uno no encontrará más espacio que en la tierra del sol de medianoche.

Los guardas se sacudieron el polvo de sus altos sombreros con mala cara y lo dejaron allí a la suya, no sin antes decirle que en cuanto se notificase su desaparición ellos se encargarían de dar parte a su familia.

De hecho, algo de reto sí que tenía, hasta cierto punto. Estaba allí porque una vez había elaborado una lista: los Doce Trabajos. Su abuelo le había ordenado que enumerase doce cosas que deseara cumplir antes de morir. La *Lista de o lo haces o feneces*. Aquella clase de cosas le entusiasmaban a su abuelo, él había hecho exactamente lo mismo, sólo que en lugar de follarse a Debbie Harry y navegar por el Yukón, él apuntó hacerle el amor a Louise Brooks y escalar el Everest. El abuelo había fallecido tras treinta años largos de deterioro crepuscular; luego le dedicaron las veintiuna salvvas de honor, plegaron nuestra gloriosa bandera en un triangulito como un sándwich y se la presentaron a su hija impasible, la despedida reglamentaria, el pan nuestro de cada día.

Así que aquí estaba Don, a la deriva, tomándose un año sabático de su trabajo de consultor en la Pacific Geo, por así decirlo, en el caso de que sea posible tomarse un respiro de no hacer prácticamente nada e irse de vacaciones, ponerse hasta el culo de alcohol y entregarse al número doce de su lista de gestas infantiles y hazañas cuyo capricho no iba a dejar de crecer a un ritmo exponencial si tenía la suerte de sobrevivir a la aventura actual.

La primera noche al raso recaló en un terreno de grava, encendió una hoguera con ramas muertas y abrió una botella de Wild Turkey. Se reservaba lo bueno, el destilado casero, para más adelante. Era otoño en Alaska y las noches eran cada vez más inclementes; por fin, la luz se extinguió. Se quedó sentado y envuelto en una manta militar, trasegando su *whisky* y contemplando el resplandor frío de las estrellas en el abismo.

Sus sueños le supieron a tormento, llenos de fuego, demonios y música de arpas de boca.

A continuación transcurrió un período indefinido durante el cual no logró dormir, no era capaz de permanecer ni dos segundos con los ojos cerrados. La ley de Newton ejercía su poder sobre él de manera intermitente, aumentaba y disminuía como una señal de radio debilitada. La geometría euclidiana se volvía elástica, por decirlo sin exagerar. Tuvo alucinaciones en las que aparecían nativos con cascos de guerra que lo acosaban desde la orilla. Tuvo alucinaciones en las que los troncos de los álamos eran cocodrilos del Nilo que esperaban a que sumergiera la mano sucia en el agua fría. Tuvo alucinaciones en las que una araña pendía sobre el sol blanco borroso desde un alambre de espino. El viento susurraba con voz de bebé viejo, por más que el aire estuviese quieto como una estatua. La voz del viento vibraba y canturreaba en sus huesos, subsónica, subatómica. *La caverna más profunda del mundo es el corazón humano.*

La Fase Luminosa.

«Luminosa» era la palabra de moda del mes, el santo y seña para todo lo que fuese estilo sin sustancia. La prosa era luminosa. El cine era luminoso. El río, gris como un pulmón renqueante, era de un gris *luminoso*. Don sospechaba que su cerebro también era gris. No sabía si era luminoso, pero lo que percibía clarísimamente era que se estremecía con cada latido del pulso en sus sienes.

Con la conjunción de un severo temporal y una nube de mosquitos, uno no puede esperar sino un sueño penoso y tal vez pesadillas. Sabía que había una estación para cada cosa. Se confesó que estaba siendo temerario, pero su madre no había parido a un estúpido, claro.

Evidentemente, cabe esperar un sueño penoso e incluso pesadillas cuando uno pimpla cazalla casera de una petaca de cuero como hacían en 1840 aquellos que se cubrían la cabeza con gorros de mapache. Un hombre blanco desmelenándose a la buena de Dios río Yukón abajo en una lancha neumática, una Zodiac parcheada; tragando *whisky* turbio, chupando botones de peyote y sufriendo unas pesadillas que,

cómo no, no eran exactamente cuentos para dormir. Cuando interferían con su consciencia de tal manera que estaba a punto de salir despedido del asiento, resucitaba en medio del marasmo de aguas cenagosas, la nada omnipresente que permeaba la atmósfera como electricidad estática.

El problema era que a medida que avanzaba en su viaje cada vez le costaba más distinguir dónde terminaba la realidad y comenzaban los sueños, dejó de quedarle claro si había cruzado aquella delgada línea negra en un momento dado. No era capaz de dejar de beber aguardiente ni de comer aquellas plantas del demonio.

El motor estaba para el arrastre y no es que le preocupase demasiado. Se deslizaba hacia el mar; rey Arturo sin cornetas ni mastines ni pira épica. No estaba seguro de cómo clasificar su dolencia. ¿Una crisis de la mediana edad? Pues qué lástima, qué pena que no se hubiera traducido en codiciar un Jaguar o liarse con una guapa secretaria a la que le doblase la edad.

Le importaban un comino los coches de lujo y las aventuras de machos, incluso la que estaba llevando a cabo, la verdad. En cuanto a las jovencitas guapas, en fin, tal y como había mascullado alguna vez durante su largo matrimonio: *¡No me he vuelto ciego por el hecho de ponerme el anillo, cariño!* Aparte de eso, no tenía ojos para otra que no fuese Michelle. Bien sabía Dios que apenas era capaz de manejarla a ella. La sola idea de tener una aventura era hilarante, agotadora, deprimente y —teniendo en cuenta el carácter de Michelle— aterradora.

Era ella quien había protagonizado sus sueños de las dos últimas noches. Una versión más joven de ella, de la época de la universidad, que lo cierto es que tampoco se diferenciaba demasiado, a primera vista, de la mujer de cincuenta años. Michelle estaba imbuida de un encanto atemporal que recordaba a beldades clásicas del estilo de Sofía Loren, Jacqueline Bisset o Elizabeth Taylor. Tenía la piel inmaculada y tersa, el cabello lustroso y oscuro como la proverbial ala de cuervo. En su caso, la edad irradiaba desde dentro. Al contemplar sus ojos no había manera de confundirla con una muchacha ingenua. Don no estaba del todo seguro de que hubiera existido alguna vez aquella muchacha.

Había conocido a Michelle Mock en la primavera de 1950, en su primer año en la facultad. Custer Bane, compañero de clase y mejor amigo de Don, iba detrás de una alumna de escultura que lo invitó a un espectáculo en el barrio de Ballard; una casa cerca del río, alquilada en aquel momento por un profesor llamado Louis Plimpton, un hombre que llegaría a conocer muy bien. En aquel momento no era más que un maestro anónimo más del que había oído decir una vez que era más seco que la tiza con la que escribía en la pizarra. Custer le explicó que el profesor Plimpton era un científico, pero con una sensibilidad ecléctica en lo que se refería a arte y cultura. En los corrillos se comentaba que el profe no le hacía ascos a ninguna clase de sensación exótica.

En cualquier caso, Custer necesitaba llevar a un amigo, así que Don cruzó la ciudad en el carro de su colega con otros cuatro chicos de la facultad. Alguien andaba

haciendo circular una botella de vodka, y todos iban cocidos y cantando tonadillas soeces cuando salieron en tromba del coche e irrumpieron en la velada de canapés.

Don recordaba la casa de madera oscura como un pozo, iluminada por velas y un par de lámparas de papel teñidas de rojo como si aquello fuese un burdel de carretera. Muchas de las ventanas estaban cegadas con madera contrachapada; las estrellas brillaban a través de un agujero practicado en el tejado. Había una chimenea apagada, varios muebles desvencijados y una pareja vestida de punta en blanco entrelazada en el sofá. Apoyado en el marco de una puerta había un hombre de chaqueta. Balanceaba en la mano izquierda un vaso de absenta. Le sonrió a Don y le dio una palmadita en la mejilla, señaló la cortina de cuentas y un claustrofóbico tramo de escaleras que llevaba a la *auténtica* fiesta.

El sótano consistía en un laberinto de cubículos subdivididos y armarios, tuberías a la vista y cemento desconchado; telarañas, polvo, sombras por todas partes y un tufo insoportable a moho. Los invitados, un batiburrillo de chavales de la facultad con sus colegas de fuera del campus y algunos tipos con mala pinta habituales de espectáculos como aquel, se habían amontonado en una larga y estrecha sección en forma de ele para contemplar un puñado de esculturas de cera y cuadros al óleo y al carboncillo que parecían imitaciones cutres de Picasso. Sentado en una esterilla con las piernas cruzadas había un flautista tocando. La atmósfera estaba cargada de humo de las velas y cigarrillos.

El profesor Plimpton estaba de pie en el meollo de la reunión con las manos a la espalda junto a un despliegue de colchones de muelles oxidados, chorreones de cera y tubos de cobre. Un individuo bajito y enjuto de traje azul. Llevaba el pelo gris recogido en una coleta. Ignoró al trío de suplicantes sin licenciar que tenía enfrente y saludó a Don con un gesto de la cabeza. Tenía una sonrisa pronta y taimada; más taimada de lo que la suavidad de sus rasgos y su voz indicaban.

—El joven doctorando Miller. Me alegro de que haya logrado sacar algo de tiempo para venir.

Don estaba lo suficientemente achispado como para poner en duda lo que recordaba: no se conocían, ¿verdad? Devolvió la sonrisa al profesor sin mojarse y lo saludó con la mano como se saluda desde un coche a toda pastilla o desde un barco a los conocidos que hay en la orilla.

—Nos volvemos a encontrar —dijo una hermosa chica con un suéter de muaré aplastándole los pechos contra el hombro mientras se inclinaba para clavar sus oscuros ojos en él. Aquellos ojos pertenecían a un espíritu más viejo, más experimentado que al de aquella Michelle Mock de rostro lozano, por precoz que fuese en aquel vulgar año 1950.

Un instante mágico, pero de magia negra. Fue como si se conociesen de toda la vida. Don estaba sentenciado incluso antes de abrir la boca para tartamudear su nombre. Ella le sonrió, le estrechó la mano y respondió que ya lo sabía, que habían coincidido en clase de filosofía. Él no se lo creía: desde luego, recordaría haber

compartido espacio con aquella preciosa mujer; ella sonrió de manera sexy y peligrosa y comentó que a lo mejor llevaba gafas y jersey.

—Cuando quiero, sé pasar desapercibida. Soy la figura oculta en lo más grotesco de un tapiz. Si miras con detenimiento me descubrirás sentada al fondo bajo un árbol, desnuda, bebiendo de un cuerno.

Seguía sin creérselo. Un jersey y unas gafas de pasta no habrían logrado esconder su desbordante erotismo. Asintió y le siguió la corriente, decidido a sacarle la verdad en cuanto se presentase una oportunidad; digamos que cuando ella se hubiera tomado unas copas. Algo que jamás sucedió.

Tres días después estaban en su apartamento experimentando con el sexo tántrico, y un mes más tarde se prometieron, y terminaron escapándose para celebrar una ceremonia civil al este de Washington. Las noticias llegaron a oídos del profesor Plimpton, que le hizo llegar a su alumna favorita un giro con dinero y la dirección de su casa de campo en Wenatchee para que la pareja dispusiera de un lugar donde pasar la luna de miel. Había colinas, senderos para excursiones románticas, un lago frío y cristalino, viñedos...

En medio de la confusión y el nerviosismo a Don se le fue por completo de la cabeza que pretendía hacer que su esposa le confesase cuándo y dónde la había visto antes.

## 2

**D**on había alcanzado un estado cercano a la sobriedad cuando chocó contra el atracadero podrido de Ruby, un pueblo atabascano incrustado en un recodo del imponente río. Las ruedas de los molinos de pesca golpeaban lánguidamente el agua, aunque la temporada del salmón había pasado hacía tiempo; en aquel momento las máquinas se empleaban en recoger pescado blanco y alevines; unos esquifes Smokercraft abollados flotaban amarrados al extremo de sogas legamosas, y el humo de leña de álamo y el olor almizclado que emanaba del buen salmón al curarse impregnaban la atmósfera. Los únicos edificios modernos eran el colegio y la armería, todo lo demás databa de 1930 o mucho antes, de la oscura prehistoria de la conquista territorial. Las antenas parabólicas descollaban desde los tejados de tablillas, incongruentes y ajenas como flora submarina.

La gente se apartaba de él como de un apestado conforme avanzaba a zancadas por el camino pantanoso del atajo. Los aldeanos lo observaban con el estoicismo de mirada cansada que tan bien recordaba de anteriores visitas. Según lo que conocía de sus tradiciones, debían de pensar que era un demonio, o que estaba poseído por uno. Teniendo en cuenta el volumen de alcohol que saturaba su hígado, aquel arcano portal de los espíritus, desde luego que no andaban muy equivocados. Su cráneo susurraba, susurraba en la lengua de las hojas al arder, el zumbido corrosivo de los carcinógenos metastatizando hasta la membrana. El mundo lo envolvía en un velo de ictericia y magulladuras.

Pagó diez dólares para usar la radio en la oficina de correos y escuchó los mensajes de su contestador. Supuso que debía de componer una estampa melodramática, apoyado en el tosco murete lleno de anuncios amarillentos descascarillados y un desorden de carteles de SE BUSCA de tierras ignotas, sosteniendo el auricular entre el cuello y el hombro, una botella casi vacía de licor marrón en la mano libre.

Al otro lado de la línea petardeó la voz de Michelle, o su eco apagado, melancólico y desvaído. Dijo: *Lou ha muerto. Vuelve a casa.*

### 3

**M**ichelle lo esperaba en la casa de Olympia recién llegada de una expedición en el Congo, con la piel churruscada y nuevas arrugas alrededor de sus ojos y boca. Lo que parecía, si acaso, era más dura y curtida que él tras su odisea de autodestrucción por el Yukón. Hicieron el amor con tanta pasión que se dejaron marcas en la piel. Luego estuvieron discutiendo durante dos días y llegó el momento del funeral de un hombre al que Don apenas conocía, a pesar de la presencia del científico en la vida de Michelle durante más de treinta años.

Louis Plimpton había fallecido en una casa de campo cerca de Wenatchee, Washington, pero el panteón de la familia estaba en las proximidades de Levitte Cemetery, donde coincidían Tumwater y Olympia.

Don logró arrastrar a Michelle fuera de casa veinte minutos antes de que comenzara el servicio y tuvo que conducir como un loco para llegar a tiempo al comienzo de la ceremonia, que incluía una tempestuosa oración por parte del decano

de la Universidad de Columbia, que se deshizo en agradecimientos a Barry Rourke por su generosidad; el panegírico corrió a cargo del hermano que le quedaba a Lou: Terrance, un octogenario canoso aquejado de parkinson; y la obligada melodía fúnebre con gaitas, cortesía de un cuarteto de rubicundos escoceses pertenecientes al Cuerpo de Veteranos. Lou no había pisado jamás una oficina de reclutamiento, no digamos ya nada de navegar a la otra punta del mundo para llenarles el cuerpo de buen plomo americano a los enemigos de la República, pero nadie pareció advertir la incoherencia.

El pabellón estaba reservado a familiares, amigos cercanos, colegas y socios, y no había demasiadas sillas plegables. Don y Michelle se quedaron de pie en las últimas filas, abanicándose con sus folletos en medio de un calor sofocante. Don se había afeitado apresuradamente, se había embadurnado de colonia y había desempolvado su traje de funeral, un nudo Windsor, *los* zapatos de vestir y todo lo demás.

Se estaba abanicando con el sombrero cuando se fijó en dos hombres con trajes baratos que no les quitaban el ojo de encima. Ambos llevaban gafas de sol y sus semblantes eran serios; uno tenía un llamativo mostacho. Deambulaban por alrededor de las hileras, sin disimular el hecho de que su presencia no encajaba allí, que eran intrusos. Michelle no se dio cuenta, ocupada en restregarse los ojos y sonarse la nariz con un pañuelo. Don decidió no hacerles caso y, tras unos minutos, se subieron a un coche negro y se marcharon.

Cuando vieron la oportunidad, estrecharon la mano de varias personas que les sorprendieron acechando y, al poco, enfilaron directamente hacia el aparcamiento. Ya estaban a punto de culminar con éxito su huida cuando los interceptó desde el otro lado de la valla Paul Wolverton e intentó arrancarles la promesa de aparecer a la semana siguiente en una velada especial para hartarse de *¿te acuerdas de aquella vez?* y de *porque es un chico excelente*, y para presentar sus respetos a la viuda Plimpton, una aristócrata hecha a sí misma. Este Wolverton, el hijo mediano del afamado *playboy* Marcus Wolverton, era más alto que Don y sólo un poco más joven, aunque estaba «bien conservado», como habría dicho su madre, y pese a la caricaturización comúnmente aceptada de los banqueros como seres porcinos, era delgado y contenido, si bien iba estereotipadamente a la moda enfundado en una americana cruzada. Don le prometió que se lo pensarían.



Una vez a solas en el coche, Michelle reaccionó a la invitación de Wolverton con una sorprendente falta de ecuanimidad exclamando:

—¡Oh, por Dios y la Virgen!, el primo de Paul, Connor Wolverton, era el mecenas de Lou. En esa casa tienen un museo. Es increíble. ¡Vamos de todas todas!

Le contó que Connor Wolverton era una especie de Howard Hughes del noroeste que llevaba una vida de ermitaño en una vasta propiedad en la zona rural del este de Washington. El hombre era un apasionado a muerte de todo lo que tenía que ver con la ciencia, coleccionaba de todo: desde cerámicas hasta huesos de líderes guerrilleros desconocidos o de animales raros. Por más que no se tratase de alguien formado o predispuesto como tal, hacía lo que mejor saben hacer los ricos: contribuir con enormes sumas a varias fundaciones y proyectos. Michelle, por medio de su asociación con el doctor Plimpton, se había beneficiado espléndidamente de aquella generosidad.

—Pero, mmm, cariño, eso está en Spokane —aventuró Don.

—Uy, uy, no está en un sitio tan civilizado. Está como mínimo a noventa y cinco kilómetros de la ciudad. Tampoco tiene ningún aeropuerto cerca. En mitad de la nada.

—¿Coche, entonces? No fastidies, cariño.

—Seis horas de coche a lo sumo.

—Más bien diez, por esas carreteras y si conduce alguien sin tendencias suicidas.

Siguieron así durante todo el viaje de vuelta. Al llegar, Michelle interrumpió la discusión e hizo un par de pesquisas telefónicas antes de enzarzarse con Don en el segundo asalto. Dijo:

—Naomi y Paul harán de anfitriones. Ella se está encargando de los preparativos. Mantienen una relación estrecha con los Wolverton.

—Nuestras vacaciones... lingotazos en la terraza, follar como...

—No seas grosero. Muestra un poco de respeto por nuestro difunto colega.

—Con quien hablé apenas en media docena de ocasiones desde que llegamos a la Luna.

—Mal vamos. Yo coincidía plenamente con Lou en todo. Nuestros intereses eran los mismos. ¿Quién crees que me puso en contacto con Toshi y Campbell? ¿Por qué crees que estuvieron de acuerdo en ayudarme a conseguir financiación, gráficas, mapas? Vamos, hombre, Howard me prestó sus archivos para la expedición a los Pirineos.

—Ah, claro, el *tour* por los putiferios exóticos y las reuniones familiares de los Plimpton. Si te soy sincero, cariño, creo que esa panda de cerdos rijosos simplemente se quedaron patidifusos con estas piernas preciosas que tienes y no quisieron perder de vista la mercancía.

Ni Ryoko ni Campbell le hacían ninguna gracia, un par de científicos lunáticos que habían tenido a los fabricantes de papel de aluminio construyéndoles gorros a

todo gas durante casi una década. Sospechaba que eran los de su calaña quienes habían contagiado a Michelle toda aquella pamema de la Tierra Hueca que luego aquel dúo había adoptado y alimentado con sus elogios y apoyo financiero. Los conoció mucho tiempo atrás, durante una visita a Bangkok. Farsantes presuntuosos que habían hecho una fortuna vendiéndole una ciencia que era pura charlatanería al público crédulo. La velada fue un desastre. Don perdió los nervios y se enzarzó en una pelea a puñetazo limpio con alguien, aunque como era habitual los detalles se le escapaban.

En cualquier caso, aquellos imbéciles no habían logrado arruinar la carrera de Michelle, como había visto que les sucedía a otros investigadores menos afortunados que cayeron en sus zarpas.

Michelle zanjó la cuestión:

—Vamos a ir.

Estaba en lo cierto, como siempre. Tan en lo cierto estaba, de hecho, que fue capaz de convencer a Argyle Arden para que saliese de su madriguera, también conocida como *la casa Arden*, y se uniese a la excursión. Argyle declinó la oferta de acompañarles en su coche, pues prefería que lo llevase su flamante chófer en un Rolls Royce.

—¿Argyle viene? —preguntó Don, molesto como si su amigo le hubiera traicionado, si bien inconscientemente. Aunque bien pensado, Argyle no actuaba jamás con inconsciencia, y solía tomar partido infaliblemente por Michelle en cuestiones políticas.

—Parece que se muere de ganas —le respondió mientras le pellizcaba la mejilla.

A la semana siguiente salieron hacia Seattle y desde allí se internaron en el terruño accidentado de las Cascadas en un coche que Don le había pedido prestado a una interna de Evergreen a la que le hacía tilín y que todavía tardaría un semestre más en percibir, como las demás, el olor de la inquebrantable lealtad a su con frecuencia ausente esposa a lo largo de los últimos treinta años.

El termómetro de la rústica gasolinera donde pararon a repostar marcaba treinta y siete grados a la sofocante sombra de la marquesina. Estaban a finales de agosto y no llovía desde hacía casi dos semanas. Don pagó la gasolina, compró un *pack* de latas de Coca-Cola y un helado y continuaron con la cháchara. Michelle lamía el helado, acaparándolo con placer picarón y egoísta.

Se abalanzó sobre él tras tomar la salida I-5 de East Valley y avanzar por un terreno que alternaba entre campos y colinas que ascendían hasta convertirse casi en montañitas. Don estuvo a punto de estrellar el coche a causa de la sorpresa cuando notó que le desabotonaban los pantalones con pericia y los labios rojos de Michelle se cerraban sobre su miembro. Tenía la lengua caliente y barnizada por una película fría de helado mientras la movía en círculos y apretaba. Echó un vistazo al cuentakilómetros y advirtió que la aguja había saltado a los 110.

—Bueno, está bien. Lo reconozco: este es un plan fenomenal. Como siempre,

tienes razón, palomita mía. Recemos por que sea capaz de seguir sin salirme de la cuneta.

Ella soltó una risita y le dio un mordisco. Luego se enderezó de nuevo, se atusó el pelo y se repasó la boca con el pintalabios mirándose en el retrovisor. La melena, azotándole las mejillas bronceadas, le daba un aspecto sobrenatural, el de una hermosa criatura ambivalente, mitad mujer, mitad diosa de las zarzas, con el obligado afecto y crueldad de cada parte.

—Ey, eehmm..., estaba de coña —dijo Don intentando averiguar desilusionado cómo se suponía que debía abotonarse los pantalones con una mano detentando una erección considerable.

—Mejor ir con prudencia que terminar estampados contra un árbol —contestó ella, y le sonrió.

—Mira. Creo que lo suyo es que termines lo que has empezado.

—No te hagas el duro.

—A ti te encanta.

—Me encantas tú. Ya conozco a más de un tipo duro. Pero *duro* de verdad. No te metas en estos fregados que igual te pillas los dedos, amor mío.

Don suspiró, ella sonrió para sus adentros y sintonizó una emisora de *blues* en la radio. El camino rural se desplegaba ante ellos, muchas veces estrecho y sin pavimentar, delimitado por bosquecillos silvestres, ciénagas y riachuelos, y de vez en cuando una casa o una granja. Un dosel dorado de polvo se alzaba a su paso y ascendía hacia un cielo esmaltado de azul. La noche cerrada fue cayendo sobre el paraje y Don comenzó a detenerse aquí y allá para sortear una vaca o un rebaño de cabras que vagabundeaban por la carretera. Los animales salvajes huroneaban entre las sombras azuladas de las ramas colgantes de los sauces. Michelle bajó la ventanilla y ofreció un brazo moreno al rugido del viento.

Por más que el nido llevase vacío desde hacía ya cinco años, Don sentía una punzada dolorosa cada vez que miraba por el retrovisor y veía los asientos traseros vacíos, sin niños tirándose del pelo, poniendo a prueba su paciencia con incesantes preguntas quejicosas o desgranando una lista monótona de cosas como no pueden evitar hacer los críos generalmente.

Rodeó a un labrador negro y deseó que todas sus preocupaciones se redujesen al hecho de que estaban de farra, viajando a sus expensas. Kurt en Cape Cod con una pandilla de amiguetes forrados que se había echado en la facultad. Holly fuera, en Europa, con una tal Carrie. Lo único que necesitaban los señores eran mochilas, un fajo de cheques de viaje y el número de la cuenta corriente de mamá (Holly había prometido echar una postal al correo cuando llegasen a Roma).

Sonrió con cariño y melancolía. No se sentía cómodo con aquello. La familia no debería estar por ahí desperdigada, pero el caso era que lo estaba.

Se entregaron a la cena pausadamente en una taberna que llevaba el pintoresco nombre de El Culo de Satán, situada en Ransom Hollow, una antigua serie de

asentamientos en el valle, hogar de muchos de los antepasados de Michelle por la parte de los Mock. En teoría, sus primos (no recordaba el apellido) se habían instalado en los alrededores antes de la Fiebre del Oro y fundaron una posada; en su día, la familia había sido propietaria de medio valle.

La pareja se tomó un par de rondas, devoró unos exquisitos bistecs de venado y entrelazó sus manos mientras los Blackwood Boys, una *jug band* local de aspecto bastante acicalado, tocaban varias canciones. Las cosas se salieron de madre cuando, mientras el estruendo de la muchedumbre hacía casi imposible oír el solo de violín, Michelle vació su vaso de *whisky* de un trago (en El Culo de Satán, o tomabas cerveza o tomabas *whisky*), se subió de un salto a la mesa y se puso a bailar una giga que había aprendido en algún villorrio perdido similar de Irlanda. Los hombres la ovacionaron y la animaron mientras Don se partía de risa, tapándose los ojos cuando ella le pasaba su estola de piel de leopardo por debajo de la nariz. Michelle se había agenciado aquel gato por su cuenta, de un disparo limpio con una Winchester prestada. No era Jane Goodall, desde luego. Don sospechaba que si un cazador de focas le dejaba un bate, ella enfilaría hacia la playa sin pensárselo dos veces.

Un leñador barbudo le dio sin querer un golpe a un leñador lampiño vestido con un abrigo a cuadros y al momento las botellas y los dientes volaban. Los músicos aceleraron el tempo y el cantante aulló una melodía sobre un villano llamado Black Bill que llegaba al pueblo para violar a las cabras y llevarse a las mujeres. Algo se incendió cerca de la barra, y Don y Michelle aprovecharon la oportunidad para escabullirse.

A fin de cuentas, pensó Don mientras pisaba el acelerador y quemaba los neumáticos en el aparcamiento, la típica noche fuera de casa con su querida esposa. No se permitía pararse a pensar en qué líos podía meterse cuando él no estaba presente para sacarle las castañas del fuego.

## 5

**S**e equivocó al tomar una salida y perdieron dos horas antes de detenerse en una fábrica para que un trabajador que ya cerraba les diese indicaciones. Don cargó con las culpas fustigándose tanto como pudo. Michelle le dio un beso en la mejilla y no dijo una palabra. Había ratos a lo largo del viaje en los que estaba completamente

presente y concentrada en él con la acalorada intensidad que recordaba de cuando tonteaban en la facultad; por momentos, se evadía a kilómetros de distancia y apenas se podía decir que estuviese con él en el coche.

Un camino asfaltado y lleno de baches se abrió ante los faros. Una noche solitaria en las montañas; sin luna, sin estrellas. El calor se había disipado al ponerse el sol. La niebla descendía sobre los campos, entre los árboles y burbujeaba en las cunetas, conjurando imágenes de autoestopistas embutidos en abrigo y lobos aullando en páramos escoceses.

Don apagó la radio y apretó el interruptor de la iluminación del cuadro del salpicadero. Se metió un Gauloise en la comisura mientras esperaba. Llevaba tratando de dejarlo desde lo del Sputnik, lográndolo a intervalos. Recientemente, Michelle había traído una bolsa de tabaco negro directamente de París.

—Está oscuro-oscuro. En una noche así puede haber cualquier cosa ahí fuera — comentó.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —Michelle se ajustó el cuello de la chaqueta—. Dios mío, hace una hora nos estábamos achicharrando y ahora casi parece que sea invierno.

—Estamos subiendo bastante.

—Un subidón es lo que me hace falta. No te lo quería decir, pero... —rebuscó en su bolso de mano y sacó una bolsita. Se lio un porro rápidamente y le dio una calada—. Como se te ocurra abrir la ventanilla y se escape este humo magnífico te rompo un brazo, Donald Miller.

Él suspiró y soltó la manivela mientras el humo azul flotaba delante de sus ojos.

Ella dijo con voz ronca y grave:

—Así me gusta, gatito.

—¿Perdón?

—¿A qué te referías con lo de «puede suceder cualquier cosa»?

—Sólo tienes que echar un vistazo. Podríamos estar en plena Edad Oscura, nena.

—No me llames nena, nene.

—Entendido. Aquí estamos, en el campo de noche en medio de un paraje que ni Daniel Boone sabría por dónde coger. Los lugareños encerrados en sus casonas, las persianas bajadas. Así vivimos durante siglos. Arracimados junto al fuego, escuchando los aullidos de la tierra salvaje.

—Vente un día conmigo al mundo no anglo. Eso es lo más normal del mundo para muchísima gente.

—Ahí voy. Nena. La noche no ha cambiado. Es tal como era hace cien años. Hace mil años.

No le hacía ninguna gracia el modo en que la luz de los faros parecía amortiguarse y amarillear contra la oscuridad de la niebla. El salpicadero parpadeó siniestramente. Eran las once y cuarto. El encendedor saltó y Don apretó el extremo candente contra la punta de su cigarrillo. A pesar del tenue regusto a *whisky* que

todavía le quedaba en la boca, o quizás precisamente por ello, le apetecía un trago; un escocés puro de malta, jerez para guisos, una lata de betún, lo que fuese. Le pasaba cuando se ponía nervioso, se moría de ganas de beber y fumar.

—¿Cómo se hicieron tan ricos los Wolverton? ¿Cómo es que Paul y Naomi nunca presumen de este pariente?

—No son fanfarrones, cariño. Es la clase de clan en el que trabajar de banquero se considera algo insoportablemente plebeyo. Los Wolverton no están hechos para trabajar, se supone que están para arrellanarse y admirar sus esculturas. La fortuna original la hicieron los empresarios de la familia. Grandes industrias a finales del siglo XIX. Aquello representó su refugio de la civilización.

—¿Vías férreas? ¿Bombas? ¿Una compañía dedicada a la fabricación de dirigibles?

—Remaches y pomos de puerta. La mayor parte de ellos ya han pasado a mejor vida. Sólo quedan un par. Uno es el propietario del terreno. No se dedica a nada. Vive en Sudamérica, o por ahí. Alquila la mansión para *tours* y eventos especiales. El año pasado filmaron una película en el recinto. *Beyond the Valley of the Dolls*, una parodia —tosió y agitó una mano para espantar el humo—. Oh, joder. Ya he tenido bastante. Venga, abre y que entre un poco de aire.

—¿Prometes no romperme nada?

—Qué más da. Tú te haces daño con nada. Conduce, anda —se encendió un cigarrillo y abrió una rendija en la ventanilla. El viento silbó enigmáticamente—. ¡Ja! Pues es curioso que lo hayas mencionado, porque sí: también fabricaban piezas de dirigibles. Aparte.

—¿En serio?

—Creo que fue una tentativa que no duró mucho. No investigué mucho por ese lado.

Don dio un golpecito en el volante y frunció el ceño.

—Leí algo sobre esa casa. Joder... un montón de asesinatos.

—El sitio tiene una historia sangrienta. Uno de los Wolverton perdió la chaveta y le pegó cuatro tiros al jardinero en los años veinte. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo un asesinato protagonizado por una amante celosa y con un hacha de por medio...

—Lo que digo es más reciente. Hace un par de décadas, seguro. Y fue una masacre.

—Tú te refieres a aquel baño de sangre en Amityville. Un tipo se cargó a toda su familia en un caserón.

—No estoy senil, mujer. Digo reciente, pero no me refiero al año pasado.

—Ah. Puede ser, supongo. Después de lo que he visto no me sorprendería si llegase a tener lugar una masacre al estilo Lizzie Borden en la propiedad de los Wolverton.

—Uy, suena estupendo. ¿Ese librito negro tuyo dice algo de algún festival donde

se torturen cachorritos? Podemos ir allí después.

Tenía unos ojos grandes y oscuros. Posó la mano en el muslo de su marido.

Emergieron a un descampado en un valle enorme como excavado en un glaciar. La niebla y la oscuridad que se agolpaban contra las ventanillas hacían que aquello tuviese un aspecto ligeramente distinto al de los anteriores túneles de fronda. Un momento después la carretera se curvó y se vieron de nuevo atravesando la espesura. Don resistió la tentación de pisar a fondo el pedal. El coche ya flotaba desatado sobre el asfalto. Si aparecía un ciervo no le daría tiempo a frenar. Dijo:

—Una vez mi padre atropelló un ciervo con la furgoneta. Yo era un mocoso. Odio conducir con este tiempo.

—¿Quieres que lo lleve yo un rato?

Don recordó la errática manera de conducir de su mujer y se estremeció.

—No, no. No era una indirecta, estaba pensando en voz alta.

Aquel viaje de fin de semana a la hacienda Wolverton podía ser lo que necesitaba para poner en marcha su ambición, el detonador definitivo para terminar su maldito libro.

Miró de reojo a su esposa, encantadora con su «camuflaje de persona civilizada», como lo llamaba ella: el pelo crepado y unos aretes en las orejas, mucha sombra de ojos, un vestido ceñido, tacones; todo lo opuesto al casco de minero, la mosquitera, los pantalones y las botas de senderismo que componían generalmente su atuendo campestre. Una mujer delgada y fuerte; tenía prácticamente el mismo aspecto que cuando estudiaban. Día y noche con las mismas gafas de estrella de cine en ciernes tintadas de amarillo, el mismo perfume inconfundible del mismo frasco sin etiqueta.

—Debería de haber un cruce como a un kilómetro. Sigue recto. A partir de ahí son veinticinco kilómetros aproximadamente... Está más allá de donde comienza la nieve. Qué pena que hayamos salido tan tarde. Ahora ya deben de estar acabando, los muy cabrones. Había una cena de gala y un pase de diapositivas.

—¡Un pase de diapositivas!

Prefirió no recordarle que el acto había de durar todo el fin de semana. Lo más probable era que aún no hubiesen comenzado con la soporífera biografía de Plimpton y de su continuo bregar aquí y allá meneando la hosca tierra del campo hasta tocar fondo. Por lo menos habría un cargamento de bebercio gratis para pasar el trance.

—Mmm, sí... ¿Así que cuando les enseñe las mías a mis amigos de la fundación tu mirada vidriosa no es de atención?

—La luz tenue me hace daño en los ojos. Por no decir nada de mi tendencia natural a la mirada vidriosa.

El cruce tenía forma de te y estaba iluminado intermitentemente por una luz ámbar de precaución que parecía un desolado recordatorio de la civilización, rodeados como estaban por las cumbres y los bosques de encinas. Giraron a la derecha y continuaron avanzando una cuesta que ascendía sin tregua. Salvo por aquella aventura impulsiva en el Yukón, Don no se había alejado demasiado de los

suburbios desde hacía ¿cuánto?, ¿cinco, seis años? Así que no era solamente que se hubiese metido de lleno en su papel de vejestorio carrozón con menos sentido aventurero que un cacho de madera, es que se había amoldado a la rutina como un pie se amolda a un zapato cómodo. Caramba, las patas de gallo y la barriga flácida no eran una cuestión puramente cosmética; la atrofia se extendía por todo su mecanismo, empujando a Don el Excavador a criar malvas sin poder decir ni pío. Aquella sombría constatación había intensificado la sensación de misterio y peligro que lo perseguía desde que Michelle sacó aquel librito negro y delgado de la estantería de la tienda de *souvenirs*.

A pesar de la sensación de alerta que le recorrió la parte posterior del cráneo, hizo lo que acostumbraba hacer y siguió las órdenes de su esposa, que les diesen por saco a los barrancos.

## 6

**Y** cuando pocos minutos después descubrió que la mansión Wolverton pendía al borde de un barranco, le dio la risa floja. Desde el precipicio se divisaba una hilera de bosques y los pedregosos bancos de arena de un río poco profundo. La casa era una auténtica cabaña palaciega levantada a base de vigas enormes, colosal como el castillo de piedra y madera de un señor vikingo. Don la reconoció al instante, la recordaba de como mínimo media docena de escenas en exteriores de películas de bajo presupuesto, si bien su majestuosidad hubiera merecido el genio cinematográfico de un Bergman.

Le sorprendió ver un montón de invitados de punta en blanco alrededor de las columnatas del porche, con las bebidas en la mano y el cuello de los jerséis subido hasta la barbilla. Las puertas estaban abiertas de par en par y la luz acogedora de los candelabros iluminaba sus rostros, recortaba con suavidad las siluetas diluyendo los contornos en un efecto de fosforescencia.

Un criado se presentó ante ellos y les cogió las llaves. El joven condujo el coche por un camino lateral y desapareció tras una hilera de arbustos bien cuidados. Don respiró el aire de aquel desabrido crepúsculo. Michelle le guiñó un ojo y se dirigió hacia la congregación. Sus pisadas crujían sobre la grava y Don imaginó por un instante una alfombra de huesos de dedos resecos y ajados partiéndose bajo sus



zapatos.

Michelle le presentó a un hombre con jersey de cuello alto: el mismísimo Connor Wolverton. Era algunos años más joven que Paul y tenía una buena mata de pelo negro; acababan de comenzar a salirle las patas de gallo. Olía a *whisky* del bueno y a abeto, y su aspecto general era el de Christopher Lee dando la bienvenida a sus víctimas en su castillo. Don odiaba a los tíos que vestían jerséis de cuello alto. Los tíos con jerséis de cuello alto le recordaban a los principitos de la élite que señoreaban sus dominios en la época de la facultad. La mediana edad lo había aplacado en muchos sentidos, pero no había empañado su antipatía exacerbada hacia los gilipollas prepotentes.

Connor dijo:

—¡Vaya, habéis llegado! Paul se estaba empezando a preocupar. Estas carreteras, de noche, son el horror. Ahora vendrá uno de mis chicos para acompañaros a vuestras habitaciones. Mientras tanto, permitidme que os enseñe una dependencia mucho más importante de la mansión Wolverton.

Los condujo por un pasillo abovedado de una altura imponente hasta un refectorio. Los dejó ante una barra con un camarero de esmoquin. Michelle le tendió un Canadian Club, hizo chocar con fuerza su copa contra la de él y la bebida le salpicó los dedos.

Allí, de pie junto a la barra, ligeramente separado de su mujer, Don observó el goteo de invitados que entraban para hacerse con nuevas bebidas. Se inclinó hacia ella y dijo:

—¿Cuántos invitados hay, por cierto?

Ella ladeó la cabeza hacia él y entrelazó su brazo.

—No tengo la lista de nombres. No muchos. Veinte, veinticinco. Es un club selecto.

—Maldita sea, ¿qué hago yo aquí?

—Seguirme como un perrito faldero. Y de Argyle. Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma. ¡Argyle, querido!

Se escurrió con la eficiencia de una serpiente e interceptó a Argyle Arden cuando entraba al salón, resplandeciente como una estrella en horas bajas, enfundado en su traje color crema y con un cono dorado por nariz. Se besaron y Argyle le presentó a su chófer, un individuo fornido de pelo corto oscuro y ojos un poco demasiado juntos. Don reflexionó sobre cómo todos los compañeros jóvenes y atléticos de Argyle eran «arquetipos» en lugar de personas reales, y se descomponían en una combinación de belleza y masculinidad americana agresiva en su taciturnidad. El invierno traería una nueva clase y un nuevo compañero para el canoso aristócrata.

Aquel nuevo amigo, Mickey Monroe, como supo enseguida Don, estudiaba el doctorado en la Saint Martin's.

—Cuando Mick se haga mayorcito va a ser bibliotecario —exclamó con voz atronadora en la segunda ronda de presentaciones—. Casi tan aburrido como lamer

sellos o clasificar piedras, ¿eh, Donald?

—Los lamedores de sellos, los disectores de ranas y los manoseadores de fichas me alucinan —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. Por suerte he perdido la afición a patear ciénagas y caerme en pozos mineros.

—No bromea —intervino Michelle—. Salvo que ahora es peor. No lo despegas del sofá ni con agua hirviendo.

—¡Caray! ¿Así es como lo has convencido para que te acompañe en esta azarosa expedición?

Michelle le sonrió a Don.

—Cariño, date la vuelta y le enseñas al tío Argyle la marca.

—En carne viva la tengo —dijo Don con una mueca, pero los demás ya le habían dado la espalda y Michelle cambió rápidamente de tema para centrarse en su expedición más horrenda e infame a través de una extensión de selva habitada por cazadores de cabezas y jaguares. Había sido organizada por muchas fundaciones y la integraban fotógrafos, periodistas, guías y un pequeño ejército de porteadores. El líder de la expedición, un antropólogo ruso llamado Boris Kalamov, había consagrado su vida a desenterrar templos aztecas y otras ruinas y aseguraba poseer documentos que demostraban la veracidad de las leyendas a propósito de una ciudad en el corazón del Congo. El equipo no llegó a localizar Ofir<sup>[4]</sup>, pero tres porteadores fueron despedazados por jaguares y leopardos, otros dos se acuchillaron entre ellos en medio de una discusión y del primero al último, incluyendo a las dos mulas de carga, contrajeron disentería y casi mueren.

No se podía decir que fuese una historia de grandes triunfos para Kalamov y quienes lo respaldaban. Por otro lado, Michelle supo sacarle provecho a la situación y documentó una conexión entre los cazadores de cabezas de la localidad (algunos de los cuales llegaron a descender las colinas para charlar amistosamente alrededor de la hoguera) y otras dos grandes tribus modernizadas que habitaban a miles de kilómetros de allí. La relación era tenue y la recopilación y cribaje de los datos competía a los drones encargados de tales tareas, y dado el paso de tortuga de aquel trabajo pasarían años antes de que su descubrimiento obtuviese algún tipo de reconocimiento; sin embargo, en aquel último tercio del más que condecorado ejercicio de su profesión seguía siendo productiva, por así decirlo.

Sin duda, un tercer libro estaba en marcha, ojalá fuera capaz de apaciguar su más reciente obsesión —el estudio genealógico de los Mock— el tiempo suficiente para mecanografiar el manuscrito. O para cambiarse de ropa y lavarse el pelo. A pesar de su peinado evidentemente *sexy* para la velada con los Wolverton, Michelle era la viva imagen de una bruja tarada macbethiana cuando emergía de sus largas sesiones en su escondrijo de la casa de Olympia, el pelo revuelto, los ojos oscuros ahítos de caos y en perverso trance, los dedos agarrotados y manchados de tinta del bolígrafo y la pluma. A veces se envolvía en una manta sucia y desgastada, no siempre, y huroneaba sigilosamente por la cocina y la despensa de madrugada, arrasando con la

comida igual que un animal salvaje.

Don echaba de menos a sus niños. Al mismo tiempo daba las gracias a los dioses por que no hubieran estado por allí tan a menudo como para poner a prueba la paciencia de su madre a lo largo de aquel puñado de años. Kurt, sobre todo, podría haber salido muy mal parado.

Dejó a su esposa y a Argyle con sus cosas y avanzó por el salón, donde muchos invitados se habían reunido a charlar tranquilamente, luego volvió sobre sus pasos siguiendo un sonido de música de cámara. Flotó en la órbita descendente de aquella nube magnética rumorosa, satisfecho de exiliarse a una antesala ocupada por un puñado de partisanos y príncipes bastardos. No era la primera vez que veían a Don. Su presencia provocó un manifiesto repliegue de incomodidad. Muchos lo habían tratado en un momento u otro de su juventud y habían notado un cambio drástico en su comportamiento a lo largo de los últimos años. Se había vuelto más rudo e irreflexivo, su humor sardónico.

Ninguno de los dandis, *playboys* y diletantes consentidos que componían aquel subconjunto concreto de la élite acababa de estar seguro de qué lugar ocupaba Don en la jerarquía de aquel gallinero. Se daba por supuesto tácitamente que, pese a no ser más que un patán de clase media, tenía demasiados contactos como para excluirlo por completo. Se aprestaron a intercambiar sonrisas crispadas y halagos vacuos mientras se miraban por el rabillo del ojo espionando alguna muestra de debilidad. Entonces, a causa de la influencia que Plimpton había extendido entre las esferas académicas, un grupo heterogéneo de profesores, administrativos e ingenieros civiles se mezclaron libremente entre la nobleza, si bien en medio de un indisimulado malestar. Esta última caterva se afanaba en tragar champán, mermar las bandejas de salmón ahumado y queso con dedicación fanática y lanzar miradas subrepticias (o no) al atrevido escote de las bobaliconas esposas-trofeo.

Don llevaba años ignorando el ritual, se había aplicado en hacer oídos sordos y lograr que todo aquello le resbalara. Iba cazando al vuelo bebidas de las bandejas que los camareros paseaban, lo que hacía algo más llevadero el proceso, y pronto la multitud comenzó a parecerle una panda de autómatas mecánicos amontonados sin ton ni son, echándose al coleteo vasos de Glenlivet, barboteando apotegmas cínicos de memoria mientras los ojos, vidriosos y sin vida, les daban vueltas en las cuencas como bolas de rodamiento.

—Señor Miller —Don se tomó aquella coletilla como una especie de etiqueta de cóctel. Entrevió a un individuo moreno con un bigote poblado, un Tom Selleck latino, meneó una mano como quien se ahoga. Le sonaba aquel tipo...

Un inspector del Cuerpo de Ingenieros del Ejército con una curda cataclísmica obstruyó el paso al hombre atezado, a continuación Naomi Wolverton, la mujer de Paul, evolucionó por la sala con la pomposidad de la reina Victoria, el austero vestido de luto y un elegante semblante sombrío; sólo le faltaban la tiara y el cetro para completar la imagen. Saludó con un gesto a Don mientras aguantaba las ráfagas

verborreicas de un hombre de chaqueta de *tweed* barata (un profesor de historia por las pintas) y, llegado desde la otra punta del Estado, de Melvin Redfield, el prolífico poeta y heredero natural de los Redfield del condado de Pierce, dueños de tanto terreno en dicha localidad que podían convertirlo en un ducado si les venía en gana. Melvin había sido capitán del equipo de béisbol del instituto en sus años mozos, despilfarrador a tiempo completo y canoso prematuro. Siempre había tenido una voz estridente, y sus cuerdas vocales estaban en plena forma tras ponerse hasta arriba de Hennessy.

—Dios mío, Don, ¿te encuentras bien? —Naomi arrugó la nariz simulando horrorizarse cómicamente al verlo tambalearse hacia ella.

Don se abrió paso a empujones entre un periodista del *Spokane Star* y su acompañante, una rubia jamona vestida como si le hubieran puesto encima todos los complementos de un servicio de *escorts* local, y besó la mano enguantada de Naomi Wolverton: olía a lilas. Tenía los labios entumecidos y fue como hociocar un trozo de madera. Le guiñó un ojo.

—He estado fuera. ¿Se me nota?

Naomi se lo llevó aparte, de modo que una planta altísima de plástico quedó entre ellos, aquel par que seguía discutiendo y curiosos varios.

—Paul esperaba que hablases en serio cuando dijiste que vendrías. Yo apostaba a que Michelle se camelaría a unos moteros y te dejaría en el rancho con el gato y las plantas rodadoras.

—Es una granja. Pero plantas hay un montón, sí —buscó con la mirada a la ex mujer de Lou—. ¿Está Cory...?

—Ah, sí, allí la tienes —hizo una mueca en dirección al salón donde Corinthia Plimpton era el centro de todas las miradas, resplandeciente entre lentejuelas y carmesí en un mar de trajes negros—. La muy zorra ha traído un acompañante al funeral de su marido. Un productor de mala fama. No es capaz de estar ni diez segundos sin un hombre, ya ves.

Cuando se enfadaba, sus labios adquirían un brillo de rubí, sus mejillas palidecían.

No se podía replicar nada a aquello sin salir escaldado, así que Don cambió de tema con engorrosa caballerosidad.

—No me hubiera imaginado que Lou atrajera a una multitud tan nutrida en su fiesta de despedida.

Apuró el culo de su *bourbon*, estiró el cuello para echar un vistazo al acompañante de Corinthia, el productor de mala fama; un tío bajito, desmejorado, enlutado, gafas de sol curvadas y los dedos llenos de anillos que refulgían a la luz apagada de los candelabros. Una sonrisa de oreja a oreja. Parecía hallarse en su elemento natural.

—Y no lo ha hecho. La multitud ha venido por ella, evidentemente —un comentario que respondía al mismo sentir de Michelle, aunque su encantadora esposa

había desplegado profusamente un melifluo lenguaje para darle empaque a su opinión.

Naomi, Michelle y Corinthia no se soportaban, y aquel rencor esplendoroso se remontaba a mucho tiempo atrás, a alguna rencilla durante la escuela preparatoria, un noviazgo interrumpido —se enamoriscaron todas de Kyle, el hermano mayor de Melvin Redfield, que según diversas fuentes estaba cortado por un patrón distinto al diletante, se hizo teniente de la marina y abogado para el negocio familiar. Lástima que topase con un cable de alta tensión mientras navegaba por los alrededores de la Reserva Nuclear de Hanford en el ultraligero de Whitman. A los Whitman todavía les escocía aquella muestra catastrófica de relaciones públicas—.

Naomi le dio un beso en la mejilla y desapareció, engullida por un tropel de exponentes de la Fortune 500<sup>[5]</sup>. Don cogió otro vaso y se abrió camino entre los cuerpos, y tal vez alguien volvió a gritar su nombre, ese celebrado fenómeno de la acústica biológica. Continuó avanzando hasta cruzar las puertas de vidrio y llegar a la terraza, donde todo era paz y tranquilidad. Las sillas brillaban a causa de la lluvia caída, así que se apoyó en la baranda, el *bourbon* en la mano, y jugueteó con la idea de encenderse su segundo cigarrillo de la temporada y condenarse de nuevo a otra prueba de falta de carácter. En lugar de eso, contempló la oscuridad creciente mientras su presión sanguínea descendía y sus nervios se iban aplacando.

Finalmente, se fijó en un chico sentado en el rincón de enfrente en un bonito banco de hierro. Bronson Ford, un etíope en plena preadolescencia adoptado por los Rourke (habían perdido a su primer hijo en circunstancias misteriosas) el verano anterior. Alguien, tal vez Kirsten Rourke, había vestido al chaval de punta en blanco con un traje a lo pequeño lord Fauntleroy, polainas y una gorra.

—Ay, Dios —musitó Don, y se bebió compadecido su triple Jim Beam de un trago.

Bronson Ford se lio un cigarrillo estoicamente, lo encendió y se lo fumó. Sus ojos flotaron oleaginosos y diabólicos en el resplandor rojizo. La piel le brillaba como un manglar petrificado. Don advirtió que el chico era de esa clase de personas que parecen atemporales, planeaba en la interzona entre juventud y madurez, y las únicas pistas eran las arrugas de su frente, la frialdad de sus ojos y las marcas de viruela de un linaje empobrecido.

Don hizo un visaje ante el intenso olor a marihuana, se sintió mareado. Echó un par de miradas furtivas más al muchacho antes de reunir el valor de soltar la abominable frase hecha «Vaya fiestón, ¿eh?».

Bronson Ford exhaló el humo y sonrió con complicidad. La luz ámbar de las ventanas bañaba su cara como si fuese el óvalo negro de la pantalla de un proyector. Don se estremeció y vació su vaso. Barajó la idea de volver a internarse en la vorágine.

—¡Señor Miller!

El hombre de piel atezada y el bigote heroico emergió de la casa. Un segundo

individuo, mucho más alto y delgado, lo seguía. Ambos llevaban trajes pasables; no andrajosos, pero difícilmente comparables con los pesos pesados de dentro, aunque un poco por encima de los que vestían los variados ejemplares de profesores e ingenieros.

Don se las había visto con suficientes agencias gubernamentales como para reconocer a los esbirros de la burocracia a la primera; demonios sin la obligada nube de azufre.

—Vaya, vaya. Ustedes estaban en el funeral. Los espías.

El moreno hizo las presentaciones.

—Vaughn Claxton. Recordará a mi colega, Maurice Dart. Nos alegramos de verlo de nuevo. Nos gustaría charlar con usted.

Nada de «Cuánto lo sentimos, camarada, eso de que su compañero se haya quitado de en medio», o «Le acompañamos en el sentimiento, amigo». En lugar de eso: «Nos gustaría charlar con usted».

¿Verlo de nuevo? ¿Charlar? A Don le desagradó automáticamente cómo sonaba aquello, significase lo que significase. Aquel par olía a loción para después del afeitado de aeropuerto y Claxton sonreía con ferocidad mientras se estrechaban la mano. Dart no sonreía. Su rostro colgaba oblongo como una piñata saturada de agua y era la viva imagen de la melancolía. Claxton hizo un gesto de asentimiento a Bronson Ford.

—¿Qué hay, chaval? ¿Es californiana? Qué va, demasiado oscura..., sin ánimo de ofender. Entonces colombiana. Hecha con los cogollos, ¿eh?

Fue un saludo sin calidez alguna, imbuido únicamente de una extraña pseudofamiliaridad, dando por sentado la autoridad rutinaria que le conferían las credenciales oficiales y las botas altas.

Bronson Ford dio otra calada imparable. Tendió hacia delante el porro en la mano izquierda y Claxton dio una zancada, lo cogió y entrecerró los ojos mientras aspiraba. Tosió y se le oscurecieron las mejillas. Le pasó el porro a Dart y este se tragó el humo y lo mantuvo con la pericia de un rematado veterano antes de exhalarlo. Su expresión era un reflejo pálido y distraído del de Bronson Ford. El más alto le ofreció la pava menguante a Don.

—Mmm, no, gracias de todas formas —dijo Don, saliendo de aquel círculo tribal en dirección a la puerta, que derramaba luz y dejaba escapar la marea rugiente de las conversaciones achispadas. La civilización y sus protecciones parecían repentinamente remotas. Tres pares de ojos se concentraron sobre él y Claxton torció el gesto, amenazador.

—Es más fácil que hacernos un corte en la palma de las manos, créame —le dijo Dart.

—Bueno, venga. Por una calada no me voy a morir.

Aceptó el porro y aspiró torpemente; su época de fumeta rebelde tras las gradas en el colegio y después en los dormitorios de la universidad quedaba muy lejos. La

bocanada casi lo tumba. Intentó hablar y terminó con un ataque de tos y arcadas. Claxton sonrió afablemente como para transmitirle que no pasaba nada, que acababan de forjar un pacto fraternal y que ahora podían intercambiar secretos sin peligro, y recuperó el porro.

Permanecieron todos en silencio durante uno o dos minutos, o quince, Don no estaba seguro porque el tiempo se había vuelto bastante elástico y se sentía mareado. Se aferró a la barandilla como si le fuera la vida en ello, escudriñó la masa negra que conformaban las copas de los árboles en la ladera a los pies de la casa y pensó en los pájaros en sus nidos secretos, los ratones rebuscando, los búhos planeando en silencio. Las estrellas saltaban. No recordaba que ni siquiera la mejor hierba hubiese tenido jamás un efecto tan visceral sobre sus sentidos. Kent Pepper le había contado que las cepas nativas se estaban haciendo más potentes con cada cosecha.

Bronson Ford se levantó con rapidez y se escabulló hacia el interior; los hombres observaron cómo se alejaba.

—Soy siciliano con algo de gales —dijo Claxton, y su voz retumbó como la de un dios que hablase desde las nubes—. Una mezcla de Tom Jones y la *Cosa Nostra*. Usted estaba allí.

—Siciliano por lo cruel y brutal, gales por el encanto —apostilló Dart—. Debería oírlo cantar en la ducha. Más que Tom Jones, Lawrence Welk, diría yo. Una morovilla, una morovilla.

—Usted trabaja para AstraCorp.

—Soy consultor —respondió Don.

—Un consultor casi vitalicio.

—Eh, los proyectos duran lo que duran... A ver, ¿ustedes a qué se dedican?

—Trabajamos para el gobierno. Un seguro dental cojonudo —Claxton le enseñó los dientes—. Vamos, AstraCorp. Tío, ese chiringuito es prácticamente propiedad de los Rourke. Don, ¿puedo llamarte Don?, estás trabajando en la península. El código del proyecto... ay, lo he perdido. Campamento Slango, se llama. Una empresa de vigas taló lo que quiso y más en esas montañas durante los años veinte. Ahora la están preparando para edificar algo nuevo, ¿verdad?

Don asintió con cautela.

—Pues sí, imagino que es de conocimiento público.

Lo que no le explicó es que AstraCorp estaba llevando a cabo parte de un estudio sobre el impacto medioambiental para una empresa californiana de desarrollo energético. Don no había participado en ello personalmente, su tarea consistía en coordinar a los inspectores y otros especialistas y supervisar el papeleo. Miró de arriba abajo a Dart y Claxton (llamándolos para sus adentros Flik y Flak) y trató de adivinar de qué iban. Igual no eran federales, después de todo, sino que representaban intereses contrarios a AstraCorp; el espionaje era algo común en la industria, pero no de una forma tan clara.

—Ya te digo. Slango tiene una historia. ¿Cuántos leñadores desaparecieron de ese

campamento en 1923? Doscientos, ¿no?

—Tenéis a un físico de lo mejorcito metido en el ajo. Vern Noonan. Palabras mayores, ¿eh? Algo así como cazar moscas a cañonazos. Vamos, sé franco: ¿qué es lo que se pretende hacer realmente en Slango?

—Buf, no soy capaz de imaginármelo.

Una mentirijilla; había visto el nombre de Noonan en las listas y sentido una punzada de curiosidad por el papel de aquel hombre en un complicado, si bien pedestre, estudio de viabilidad.

—¿Conoce al doctor Herman Strauss? Un viejo y malvado científico alemán, llevó a cabo grandes logros en I+D para la empresa durante el apogeo del Temor Rojo (de hecho, llegó a ser *herr director*). Ese es el secreto, así es como ganamos la Segunda Guerra Mundial: nuestros científicos nazis eran mejores que sus científicos nazis.

—Eehmm, no. ¿Debería conocerlo?

—¡Ja!, bueno, a lo mejor. La señora Miller lo entrevistó para su primer libro. La conversación se recortó a causa del contenido, la extensión o lo que fuese. Un tío muy interesante, Herman Strauss. Especializado en control mental y en aplicaciones heterodoxas de la medicina y la tecnología. Vamos, si los aliados no lo hubiesen coaccionado, igual ahora mismo estaría dándole sorbitos a un julepe de menta en una de esas plantaciones de Sudamérica.

Ahora lo intentó Claxton.

—Eh, ¿has oído hablar de un físico llamado Nelson Cooye? Un tiarrón, un indio lakota. Íntimo de Plimpton. Investigaba para Caltech, Stanford, el Instituto Tecnológico de Massachussets. Todo un purasangre, para ser un intelectual.

—No lo he visto nunca —replicó Don tratando de imaginarse a Cooye. Tenía la intuición de que aquel tipo era famoso, que le había sucedido algo malo y que aquella cosa terrible presagiaba algo igualmente horroroso para sí mismo. Se acordó de una foto que vio en un periódico, no llegaba a siete por siete centímetros, rumores de violencia incontrolable, de diatribas públicas. No solía seguirles la pista a los físicos.

—Ah —asintió Claxton—, pero has oído hablar de él. Un pieza de renombre entre los elementos radicales y lunáticos marginales. Era coleguita de ese tío, Toshi Ryoko, el que hizo una película sobre sus expediciones en el Lejano Oriente. Otro al que se le ve venir, permíteme que te diga. He oído rumores de que acaba de empezar a preparar un viaje con destino a no sé qué reserva salvaje de Bangladesh, una trampa mortal. Seguro que si consigue respaldo le dan un Nobel.

—Ah, Toshi —en el mundo civilizado todo el mundo conocía a Toshi Ryoko, del mismo modo que todos conocen a Jacques Cousteau o a Dian Fossey—. ¿Explotó algo en medio de su documental?

—No. Trata sobre una expedición, nada más. No tiene nada que ver con el precio del té en China. De todas maneras, Cooye estaba un poquitín pirado; avistaba ovnis. Hizo que lo arrestasen, junto a un puñado de compañeros radicales de Stanford, por



allanar unas instalaciones de investigación en Nevada. Nada importante, por cierto..., lo que cuenta es la intención.

—Ya, pues no lo recuerdo. ¿Para quién trabajan ustedes, caballeros? ¿Para el FBI? ¿Para la CIA?

—La CIA no opera en territorio americano. Eso es lo que dicen, al menos. Trabajamos para la Agencia de Seguridad Nacional —dijo Claxton.

—Entiendo. Miren, mi abuelo siempre me dijo que no hablase con desconocidos.

—Un tío inteligente, su abuelo. Ya llegaremos a él. Volvamos a Cooye. Iba en un Volkswagen diminuto. ¿Se imagina a ese armario empotrado embutiéndose en un cacharro de esos? Se salió de la carretera cerca de Eureka. Se frío entre las rocas.

—¿Cuándo?

—Hace como seis semanas. Triste, muy triste. Me pregunto qué pensaría mientras rodaba montaña abajo.

—Los guardias de tráfico no pudieron localizar el cuerpo. La policía afirma que salió despedido del asiento en plena caída —intervino Dart.

—Pues sí, tan fácil como tirar de la cadena —Claxton hizo el gesto de accionar la cisterna—. En esa parte de la costa hay macareo. No tienen la más mínima posibilidad de encontrarlo a menos que reflote por ahí, cosa que dudo. Pero mirémoslo por el lado positivo: Plimpton —y ahí, el agente abarcó con un ademán la fiesta en honor del difunto— y Cooye hicieron trabajitos para la CIA durante los sesenta. Cooye era un poco más joven que usted. A la CIA le gustan jóvenes y tontos. Su abuelo conocía bastante bien a Cooye, como a un nieto, de hecho; estamos seguros de que Luther se encargó de él durante su viaje a Bali. Por supuesto, esta especulación sobre los chicos de la compañía... no termina de encajar. Pero nos olemos que Luther era el control. El mundo es un pañuelo, ¿eh?

Don no le había dado demasiada importancia a aquel asunto desde niño... se trataba únicamente de una pincelada más en el enorme lienzo del personaje monumental que constituía su abuelo, una de las fascinaciones infantiles que abarrotaban el lugar en el que aquellos recuerdos polvorientos se guardaban.

—No conocí a Cooye, pese a que usted diga que era íntimo de mi abuelo. Mi abuelo no trabajó para la CIA. Lo jubilaron a la fuerza años antes de que se formase la CIA y la NSA siquiera.

—Trabajaba para el Cuerpo de Inteligencia Militar. La misma mierda.

—Era viejo, anciano. Murió no hace mucho... en 1977.

—1977, un año excelente.

—Supongo que para algunos lo fue.

—Bueno, tres años, ya habrá terminado con el luto y comenzado a gastarse la herencia. Me juego el cojón izquierdo a que el vejestorio tenía algunos billetes guardados debajo del colchón —Dart sonrió aviesamente al decir esto, como si estuviese contando un chiste verde—. Y esto nos lleva a la siguiente pieza del puzle, a cómo su esposa se convirtió en la discípula estrella de Plimpton y en todas aquellas

misteriosas vacaciones que se tomaban juntos.

—Le agradecería que tuviese mucho cuidado con lo que dice de mi mujer —Don se aflojó la corbata y se ladeó ligeramente. Flexionó las manos repetidas veces.

Los agentes intercambiaron una mirada.

—Tranquilícese, Miller —le dijo Claxton.

—Ya pueden ir identificándose —replicó Don, y experimentó una poderosa sensación de *déjà vu*. Vislumbró, una sombra en su fuero interno, a varios hombres rudos riéndose, colocándose a continuación máscaras demoníacas mientras las llamas del infierno barrían la oscuridad. Se balanceó a medida que el espacio se dilataba y se contraía.

—Venga, hombre. Estamos de incógnito. Cuando estamos de incógnito no llevamos placas.

—Oiga, tengo curiosidad: ¿alguna vez se ha preguntado cuál es la relación entre los Wolverton, los Rourke y los Mock aparte de las grandes fortunas? —inquirió Dart.

—Deberías incluir a los Redfield también —señaló Claxton—. Aunque no sé hasta dónde llega la cosa.

—Déjenme pensar... ¿Todos viven en Olympia? Los Mock no están forrados —respondió Don.

—Venga, hombre —replicó Dart—. Esas zorras nadan en oro. Además, le he dicho que no se trata sólo del dinero. Y Plimpton los frecuentaba. Su linaje era casi tan insoportablemente tedioso como el de usted. ¿Cómo se lo montó para encajar? Mire a todos estos payasos: han conducido cientos de kilómetros hasta este escondrijo en el quinto pino para rendir homenaje a una rata de laboratorio. Y no es que el tío haya hecho nada *sexy*: ni un Nobel, ningún descubrimiento de un célebre dinosaurio, ningún progreso einsteiniano relativo a la naturaleza de la realidad... se limitó a encerrarse solo e investigar las cosas mundanas que únicamente pueden emocionar a otras ratas de laboratorio y juntas de examinadores. Raro, ¿verdad?

—Espabila, Miller. Te estamos vigilando. Algo huele muy mal en Olympia y estos putos ricachones están conchabados —dijo Claxton.

—¿Conchabados? —Don vaciló un instante y trató de hacerse a la idea—. ¿Se refiere a en plan espías, en plan Garganta Profunda? ¿Conjuras? ¿Topos comunistas? Dart sonrió.

—Los topos comunistas todo el mundo sabe quiénes son. Puede verlos continuamente en las necrológicas de los pueblecillos.

—Sea malpensado. Piense a lo grande —le pidió Claxton.

—No sé en qué andaba metido mi abuelo —comenzó Don.

Era una mentira a medias: que su padre y su abuelo habían hecho trabajos sucios para los Estados Unidos de América era algo que iba implícito en el carácter de ambos, en lo que dejaron tras ellos a su muerte. Había oído hablar de las listas negras que el gobierno llevaba en secreto; y no sólo de aquellas que McCarthy reservaba al

Comité de Actividades Antiamericanas. Ah, no; el FBI guardaba fichas de toda clase de personas: activistas medioambientales, profesores universitarios socialistas, autores subversivos y *hippies* reformados. Por lo tanto, en cierto modo y habida cuenta de los antecedentes de su extraña parentela y de quiénes se había rodeado a lo largo de los últimos años, a Michelle no le sorprendía toparse de vez en cuando con las fuerzas federales del orden husmeando a su alrededor como chacales tras un rastro de sangre. Desde luego, su familia había hecho algunos enemigos.

—Esta es la exclusiva: Plimpton se suicidó. El informe del forense está falsificado —dijo Dart.

—Memeces. Lou sufrió un ataque al corazón.

—Se equivoca, amigo. ¿Se le ocurre algún motivo por el que nuestro querido doctor deseara quitarse de en medio? —preguntó Claxton.

—No teníamos mucho trato. De todas formas, no le creo.

—Muy bien, Miller. Igual su esposa tiene una respuesta.

—Claro. Es a ella a quien habría que preguntarle.

—No nos permiten hablar con ella. Es intocable.

—¿No pueden hablar con mi mujer?

—Pues no, la verdad es que no podemos. Y es una buena putada.

—Cuando la he dejado estaba en el salón. No es que sea una mujer difícil de encontrar... —Don se fue desinflando al darse cuenta, con algo de retraso, de que Flik y Flak hablaban muy en serio.

—¿Es que no lo pilla, Miller?

—No lo pilla.

—Esto es lo que estamos intentando que comprenda. Michelle Mock no es... ¿Cómo se lo digo con delicadeza? —Dart se calló y se acarició la barbilla—. Tiene amigos poderosos. Yo no me cruzo a menudo con mucha gente que tenga la suerte de rodearse de amistades como las de ahí dentro, ¿usted sí? —le hizo un gesto a Claxton.

—Lo he intentado con potentados que no están tan arropados como su mujer. A decir verdad, no estamos autorizados a hacer esta visita. Nuestros superiores se harían unos pendientes con nuestras pelotas si se enterasen de que estamos aquí recabando información. Espiando a la señora Miller. Poniéndolo a usted sobre aviso.

—Por eso hemos decidido pasar a conocerlo y saludarlo, señor Miller. Usted es el único de todos estos espléndidos ejemplares que no está protegido por las fuerzas de la oscuridad. El único que se encuentra en una posición vulnerable.

—¿Protegido de qué?

Los agentes lo miraron fijamente sin responder.

Don estaba harto.

—O estamos en la puñetera *Clave: Omega*<sup>[6]</sup> o ustedes se están quedando conmigo. Y yo no veo a Bob Ludlum por ninguna parte, así que... Disculpenme, pero me voy a ir a echar una meada.

—Más bien estamos en *La semilla del diablo* a lo bestia. Un embrollo nivel

Illuminati. Estamos hablando de la desaparición en masa de los mayas en menos de treinta años y un calendario puesto a cero como si nada.

—Tranquilidad. Nuestro amigo tiene que ir a mear y tendrá que ir a mear —el semblante lacrimoso de Dart se volvió suplicante—. Tengo que saber una cosa: ¿qué sucedió en México?

—Nuestros informes dicen que estuvo usted jugando con fuego. Alguien lo usó como piñata. Casi la palma; eso es lo que saco en claro del archivo —secundó Claxton.

—No pasó nada —Don se dejó caer agotado. México, 1958. Se perdió en un barrio chungo y unos matones se cebaron con él. Desde luego, hubo alcohol de por medio. Michelle se hacía la sorda siempre que él comenzaba a hablar del viaje al DF. La verdad era que la mayor parte constituía un recuerdo borroso—. Estuve de fiesta con mi mujer. Nos bebimos un cargamento de Coronitas. Volví a casa con un *sombrero*. Lo tengo colgado de un gancho en mi despacho.

—Mire, hemos oído que entre Coronita y Coronita y arrumaco y arrumaco su queridita fue vista merodeando por lugares curiosos con la gente equivocada —Claxton había dejado de sonreír—. ¿Estaba al tanto de que su esposa asistió al cenáculo de cierto científico nazi que había logrado escapar del Mosad? ¿O de que Plimpton, Josef Wolverton, el anterior dueño de esta magnífica finca, y varias luminarias en el campo de las teorías conspirativas estaban invitados a la misma reunión? También había un grupo nutrido de esa gente que juega con bobinas de Tesla y probetas en el sótano, tratando de crear aceleradores de partículas caseros. Y lo mejor de todo: como mínimo nueve de los más reputados ocultistas se presentaron también allí. Daría un testículo por un vídeo de ese corrillo.

»Pues ya ve, ahí la tiene: bebiendo champán y de cháchara con Anton LaVey y el club de fans de Goering. Mientras tanto, usted anda dándose las de machote con unos agentes del servicio de inteligencia mexicano —Dart negó con la cabeza—. Se esfumó como por arte de magia y reapareció un par de días más tarde cubierto de sangre, delirando, aunque nada que no pudiesen arreglar una semana en el loquero y un par de inyecciones potentes. Dos de aquellos mexicanos eran matones, por cierto. Dos armarios empotrados, los hijos de puta; no me gustaría encontrármelos en un callejón oscuro. Asesinos a sueldo, todos. De joven, Kinder dirigió las torturas en tiempos del Presidente. Ramírez estaba especializado en ejecuciones políticas. Le encantaba cargarse a ciudadanos extranjeros con permiso de residencia. Las autoridades no escatimaban en gastos para buscar los cuerpos. No encontraban ni rastro.

—Un misterio de tres mil pares de cojones —subrayó Claxton.

—Disculpen que lo diga así, pero es que no tengo ni puta idea de qué va esto. Esto es una fantasía.

—Esto va de anfetaminas y una buena cantidad de marihuana. Estamos aquí para salvar el mundo. Somos lo único que se interpone entre tu culo sobrecualificado y el

fin del mundo, que acabará —como sabes— no con una explosión, sino con un gemido. También nos mueve la venganza. Un par de colegas del cuerpo han desaparecido recientemente mientras investigaban la muerte de Plimpton. Un poco como aquellos leñadores que se esfumaron en 1923 o los mexicanos, desaparecidos después de intentar finiquitarte, Don.

Claxton bufó con sorna.

—Tío, tu mujer estaba de parranda en un cóctel social con un miembro del Tercer Reich y una camarilla de satanistas mientras a ti te raptaban y torturaban y te quedas ahí como si nada. Te lo tenemos que dar masticadito.

—Se trata de una conspiración —explicó Dart—. Diría que usted le sirve como tapadera para mantener su apariencia de primorosa científica. ¿Quién va a sospechar nada si va de la mano con el tonto del pueblo? A su abuelo no lo engañó. Recuérdeme que le ponga la grabación que he encontrado en los archivos. El viejo Luther estaba charlando con sus superiores de Washington. 1976. No hace ni cinco años. Les pedía autorización para liquidar a cierta pariente política de quien no daba el nombre. Estamos bastante seguros de que se refería a la señora Miller. Washington le denegó el permiso, por lo visto.

—Pues sí, y ahora la puntilla. A Cooye no lo conoce, pero ¿quiere adivinar quién bebía los vientos por él? Se lo estoy poniendo en bandeja.

Don se quedó boquiabierto ante aquel par. Estaba fuera de combate. No se veía capaz de hablar sin escupir o soltar babas. Todo lo que le habían contado los agentes había horadado túneles profundos en su materia gris. Aún no lograba asumirlo.

—No me lo creo. Imposible —meneó la cabeza con la tozudez y la torpeza de quien ha bebido o fumado tanto que se cree sobrio.

—Adiós, Don —Claxton se alisó la americana y le mostró su sonrisa de león—. Nos veremos más adelante.

—Cuando dice *más adelante*, quiere decir muy, muy pronto —especificó Dart.

—Dios, espero que no —musitó Don.

## 7

**D**on volvió a la barra y se puso a buscar a Michelle, que no se veía por ninguna parte. Se las arregló para llamar la atención del anfitrión, Connor Wolverton,

que le explicó que la casa era enorme y que la señora podía estar en cualquier sitio. ¿Había mirado en la habitación de invitados? El tercer piso, la octava puerta a la izquierda, junto a una cabeza de oso disecada. Les habían subido el equipaje y la cama estaba hecha. Si no estaba allí, a Connor no se le ocurría dónde encontrarla. Pero que no se inquietase: seguramente estaría de charla con alguna de las chicas y sin duda aparecería enseguida, ya se sabe que mala hierba nunca muere.

Donald se acarició las mejillas entumecidas e intentó deshacerse de la incómoda sensación de que aquella era la última salida de tono dentro del esquema habitual entre su esposa y él. Se tambaleó escaleras arriba y echó un vistazo a lo que en realidad era una *suite* barroca, y desde luego sus maletas estaban apiladas junto a la cama, con las sábanas dispuestas. Aun así, ni rastro de Michelle. Así que, de vuelta a la fiesta y a pasear de una sala a otra, interrumpiendo conversaciones con semblante macilento y los ojos enrojecidos y desencajados: con cara de borracho.

La expresión levemente neutral de los invitados a quienes preguntaba si habían visto a su mujer lo irritaba, pero el alcohol y la maría mitigaban un poco aquello. La única información útil que recabó a lo largo de quince minutos de vagabundeo la obtuvo de uno de los criados, que le dijo que el señor Arden y su chófer se habían retirado a descansar al dormitorio.

Subió una escalera en espiral con una balaustrada de mármol y cruzó un rellano marmolado con vetas doradas. Un aroma intenso a marihuana le cosquilleó la nariz y alguien se movió frente a él entre las sombras, abrió una puerta y desapareció.

De las paredes colgaban retratos de los Wolverton más célebres como si estuviesen en un museo y, de hecho, aunque en el pasillo no había nada más aparte de las fotos y algunos arbolitos en macetas, también él abrió la recargada puerta rojo sangre y desembocó en una amplia galería en penumbra.

Unas enormes vitrinas de cristal se alineaban contra una de las paredes en la que el techo abovedado terminaba. El vidrio parecía grueso y en la base de los soportes unas ringleras de lucecitas diminutas, más que iluminar, permitían adivinar el conjunto. Las dos primeras contenían maquetas de árboles sin hojas. Un tejón disecado y muy conseguido se agazapaba al pie de uno de los árboles mientras varios pajarracos de pico ganchudo aparecían encaramados a las ramas del de al lado. Ninguna de las especies le resultaba familiar, pero se daba cuenta de que eran animales extinguidos. Tenían pinta de pertenecer a la Edad de Piedra, si es que no a una época aún más lejana y oscura.

Lo que albergaba la siguiente vitrina le heló la sangre. Suspendido de un delicado y casi invisible marco de alambres colgaba la piel de una figura humanoide, vaciada y estirada en una percha como si la hubiesen despegado de arriba abajo del cuerpo de su propietario. Los huecos de los ojos, de las fosas nasales y de la boca se combaban como si estuviesen abiertos; un vello áspero y rizado se extendía por la suave ondulación del pecho y el vientre. A un lado, una hilera de lanzas con puntas de sílex talladas toscamente, alineadas y etiquetadas.

Una placa indicaba que el individuo había sido exhumado de una cueva en territorio neoyorquino en 1949. Imposible, y por lo tanto debía de tratarse de una superchería, un P. T. Barnum<sup>[7]</sup> calculado al milímetro para impresionar a los paletos. Aquello encajaba: médiums de celebridades, sesiones de espiritismo, participantes agotados fuera de sí previo pago; embustes similares se remontaban a la época eduardiana o incluso más atrás. Probablemente Connor Wolverton no era tan rico como aparentaba. No sería el primer aristócrata en verse de repente con un castillo y ni un centavo con que pagar los gastos. Los hombres así se veían abocados a conductas extravagantes y perpetraban complejas farsas para continuar llevando su tren de vida y mantener la ilusión de distinción en el ocio.

De todas maneras, permaneció allí, atrapado por la exposición. El pellejo, desecado, con su apariencia extrañamente tersa y sólida le ponía los pelos de punta por más que creyera que se trataba de una falsificación. Michelle había mencionado antes el museo de la mansión. ¿Lo habría visto ya alguna vez? Si era así, le encantaría saber cuál era su opinión al respecto.

El olor a porro se intensificó y Don vislumbró a Bronson Ford sentado en el suelo con las piernas cruzadas entre las sombras de una pesada mesa de roble. Una nube de humo flotaba sobre su cabeza y lo hacía todavía más insondable.

—¿Qué hay, Bronson? Qué curioso toparme contigo por aquí.

Bronson Ford se rio. Tiró la colilla del porro en un jarrón de cerámica, en teoría hecho en el Tíbet, se puso en pie de un salto y se acercó a Don con paso trabajoso y extraño, aunque rápido. Le dio un golpecito a la vitrina.

—Es de verdad —su voz sonó rara; el tono era el de un viejo y parecía oxidada por la falta de uso—. Los hombres de antes, los del gobierno... No deberías hablar con esa clase de gente —sonrió a Don y mostró unos dientes destrozados y negros—. Los míos se encargarán de ellos enseguida. No temas.

—¿Tienes más hierba?

Después de que Bronson se sacase otro porro, lo encendiera y ambos fumasen, se restregó los ojos, fascinado por la extraña indefinición de la luz y el fondo recortado mientras el chico, o lo que fuese, iba definiéndose y enfocándose cada vez más.

Un *algo* inefable relacionado con el chaval lo perturbaba a un nivel aún más inmediato y profundo. Don no recordaba haberle atribuido jamás el adjetivo «demoníaco» a alguien que conociese, pero a Bronson le iba como anillo al dedo. Algo demoníaco era lo que animaba el semblante de Bronson, el destello de sus ojos, el odioso regocijo en su tono de voz. Mientras iba asumiendo aquellas sensaciones, Don advirtió lo aislada y desierta que se encontraba aquella sala; lo mismo podrían haber estado acucillados alrededor de una hoguera en medio de la selva.

Bronson Ford contempló la vitrina del hombre de las cavernas y el semblante se le iluminó con el resplandor de una alegría insana.

—Le arrancaron la piel y la llevaron puesta durante algún tiempo. No es piel real. Es más bien un pellejo. Sí. Se hicieron un traje con su pellejo igual que los míos

despellejaban a los leones en su época. Igual que mi gente se hacía capas con el pellejo de los leones y llevaba las garras y colmillos como si fuesen joyas. Sí, sí.

—¿Quiénes?

—Ellos. Los Niños de la Vieja Sanguijuela.

—¿Los niños de qué? ¿De qué tribu formaban parte?

En aquel instante, mientras intentaba recuperar el equilibrio mental y algo de control sobre la conversación, se sintió como un nadador que echa por fin una mirada hacia delante para descubrir que la marea se lo ha llevado mar adentro. *Es la marta, que te está jugando malas pasadas. Te despertarás por la mañana y te darás cuenta de que toda esta noche ha sido un puro desvarío.*

—¿No lo sabes? ¿No has venido por eso? Esta celebración es para gente especial.

—No, muchacho, no tengo ni idea. ¿A qué niños te refieres?

—Amigos de mamá y papá —se puso en pie de una zancada junto a la siguiente vitrina y pulsó un botón. La cortina se replegó y una débil luz parpadeó—. Una cueva submarina en las islas Shetland, primavera de 1969.

—Bronson, me estás empezando a asustar, chaval —dijo Don muy en serio.

El objeto que contenía la vitrina debía haber sido en vida un cuadrúpedo enorme; un oso, un elefante pequeño, una jirafa. No era capaz de fijar intelectualmente el sujeto, porque su percepción del mismo fluctuaba con una cualidad mercurial: tres o cuatro metros de alto por uno de ancho, dotado de varias extremidades, un cuello alargado, el poderoso torso de un gran animal terrestre, un cráneo de prodigiosa envergadura. Otra piel, o en este caso pelaje, aparecía también estirada sobre alambres. El pelo era negro, en contraste con una carne blanca como la nieve. Un oso, despellejado de una manera milagrosa, al igual que el cromañón vecino, nada en especial en lo que a taxidermia o comercio de pieles se refería... Don comenzó a sudar y la piel del animal pareció expandirse, cernirse sobre él.

—¿Por qué el cráneo...? —no pudo, no se atrevió a decir una palabra más.

—No viene de las Shetlands. Yo no soy de Etiopía —Bronson tenía una expresión soñadora y maníaca; la sonrisa de un anciano sádico atrapado en un cuerpo de niño—. Se encontraron el traje ahí tirado en aquella vieja caverna húmeda cuando volvieron de la oscuridad.

—Otro puto engañabobos —dijo Don. El estómago le dio un vuelco y se tapó la boca. El alcohol trasegado en el Yukón, la continuación de la juerga durante el viaje y en la mansión le estaban pasando factura. Reprimió la arcada y repitió «Un puto engañabobos», por si le daba algo de prestancia—: ¿De dónde eres en realidad?

—De Rusia. La montaña de la llanura. El sitio más frío que has visto en tu puta vida.

—¿Estás de coña?

Bronson Ford se arremangó la camisa y dejó al descubierto un elegante reloj de pulsera de acero inoxidable. También una cicatriz palidísima que iba de la muñeca al codo; una cremallera en la carne.



—Ups, se me ha pasado la hora de irme a la cama.

El chico hizo un gesto de despedida con tres dedos y se escabulló por la puerta rojo sangre, dejando a Don a solas con los horrores de la galería.

*Horrores no, joder: patrañas de barraca de feria.* No pasaron ni dos segundos antes de que volviera a sentir náuseas, así que salió de allí. Flik y Flak aguardaban al otro lado de la puerta. Se topó con ellos de espaldas, uno oteando hacia el norte y el otro hacia el sur. Dart llevaba un saco colgando de una mano. Claxton blandía una jeringa.

Don agitó los brazos aterrorizado para no perder el equilibrio y logró frenar en el último instante, se recuperó y volvió a girar el pomo; mientras lo hacía vislumbró a Connor Wolverton, que subió las escaleras fumando en pipa y saludó con la mano a los agentes. Cerró la puerta y entonces su estómago ganó la batalla y vomitó en la alfombra. Con el corazón al galope, cogió aire y se quedó a la espera del golpeteo de unos puños en la madera que habría significado que sus perseguidores habían advertido su presencia; pero no sucedió nada por el estilo. La galería era una tumba insonorizada.

Intentó recomponerse echándose un sermón racional para animarse. La sola idea de que aquellos dos estuviesen tramando secuestrarlo era disparatada; claramente, estaba viendo lo que no era. No había por dónde coger que algo así pudiese tener que ver con un don nadie como él, y en medio de una mansión hasta los topes de invitados. *Claro, claro... un saco, una jeringuilla y un par de desconocidos chungos que hace un momento se lo han pasado bomba amenazándote. Mejor que busquemos una puerta de servicio, amigo mío.*

De repente pensó en Michelle. ¡Oh, no! ¿Y si también iban a por ella? Seguro que había una puerta trasera. La luz de la galería cambió sutilmente, Don se giró y vio a alguien que se le acercaba entre las vitrinas de exposición. El individuo se movía a una velocidad alarmante, agachado a ras de suelo pero irguiéndose a medida que se aproximaba. Desplegándose...

—Supongo que será mejor que vengas conmigo —dijo Bronson Ford. O por lo menos era su voz, que temblequeó rayana en la carcajada diabólica. La silueta era demasiado alta, le sacaba varias cabezas a Don. Gritó, aunque su gemido fue silenciado al instante. La silueta se abalanzó sobre él con dos manos larguiruchas y enormes. Lo último que acertó a percibir antes de perder el conocimiento fue el hedor de su propio vómito.

**A**vanzaba arrastrando los pies por un pasillo, y la consciencia de que no era capaz de recordar cómo había llegado allí lo irritaba como una película con la bobina rota.

Había mantenido una conversación surrealista sobre arte o antropología con Bronson Ford, y antes de eso una charla todavía más caprichosa con aquellos dos federales que parecían empeñados en convencerlo de que su abuelo era un supervillano, Michelle una agente doble, que los alunizajes eran falsos y que la mitad de los aristócratas de Olympia participaban en misas negras o algo peor. Una oleada de mareo y desorientación lo recorrió de arriba abajo y durante unos segundos se tambaleó, casi abrumado por la sensación de que llevaba una eternidad vagando por aquellos pasadizos en penumbra. También recordaba fragmentos de voces, roce de telas, recordaba que le habían tapado la boca, y a continuación la amnesia engullía aquellas impresiones.

Los demás invitados se habían retirado ya y la iluminación de la mansión era escasa. Anduvo a tientas en dirección al cuarto de invitados rezando por que Michelle estuviese allí esperándole. El interior estaba casi por completo a oscuras, salvo por un foco de luz en el saloncito. Encontró a su mujer ovillada en el sofá que había junto a la gigantesca lámpara de ratán, muy parecida a una que tenían ellos en San Francisco, comprada en un bazar de Hong Kong casi una década atrás, cuando apuraban los últimos momentos de una segunda luna de miel. Él había asistido a una conferencia de geofísica y ella, que se había tomado un año sabático para escribir un libro sobre el multiculturalisme lo acompañó con la intención de investigar. Se saltaron la conferencia y se pasaron una semana de turismo, perdiéndose entre los laberintos, apostando y de juerga en garitos en los que los paisanos mandarines berreaban clásicos del pop americano en un inglés pasable.

Hubo algún momento tenso de regreso a Estados Unidos cuando pareció que existía la posibilidad de que tuviesen otro bebé en camino (pero no fue el caso; por una vez Dios lo hizo bien y su esperma no valía nada: ¡crisis neutralizada!). Con los mellizos, que Dios lo perdonase, tenían bastante. Habían pasado un montón de años y ni a Don ni a Michelle les resultaba agradable examinar sus sentimientos a la luz de los acontecimientos actuales y con la ventaja de poder hacer una valoración retrospectiva.

Michelle había estado llorando; tenía la cara manchada y pálida como un huevo. Durante un instante de desasosiego, al verla allí acampada junto a la alta lámpara como si la hubiese colocado un fotógrafo, los recuerdos de la excursión a Hong Kong y del susto del bebé resultante hicieron que el pulso de Don se acelerase de nuevo, aumentaron su desorientación y náusea crecientes.

—Cariño, siento llegar tarde. ¿Qué sucede? Mi niña...

Estaba envuelta en una colcha que había tejido su abuela en la escuela parroquial.

Se subió la tela hasta la barbilla y lo miró fijamente.

—Cuéntame un secreto. Uno que sólo sepamos tú y yo.

Don se sentó en el borde del sofá. Le cogió con torpeza una mano; la tenía fría.

—Cariño, ¿qué haces fuera de la cama?

Se le ocurrió que aquello podía ser una estratagema para evitar su comprensible irritación por haber sido abandonado durante la velada. Desestimó esta sospecha y sonrió con franqueza. Ella posó la otra mano sobre la suya, floja como un pez muerto. Lo contempló con aquella expresión extraña y drogada sin decir nada.

—Muy bien. ¿Qué clase de secreto?

—Lo que sea, mientras tenga que ver con nosotros.

—Vaya. Me ha parecido un poco hijoputesco por tu parte dejarme solo ante el peligro esta noche. Mmm, aunque supongo que no es ningún secreto, porque todos han visto la nube de polvo.

Ella continuó con la mirada fija en él, y Don supuso entonces que también había estado bebiendo más de lo que en un principio le había parecido. Tragó saliva y esbozó una sonrisa forzada.

—No soy capaz de emparejar mis calcetines y... mmm, los llevo del revés. Ah, espera, y me olvido de cambiármelos más de dos o tres veces al mes. ¿Eso te vale?

Michelle le apretó la mano y pareció aliviada.

—Eres tú.

—Sí, bonita. Espero que no estuvieses esperando a Don Juan —le estrechó la muñeca.

Ella asintió. Su semblante se relajó, acusó el peso del agotamiento. Don la convenció de que se levantase del sofá y se dirigieron tropezando y tambaleándose hacia el dormitorio. Apagó la luz y al instante estaba flotando sobre el colchón extragrande, aislado por las mantas y la oscuridad omnipresente, y casi había caído en el pozo del sueño cuando Michelle murmuró algo desde el otro lado de aquella región de bultos y socavones, aquel océano de interior.

—¿Eh? ¿Cómo dices? —preguntó.

—Antes he pensado que eras tú, que llegabas —dijo ella, su voz amortiguada por la almohada—. Hace un rato. Estaba leyendo y... Me he ido a la cama y algo me ha despertado.

—¿Sí? ¿Qué?

—Tú.

—Ah. ¿Yo? ¿Cuándo? —Don estaba tendido boca abajo, absorto en sus borboteos intestinales, los retortijones de su estómago rebelándose contra su contenido.

Michelle guardó silencio. Luego, cuando Don ya la había dado por dormida, respondió amodorrada:

—No sé. Hace un rato. He abierto los ojos y ahí estabas, mirándome mientras dormía. Antes lo hacías mucho, ¿te acuerdas?

—Y tanto, mmm.

—¿Qué harías dentro del armario? Ahí de pie entre mis vestidos. No he sido capaz de explicármelo.

—¿Cariño? —Don se dio la vuelta—. Sé que es una locura. ¿Conoces por casualidad a un físico que se llama Nelson Cooye? Un par de tarados aseguraban que tú eras una mujer malvadísima. Una maestra de la engañifa. En eso se van nuestros impuestos, ya ves —se acercó a ella, pero estaba demasiado lejos entre las olas y terminó volviendo a su sitio. Escudriñó en las sombras, la escuchó respirar y, al poco, comenzar a roncar.

Soñó que caminaba desnudo por la sabana hacia un grupo de eucaliptos. Los agentes Flik y Flak lo esperaban a su izquierda entre la hierba alta. También iban desnudos, pero llevaban taparrabos y gafas de sol. Ambos le gritaban; no le llegaban sus voces y continuaba avanzando.

Un trozo de terreno se levantó entre los árboles e hizo que uno se alzase por encima de los otros con una serie de crujidos graves. Se trataba de un perezoso o un elefante. Lo observaba mientras Don se aproximaba impulsado por sus piernas, que no obedecían al instinto de huir de allí; pronto se dio cuenta de que no era ninguno de esos dos animales. Entonces se quedó a oscuras.

Por la mañana recordó un fragmento de la visión con un leve grito. Cinco segundos después se había evaporado por completo de su mente.

# CAPÍTULO SEIS

*El marido de Barba Azul*

*(En la actualidad)*

## 1

**A** pesar de estar bastante atareado después de que Michelle se marchase, Don puso en marcha algunas medidas ulteriores para reducir la soledad de la casa a su mínima expresión. Invitó a Argyle Arden y a Turk Standish a una barbacoa el fin de semana, y engatusó a Harris Camby, el antiguo *sheriff* del condado de Pierce, para que también asistiese (prometiendo que habría cerveza y jugarían a la herradura). Harris constituía una leyenda por aquellos lares; incluso cuando estaba borracho como una cuba, ninguno de sus amigos y colegas era capaz de igualar sus hazañas.

El sábado se presentó espléndido; un atardecer resplandeciente y cálido parecía insinuar la posibilidad de que el verano se prolongase. Don asó costillas y sirvió jarras de cerveza negra irlandesa a sus amigos. Cuando el mediodía fue dejando paso lentamente a un crepúsculo suave y brumoso, se apoltronó con Argyle en el porche. Harris y su nieto Lewis se dedicaban a machacar metódicamente a Turk y al compañero que se había traído ese día Argyle, un estudiante de licenciatura llamado Hank. Este, un muchacho musculoso embutido en un grueso jersey de punto y pantalones elegantes, sudaba y jadeaba, claramente disgustado por los comentarios sardónicos de Harris a propósito de su manera de jugar y probablemente todavía más por la serenidad con que se tomaba Turk que les estuviesen dando aquella tunda. Tenía la cara roja como un ladrillo y estaba bebiendo demasiado ron con cola para el gusto de Don.

La conversación resultaba dispersa y no iba más allá de la pura diversión cuando Argyle se sacó la pipa de entre los dientes y preguntó:

—¿Michelle ha llegado a alguna parte con su estudio?

Se refería, evidentemente, a la investigación genealógica y a las traducciones que llevaba décadas desmenuzando. En su momento se había tratado de un pasatiempo, un método para relajarse y liberar frustraciones durante las inevitables contrariedades y decepciones que acompañaban a la búsqueda de la Tribu Perdida.

—Diría que sí. Sigue metida en ello, la cosa va sobre ruedas.

Argyle soltó una risita.

—Cada loco con su tema. Siempre ha sido así en lo que se refiere a sus pasiones.

—La verdad es que no hablamos de ello. No sé por qué.

—Mmm. Porque tienes serrín en lugar de cerebro, por eso. Espero que publique

sus descubrimientos. Es un trabajo bastante intrincado. Su artículo sobre la documentación demográfica de las principales trayectorias migratorias de sus antepasados es admirable. Como es sabido, yo colaboré en algunos momentos concretos del proceso de documentación...

—Si te acercas un poco verás que se me están poniendo los ojos vidriosos.

—Bah. ¿Cómo le va a Kurt?

—Bien, le va bien. Lo llamé ayer. Está en cama. Dice que Winnie le masajea los pies mientras le mete uvas en la boca.

—¡Ja! Espero que ella no se entere de las fanfarronerías de su marido o me juego lo que quieras a que es hombre muerto —Argyle le dio una calada a su pipa—. Si Kurt está bien, ¿qué es lo que pasa entonces?

—Nada. Estoy feliz como una perdiz. El tiempo es maravilloso, ¿verdad? Tengo la casa para mí solo por un tiempo...

—A propósito de eso.

Don esperó y, cuando pareció que su amigo no terminaría la frase, dijo:

—¿Qué? ¿Te da miedo que me vuelva loco? No hay posibilidad, mientras me encargo de las hortalizas de Michelle y pierdo el tiempo aquí y allá.

—Sí, suena refinado, pero no me refiero a eso. Lo que quiero decir es que es una lástima que heredaseis esta casa —Argyle echó un trago de cerveza e hizo un gesto vago con la pipa—. Seamos francos: con excepción de Michelle, los Mock son verdaderamente extraños. Tú ni siquiera los has conocido, así que el vínculo familiar es absolutamente nulo. Debe de ser como vivir en un museo bizarro y cochambroso. Más que propietario, eres un conservador.

—No es verdad. Una vez vi a Babette.

—Sí, durante treinta segundos. ¿No pasó la noche en el Samovar en lugar de aquí, la dama? Ahí lo tienes. De todas formas, en lo que respecta a vosotros dos: creo que empezáis a parecer un par de carcamales.

—Gracias.

—No hay de qué. Pero es verdad. Si tu espalda empeora te será imposible subir estas escaleras. Cuando estés senil y empieces a llevar babero, Michelle tendrá que ponerte una camilla en el salón, porque no va a querer pasarse el día corriendo de un lado para otro. Y eso va a ser de mal gusto. A la gente le resultará demasiado embarazoso visitaros...

—Ah, por fin dices algo bueno.

—Eso es lo que piensas ahora. Michelle se verá obligada a ver a sus amigos en sus casas, en el club Kiwanis o, Dios no lo quiera, en el bingo...

—A Michelle no le gusta el bingo.

—Que te crees tú eso. Mira, ese es el problema. A ella le interesan cosas de las que tú no tienes ni la más pajolera idea. Y eso irá a peor. No tardará mucho en cepillarse al chico de la piscina del hotel Broadsword y pulirse tu pensión en las tragaperras del Happy Eagle.

—Si me quedo senil, no creo que nada de eso me suponga un problema.

—Créeme, amigo. Lo que tenéis que hacer es vender esto y cogeros una casita reformada en el centro, cerca de las líneas de autobús, para que cuando dejéis de ser aptos y os retiren el permiso de conducir podáis seguir yendo a llenar vuestra bolsita de la compra al supermercado. Caray, eres testarudo como una mula... sé que no estás escuchando una puta palabra. Entonces prueba esto otro: coge al sinvergüenza de tu hijo y poneos manos a la obra. Sacad toda la basura que guardáis ahí dentro, pintad las paredes y colocad cuatro adornitos y *voilà!* Ya parecerá más una casa. Piensa en ello. Conozco a un tío que te quitará de las manos la mayor parte de esas baratijas.

Don se rio y le sirvió otra cerveza a Argyle.

## 2

**A**quella tarde, después de que las visitas se hubiesen marchado, volvió al salón, se sentó en su silla favorita con un voluminoso compendio de estudios geofísicos subterráneos en el regazo y reconoció que el comentario de Argyle era muy acertado. La casa *era* un museo. Nunca se habían decidido a guardar cosas en cajas o a enviar objetos que no quisieran al Ejército de Salvación o a la beneficencia por el simple hecho de que cuatro meses al año les parecía poco tiempo y había miles de tareas mucho más urgentes, el inevitable trabajo atrasado relacionado con sus oficios y la apatía letárgica que suele acompañar a las estaciones calurosas. Ahora ya no le servían aquellas excusas. Habían vivido allí nueve meses seguidos; nueve meses que él había dedicado a dar rodeos, receloso de emprender la hercúlea labor, cuyo mayor obstáculo consistía en la indecisión de Michelle. Si se daba el caso de que acordaban reformar la decoración, insistía en que todos los objetos, desde una cuchara hasta el último trozo de papel, fueran catalogados y clasificados meticulosamente.

Bueno, podía encargarse de algo así, ¿o no? *Soy un adulto... ¡Un doctorado, ni más ni menos! ¡No tengo miedo de mi esposa!* No era del todo cierto, pero le gustaba creerlo, aunque fuese a medias. Sin embargo, lo acuciaba una ligera duda; dicha duda le obligaba a preguntarse si no albergaba motivos ulteriores. Había acariciado durante mucho tiempo el deseo de hurgar por la casa a fondo, y ¡qué falta de dignidad!

examinar lo que Michelle tuviese en su estudio, los libros que escudriñaba con determinación infatigable y que, aun así, jamás llevaba consigo a la cama o comentaba en confianza con él.

Era difícil que cierto grado de misterio sobreviviera a varios eones de vida conyugal. Hasta entonces le había agradado el enigma que representaba su esposa, a sabiendas de que eran capaces de llevarlo con tanta soltura debido a sus frecuentes y largas separaciones motivadas por el trabajo, y no menos a la compartimentación profesional que mantenían incluso en sus mejores años. Últimamente, sin embargo, se sentía insatisfecho y un tanto despechado a propósito de aquel desapego, tal vez espoleado por la consciencia de que, mientras que su vida y su carrera iban sucumbiendo lentamente a la entropía, la vida y la carrera de su esposa florecían con tremenda magnificencia. Ella continuaba siendo exótica y él había quedado relegado al campo, condenado a vivir aislado en una casa que lo sacaba de sus casillas y lo deprimía. Y ¿por qué? ¿Por qué aquella fijación de su mujer en aquel pedazo de terreno, en aquel edificio? Se deshizo de aquel pensamiento porque no llevaba a ninguna parte y se convenció de que sus propias motivaciones eran altruistas, o como mínimo pragmáticas.

Pertrechado con aquella novísima resolución de transformar la casa en un hábitat más agradable, llamó a Kurt para pedirle apoyo y ayuda física en el cometido. Don se preparó para las inevitables protestas de su hijo alegando plazos de entrega de trabajos, crisis domésticas y demás. Así que se quedó pasmado cuando Kurt vaciló un instante y terminó diciendo que cogería el coche a la mañana siguiente y se quedaría un par de días. Le prometió llevar un montón de cajas y cinta de embalar, pero con una condición. Don tenía que comprometerse a ir a una acampada en aquel coto de pesca a cosa de kilómetro y medio de casa. Se dispuso a protestar por lo ridículo de la propuesta y la comunicación se cortó. No había pensado en modernizar la línea telefónica, de modo que se pasaba el día pulsando el *reset*. Thule alzó la cabeza y gruñó. Los tejones vagaban por el porche en busca de un tentempié nocturno. Don se esperó a oír la tapa del cubo de la basura al caer. Thule metió el morro entre las patas y volvió a dormirse.

¿Una acampada? ¿Qué chorrada era aquella? Decidió que Kurt lo había propuesto porque sí, quizás era una manera de revivir algo parecido al vínculo que compartieron en su infancia. Observó el fuego y le dio vueltas a la conversación esperando encontrar alguna pista que explicase la misteriosa exhibición de filantropía de su hijo. Tal vez quería ser el primero en echar un vistazo a aquellas curiosidades antiguas, aunque eso le parecía inverosímil, además de poco generoso. Kurt no tenía ni la más mínima idea de cómo valorar aquella clase de objetos y no necesitaba dinero. Su empresa le pagaba un sueldo exorbitante al que había que añadir un plan de jubilación lucrativo y seguro médico. Se rascó la cabeza, luego se olvidó del asunto; le desagradaba buscarle tres pies al gato. Al día siguiente se presentó en el centro para aprovisionarse bien de la cerveza preferida de Kurt, un tanto preocupado por que



el chico hubiera dejado la cerveza para pasarse al vino blanco, al agua mineral o a lo que fuera que se llevase entre los ricos de su generación, suburbanitas disfrazados de exploradores.

Antes de meterse en la cama se dio una vuelta por la casa para asegurarse de que todas las luces funcionaran y las dejó encendidas. Que Dios lo ayudase si Michelle le echaba un vistazo a la factura de la electricidad y hacía ciertas deducciones; se podía dar por jodido. Se quedó dormido con el mamotreto de geofísica presionándole el pecho, la luz tenue de la lámpara de la mesita de noche calentándole la mejilla.

El golpe seco del libro al escurrírsele del regazo y caer al suelo lo despertó de repente. La habitación estaba oscura a más no poder, aunque a medida que sus ojos legañosos se acostumbraban a la penumbra fue capaz de distinguir una grieta de luz al otro lado de la puerta del dormitorio. Buscó a tientas la lámpara, estuvo a punto de volcar el vaso de agua en el que flotaba su dentadura. Tiró de la cadenilla y no sirvió de nada; únicamente produjo el percutir sordo típico de un circuito abierto. El sudor comenzó a perlarle la frente y se quedó paralizado, temblando en pijama, inexplicablemente consumido por la imagen de la puerta de la bodega abierta de par en par como una boca despellejada que da paso a una garganta.

Del vaso volcado goteaba agua que llegaba al suelo. Entonces le llegaron nuevos ruidos: chirridos y crujidos. Incluso en medio de aquella ceguera pudo discernir que la puerta del armario, un panel de madera que se plegaba como un acordeón, se había salido de su juntura.

*Ay, la hostia.* Un chute de adrenalina irrumpió en su sangre. En el cuarto había otra presencia. A no ser que... claro: el perro. En el fondo, Thule era un perro de caza. A menudo husmeaba por allí en busca de ratones. Debía de haber movido el panel tras olfatear a uno de esos malditos roedores que se escondían en las paredes. Don se incorporó en la cama para regañar a su mascota y entonces las baldosas cedieron bajo el armario, seguido de una articulación grave, una mezcla de resuello y croar atajado, aunque el instinto le decía que no era ni una cosa ni la otra, sino que su mente era incapaz de describirlo adecuadamente; aquello sobrepasaba su experiencia. El corazón estuvo a punto de salirse del pecho y pensó mientras se ponía rígido: *Ahora sí que me da un ataque.* Las perchas se deslizaron y golpetearon. Algo arañó debajo de la cama, como unas uñas escopleando la madera, y el crocitar gemebundo se dejó oír de nuevo, ligeramente amortiguado y justo debajo de él: la respiración jadeante, el gorgoteo de una víctima de neumonía.

Don gritó y apartó de golpe la colcha. Saltó de la cama y se tambaleó hacia la puerta. La abrió de par en par y la luz del pasillo iluminó algunas zonas del dormitorio. El armario parecía vacío, salvo por las camisas, chaquetas y pantalones que colgaban de las perchas. La ropa se mecía suavemente. No lograba ver nada en la oscuridad debajo de la cama. El pobre Thule estaba agazapado en la otra punta de la habitación. Temblaba de puro terror; un charco de orines se extendía por las baldosas del suelo irregular. Como no se atrevía a entrar de nuevo en el cuarto, Don lo llamó

por señas intentando tranquilizarlo sin dejar de temblar él mismo, y al final el perro salió con el rabo entre las patas y el hocico goteando espumarajos como si hubiese estado rabioso. Juntos se fueron a la cocina y Don descubrió que la puerta de la bodega estaba, efectivamente, abierta unos centímetros. La cerró y encajó una silla entre el pomo y el suelo, un truco que había visto en las películas, como aquel otro de abrir cerraduras con una tarjeta de crédito. Se puso un abrigo y marcó el número de teléfono de la comisaría para informar de un posible allanamiento en marcha. Quien atendió la llamada le prometió que le enviaba un coche patrulla al momento.

### 3

**R**esultó que *al momento* significaba *en cuarenta minutos*. A Don le acabó dando migraña de tanto forzar la vista; se había dejado las gafas en el piso de arriba. Terminó por calmarse lo suficiente como para poner la cafetera al fuego. Dos ayudantes del *sheriff* llegaron en un Bronco, entraron y le tomaron declaración. Se trataba de hombres amigables medianamente impresionados de que fuese amigo del viejo Camby. Registraron la casa, pisando firmemente con sus botazas de habitación en habitación, alumbrando con linternas mientras sus radios crepitaban y restallaban. Comprobaron la bodega (evitando hacer comentarios sobre el hecho de que estuviese atrancada con la silla, si bien se miraron con complicidad) y peinaron la zona del granero. Mientras tanto, Don esperaba en el porche abrazándose el cuerpo para combatir el frío y la humedad. Las ranas croaban en el mar negro de césped. Estaba tiritando y comenzó a asustarse al fantasear con la idea de que los agentes no saliesen del granero, que se quedaría allí acurrucado, petrificado, hasta que una abominación inimaginable se abatiese reptando sobre él y lo borrara de la faz de la tierra.

Los agentes regresaron y se plantaron frente a él azorados, con los uniformes manchados de telarañas y polvo. Durante la batida habían descubierto un tejón en los aleros de la parte trasera del cobertizo y habían espantado a una zarigüeya cerca del granero. Las zarigüeyas y los tejones eran grandes enemigos, posiblemente lo que había oído Don era una ruidosa pelea entre ambos, le explicó el más joven, un chico de campo de rostro orondo que sin duda se conocía al dedillo los bichos nocturnos del lugar. Les sirvió café y se disculpó por la falsa alarma. A la luz cruda de la cocina se cuestionó para sus adentros si realmente se había tratado de una falsa alarma,

producto de la paranoia y el aislamiento, o —Dios no lo quisiera— de una incipiente demencia. Ya entonces el incidente amenazaba con disiparse en el cenagal de las pesadillas corrientes.

El más veterano le preguntó por qué había quitado las bombillas del dormitorio. Don no comprendió a qué se refería hasta que el oficial le explicó que la lámpara de la mesilla de noche y la del techo no tenían bombilla. De hecho, esta última estaba medio arrancada del techo, de modo que el globo colgaba del extremo de los cables con las conexiones fuera. Un riesgo de incendio seguro, le advirtió mientras lo observaba de soslayo como quien examina a un chiflado en potencia.

Don estaba avergonzado. Balbuceó nuevas disculpas con énfasis, incapaz de conciliar aquella extraña información con la inexistencia de pruebas de que hubiera entrado ningún intruso. Los ayudantes del *sheriff* le aseguraron que no había problema alguno: un anciano solo en casa en un emplazamiento casi remoto... más valía prevenir que curar, ¿o no? ¿Deseaba que lo acompañasen a casa de algún amigo para pasar la noche, o a un motel? Él declinó el ofrecimiento, tildando su exagerada reacción de estupidez.

Eran las tres de la madrugada cuando los faros traseros del coche patrulla se alejaron en la negrura. Tenía la vejiga del tamaño de una pelota de *rugby* y saltó con apresuramiento hasta el cuarto de baño para orinar, maldiciendo su poca visión, la debilidad de sus intestinos y la aparente mengua de neuronas en su cerebro.

Permaneció el resto de la noche en el salón, durmiendo entre sobresaltos, respingando al más mínimo sonido. En los intervalos que transcurrían entre cabezada y vigilia recordó la primera noche que escuchó ruidos extraños en la casa; fue en 1962, el verano después de que heredasen aquel lugar. Se había despertado al oír crujir las baldosas (un curioso tintinear y rasguñar de algo pequeño y metálico que se arrastraba por el pasillo). Se incorporó para investigar, pero Michelle le agarró por la muñeca. *Tenía la mano fría de verdad, como si la acabase de sacar de una cámara frigorífica. El óvalo blanco de su rostro emergiendo de la oscuridad tenía un aspecto irreal. La melena negra y revuelta flotaba; apretó los dedos hasta que le crujieron los nudillos. Al día siguiente tenía una hinchazón violácea alrededor de la muñeca.*

*No, cariño, le dijo en un tono suave y categórico, y lo atrajo hacia su pecho. No te vayas. La cama está fría.*

*No: era ella quien estaba fría; las manos, el cuerpo, helada como un cadáver a través del camisón. Y, sin embargo, él estaba sudando de arriba abajo, el pecho pegajoso, el pijama empapado; jadeaba como alguien que acaba de subir corriendo una cuesta pronunciada.*

¿Había protestado? No lo creía. En ese momento sucedió otra cosa: comenzó a sentirse pesado y adormilado, Michelle lo arrulló y le acarició el pelo, y él se desvaneció. Al día siguiente todo se esfumó en un sueño; de hecho, por lo que a él respectaba, bien podía ser un sueño. Una muestra más de aquellos perturbadores episodios que casi había olvidado, prácticamente enterrados hasta que noches como

aquella metían el dedo en la llaga que seguía sin sanar.

## 4

— **M**e sorprende que Winnie te haya dejado venir —dijo Don cuando Kurt llegó poco después para emprender la Gran Reconstrucción de la casa.

Decidieron comenzar por el desván. El padre fue documentando sus progresos en una libreta mientras el hijo envolvía objetos en papel de periódico y los metía en cajas. Se trataba de un trabajo sucio y lento.

—Ah, no es que me haya dejado, básicamente es que me ha echado de casa — palmoteó con sus guantes de trabajo y una nube de polvo ascendió en la luz azulada. Se dio unos golpecitos en el estómago—: Náuseas matinales, indigestión, yo qué sé. Estaba de un humor de perros. Francamente, estoy más contento que nada por haber salido de ahí.

—Mmm —gruñó Don intentando recordar cómo se comportaba Michelle durante su primer embarazo y apesadumbrándose al darse cuenta de que no era capaz—. Sé lo que es eso.

Tamborileó con el bolígrafo sobre la lista: *una bicicleta oxidada; ropa infantil de pana apolillada; ocho cajas de adornos de Navidad hechos añicos; cinco cajas de libros infantiles estropeados por la humedad; cuatro cajas de canicas, enchufes, barajas de cartas, tableros de ajedrez, bloques de construcción, rompecabezas, etcétera; dos cajas de velas y jabón caseros derretidos en su mayor parte; cinco cajas de novelas de terror, y las que quedaban; dos cajas de discos para fonógrafo; un transistor Philco de principios de los años treinta; y todavía no habían hecho más que empezar. Continuaba baldado por haber dormido en la silla.*

Sobre un caballete destartado en el fondo, entre las sombras oscuras, se amontonaban como pieles de animales una serie de lienzos comidos por las polillas; otra muestra bizarra y grotesca de lo que había presenciado en el pasado. Aquella serie en concreto era de una técnica altamente estilizada, una combinación de óleos y carboncillos sin firmar e increíblemente deteriorados, casi echados a perder por completo. Se alegró de ello, porque todos y cada uno de los nueve o diez cuadros que examinó brevemente representaban desde perspectivas distintas una hilera de siluetas infantiles avanzando en fila por una planicie hacia una caverna abierta en una

montaña. La llanura aparecía salpicada de cromlechs y megalitos. Una inscripción borrosa al pie del lienzo rezaba: *Padres y madres entran como esclavos y salen como miembros de la familia. Los niños sacian a la Vieja Sanguijuela. La divierten con sus gritos.*

Aquella *Vieja Sanguijuela* accionó un resorte en su subconsciente. Cubrió el montón con una lona, decidido a quemar toda aquella porquería más tarde.

—Oh, ey, no toques eso —le dijo a Kurt, que rebuscaba en el mueble de las muñecas.

Kurt examinaba una muñeca de trapo; una cosa horrenda de hilo apelmazado, blanducha, las extremidades segmentadas y el vestido arrugado por los años y el moho. Se le habían caído los ojos.

—¿Eh? Esto pesa mucho más de lo que parece. Por los clavos de Cristo, tiene que estar rellena de arena húmeda.

—¿Quieres dejar eso en su sitio? Tu madre las tiene bien localizadas. Como las estropeemos me arranca los ojos. Luego nos encargamos de ellas.

—Lo dudo —contestó Kurt. Se rio y lanzó la muñeca a un lado. Echó un vistazo alrededor—: Llevamos tres horas con esto. Parece que no se va a terminar nunca. El Purgatorio debe de ser algo así.

—Sísifo e hijo.

Kurt se acercó donde estaban el proyector Westinghouse y las latas de películas.

—¿Alguna vez has visto alguna de estas? —cogió un par de rollos e hizo un gesto—. Quiero decir que, no veas, algunas de estas filmaciones tienen más años que Matusalén.

Se puso a apilarlas dentro de una caja, deteniéndose a leer en voz alta los títulos, cuando los tenían. La mayoría de las etiquetas se habían borrado. Había varias decenas de películas, una cuarta parte de las cuales correspondían a la colección privada de los numerosos viajes al extranjero de Michelle.

—No hay mucho que ver —puntualizó Don tras un rato clasificando cajas, etiquetando con rotulador y apilándolas. Lo cierto es que sólo había visto unas pocas filmaciones y a punta de pistola metafórica, generalmente en compañía de los amigos antropólogos de Michelle al regreso de algún viaje; una pandilla de académicos fanfarrones con camisas de estampado hawaiano y bermudas, o en el caso de la variedad más formal (a la que pertenecía el propio Don), con el traje barato que usaban en cualquier ocasión, incluso para ir a la compra; todos bebiendo su *gin-tonic* y celebrando chistes privados con risotadas mientras Michelle se concentraba en su papel de narradora más seca que la mojama y él se escondía por el fondo, satisfecho de poder espantar el tedio paseando la bandeja de bebidas.

—¿Qué?

—Observación ornitológica, picnics, documentales de viajes pesadísimos. Nada interesante.

Se estremeció ante la poca creatividad de su explicación. No logró ocultar su

incomodidad. A Michelle tampoco es que le encantasen su colección de minerales o sus ensayos sobre la glaciación, vamos.

—¿Observación ornitológica? —Kurt hizo un visaje—. Esta debe de ser de uno de los viajes de mamá. Sí, ahí lo dice: *Papúa, Nueva Guinea. Rt. (Lynn. V) 10/83*. ¿De qué va?

—Ya has visto las diapositivas de tu madre. Probablemente sea lo mismo pero más largo.

—Uf. Las puñeteras diapositivas; qué pronto nos olvidamos —incrustó el cartucho con el resto. Dos minutos después le silbó a Don—: Ey, papá. Mira esto —zarandeó en la mano un sobre de fotografías que había encontrado en una de las riñoneras impermeables de Michelle, de esas que llevaba cuando atravesaba a pie selvas y desiertos. La habían mezclado con las películas—. La semana pasada estuve curioseando un poquillo por aquí. Win está fascinada por la condición aventurera de mamá, así que le enseñé algunas de las cosas que guarda aquí. El caso es que me encontré esto. Mira, las debieron hacer en los años treinta o cuarenta, a juzgar por este coche que aparece, y la casa...

Don cogió las fotografías; menos de una docena de imágenes de baja calidad y en blanco y negro de la casa, con un Ford de primera mitad del siglo xx aparcado en el patio, y el rectángulo gris del granero recortándose al fondo. Otras fotos eran pastorales; el campo; la colina y el riachuelo; desde una elevación del valle. Las cuatro últimas eran turbias, sobreexpuestas: el interior lóbrego de un bosque compuesto por una galería indistinta de troncos fantasmales; una pila de rocas deformes recortadas por la luz de la puesta de sol; y dos más de una persona en pie junto a las piedras, de cara al fotógrafo, los brazos extendidos en forma de uve, un objeto oscuro e indistinguible pendiendo de la mano izquierda (un bolso, una cartera, un bulto). Esta última estaba tomada en plena oscuridad, al borde de una hoguera. La silueta estaba completamente desenfocada; una nube blanca moteada de salpicones negros.

—¿No te parecen rarísimas? —comentó Don, abriendo los ojos aún más al darse cuenta de que aquella persona iba en cueros. Sólo la piel da un brillo tan difuso y húmedo. Miró el dorso; alguien había escrito en tinta ya medio borrada: *Rt. Patricia W. 30/10/1937*. Le desagradaban profundamente aquellas imágenes, y podía notar que a Kurt le sucedía lo mismo. Las metió en el sobre y se lo guardó en el bolsillo para examinarlas detenidamente más adelante.

—Esas piedras me son familiares. De cuando era niño. Holly y yo nos desorientamos una vez en el bosque. Allí las vi, en el bosque.

Tal como Don lo recordaba, aquel par no se había desorientado, llanamente: habían estado perdidos durante casi ocho horas, caminando en círculos por las densas frondas de las colinas, donde todos los claros y matorrales de zarzas se parecían. Por suerte, se toparon con el río y siguieron su curso hasta casa justo cuando él ya estaba vistiéndose para salir a buscarlos. Llegaron hechos polvo, sucios y traumatizados,

pero sanos y salvos, a fin de cuentas. El incidente se había convertido en una especie de leyenda familiar, aunque ninguno de ellos la había traído a colación en los últimos años; una experiencia infantil que Holly había contemplado con rencor desde siempre y que prefería ignorar (sugiriendo con mordacidad que los demás la imitasen).

—¿Y esto qué, papá? Lo encontré la última vez que estuve aquí y me lo llevé a casa. Ya te he dicho que estuve cotilleando. Deformación profesional.

—¿A ver? —Don se colocó bien las gafas; Kurt cogió la chaqueta, sacó un libro y se lo tendió.

—Es... la verdad es que no estoy seguro. Da qué pensar, eso sí.

El libro resultó ser una suerte de almanaque, bastante delgado, la cubierta negra grabada con un relieve críptico que representaba un aro truncado de bronce violáceo. Su sola visión le provocó a Don rechazo y temor, sintió una repugnancia instantánea tal que dio un paso atrás sin querer y estuvo a punto de caerse. Había visto antes aquel símbolo. Dios sabía dónde, dado que los detalles se le escapaban en la neblina y la morralla de sus porosas reminiscencias, aunque grabada a fuego en su materia gris y en su memoria muscular.

*Vaya si lo has visto antes, amigo mío. ¿Aquí? No, aquí no. Aquí no... en otro sitio, en un libro, en una galería, en una película...* Dudaba que el recuerdo proviniese del cine de segunda que tanto amaba; era una imagen demasiado cruda, demasiado visceral.

No era agradable detenerse a contemplar las misteriosas circunstancias de su anterior encuentro con aquel aro truncado, el esqueleto de un demonio uróboros. Aferrarse al hecho de que su cerebro se pareciese cada día más a un queso gruyer era doloroso de cojones; asumir que aquella runa había significado algo para él en su día, tal vez durante su azarosa juventud, y que lo había aterrorizado, lo había *intimidado*, era aún peor. Don Miller no se consideraba especialmente valiente en su decrepitud; sin embargo, en su época le habían sobrado agallas. Si aquella sensación de terror creciente había arraigado en aquellos tiempos, ¿qué podía significar, por todos los santos?

Apretó los dientes y abrió el libro. El título de la portadilla decía *Morderor de Calginis*, con una anotación que indicaba que se trataba de la primera edición impresa, 1959, y firmado por Varios Autores. Las páginas eran finas y pulposas, y contenían una interminable serie de párrafos en una diminuta fuente monoespaciada, una lista detallada de una serie de lugares rarísimos y recónditos repartidos por todo Washington, Oregón, Idaho y Montana. En los apéndices aparecían numerosos diagramas ocultistas y mapas dibujados a mano. La traducción pedestre del latín rezaba *La guía negra*. Saboreó las palabras y el epíteto le supo amargamente familiar. *La guía negra*.

De repente, y con la fuerza galvanizadora de una corriente eléctrica que lo recorriese de arriba abajo, recuperó un fragmento de memoria. Michelle compró aquel almanaque en una tienda de Enumclaw, porque le picó la curiosidad. Estaban

de vacaciones de verano con la familia al completo. No recordaba si realmente se pusieron a rastrear algunos de los lugares de la lista. Era posible, pero los detalles concretos se evaporaban a medida que se esforzaba en rescatarlos. Había mucho más por desenterrar, mucho más por exhumar. Cerró de golpe el almanaque y lo tiró a un lado. Se restregó las manos en los pantalones, limpiándose de una mancha invisible que ya había pasado a su sangre, que ya había extendido un escalofrío por todo su cuerpo.

—¿Qué pasa, papá?

—¿Mmm? Nada, hijo. Demasiada información para mi sesera. El ambiente está muy cargado aquí, ¿no?

—Hay algunas entradas que son un verdadero desvarío. Leí un trozo de una sobre el valle; pero la tipografía casi me revienta la cabeza. Voy a necesitar unas gafas más gruesas que las tuyas. Hay partes que son explícitas y un poco afectadas. Otras no lo son tanto. Me puso los pelos de punta. El capítulo sobre el valle Waddell menciona una casa y una roca, pero sólo de pasada. La Piedra Sanguine. Tengo que mirar el nombre de la casa; no sé qué de los niños... una cosa chungu, también. Se supone que está a pocos kilómetros de aquí.

—Ahora se te ha visto el plumero. Veo claros tus motivos. Lo de ayudarme a limpiar, la acampada...

—Vamos, papá, no seas así.

—¿Niños decías?

—Sí —respondió Kurt, y se frotó la barbilla—. Casa de los niños de las viejas acuarelas... No, no era eso, pero algo parecido. Una cosa chungu, ya te digo. Y te juro por que me muera ahora mismo que una vez cierras el libro ya no hay manera de volver a encontrar las entradas. Es como si se moviesen por las páginas.

—Hombre, es de las peores tipografías que he visto en mi vida. Deberías usar una lupa para leerlo.

—Ya. Tengo un hambre feroz. ¿Cuándo comemos?

Don preparó unos sándwiches de jamón mientras Kurt cargaba con las cajas escaleras abajo y las llevaba al granero. Se sentaron en el porche a fumar. La noche había caído desde las Colinas Negras y la brisa helaba. Miraba de reojo a su hijo. La conversación siempre era complicada, sus puntos en común eran escasos y superficiales. Barajó la idea de narrarle sus aventuras de la noche anterior y no logró reunir las energías para soportar la incrédula reacción, el sermón sobre vivir tan lejos de la civilización y que la soledad estaba empezando a jugarle malas pasadas a su cerebro.

—¿Ya te ha llamado mamá?

—No —respondió Don demasiado rápido, ávido de cualquier cosa que diese pie a continuar—. Se ve envuelta en las visitas de la zona o lo que sea y se olvida, supongo. Es probable que no tenga noticias de ella hasta que no coja el vuelo de vuelta.



—Dios mío, papá. Lo próximo será que durmáis en camas separadas.

—Bueno, ella ronca...

Kurt le pegó un buen tiento a su botellín. Tenía los ojos entornados, fijos en el campo, la hierba despachurrada, seca como paja cocida. Don se dio cuenta de que su hijo se había bebido un *pack* de seis con eficacia mecánica.

También él contemplaba fijamente el campo. Recordaba a Kurt en la guardería, su primer verano allí; correteaba por entre la maleza y se cayó de cabeza en un agujero oculto entre la hierba alta. Los bordes microscópicamente serrados de las briznas le abrieron un tajo en los tres últimos dedos de la mano izquierda mientras intentaba evitar que se le clavasen en la cara. Volvió a donde estaba Don y Michelle con el puño sangrando. Fueron en coche a la clínica, la que había en la carretera de Prine que luego fue derruida y en su lugar pusieron una licorería franquiciada. A Kurt le dio puntos el doctor Green, veinte o treinta, sin que derramase una sola lágrima. Observó la operación con la inocente fascinación característica de la mayoría de niños de su edad. Se fijó ahora en que Kurt apretaba el puño mientras escudriñaba sombríamente la hierba ondulante.

—Bueno, ¿listo para el segundo asalto?

Recogieron en silencio y volvieron a ponerse manos a la obra.

Aquella noche cenaron hamburguesas y estuvieron viendo a John Wayne en *Batallón de construcción* hasta casi la una. El televisor era un armatoste; un *home cinema* dentro de una caja alargada, un ataúd gigante, rematado por una radio Philco con grabadora. El matrimonio la había escogido en el catálogo de Sears de 1971 y hacía poco que habían comprado un adaptador cuando la Comisión Federal de Comunicaciones decretó que todos los equipos antiguos tenían que ser digitalmente compatibles. Un par de italianos fornidos habían traído en su día el cacharro en una furgoneta y se habían pasado casi dos horas maniobrando por la casa hasta llegar al salón con una carretilla. Luego, Michelle preparó té helado y canapés de cóctel y se sentaron a ver *Leave It To Beaver*. Don se había pasado más de una noche en vela a los pies de aquel mastodonte. Se bebió una taza de té, se remojó los pies doloridos en una cazuela con agua y sales minerales y se quedó dormido al instante.

Soñó que se perdía en un bosque oscuro, que lo perseguían unos niños con cuchillos, que se tambaleaba entre los árboles y se caía entre unas rocas apiladas en un claro, que se quedaba allí tirado indefenso como una tortuga boca arriba mientras el sol ardía al rojo vivo y se derretía en la negrura.

Al amanecer calentó café mientras el suelo todavía estaba frío y la luz de las estrellas se colaba por las ventanas. Calentó leche en una cazuelita para Thule, que esperaba pacientemente bajo la mesa, con la larga lengua rosa casi arrastrando. Don se encorvó sobre la mesa y examinó las fotografías. No le gustaban más que el día anterior, incluso menos si se paraba a pensar en su relación con *La guía negra*, por tangencial que fuera. Al final las embutió en el sobre, lo echó en un cajón y se puso a preparar el desayuno.

**E**l lunes, Día del Trabajo, fue más de lo mismo. Comenzaron a primera hora del día y lo dejaron cuando la oscuridad se extendía por el terreno.

Kurt se derrumbó en el sofá durante el telediario de las diez y se quedó dormido con la boca abierta. Don dejó la televisión encendida para que el ruido le sirviese de acompañamiento, sin sintonizar ninguna de las atrocidades que los medios les habían hecho tragar a la fuerza aquel día. Se lamentó porque sí del hecho de no ser capaz de seguirles la pista a los acontecimientos de la actualidad: en lo que se refería a su país, sabía quién era el presidente actual, pero no tenía ni idea de cuáles eran sus políticas; en cuanto a lo que sucedía en el extranjero, era como si le hablasen en chino. Si le insistieran, dudaría de su capacidad para enumerar las últimas crisis graves; no podía decir siquiera quién era el primer ministro de Canadá. Todo aquel desastre de la política, la inmundicia universal, la connatural mezquindad del género humano lo oprimía y lo empujaba a sumergirse en el trabajo y a escribir libros.

Cuando el programa nocturno comenzó, se levantó y se dirigió al estudio de Michelle. Tampoco es que hubiese planeado un registro. Los acontecimientos de la jornada habían producido un rotundo cambio que no acertaba a definir. Pensó en la joven esposa de Barba Azul, en las puertas cerradas y las advertencias espantosas, y sonrió levemente. La estampa de Michelle en el papel de Barba Azul resultaba mucho más divertida de lo que parecía en un primer momento.

La puerta estaba cerrada; no para impedir el paso a Don, que tenía claro lo poco que le convenía molestarla, sino por el hábito arraigado tras criar a unos niños curiosos y destrozones. Afortunadamente sabía que guardaba la llave en un plato decorativo lleno de monedas antiguas y extranjeras como centavos de Buffalo o rupias. Hacía mucho que no entraba en el estudio. Probablemente se había aventurado allí menos de diez veces desde que comenzaron a veranear en la casa. Michelle tampoco lo animaba a ello, declarando que era su santuario. Le aterrorizaba que su poco ortodoxo sistema de archivo (papeles diseminados y libros abiertos por todas partes) fuese alterado por un intruso negligente.

El cuarto era grande y la atmósfera estaba cargada de un modo que habría hecho las delicias de un historiador de cámara del siglo xvii. Lanzas y cuchillos ceremoniales, figurillas de arenisca rosa que representaban a Brahma, Shiva y la corte celestial constituían la aportación del este asiático y la India británica. Michelle había intentado colgar una máscara de fertilidad gigantesca propia de una tribu aborígen perdida en lo más profundo de Australia sobre la cabecera de la cama de matrimonio, hasta que Don dijo hasta aquí hemos llegado; allí se quedó, inclinada entre las sombras, con su horrenda sonrisa tras un escudo de mimbre. En los últimos años había desarrollado una fascinación por el arte aborígen; acumulaba tallas y grabados, figurillas de espíritus del Tiempo de Sueño escuálidos y cadavéricos, un didgeridoo

de verdad (pese a que en las tribus las mujeres tenían prohibido tocar aquel instrumento) y un bumerán de madera ligera y barnizada.

Las paredes estaban abarrotadas de arriba abajo de estanterías llenas de volúmenes estampados y forrados en cuero, que también inundaban su escritorio; eran una reliquia que había hecho traer del Consulado Británico en Indonesia, que a su vez había rescatado de un museo local especializado en artefactos de la época de la Compañía de las Indias Orientales y que bien podría haber formado parte de la oficina de alguno de los gobernadores de la administración. Colgando sobre la misma mesa también había una calavera, un reloj de arena lleno de arena blanca y un ordenador portátil; pisapapeles y tinteros, utensilios de escritura en una caja de teca y cubitos de lacre. Una marabunta de mapas y papelajos se extendía entre las pilas de libros.

La mayoría de aquellos documentos estaban en griego, alemán y latín. Michelle coleccionaba artículos académicos igual que su tía había coleccionado muñecas; una parte sustancial de aquel material había sido comprado a bibliotecas europeas, iglesias y vendedores particulares; el resto eran transcripciones a las que dedicaba horas sueltas. Don se sintió poseído a un tiempo de un deslumbramiento infantil y de una sensación de claustrofobia, esto último le sirvió para contener su curiosidad con más eficacia que las neurosis de Michelle.

Pasó una mano por los libros de su esposa, les quitó una buena capa de polvo, examinó los títulos, aunque al azar, sin tener claro por qué había decidido husmear entre sus pertenencias ni qué esperaba encontrar. Nada parecía fuera de lo normal: textos pedestres a conciencia, un buen puñado de los cuales se los había conseguido él, como *La rama dorada*. Luego había libros que Michelle se había agenciado a lo largo de sus viajes; principalmente relatos de antropólogos desconocidos (al menos para Don) y exploradores aguerridos a propósito de expediciones remotas en busca de tribus selváticas, llenas de ilustraciones y alguna fotografía. No obstante, la mayor parte de los libros venían con la casa; de manera implícita, fragmentos postreros de la celebrada colección Mock. Según Michelle, la parte correspondiente a la tía Babette no le iba a la zaga a los archivos de la biblioteca de la ciudad.

Don contó diecisiete enciclopedias en cinco idiomas distintos y doscientos libros dedicados a materias varias que iban de la arquitectura a la metalurgia. Representados en menor medida se veían manuscritos esotéricos en los que autores de gran renombre detallaban prácticas y teorías ocultistas. Entre ellos el *Liber Loagaeth* y el *De Heptarchia Mystica* de Dee; la *Steganographia* de Tritemio; y un batiburrillo de otros expertos del estilo de Agripa, Plancy y Mathers. Don tonteó con religiones comparadas y folclore europeo mientras estudiaba la licenciatura, se hizo casi omnipresente en las librerías de los alrededores del campus y en los anticuarios: aquella obsesión por lo macabro y lo misterioso constituía un contrapeso muy útil para su abrumadora tendencia al racionalismo, además, aquello impresionó a Michelle, cuyos hábitos de lectura eran bastante escandalosos. Por otro lado,

sospechaba que aquellos tomos blanquecinos podían suponer un factor que contribuía a su nictofobia.

El enorme árbol genealógico en marcha estaba desplegado sobre una pared y parte de una estantería; un mosaico colosal consistente en decenas de notitas pegadas unas con otras en los márgenes. El árbol de la familia Mock se ramificaba, se bifurcaba y volvía a ramificarse como una serie de venas multitudinarias irradiadas a partir de un capilar reventado, un diagrama que superaba la estatura de Don y era el doble de ancho. Era bastante obvio que se trataba del proyecto en curso dedicado a las sucesivas generaciones; comenzaba escrito con pluma e ilegible a ojos de Don, a lo que se sumaba la tinta corrida, la humedad y las decoloraciones producidas por el moho, sin restarle importancia al hecho de que vacilaba entre varios dialectos extranjeros. Además, a pesar de la gran cantidad de trabajo puesto en ello, parecía tosco e incompleto; muchas de las ramas y de sus tributarias conducían a finales abruptos y signos de interrogación. Michelle las había marcado a lo largo y a lo ancho con chinchetas y *post-its*.

Para complementar los dibujos, había apilado una decena de libros de la historia familiar de los Mock en una mesa de trabajo y varios taburetes. Aquellos densos tomos forrados pertenecían a una serie de diecinueve volúmenes que solían estar arrinconados tras una tarima baja coronada por una bandada de gansos canadienses disecados. Aquellos libros eran producto de una ejemplar pericia artesanal. Varios de los antepasados de su esposa se habían ganado la vida como impresores y litógrafos, incluyendo a muchos de cierto renombre; un puñado de ellos había servido en las cortes de los reyes de Francia y España, e incluso —según la leyenda— en el mismo Vaticano durante los últimos días del Renacimiento. Aquellos diecinueve volúmenes documentaban supuestamente el linaje de los Mock y sus logros históricos con exhaustividad, y constituían la fuente fundamental de la investigación genealógica de Michelle.

En una ocasión le preguntó si tenía intención de escribir un libro; aquella inquisición exasperada vino a cuento de un verano particularmente desagradable en el que ella se había encerrado en el estudio y se había negado a salir durante días y días; sobre Don recayó la responsabilidad de las tareas del hogar, las facturas y lidiar con el manejo de hormonas desatadas en que se habían convertido los mellizos sin darse casi ni cuenta. Demacrada y de mal humor, ella le replicó algo sobre su estrechez de miras. *Eres estrecho de miras a más no poder*, así lo dijo, de hecho. Él estuvo de acuerdo con aquella afirmación; sin embargo, ello no explicaba el origen de su obsesión, ni mitigaba el que hubiese descuidado sus deberes. Ella lo miró durante unos segundos con expresión gélida, la mirada más fría que le habían echado en su vida. A continuación le dijo: *Deja que una tenga sus secretos, Don*. Y así lo había hecho; aunque ni él ni ella eran chiquillos en aquel momento (Kurt y Holly habían terminado la secundaria y ya tenían sus cartas de admisión en la universidad). Don fingió desinterés en el proyecto de su esposa; un desinterés que fue cobrando visos de

realidad conforme transcurrían los años e iban acomodándose en sus respectivos roles, dotados de límites claramente definidos. La adaptación siempre ha sido una de las piedras angulares de la dicha conyugal.

Don levantó un libro que estaba abierto en la mesa en medio de una mezcla de bocetos al carboncillo de Michelle que representaban desnudos femeninos. La fecha de publicación que aparecía era 1688. Muchas páginas estaban quemadas; una circunstancia común a la mayoría de ejemplares que sugería que la colección había sido rescatada de las llamas. La autora, una tal Fedosia Mock, explicaba en el prólogo que se había consagrado a su labor únicamente pensando en la posteridad. Esta declaración había permeado a lo largo de generaciones. Aquellos libros eran considerados reliquias familiares que debían ser conservados dentro de su dinastía; y por lo que Don pudo inferir, eran las mujeres quienes los habían escrito todos.

Picado por la curiosidad, además de por el temor a dormir en su cuarto, despejó una zona del escritorio y encendió la lámpara de mimbre. Se sacó las bifocales del bolsillo de la camisa y hojeó con despreocupación unas páginas arrugadas y finas cubiertas de bloques de texto en antiguo eslavo eclesiástico. Todo aparecía plagado de anotaciones a mano y garabatos en los márgenes. Al estudiar por encima varios volúmenes al azar (el último, vertido al inglés estándar del siglo XIX), vacilando respecto al último, que llevaba la fecha de impresión de 1834 y estaba firmado por una tal R. Mock, decidió que la caligrafía era una manía personal de quienquiera que hubiese examinado aquellos manuscritos y, a juzgar por la inclinación y el estilo espasmódico, eran producto de una descendiente de los Mock. Rebuscó entre los numerosos cajones del escritorio hasta encontrar una libreta de notas y comenzó a apuntar sus propias observaciones.

Tras dos horas de análisis apático, comenzó a trazar patrones de asociación entre media docena de textos que Michelle parecía haber estado manejando recientemente; en conjunto abarcaban del 1618 al 1753, y suponían el esfuerzo de cuatro autoras sucesivas. Con el nombre originario de Velicioc o Belickcioc (la confusión reinaba al respecto), los Mock habían emigrado desde el sur y el este de Europa, perseguidos por sus enemigos o por la mala fortuna (los antecedentes eran vagos al respecto); tampoco aparecía registrado el año; las autoras situaban la llegada a Bretaña entre el 1370 y el 1400, aunque aquello le resultaba a Don una conjetura extremadamente fantasiosa. Los anales, lo que logró descifrar a partir de las anotaciones en inglés, oscilaban entre lo mortalmente aburrido y lo emocionante. Le pareció interesante descubrir que el grueso de la creciente familia no había adoptado el cristianismo como la norma social de la época salvo en los casos de conveniencia, un comportamiento deudor de la capitulación a regañadientes de los vikingos la primera vez que la Iglesia declaró que las almas de los nórdicos le pertenecían. En lugar de eso, los antepasados de los Mock se aferraron al agnosticismo con denuedo y, en casos menos frecuentes, a costumbres directamente paganas. Dichas costumbres provenían de sectas de antiguos cultos eslavos; sociedades secretas que se

remontaban a los tiempos de las tribus nómadas.

Las referencias eran manifiestamente intrigantes, pero también sesgadas, como si las historiadoras hubiesen preferido velar la naturaleza de su doctrina espiritual a todos salvo a los iniciados. Esto frustró a Don, pese a que simpatizaba con la discreción autorial (en aquella época, se perseguía a la gente e incluso se la quemaba en piras a la más mínima insinuación de blasfemia). Aun así, mientras se esforzaba en desenredar el lenguaje alambicado de una entrada relativa al año 1645 tocante a varias ceremonias claramente enfermizas realizadas por ciertos miembros antiguos de la familia, y aquello lo llevaba de Essex, a Suffolk o Cumberland, partiendo de los Cárpatos y sus alrededores, maldijo la escasez de detalles concretos, la ambigüedad desquiciante que tendía a lo carnal y lo siniestro.

La narración aparecía en un volumen en el que Michelle había insertado puntos de lectura viejos, antiquísimos, que había ido recogiendo de diversas librerías especializadas; una cola de pavo real en colores rojos desvaídos, azules y violetas, cada marcador etiquetado con enigmáticas abreviaturas, símbolos y referencias cruzadas. Una elaborada xilografía con la inscripción *El ritual (fig. 1)* acompañaba al pasaje en cuestión; representaba a trece mujeres desnudas, aparentemente de mediana edad, que rodeaban una roca inmensa. Una silueta de pecho prominente yacía boca arriba, apenas visible sobre la cara plana de la roca, encadenada o atada de alguna manera allí. Don reconoció al instante aquella imagen como la de los bocetos de Michelle.

El dibujo era barroco en grado sumo, recargado por unas figurillas alrededor de los márgenes: gárgolas aladas, bestias demoníacas parecidas a canguros con colmillos (dándose un festín, estas últimas, con unos cadáveres ataviados con la inconfundible armadura de los conquistadores), querubines, flautistas, y —echando miradas furtivas entre las raíces de un fabuloso roble— sombríos duendes de los bosques, rostros de trasgos retorcidos en tenebroso júbilo. El efecto de conjunto resultaba extraordinariamente perturbador, como un Bosco simplificado y reducido a unas dimensiones minúsculas. Michelle había garabateado una lista de iniciales y de símbolos alquímicos; incluso se había atrevido a abocetar en carboncillo aquella imagen en un trozo de papel rugoso para dibujo. Para colmo, las figuras II y III (tal como rezaba el índice) eran las víctimas del fuego, devastadas por la carbonización y el humo hasta quedar irreconocibles.

Cuando el anticuado teléfono naranja sonó, Don casi pegó un salto en la silla. Lo cogió a la tercera.

Michelle dijo:

—¿Qué hay, cariño? Llamo para ver cómo van las cosas por casa.

La comunicación era débil; su voz zumbaba, iba y venía.

—Mmm, todo bien. ¿Cómo estáis, muchachas?

—¿Qué?

El estruendo de fondo parecía el de un avión a punto de despegar.

—¿Cómo estáis todas?

—Nos va de perlas. ¿Qué haces tú, cariño? Ahí debe de ser tardísimo.

Don se sonrojó.

—Oh, tampoco tanto. No podía dormirme.

Se hizo un silencio largo y vibrante. Michelle insistió:

—¿Entonces qué haces? Supongo que algo estarás haciendo, no oigo la tele.

—No, nada de televisión. Estoy leyendo...

—¡Leyendo! Me dejas pasmada. ¿Y está bien?

Se vio en un aprieto. El pulso le palpitaba en las sienes. Estaba a miles de kilómetros de allí y no se sentía menos culpable que un chaval al que han pillado con las manos en la masa en medio de una vil travesura.

—Bueno, nada del otro mundo. Lo habitual. Rocas —se rio débilmente—. No leo sobre otra cosa que sobre rocas, ¿no?

Más estática aún, luego:

—Sí, menos cuando lees otra cosa —era imposible valorar su tono por culpa de la comunicación—. Aquí hace un calor bestial. Estamos en el barco, por cierto. Esta mañana hemos atracado en Estambul. Holly se ha puesto como una gamba: y lleva bajo la cubierta uno o dos días. No hay aire acondicionado, ¿te lo puedes creer?

—Eso es un crimen.

—¿Qué? —gritó Michelle.

—Siento oír eso —gritó en respuesta.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien, amor mío?

—¿Por qué iba a encontrarme mal?

—Por nada. ¿Todo sobre ruedas, entonces? ¿Ningún problema?

—¿Problema? Cielos, no, cariño. No te preocupes por mí. Disfruta del viaje.

—Tengo que irme. Dile a Kurt que lo quiero. Te llamaré desde la ciudad, más tarde —y colgó mientras Don tartamudeaba una despedida.

Contempló el desorden de libros y papeles diseminados por todas partes y negó con la cabeza.

—Ay, Dios mío. Sea lo que sea que tenga Kurt, es contagioso. Don, carcamal, necesitas que te echen un vistazo.

Lo apartó todo y se quedó con un par de las últimas ediciones como lectura de cama. Cerró la puerta tras de sí, con una risilla tonta al repasar su estupidez. Unas mentirijillas domésticas nunca habían matado a nadie.

Mucho después se paró a pensar por qué lo habría llamado a aquella hora, sabiendo a ciencia cierta que estaría profundamente dormido.

**D**on controlaba el inventario, Kurt se encargaba de cargar y mover de sitio las cosas. Como señaló el padre sarcásticamente, de vez en cuando el muchacho servía para algo más que para ir de traje. Al llegar el mediodía habían acumulado una cantidad impresionante de cajas. Por desgracia, aún no habían hecho más que empezar.

—A este ritmo, con cinco o seis meses más de trabajo ya tendremos toda tu basura empaquetadita y lista para darle pasaporte —comentó Kurt refrescándose la frente con una botella de cerveza. Iba por el segundo *pack* de Rolling Rock y comenzaba a coger el puntillo. Se había quedado en pantalones cortos y camiseta de tirantes. Al cuello y a los hombros afluía el rubor a causa del esfuerzo y el alcohol. Y entonces tuvo lugar la gran ocurrencia que dio al traste con el día, para Don—. Oye, papá. Creo que mañana deberíamos tomarnos el día libre y salir de acampada como dijimos la otra noche. No he ido desde... bueno, desde que Holly y yo éramos críos —asintió, animándose a medida que la idea iba calando—. Me quedan unos días de vacaciones. Podemos pescar truchas en la cuenca del río, asar malvaviscos; el *pack* completo.

Aquello cogió a Don por sorpresa. Cuando fue capaz de hablar dijo:

—Confiaba en que estuvieses hablando en broma. ¿Cómo cojones se te ha ocurrido ese plan descerebrado?

—Eso es —respondió Kurt—. He soñado con la acampada.

—Pero ¿qué me cuentas...?

—Estaba otra vez en el colegio, con nueve o diez años. Era finales de verano y mamá, tú y yo estábamos en la colina que hay detrás de casa. Tú habías pescado y mamá lo estaba friendo en una sartén. Entonces íbamos a dar un paseo por el bosque. Cazábamos conejos o no sé qué: llevabas puesto el viejo gorro a lo Elmer Gruñón, el de las orejeras, y en ristre aquella escopeta del calibre 22 que andaba siempre dando vueltas por ahí. ¿Dónde está, por cierto?

—No me acuerdo. Oxidándose en el granero, imagino. La caza no es para mí, ya lo sabes.

A Don las armas lo ponían nervioso. La sola idea de disparar a un animal le revolvió el estómago. Su hermano pequeño, Tom, cazaba ardillas de niño cuando vivían en Connecticut, y a él siempre le desagradó a más no poder.

—Nos separábamos. En el sueño. Deambulaba por el bosque y el pánico comenzaba a apoderarse de mí, como si alguien o algo me estuviese observando, persiguiéndome. Así son los sueños, ¿no? Había chavales jugando en un prado. Les pedía ayuda, pero no me oían. Iban vestidos con pijamas sucios y jugaban cerca de unas rocas enormes. Los pijamas no estaban fuera de lugar, dado que los niños eran calvos, como esos pobres críos en pabellones para cancerosos. Cantaban una tonadilla infantil que no lograba descifrar, y al acercarme se escaparon en dirección a las rocas



y desaparecieron. Entonces me has puesto la mano en el hombro y me he despertado. Fin del sueño. La cosa es que llevo soñando con esa zona desde hace meses, retrocediendo a la época en la que Holly y yo triscábamos por allí. Lo tengo una o dos veces por semana.

—¿Y hace que te entren ganas de ir de acampada? —Don sospechaba que el repentino interés de su hijo en explorar el lugar tenía que ver con los recientes descubrimientos hechos en el desván. Le temblaron las manos.

—Nostalgia, papá. Me recuerda a cuando exploraba por los alrededores. Me endilgabais a Holly y a aquel otro chaval... ¿cómo se llamaba? Uno de los que vivía en una casa de campo por aquí, creo. Por aquí detrás de las colinas hay un árbol enorme, ¿te he hablado alguna vez de ese árbol? Madera petrificada —dio un golpecito con el puño en la pared. Su actitud se antojaba más ansiosa que de costumbre; los ojos le fulguraban y daba pasitos de aquí para allá—. Pues sí, y encontramos otras cosas. Un cobertizo, algunos cortafuegos, trozos de metal oxidado parecidos a puertas de vagón. Vamos, Lyle aseguraba que vio algunas calaveras, pero no fue capaz de volver a encontrar el sitio. La leche.

*Nostalgia, y un huevo, pensó Don con malestar creciente.*

—En las colinas había varias explotaciones madereras. Hace muchos, muchos años. Las cerraron antes de que nos mudásemos aquí. El *sheriff* Camby dice que, a finales de los setenta, allí vivían un puñado de vagabundos en chabolas de cartón y tenadas a lo Huckleberry Finn. La mayoría eran veteranos de Vietnam que no se habían adaptado a la vida civil. Ahora ya no queda nada de eso.

—Sé que he visto esas rocas en las fotos. Me pregunto si la tía Yvonne sabía de algún cementerio indio o cosa parecida. A lo mejor consigo encontrarlas de nuevo.

—Qué huevos. Me tienes convencidísimo de acampar con toda esa monserga.

—Será divertido. Va a hacer buen tiempo toda la semana. Llama al tío Argyle; no tiene nada que hacer.

—No sé...

—Me lo debes por el machaque que me estoy pegando aquí. Además, si te portas bien te ayudaré a mover más cosas el fin de semana que viene. ¿Qué me dices?

No había nada que decir. Don se sentía como un ratón en una trampa. Llamó a Argyle y le transmitió la invitación, deseando que su viejo amigo pasase del tema. Argyle se preciaba de ser un consumado aventurero, y lo cierto era que había dedicado una buena parte de su vida a trotar por la selva. Contestó que sería un placer «hozar entre los matorrales y vivaquear durante una noche en plena naturaleza» y prometió reclutar a Hank para que les sirviese de porteador. ¿A las diez de la mañana les parecía bien? El destino de Don estaba sellado, así de fácil.

*¡La madre que te parió, no seas tan pusilánime!* —dio un golpe en la mesa con la palma de la mano—. *Te da miedo la oscuridad; no entrarías en la bodega ni aunque te mataran; evitarías dormir en tu propia cama si hubiese manera humana de evitarlo. Hay que ver, Don. ¿Eres el mismo tío que excavó en el Dahl Sultan con una*

*linterna de minero y una mochila? ¿Qué te ha pasado?* La automotivación no le ayudó demasiado. El temor no desapareció, una presencia pegajosa adherida a su nuca. Esperaba no ponerse en evidencia dejándose llevar por la histeria o meándose en los pantalones. Para ir sobre seguro metió en la mochila tres lámparas de gas y una botella de Valium que había escondido para resistir cuando Michelle estuvo amenazando con irse de excursión a los Apalaches. Por lo menos aquel viaje no llegó a materializarse, gracias a Dios.

# CAPÍTULO SIETE

*La expedición al patio de atrás*

*(En la actualidad)*

## 1

**L**a excursión fue postergada, como era de esperar: Argyle no se molestó en informar a Hank de la acampada el día antes, así que llegaron con dos horas de retraso. Y lo que es peor: Kurt era notablemente desorganizado, mientras que Argyle era el polo opuesto; la clase de persona que puede llegar a bloquearse ante el más mínimo cabo suelto. Al llegar el mediodía, la cocina de los Miller era la viva imagen de una zona catastrófica: utensilios de acampada esparcidos, esterillas y varias prendas de ropa desemparejadas.

—¡Agh, vamos a ver! —Don blandía un pasamontañas y unos guantes aislantes—. No vamos a cruzar la Antártida navegando. La previsión meteorológica es de veinte grados con una mínima de siete. Ni siquiera va a llover. Y si pensáis que voy a caminar más de un kilómetro vais listos. Pongámonos en marcha antes de que se haga de noche, ¿no?

La idea de pasar la noche a oscuras lo seguía turbando y le hacía sudar las palmas de las manos. Dado que la situación parecía ineludible, cuanto antes comenzasen, antes acabarían.

Nadie se preocupó de contestarle; no obstante, continuaron preparando el equipaje con más celeridad y hacia media tarde la pequeña compañía se puso en marcha colina arriba por detrás de la casa y siguiendo el curso del río. La noche anterior había llovido y la hierba les empapaba los bajos del pantalón.

—¿Todo esto pertenece al condado? —preguntó Hank haciendo un gesto vagamente circular—. ¿O es propiedad privada? —el rostro franco le brillaba por el sudor.

—Una parte es nuestra. Ahora, que me aspen si sé dónde están las lindes. Un buen pedazo de este terreno pertenece a otro propietario... Goodwyn, o una de esas empresas madereras. Goodwyn es la dueña de los derechos de prospección de todas las parcelas del condado, por lo que sé; es lo que dicen las escrituras.

—Estafadores de mierda —profirió Argyle, y escupió.

—Creo que muchos de estos terrenos los controla el Estado —intervino Kurt—. Tened en cuenta que la tala es selectiva y hay ciertas zonas que no se han tocado en absoluto. Me apuesto lo que queráis a que los chicos del capitolio se lo están reservando para tiempos de vacas flacas.

—¿Habéis subido alguna vez hasta la cuenca? —preguntó Argyle señalando el riachuelo. Calzaba unas pesadas botas altas, llevaba un abrigo de lana y un gorro; se ayudaba de un palo que había recogido y con el que apartaba piedras y ramas a su paso. Don no pudo evitar imaginarse al colegial acostumbrado a hacer novillos disfrazado de viejo canoso.

—Comienza a brotar un par de kilómetros *más* arriba —dijo Kurt por encima del hombro. Hank y él llevaban mochilas grandes. Kurt parecía ir más cómodo que su resollante compañero—. Los matorrales se espesan y luego desaparecen, básicamente. No iremos tan lejos. Quiero montar la tienda un poco más adelante... ¿Te acuerdas del estanque de pesca, papá? Después podemos explorar un poco.

*Explorar un poco.* Don se preguntó qué quería decir eso. El repentino interés de Kurt en visitar aquellos viejos parajes no era propio de su personalidad. Hacía mucho que había dejado de lado las cosas infantiles para concentrarse en las ambiciones de su carrera y en aficiones viriles como coleccionar coches y mujeres. *Quiere encontrar la pila de rocas. Dios sabrá por qué, pero lo tiene entre ceja y ceja.* Contempló las poderosas y decididas zancadas de su hijo. Tal vez sus sueños eran peores de lo que le había contado. Era de natural terco, inclinado a exorcizar sus demonios enfrentándose cara a cara con ellos.

El moroso y dorado atardecer se vio suavizado por una brisa fresca y las sombras que se alargaban. El río borboteaba entre las rocas y los juncos, los pájaros piaban en las ramas, que conservaban casi todo su follaje. Flotaban blancas y espesas nubes; cambiaban, oscilaban y se recomponían como animales o rostros. Una bandada de gansos parpó mientras pasaba volando a ras de un pantano, luego ascendió velozmente y se esfumó más allá de la cordillera. Thule ladró y salió corriendo, orinando en cada arbusto que se cruzaba y persiguiendo pájaros como un bobo.

Tras un rato, Hank pidió que hiciesen un alto; se encendió un cigarrillo con Kurt mientras Argyle observaba el valle con unos prismáticos Zeiss que aseguraba haber saqueado del cadáver de un teniente alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Según eso, debía de ser por entonces un mozalbete de diecisiete o dieciocho años, teniendo en cuenta que sólo le sacaba a Don cuatro años, pero este pensó que la historia debía de ser cierta. Tras la cortés apariencia exterior, Argyle daba la impresión de ser bastante fiero. Solía llevar al cinto una bayoneta escondida en una vaina con piedra de afilar (otro recuerdo de los tiempos de guerra). Don le rogó que se lo dejase en casa cuando quedaban en la taberna, convencido de que el viejo chalado rajaría a algún tunante malhablado y lo encerrarían en la cárcel. Argyle sonrió y le dijo que no se preocupase tanto: sabía más el diablo por viejo que por diablo.

Don se protegió los ojos con una mano y observó el valle que dejaban atrás. La casa aparecía incrustada como una caja de cerillas en un repliegue del terreno, parcialmente oscurecida por el granero y los árboles; una luz rojiza proveniente del oeste iluminaba sus paredes, se estancaba en los vidrios opacos de las ventanas. Se le

ocurrió que aquellos ventanales parecían ojos de araña, el cuerpo parecía el de un arácnido, las patas escondidas entre la hierba oscilante. Barajó la idea de gorrear una calada a uno de los chicos, pero en lugar de eso dio un trago a su botella de agua y miró a Argyle, que se había agachado junto a un tronco podrido que bullía cubierto de termitas. Tuvo entonces una desagradable epifanía: se preguntó quién los vigilaba, a él y a sus amigos. Un escalofrío le puso la piel de gallina y el panorama bucólico adquirió una grandeza siniestra.

Terminados los cigarrillos y saciados de agua, el grupo reemprendió la marcha.

## 2

**F**inalmente llegaron a la zona de acampada propuesta, una enramada umbrosa bajo una arboleda de arces a diez metros de un estanque repleto de gobios y truchas. El follaje de la zona había crecido en los años transcurridos desde la última vez que estuvieron allí, pero entre los cuatro pisotearon los matorros y despejaron el círculo de piedras que formaba una fogata. Muy a su pesar, a Don le pilló por sorpresa la oleada de recuerdos con Michelle y los niños de pesca, contando historias alrededor del fuego, para terminar contemplando la vasta región estrellada a través de un telescopio que habían rescatado del desván y que se llevaban a sus excursiones. Kurt y Don montaron la tienda mientras Hank recogía leña. Argyle supervisaba, su especialidad. La cena consistió en cerdo con judías y media caja de cerveza importada.

Una oscuridad aterciopelada se instaló sobre su diminuto radio de luz. Comenzó a refrescar, una brisa húmeda susurró entre las ramas y las hojas desperdigadas. Argyle anunció que necesitaba dormir un mínimo de horas para mantenerse bello y se metió en la tienda. Hank lo siguió pocos minutos después, la cara roja por la fatiga y por el exceso de cervezas.

Kurt dijo:

—Creo que Winnie me va a dejar. Al principio imaginé que debía de tener un rollo. Hemos durado menos de dos años. No se puede decir que sea mucho tiempo. Está sola... su trabajo temporal en la universidad (ayuda a los chicos chinos que no se defienden con el inglés) sólo es a media jornada. Yo trabajo cincuenta, sesenta horas a la semana. Estoy fuera diez días al mes. India, Asia, ya sabes. ¿Qué más da? Tiene

mucho tiempo libre. El aburrimiento y la soledad son una mala combinación.

Don removió los carbones con un palo y se mantuvo en silencio. El viento gemía y la oscuridad flotaba a su alrededor.

—Hace unas semanas que comenzó a comportarse de una manera extraña. Cuando llegaba a casa sin avisar, no estaba. Luego la sorprendí hablando por teléfono en plena noche. Había estado bebiendo, bueno, encadenando con la resaca del día anterior; así que me levanté a mear y Winnie no estaba. Estoy fuera de combate, pero decido buscarla y me la encuentro en el estudio, susurrando por teléfono. No logro pillar gran cosa antes de que cuelgue. Vuelvo a la cama y finjo estar dormido justo antes de que vuelva al cuarto. No lo ha mencionado nunca. Estaba cabreado, pero no me enfrenté a ella. En lugar de eso, cuando llegó la factura telefónica la intercepté (generalmente es ella quien se encarga de estas cosas). ¿Adivinas dónde llamaba?

—¿Hong Kong?

Kurt volvió la cara y se rio con ganas.

—Muy bueno, señor Graciosillo. Eres un George Burns pasable. Llamaba aquí. Tres veces en plena noche, con intervalos de cinco días aproximadamente. Tú no has hablado con ella, ¿no?

—No. ¿Seguro que has mirado bien el número?

—Seguro. Ha estado llamando a mamá.

Don hizo un visaje. No recordaba que Michelle hubiese respondido al teléfono a horas intempestivas. Por otro lado, solía dormir como un tronco y ella ponía el móvil en modo vibración (un hábito instaurado tras centenares de reuniones y entrevistas con directivos que no soportaban ser interrumpidos).

—¿Para qué iba a llamar a tu madre? ¿Tan bien se llevan? Ella no ha hecho ninguna alusión que me haga pensar que hablen aparte de cuando venís de visita.

—No lo sé. Algo raro se traen entre manos.

—A lo mejor es una conspiración —comentó Don con el ánimo de suavizar la tensión.

Kurt no se rio de la ocurrencia.

—Ya lo he pensado. En mi gremio, uno aprende a identificar ciertos comportamientos. Trabajo en recursos humanos, y evalué a un montón de empleados. Nuestros datos son extremadamente delicados y te va a sonar melodramático, pero tenemos que protegernos del espionaje corporativo. Joder, algunos gobiernos extranjeros nos han puesto en un compromiso. Deja que te diga que tengo muy buen ojo para los individuos sospechosos. Winnie y mamá... me preocupan.

—Por el amor de... Entonces entiendo que este es el motivo por el que aceptaste ayudarme a limpiar la casa. Para cogerme a solas. Ya te vale, hijo.

—Pues sí. Quería tantearte un poco. Los padres de Win estaban deseando quitársela de encima.

—¿En serio?

—Sí, papá. Yo pensaba que igual se armaba una buena, dado que sus padres están

muy bien relacionados; que igual les parecía que no estaba a la altura de su hija. Su padre no disimulaba su desprecio hacia los americanos. En la cena que celebraron en honor a nuestra delegación, sólo se unió al brindis después de que uno de sus superiores le echase una mirada. Tendrías que haberle visto la cara, arrugada como si estuviese chupando limón.

—Bueno, tal vez te los ganaste con el viejo encanto de los Miller. O a lo mejor te querían por tu dinero, señor Pez Gordo corporativista —insinuó Don.

—Sus padres están forrados. La echaron a la calle. Winnie no me contó ni una palabra del asunto. Supongo que tomó nota. Te digo una cosa, papá: me empieza a dar miedo saber de qué manera va a pasarme factura.

—Venga, igual es una espía de otra corporación. Se casa contigo para robarte secretos. Bastante astuto.

—Ah, Dios. No lo digas ni en broma.

Don suspiró.

—También es bastante melodramático. ¿Tu compañía no la evaluó? Por todos los santos, con la de preguntas que tuvimos que responder tu madre y yo antes de que te diesen el trabajo...

—No es una espía, ¿vale? No, lo que pasa es que se está cociendo una crisis doméstica.

—¿Por qué iba a conspirar tu madre con ella... por qué iba a tomar partido? No es su estilo.

Kurt asintió, como si tratase de convencerse a sí mismo de una teoría dudosa.

—Mira, no sé. Es probable que Win esté pidiéndole consejos conyugales. Quizás está asustada por el bebé. La última vez que vinimos... Cuando me di el golpe en la cabeza. No iba sonámbulo —se bebió de un trago lo que le quedaba de cerveza e hizo girar la botella vacía entre sus manazas—. Últimamente tengo el sueño muy ligero. Win tuvo que levantarse para ir al baño o qué sé yo. Bajé las escaleras para ir a por un vaso de agua; ya sabes, caminando de memoria a oscuras. Por debajo de la puerta del estudio de mamá salía una luz de velas. Estaban dentro charlando; quién sabe de qué. Sobre mí, seguro. En cualquier caso, pensé que ya le podían dar por saco a Win si quería ir a llorar en el hombro de mamá. Fui a la cocina y bebí.

—¿Entonces qué te pasó en la cabeza? —Don se sentía desasosegado. No le gustaba la mirada obsesiva de su hijo.

—Pues ahí está el misterio; no recuerdo haberme dado ningún porrazo cuando caí. Tal vez el golpe me provocó una amnesia a corto plazo. La sala pareció dar vueltas y me desvanecí. Y cuando me despierto estoy en el invernadero y tengo a mamá inclinada sobre mí llamándome. Muy raro, papá. Raro de cojones. La cosa es que recuerdo algo del incidente, recuerdo a alguien arrastrándome. Como si alguien me hubiese agarrado del pijama y comenzase a tirar de mí. Y oigo risitas y susurros.

—Creo que un poco tocado sí quedaste. Te desmayaste, eso es evidente. Luego, en pleno delirio y desorientado, te arrastraste fuera. Tampoco me parece mucho

misterio, si quieres que te diga la verdad.

—¿Tú crees?

—Y tanto.

—Igual tienes razón. He estado dándole vueltas al asunto y no me cuadra, eso es todo. Por ejemplo: ¿por qué insistía mamá en que pasásemos aquí todos los veranos? ¿Qué gracia tiene esta casa? A ninguno, salvo a ella, nos ha gustado nunca la puñetera casa.

Don no se encontraba bien; inquieto por los barruntos a propósito de las luces de su dormitorio, la larga y extraña historia de acontecimientos inexplicables que había aprendido a ignorar.

—Estás borracho. Duerme un rato.

—No estoy borracho. Y todo lo que he dicho iba en serio.

—Eso parece. Déjalo reposar un poco, ¿vale?

—Lo dejaré reposar, está bien. Pero antes tengo que decirte una última cosa. Aquella historia que os conté sobre la sesión de espiritismo en la tienda de Coolidge, lo de la silueta que vi en la oficina... —Kurt dejó que la tensión se acumulase mientras se preparaba ostensiblemente para decir lo que venía a continuación—: Para ser francos, tengo las cosas más claras sobre esa noche de lo que os dejé creer mientras charlábamos allí sentados con la tormenta y tal. No me pareció bien decir lo que sucedió verdaderamente en aquel puto almacén. No con mamá observándome como solía hacer el viejo gato Boris antes de tirárseme encima para arañarme como un loco.

—¿Por qué no querías contar delante de tu madre las cosas tal como fueron?

—Porque la persona que vi mirándonos torvamente al otro lado del cristal, la puta bruja o lo que fuese que había aterrorizado a Reeves... Era ella.

—¿Quién?

—Ya me has entendido.

Don se levantó tan rápido como le permitieron sus rodillas reumáticas.

—Pues sí, ya es mi hora de irme a la cama.

Se esforzó en no mirar a su hijo de camino a la tienda. Instantes después de que su cabeza tocase la esterilla ya estaba soñando con crepúsculos panorámicos de taigas heladas en tonos sepia. Su cuerpo astral cruzó aquel horizonte invernal a una velocidad de espanto. Una luz lo arrastraba; la madre de todas las hogueras, y en ella se quemaban huesos, igual que hacían las antiguas tribus, huesos que chascaban y emitían un humo negro sulfuroso y chorretones de fuego rojo.

Michelle, desnuda y ágil, en una encarnación de mediana edad, estaba encadenada a un tocón enorme tallado primero por manos primitivas y luego por eones de viento y lluvia. Era el tosco altar de un oscuro dios anónimo. Su esposa le sonrió a través del espacio y el tiempo mientras unas siluetas encapuchadas bailaban alrededor de la base de la roca. Cerca de ellos había un dolmen; un conjunto de cromlechs apilados tan grande como para dar sepultura a un gigante. El dolmen hacía



reverberar el frío implacable del espacio exterior; siseaba en la frecuencia de la radiación gamma, de las estrellas.

—Te quiero —dijo Michelle, la textura de su voz débil como una señal de radio fantasma—. Todos te queremos.

Su rostro comenzó a cambiar y a resquebrajarse. Chilló y la visión se hizo añicos.

Permaneció tumbado en la tienda, sudando y temblando a oscuras, y ya no volvió a dormirse. Se pasó aquellas largas horas ansiando la luz del sol y maldiciendo a Kurt por meterle aquellas estúpidas ideas en la cabeza. *Dando cuerpo a ciertas ideas en tu cabeza*, masculló un aspecto oculto y menos agradable de Don desde la celda en la que acostumbraba confinar todas las facetas desagradables de su personalidad.

### 3

**A**l amanecer, una niebla espesa ascendió del barro húmedo y flotó sin rumbo por el bosque hasta inundar todo el valle. Los hombres se apiñaron junto al fuego, hicieron café en una cazuela abollada y desayunaron cereales. Argyle sacó una botella de *whisky* de la mochila de Hank (había cargado alegremente al pobre diablo como si fuese una mula) y vertió un buen chorro en su termo.

—¡Caray, hombre! ¿Es que llevas un bar auestas? —dijo Kurt. Se encendió un cigarrillo.

Hank se quejó y se frotó los muslos:

—Aaay, tengo las piernas hechas polvo.

Don supuso que el raquetbol y el bádminton en el club deportivo tenían poco que ver con una auténtica excursión. Reprimió sus propias quejas y se concentró en su desayuno en un silencio lúgubre.

—Bueno, esto no tiene sentido —decía el joven—. No veo a tres palmos con esta niebla. ¿Por qué no volvemos al rancho, eh?

—Se disipará —respondió Kurt.

Don no estaba en absoluto de acuerdo. Quizás mejorara en un par de horas, pero dudaba que su hijo tuviera la suficiente paciencia como para esperar con calma tanto rato. Sin embargo, se calló y esperó a ver si Argyle secundaba la sensata idea del chico.

Argyle escrutó entre los árboles y se frotó la barbilla.

—Igual se disipa, si estáis dispuestos a esperar.

—Veremos qué pasa —Kurt se llevó las sartenes y los platos de hojalata al río y los lavó someramente. Los demás intercambiaron miradas.

—No se va a morir nadie por esperar un rato —dijo Argyle—. Aquí el amigo está decidido a encontrar ese sitio que dice. Tengo que admitir que me pica la curiosidad. Esta región cuenta con sus buenos casos de costumbres religiosas heterodoxas.

—Mmm, ¿qué clase de costumbres religiosas? —preguntó Don.

—Oh, lo habitual: wicca, órdenes druídicas. La adoración satánica también se lleva mucho.

Hank parecía angustiado:

—No fastidies.

—Tienes que estar de broma. Ya sabía que era una idea estúpida —dijo Don.

—No te agobies. La mayor parte de los que practican son aficionados. Chavales en plan desenfreno puro. Ya has visto la pamplina esa de lo gótico, que lleva años de moda. Para mí, la culpa de ese desastre la tienen los grupos de *rock*. No hay nada que temer, a menos que seas una cabra o un conejo.

—O una virgen.

—No veo una desde hace años.

Hacia el mediodía la situación no había cambiado mucho, salvo que parecía que le habían prendido fuego a la niebla y fluctuaba en capas luminiscentes. Kurt propuso una breve incursión en el bosque. Tenían dos brújulas, así que la búsqueda sería más eficaz si se dividían en grupos. Don terminó con Hank. Thule lo abandonó para seguir a Kurt y Argyle. *¡Ya veremos dónde duermes esta noche, traidor!*

Después de que Argyle, Kurt y Thule desaparecieran entre la niebla, Hank dijo:

—¿Sabe qué? Podríamos dar media vuelta sin que se enteren y santas pascuas...

—Vamos, ¿y perdernos las aventuras en la selva? De perdidos, al río; mal que me pese.

—Ojalá hubiera traído una linterna. Nos perderemos y tendremos que pasar la noche al raso. Sí, lo veo clarísimo.

Don suspiró. Revisó su cantimplora y comprobó la brújula. Se dirigieron hacia el noroeste, como habían decidido poco antes. El plan era avanzar más o menos hacia el norte formando una uve entre ellos a lo largo de menos de medio kilómetro y luego peinar la zona volviendo al campamento. Incluso el testarudo Kurt convino en que con eso se daba por satisfecho en aquella excursión. O se topaban con el sitio o a última hora de la tarde estarían de camino a casa.

**H**ank se fue detrás de un árbol para «soltar el café» y Don siguió avanzando lateralmente como veinte pasos para dejarle algo de intimidad. Se quedó casi inmóvil y escuchó los leves susurros del bosque, el goteo entre las ramas. Los árboles y los matojos eran siluetas negras que flotaban en la brillante blancura. El follaje impedía ver el cielo, excepto entre los claros por los que se colaban rayos de sol que se clavaban al bies en la tierra humeante. Los pájaros cantaban a lo lejos. Abrió la tapa de la brújula para situarse y vio que el vidrio se estaba empañando por la condensación interna; por más que lo frotó con la manga de la camisa, no logró nada. El silencio comenzó a horadarle los oídos y llamó súbitamente a Hank. El eco de su grito rebotó con impotencia, apagado al momento por la niebla amortiguadora. Supo con la certeza de una pesadilla lúcida que el chico no iba a responder.

—Por aquí —dijo Hank. Un susurro originado quizás en la cabeza de Don. Sólo la voz, en cualquier caso. Hank seguía oculto por los arbustos y la bruma.

*Ay, señor, voy en la dirección contraria.* Hank había contestado desde una dirección completamente distinta a la que esperaba. *Gracias a Dios que Michelle no está aquí para ser testigo de este desastre. Se habría partido de risa conmigo...*

—Ey, señor Miller —esta vez el joven alzó la voz, y a unos diez o quince metros largos de donde él estaba.

Emprendió la marcha hacia Hank, lo vislumbró apartándose del bulto umbrío de un abeto. Unieron fuerzas de nuevo, el joven le palmeó el hombro al pasar, un gesto de simpatía.

—Tómeselo con calma, ancianito. Tiene muy mala cara. ¿Ha traído glicerina? Creo que tengo hemorroides. Maldita sea mi estampa.

—No te preocupes por mí, bachiller. Estoy... hecho un crío.

Fingió una sonrisa. Mientras continuaban avanzando echó algunas miradas a hurtadillas por encima del hombro sin la menor idea de a quién o qué esperaba ver acechando a sus espaldas. Sombras, bruma, un muro de matorrales empapados; volvía a ser un explorador, el cuchillo de desbrozar en una mano, el mapa en la otra, una cueva por descubrir, aguas subterráneas a la espera de ser intuitas, un análisis sísmico por comenzar, y un porrón de días y meses antes de regresar tambaleándose desde las tibias lluvias torrenciales o el desierto de los altiplanos hasta las tierras civilizadas y serenas.

Claro, claro, rejuvenecido, reencarnado y en el umbral de la aventura... Sin embargo, ¿había sido tan asustadizo en los prósperos días de su pasado remoto? ¿Era una consecuencia de la edad: los terrores nocturnos, la paranoia relacionada con Michelle, el miedo a la oscuridad, y ahora las alucinaciones de voces en la penumbra? Tenía que preguntarse hasta dónde llegaban sus tragaderas respecto a aquel rollo del envejecimiento.

Les aguardaba un terraplén pronunciado. Estaba salpicado de maderos podridos,

un lecho mullido de hojas fangosas. Los matojos escaseaban en la falda de la colina y el bosque era cada vez menos denso hasta revelar un claro.

Don se quedó boquiabierto.

—¿Qué coj...? —pero *sabía* lo que era. Lo había visto en la fotografía. Llevaba esperándole desde el principio de los tiempos.

—Vaya una roca rara, ¿no? —comentó Hank aburrido y fatigado.

El descampado era casi plano; un semicírculo de tierra negra y arenosa salpicada de malas hierbas. Unos hilillos de bruma emergían de allí como humo. En el centro del claro había una roca enorme incrustada en el suelo negro. Medía como tres metros de alto y casi el doble de circunferencia. Trenzada por enredaderas y un musgo verde maligno, irradiaba un aura de perversidad semejante a la de la fiera al acecho en un cuento de hadas, uno de aquellos tan terribles de los libros de Michelle. Aquella ilusión se vio reforzada por una jubilosa bandada de cuervos cercana. Diseminadas por el terreno se veían muchas piedras, algunas del tamaño de un cráneo humano, otras del tamaño de un coche pequeño. Los árboles que ribeteaban el descampado eran bastante grandes, añejos, comparables a los monstruos gemelos que tenía Don en su patio trasero.

No es que fuese muy buen rastreador, pero dedujo que hacía décadas que nadie pisaba aquel lugar. Le dolía el pecho, sudaba y la tensión por las nubes le empañaba la visión, así que se tambaleó. La gran roca central era, sin lugar a dudas, la misma que la de las fotos, si bien su repentino desasosiego tenía un origen más oscuro y oculto a lo que no lograba ponerle nombre. Por su imaginación pasaron cadáveres calcinados y clamor de címbalos, máscaras demoníacas bañadas en una sangrienta luz de antorchas, un hacha...

—Un momento, ancianito —le dijo Hank mientras le ayudaba a arrodillarse—. ¿Le está dando un infarto? Venga, hombre, no me haga esto. Tenga, beba —le puso su cantimplora en los labios.

Don tragó, tosió, y al poco el trance remitió y se recompuso, salvo por las manos temblorosas y la taquicardia.

—Gracias, amigo. No, estoy bien. Empiezo a estar viejo para todas estas chorradas, je.

Hank ya se había dado la vuelta, mientras limpiaba el cuello de la cantimplora con la manga antes de enroscar otra vez el tapón. Contempló la piedra musgosa torciendo la cabeza.

—Tío, esta roca tiene algo chungo, ¿o no? Descanse un poco, ¿eh? Voy a echar un vistazo.

Dicho esto, se colgó la cantimplora y cruzó con cautela el claro. El rastro que iba dejando al arrastrar los pies sobre hojas muertas y pinaza, y al clavarlos en la tierra blanda y negra, era el único rastro. Ningún animal a la vista. El zumbido de moscas y mosquitos, nada de mayor tamaño.

Don se quedó quieto un instante y luego, acallando un coro de fantasmales

recelos que se alzaba del pozo de su subconsciente, se acercó hasta Hank con cautela mientras hacía algunas fotografías para compararlas en casa con las otras.

Un trozo de la roca era cóncava a lo largo del eje vertical, una ranura ancha y no demasiado profunda la recorría transversalmente. A intervalos generosos tenía incrustadas cuatro abrazaderas de bronce corroído y deslustrado. No le costaba imaginarse allí encima una figura maniatada con las piernas abiertas, encadenada de pies y manos. A varios metros del centro, y oscurecida por una capa de barro y tierra, había una fogata, una de las muchas que iluminaban aquel escenario de ritual y celebración. Don dijo con una ligereza frívola:

—Argyle no bromeaba. Gente en plan desenfreno puro y tal.

Pero aquello no era cosa de chavales ni de aficionados. Aquello era demasiado elaborado, demasiado serio.

—No sé —dijo Hank—. Muy raro —se rascó la cabeza y frunció el ceño, dejando traslucir más enfado que curiosidad. Obviamente no comprendía lo que implicaban la ranura, las abrazaderas y las hogueras. Lo más probable es que fuese demasiado joven para apreciar la multitud de películas de la Hammer que Michelle y él habían devorado en sus tiempos (a pesar de que aquello siempre le provocaba unas pesadillas horribles a Don). Por eso sabía de qué forma había calado todo eso en las pelis sobrenaturales de gore y casquería de los sesenta y setenta.

—Voy a llamar a nuestros camaradas. Kurt se va a morir de gusto —Don pulsó unos números en el móvil. Mientras escuchaba los tonos, se colocó bien las gafas y examinó lo que los rodeaba, visualizando por un instante una caterva de siluetas encapuchadas preparadas para abalanzarse sobre ellos desde el bosque, blandiendo guadañas con intenciones homicidas. Saltó el contestador—: Vaya, qué raro.

—¿Raro? ¿Raro el qué? No pronuncie esa palabra en medio del bosque. ¿Hay línea? En el mío aparecen barras. Déjeme probar —Hank intentó contactar con Argyle, sin éxito—. No contesta. ¿Qué coño los tiene tan ocupados que no pueden contestar, eh?

—No nos pongamos nerviosos. Pronto nos alcanzarán.

Don escudriñó el borde de la roca, fijándose en que las enredaderas y zarzas parecían al mismo tiempo radiantes y macilentas; la savia y la pulpa maduras habían reventado y formado charcos sobre la mala hierba, que apestaba como suele suceder con la vegetación contaminada. Al fondo, el claro se estrechaba hasta llegar a un collado entre los árboles. A cada lado de aquel espacio de un metro y medio se abría un precipicio de quince o veinte metros de profundidad que desembocaba en un amasijo de matorrales y más piedras gigantes.

Aquel estrecho caballón había sido en su momento un sendero; la depresión la habían producido innumerables pisadas todavía visibles a pesar de los arbustos y hierbajos que lo invadían todo. Más adelante había otra abertura circundada por una arboleda de abetos viejos, entre los que se divisaba lo que a Don le pareció un extravagante amontonamiento destartado de enormes lajas de piedra blanca.

—Ay, Dios mío —dijo tras un momento, y se detuvo. El vértigo volvió, así como el dolor del pecho. Cerró los ojos y se concentró en respirar lentamente para serenar sus pensamientos. Volvió a mirar y la pila continuaba allí—. Ay, Dios mío.

—Ey, esto lo he visto yo antes —Hank se le adelantó—. En el *National Geographic*, o en uno de esos documentales históricos. Es un megalito.

—No, se les llama dólmenes —corrigió Don, poseído por un prurito profesional momentáneo—. Una tumba. *A lo mejor*. No se sabe con seguridad.

—Mola que te cagas. ¿Esto lo construyeron los indios?

—Las tribus neolíticas. Pero no aquí. Es en Europa y en otros lugares del extranjero donde hay dólmenes. En Norteamérica no.

—Vaya. Pues tengo uno delante de las narices, ¿no?

—Eso parece.

Don se limpió los vidrios de las gafas y a continuación se limitó a mirar aquello asombrado. El dolmen lo constituían una laja horizontal de granito de cien toneladas por lo menos sostenida por varias rocas verticales de tamaño similar toscamente talladas; en aquellos pilares aparecían grabados símbolos que podrían haber pertenecido a un alfabeto. La entrada era un rectángulo torcido y casi sepultado por enredaderas y campanillas en flor. El dintel estaba labrado en forma de rostro, descompuesto y echado a perder por el musgo. La tenue luz que llegaba de la puerta, combinada con la neblina, teñía la estructura de un extraño azul, como si la estuviese observando a través de una nube de humo o de una lente focal deformada.

*No es buena idea, amorcito mío*, dijo Michelle. Don giró sobre sus talones, a punto de torcerse las rodillas, y un par de hojas flotaron en el aire. El corazón, el corazón... Se frotó el pecho y gruñó.

Hank no se enteró de nada.

—Amigo, esto debe de ser territorio de tribus desconocidas o algo así. ¿Cree que será peligroso entrar? —se quitó la mochila y rebuscó hasta sacar una linterna.

—Hank, es una insensatez. El suelo puede ser inestable. Puede que haya un precipicio, animales salvajes... —contempló cómo encendía y apagaba la linterna—. En serio. Lo desapruébo por completo. Conozco a alguna gente en la universidad. Vamos a volver a casa y les pegamos un telefonazo. Lo más probable es que mañana envíen un equipo para aquí. Mejor esperar. Más vale prevenir que curar, ¿o no?

—¿Animales? Qué va, no hay rastros. Espéreme aquí. Será un segundo.

Hank le apuntó directamente a los ojos con la linterna y avanzó para examinar la entrada; una hormiga inspeccionando un mausoleo. Se encogió y pasó por la abertura. El diminuto haz de luz se desvaneció al instante.

—La madre que lo parió.

Debería haber protestado con más firmeza, insistir con más brío en que el chico se detuviese. No tenía ni las energías ni la voluntad para ello. Se sentó en un tronco podrido, desplegó una bolsa de papel y se puso a respirar dentro hasta que se sintió mejor, y tras recuperarse un poco tomó un sorbo de coñac de la provisión de

minibotellas que llevaba al fondo de la mochila. Michelle había ido acumulándolas a lo largo de cientos de vuelos internacionales. Se movió, inquieto.

El dolmen constituía una imposibilidad. Algún agrimensor tendría que haberlo descubierto en algún momento, teniendo en cuenta que estaba ubicado en territorio del condado. Debía de ser visible desde el aire y alguien en algún lugar tendría que haber tomado nota de sus coordenadas y haberlo marcado en un mapa topográfico. El museo Redfield habría enviado a un equipo de fotógrafos y arqueólogos. Habría un cartel, un documental, un libro. Si el dolmen existiese, si fuese posible, entonces estaría catalogado y Don lo sabría todo al respecto.

—Tendría que haber frenado a ese estúpido —dijo, consciente por completo de lo absurdo que era suponer que un viejo arrugado y decrepito como él pudiera intentar siquiera impedir a un tiarrón joven como Hank que hiciese lo que le viniera en gana. A los veinticinco, qué coño, incluso a los cuarenta y cinco, Don le habría dado un soplamocos a aquel niño y lo hubiese dejado tumbado. Se miró las manos nudosas y retorcidas y le invadió la pena y la melancolía. Mientras tanto, a una fracción infinitesimal de su agotado espíritu le picaba ligeramente la curiosidad. Por algún motivo, comenzó a mascullar el viejo eslogan de un anuncio: *¡Las cucarachas entran, pero no salen!* Y refrenó al momento su primer impulso.

Pasó el tiempo y no sucedía nada, así que se terminó el coñac y marcó de nuevo el número de Kurt, en vano, y a continuación abrió otra botellita, dio un sorbo y esperó; y mientras esperaba, a medida que se cernían sobre él las sombras del bosque, las sombras del temor se alargaban sobre su subconsciente y cubrían toda su mente. Le ponía nervioso que Hank no regresase, advertía que la última hora del atardecer iba transcurriendo y todo se volvería turbio a su alrededor hasta que, muy pronto, la oscuridad más absoluta caería y con ella un sinfín de grandes peligros. Estaba claro que la cosa iba de nervios. Pero eso no explicaba su terror creciente; una emoción tan poderosa, sin embargo, que no era posible registrarla como mero nerviosismo. Un terror que le subía por el estómago y se extendía a su pecho hasta hacerlo temblar, sudar, alucinar melodías y alucinar gemidos.

«Sí, amor mío, va a estar tan *oscuro* como te imaginas», dijo Michelle. Más hojas flotando en espirales mortales hacia el suelo. «Los siervos deben de estar despertándose».

Don se llevó una mano a la boca: Michelle no había dicho nada; él estaba hablando consigo mismo, y por Dios y la Virgen que aquello no era buena señal. Dijo con la palma tapando la boca:

—Dios mío, ¿hablo conmigo mismo? ¿Cuánto tiempo llevo haciéndolo?

Ninguna respuesta, ni dentro de su cabeza, ni en ninguna parte.

Por fin se levantó y llamó a gritos a aquel cabezabuzo de Hank; le respondió el eco de su propio chillido, amortiguado e impotente. Hasta los cuervos y los mosquitos se habían quedado en silencio. A causa de un rojizo rayo oblicuo o una cierta disposición de las sombras le llamó la atención un árbol que se alzaba frente al

dolmen.

Una secuoya de notable envergadura y más vieja que las colinas, con unas ramas del tamaño de árboles pequeños y placas de corteza de la altura de un hombre. Sin dudarle, uno de los especímenes más grandes y antiguos que había visto en California.

El dibujo de las inmensas cortezas desvió su atención del dolmen y de cualquier drama que estuviese teniendo lugar en su interior; se acercó jadeando y dando trapiés hasta que su nariz estuvo a pocos centímetros del tronco, y todavía entonces le hicieron falta unos segundos para reconocer el puzle oculto.

En la madera había un símbolo grabado a la altura de los ojos; una «ce» invertida, aunque con un espacio menor de lo habitual entre los extremos. Estaba renegrido, helado y relleno a medias por el crecimiento del árbol; el tamaño era el de una pelota de baloncesto, aproximadamente, y al observarlo con más detenimiento percibió delicadas variaciones y líneas que sugerían que el objeto representado era la columna vertebral de una criatura sinuosa, una serpiente, si bien el cráneo era desmesurado y lucía un par de cuernos aterradores. Evidentemente, aquello no era otra cosa que el grabado de la cubierta de *La guía negra*.

Reculó varios pasos y el dibujo cobró sentido, las mellas naturales y las fracturas de la madera se alinearon para formar una puerta, una escotilla, en el tronco del árbol. Comprendió que algunos nudos eran bisagras, una hendidura nudosa formaba el cerrojo en un trozo de corteza gruesa algo más ancha que sus hombros y el triple de alta: un panel encajado con exactitud que quedaba disimulado y casi invisible. Apoyada contra el tronco había una larga y delgada barra terminada en un gancho, no muy distinta a las pértigas que usaba en la facultad para abrir los tragaluces de las aulas. Obviamente, estaba allí para enganchar la hendidura y desencajar el panel.

«¿De verdad te lo estás pensando?». Se imaginó a Michelle a su lado claramente y sin posibilidad de confusión, vestida de azul, una túnica azul y unas gafas de sol que enmascaraban su semblante. En sus fantasías siempre aparecía en su versión más joven, mientras que él permanecía curtido y exhausto. Nunca había sido capaz de igualarse a ella. «Detente un segundo y usa el cerebro. ¿Qué hay ahí dentro? ¿Un escondrijo de cazadores? ¿Pellejos en descomposición, carne putrefacta? ¿El alijo de cocaína de un gran señor? O peor aún: ¿un cuerpo? ¿Y si tiene que ver con un asesinato? Tan adentrados en el bosque sería algo demoníaco. Ya estás viejo para meterte en rollos demoníacos, Don. Te tiemblan las manos, se te escapan gotas de orina. Cariño, tienes toda la razón del mundo para estar asustado. *La guía negra* es una mala medicina. La peor de todas. No tires del hilo. Amor mío, ¿de verdad vas a seguir con esto?».

De hecho, Don estaba sopesando el gancho, el panel y lo que pudiera ocultarse en el hueco del árbol, aunque no lo movía la simple curiosidad como en otros tiempos; lo movía el *temor*, del modo en que mueve a un hombre a asomarse al abismo, a acariciar la idea de saltar al vacío. Llegó a tocar la barra antes de dar un respingo y



apartar las manos como si se tratase de una serpiente. Se secó la frente sudorosa, limpió el cristal de las gafas, desanduvo el camino y se quedó a veinte metros de la entrada del dolmen, de la estrecha rendija en el austero rostro, y llamó a Hank. De nuevo nada, y cuando esta vez intentó dar con Kurt y Argyle en la pantalla de su móvil apareció el mensaje FUERA DE COBERTURA.

El bosque se cerraba sobre sí mismo y el viento amainó. Tiritó con un escalofrío y se subió la cremallera del abrigo tal y como Michelle le habría conminado a hacer. Analizó el dolmen aprensivamente, con la esperanza de que le parecería menos gigantesco y de una hostilidad más pasiva si lo contemplaba durante un buen rato. Habían transcurrido veinte minutos desde que Hank se esfumara en el interior. Veinte minutos eran una eternidad. Apretó las mandíbulas y rebuscó su linterna. «Ah, por todos los santos. Tengo que ir a buscarlo, ¿no?». Michelle, fantasmagóricamente, dijo: *¿Es una pregunta retórica? Por cierto, ya llegan los siervos.*

En el umbral de la tumba prehistórica, el intenso hedor a musgo y vegetación putrefacta le obligó a taparse la nariz mientras esgrimía la linterna con el brazo extendido. Sólo zarzas y musgo esponjoso, ni rastro del cadáver momificado en un charco plagado de gusanos que su imaginación enfermiza había conjurado.

—¡Hank! ¡Ey, chaval! ¿Dónde coño te has metido?

El interior no podía medir más de cinco o seis metros, dado que las enormes dimensiones de las lajas no dejaban supuestamente más que un espacio bastante reducido dentro de sus márgenes respecto al tamaño total. Además, aunque las rendijas entre piedras estuvieran taponadas por matojos y zarzas, la luz del sol debería haberse filtrado para iluminar mínimamente el recinto. Sin embargo, el haz de su linterna reveló un suelo cubierto de tierra y enredaderas y algo parecido a una tosca columna decorada con más grabados; la luz no logró penetrar más en la negrura. La incongruencia espacial de aquellas ruinas le hizo sentirse mareado; se esforzó en mantener la compostura.

Sonó su teléfono. Al retroceder para llevarse la mano al bolsillo, Don se tropezó y cayó cuan largo era sobre las hojas. Se las arregló para coger la llamada antes de que se fuese al contestador.

Kurt dijo desde otro confín:

—¿Papá? ¿Papá? ¿Estás bien?

—Fresco como una lechuga —respondió mientras trataba de ignorar los centenares de crujidos en la rodilla y el tobillo derechos, la palma despellejada contra el suelo y el orgullo herido—. ¿Dónde estáis?

La comunicación siseó y se entrecortó, un aullido ahogó la interferencia. Kurt estaba chillando, aunque costaba oír lo que decía:

—Papá, volved al campamento. Espera... que le den por culo al campamento. Dirigíos hacia casa y no os paréis. Nos vemos allí. ¿Me oyes, papá?

—Te oigo, hijo. El problema es que nuestro joven doctorando Hank se ha perdido mientras exploraba...

—¡Papá, olvídate de Hank! ¡Mueve el culo! Repito: olvídate de Hank. ¡Ah, mierda!

La comunicación se cortó, dejando paso a la estática y luego al silencio.

Don se puso en pie con dificultad y los crujidos se transformaron en explosiones de dinamita que lo hicieron gritar. Se quedó unos instantes escuchando el ruido del bosque, por si oía a Hank en el dolmen o a otros hombres en algún punto de aquella niebla omnipresente. La noche se cernía sobre él; el cielo pálido ya había virado al rojo.

Un gemido o una risa estridente emergió del dolmen y Don, con la velocidad pegajosa de quien está en plena pesadilla, se volvió hacia la rendija negra de la entrada.

—¿Hank?

Estaba corriendo, atravesando los arbustos y chocando con los árboles, rebotando entre ellos en medio de una carga hacia delante, indiferente a las heridas, preocupado únicamente de continuar alejándose en línea recta. Su respiración estalló en jadeos de agotamiento y no era capaz de recordar qué le había hecho reaccionar de aquella manera, salvo que su temor se había transformado en un terror irracional, el terror de un animal perseguido por un ciclón de fuego. Estaba lejos del dolmen, y aquello era bueno, muy bueno, y cada zancada lo adentraba un poco más en el bosque inhóspito, cosa que no era tan buena, pero sí mejor que la alternativa, mejor que ser atrapado. No podía dejar que lo atrapasen. Que no lo atrapasen.

*¡Corre, cariño; que vienen!*, decía Michelle flotando por encima de su hombro.

Una rama le arañó la mejilla y le arrebató las gafas. Continuó corriendo, al poco la oscuridad lo hizo trastabillar y cayó al suelo retorciéndose, los nudillos en la boca, jadeando y dando arcadas.

Más tarde se arrastró bajo las ramas de un gran abeto y descansó con la cara contra un lecho de pinaza. No tenía ni idea de dónde estaba su mochila, llevaba la ropa hecha jirones, había perdido el teléfono y la rodilla se le había hinchado como un cantaloup. A medida que fue calmándose y disminuyó la adrenalina, el dolor vino a ocupar aquel espacio; un dolor que bastó para que se arrancara tiras de tela del pantalón e improvisase una mordaza. A pesar del vacío que daba vueltas en su cabeza en relación a lo que había sucedido durante los últimos minutos junto al dolmen, se le antojaba de vital importancia que se mezclase con el entorno, que se convirtiese en una criatura más del bosque. Se metió la tela en la boca, mordió con fuerza, farfulló incoherencias involuntariamente mientras las hojas susurraban y el agua goteaba y un búho ululaba suavemente por encima de él.

Espantó a los mosquitos hambrientos y trató de concentrarse. La oscuridad era tan completa que no veía lo que tenía a dos palmos de las narices. Poco a poco, los fragmentos comenzaron a unirse como piezas de un puzzle y se recordó escudriñando la negrura del interior del dolmen como ahora escudriñaba la nada del bosque nocturno. Recordó un gemido grave y ronco que salía de la tumba. Había percibido

un movimiento brusco, una sombra entre las sombras, que se acercaba y retrocedía simultáneamente a toda velocidad. Una silueta pálida y húmeda; alta, aunque encorvada, todo ángulos y fluidos en movimiento. Una aparición sin rostro, la cabeza oculta entre las sombras.

Las proporciones no se correspondían con las de Hank. Si no era Hank, ¿quién era? Todo se distorsionó, se desvaneció, y el resto era una laguna completa; repasaba una y otra vez la secuencia de su huida y su caída.

De algún modo, todo aquello le resultaba familiar. El terror abyecto, el dolmen imposible, un compañero perdido, la sensación de fragilidad y abandono en plena boca del lobo. Estaba reviviendo una pesadilla que se burlaba de él con su opacidad.

*Ya has estado antes aquí. Aquí, o muy cerca. Ya has visto a esta... persona. Ah, una persona, ¿seguro? No necesitaba que su musa Michelle lo humillase. La sombría Michelle le puso un dedo sobre los labios y negó con la cabeza, luego se evaporó.*

Un zorro gañó. La bruma inundó su refugio de ramas y penetró en sus fosas nasales y en su boca; Don se agitó, víctima de violentos espasmos. Hubo un instante aterrador en el cual se despertó de una cabezada entre las hojas crujientes y algo pesado se abalanzó sobre él: un animal de pelaje húmedo y espeso, el aliento rancio y cálido; Don dio un alarido. Thule gimió y enterró el hocico aprisionado en el bozal bajo la axila de su amo.

—Ay, perrito —dijo mientras abrazaba a su mascota temblorosa y se agazapaban temerosos en la oscuridad primitiva. Una brisa irrumpió rechinando y gimiendo bosque a través. Don se imaginó una multitud de puertas abiertas en los troncos de los cedros y los abetos.

Cada vez más y más oscuro.

# CAPÍTULO OCHO

*El hallazgo en Mystery Mountain*

(1980)

## 1

**E**l lunes por la mañana, después de deshacer el camino desde el funeral conmemorativo de Louis Plimpton, Don entró en las oficinas de AstraCorp en Olympia, donde encontró al personal desbordado de trabajo. El supervisor y controlador de cuentas de la compañía, Wayne Kykendahl, estaba que echaba chispas como un puñetero Vesubio furioso; sus mandíbulas rubicundas temblaban airadamente. Algo andaba mal. Nadie se atrevía a preguntarle y Don estaba demasiado cansado como para que le importase.

Discurrió a lo largo de la jornada envuelto en una especie de estupor, esforzándose en olvidar el fin de semana estrambótico y horrendo en la hacienda de los Wolverton, el chocante interrogatorio de aquel par de individuos estafalarios que decían ser agentes federales, la conversación también desquiciante con el chico de los Rourke, la monstruosa exposición del museo...

Luego, momentos antes de que lograrse escabullirse hasta su casa, le llegó por correo un paquete plano sin remitente. Al principio dio por hecho que contendría algunos documentos que había pedido para sus proyectos en marcha y no se preocupó de abrirlo hasta después de cenar. Michelle estaba encerrada en su estudio, abriéndose paso entre la condenada historia familiar que trataba de ensamblar, así que se instaló en el salón y se puso a hojear la caja llena de papelajos que había cargado desde la oficina.

Lo que descubrió dentro del paquete anónimo le resultó incomprensible en un primer momento, pero tras una segunda lectura se le pusieron los pelos de punta y recordó el terror que había experimentado al contemplar la piel de cromañón expuesta en la vitrina.

Se sirvió un vaso de *bourbon*. Y un segundo. Durmió entre espasmos, sus sueños fueron macabros e incoherentes.

Al día siguiente, en la oficina, Don se derrumbó tras su escritorio. Con la cabeza entre las manos, se prometió no volver a tomar una gota de alcohol aunque viviese cien años; mientras tanto, tuvo que sufrir las estridencias esporádicas de sus compañeros, que entraban y salían alegremente de aquella caja de cerillas que tenía por despacho.

Hacia las once le pidió a Ronnie «Osito» Houghton, de Investigación y

Desarrollo, que lo acompañase a través de los muchos bloques delineados por árboles hasta el Hotel Flintlock. La planta baja del hotel constituía un anexo comercial nada despreciable, contaba con peluquería, abrillantador de zapatos, un estanco, un quiosco de prensa internacional llamado The Carrier, y el Happy Tiger Lounge, hogar de los martinis a diez pavos: una guarida secreta para legisladores y atildados lobistas que los perseguían en hordas. El Happy Tiger era el puesto de acecho preferido de Ronnie a la hora del almuerzo: se afanaba en conseguir un reservado con oportunas vistas a las camarillas de secretarías, paralegales e internas encaramadas en los taburetes de cuero a todo lo largo de la barra de brillante granito. A Don le dolía demasiado la cabeza como para apreciar la cabalgata de tacones de aguja, las minifaldas y la ropa interior. Una nube de laca y perfume le hacía llorar los ojos. Estornudó en su pañuelo. Michelle había dejado de ponerse colonia en virtud de una tierna y rara inclinación hacia la misericordia.

Nada de martinis para Don. El barman de turno, un corpulento sacamantecas llamado Vern, le echó un vistazo a su rostro sudoroso y pálido, metió unos tomates, lima y hielo en la batidora y le dio la bebida a la camarera para que se la llevase a su mesa con un platillo de galletas saladas cortesía de la casa. Ronnie dejó caer hacia atrás su cabeza greñuda y se rio de buena gana del sufrimiento de Don; pidió una cerveza de importación y una ensalada César (no sabía ni por qué se esforzaba en comer aquello: los chicos lo apodaban «Osito» a causa de su torso de coloso en forma de pera, el vello negro y fuerte que le crecía por todas partes, y por el hecho de acumular tanta grasa como para poder hibernar si le venía en gana) y se embarcó en un monólogo relacionado con el último aparato de detección remota, un prototipo diseñado por una empresa noruega cuyas posibilidades lo hacían salivar. Don asentía y sonreía sin mojarse mientras pensaba en los hombres del gobierno, aquellos agentes encubiertos que lo habían retenido en la conmemoración.

¿De qué iba toda aquella locura de los últimos días? ¿Montoya (¿y por qué le resultaba tan familiar aquel nombre?), Cooye, Bronson Ford y Louis? Pobre Louis. He aquí el final de la historia, una conclusión coronaria, aunque como dijo un sabio hace años: en última instancia, todas las muertes las causa un paro cardíaco. Le dio un trago a su antídoto para la resaca e intentó no preocuparse de adónde iba o en qué sentido estaba implicada Michelle en todo aquello. El abuelo, aquel pajarraco taimado, la había querido muchísimo. Don se detuvo en ese punto a especular si no sería el espía jubilado la única parte que se llevaba bien con ella.

¿Y si Flik y Flak tenían razón? *Todo el mundo sabe que Sinatra trabajaba para la CIA entre espectáculo y espectáculo. Michelle viaja a multitud de lugares peligrosos con su pequeño pasaporte especial. Es la tapadera perfecta para un agente.* Maldijo a aquellos tipos por meterle aquella clase de sospechas estúpidas en la cabeza.

En los postres, le pasó un sobre lleno de placas con vistas aéreas a Ronnie y contempló al hombre barbudo con interés velado mientras este se sacaba las gafas del bolsillo de la camisa. Nueve de aquellas láminas formaban una secuencia de la casa

de Plimpton, tomadas vía satélite, o eso dio por sentado Don, pero no tenían fechas y eso era raro, pero que muy raro. Las fotos iban acercando el *zoom* de diez en diez por ciento, y la imagen final reducía el tejado de la vivienda a una transparencia de rayos X, capturando a Plimpton en su cama, una pistola en la sien y el rostro contraído como si estuviese chillando.

Diez de las doce fotos seguían a un coche en una autopista enrevesada de la costa. La última era un *zoom* en picado, de nuevo una toma de rayos X que disolvía la carrocería y presentaba a un hombre mirando fijamente a la cámara, que debía de estar a pocos centímetros de su boca abierta. Ronnie las repasó una y otra vez sin llegar a conclusión alguna, como era de esperar. Apretó las mandíbulas y cerró los ojos confuso.

—¿Qué te parecen? —inquirió Don. Ronnie había servido en la Marina como especialista en comunicaciones; parecía que valía la pena preguntarle.

—¿Quieres saber mi opinión? Vamos a ver... Dios mío. ¿Un satélite militar? ¡Pero si un cacharro así no lo tiene ni la NASA!

—No sé qué otra cosa puede ser.

Sí, Don era un experto en el campo del registro de imágenes con alta tecnología, aunque su habilidad tenía que ver con aplicaciones más clandestinas o esotéricas.

—Pero este material... Caray, está claro que es papel sintético... —Ronnie dobló una lámina entre sus manos—. Esto se puede doblar y meter en un tubo, ¿verdad? Dios mío.

Don estaba tan fascinado como su compañero. Desde luego, jamás se había topado con una impresión fotográfica así, que se doblase y deformase como si se tratara de un pergamino de la Era Nuclear.

—Ya te digo, ya te digo. Alguien nos vigila desde el cielo con el poder de hacer una foto de nuestro carnet de conducir a treinta kilómetros de altura. Infrarrojos, ultravioleta, electromagnetismo, rayos X, etcétera. Estas fotografías podrían haber sido tomadas desde un satélite espacial espía, imagino.

—A no ser que sea un montaje. Quiero decir... tiene que ser un montaje.

—Ojalá.

Si aquellas placas eran falsificaciones, Don no había sido capaz de desmontar el artificio ni analizándolas ni valiéndose de su equipo. Había llegado a la conclusión de que lo que representaban era horriblemente auténtico.

—Dios. ¿Conoces a estos tíos? —Ronnie echó una mirada a las fotos de Louis y Cooye en el instante de sus últimos estertores—. De todas formas, ¿de dónde las has sacado?

—Me han dicho que no puedo contárselo a nadie o que me atenga a las consecuencias.

—¿Cómo?

—Nada. Mira: este fin de semana un par de agentes me acorralaron. Espionaje de manual. Yo diría que estas láminas son una advertencia. No soy capaz de pillar en

qué sentido...

—Guárdate las espaldas. Suena a timo. ¿Se identificaron? Si no viste ninguna identificación, entonces quién sabe: lo mismo son un par de sinvergüenzas en plena estafa.

—Hazme un favor. ¿Sigues teniendo relación con aquel tío de Whidbey Island?

—¿Ferrari? Pues sí.

—A lo mejor puedes pedirle que me analice esto.

—Le pegaré un telefonazo... pero me apuesto lo que quieras a que le apetecerá echarle un vistazo a esta puta locura —y guardó todo meticulosamente en el sobre y lo sostuvo entre sus gigantescas manos con cierta reverencia.

Terminaron de comer y volvieron a la oficina, prometiendo mantenerse en contacto a lo largo de los próximos días antes de separarse para continuar con sus quehaceres.

El castigo descendió sobre la cabeza de Don cuando estaba a punto de finalizar su jornada; Wayne apareció en su puerta con una expresión de calculada cortesía y le informó de que al día siguiente tenía que volar hacia la península junto con un equipo improvisado que integrarían un abogado, un médico y un arquitecto. Algo concerniente a una dificultad a la hora de mapear los depósitos minerales de la región montañosa.

Se le había encomendado a AstraCorp la tarea de registrar datos de actividad sísmica, tomar muestras de agua y de minerales, lo habitual. El terreno era accidentado y el equipo una auténtica pandilla de quejicosos, pero dos o tres días serían suficientes para dejarlo solucionado... una semana como máximo, ja, ja. Lamentaba darle la noticia a última hora, pero ya sabía cómo surgían aquella clase de asuntos, ¿verdad, eh? Por cierto, ¿no se había sacado Don algún título en psicología en tiempos de los dinosaurios? Don le explicó que había asistido a un curso sobre anomalías psicológicas relativas al estrés inherente en operaciones de larga duración en el subsuelo y en selvas remotas. Y mientras su jefe asumía esta información, añadió:

—Todo esto es bastante misterioso, ¿no, Wayne?

Wayne puso los ojos en blanco y le espetó que los asesores no hacían más que dar por culo: límitate a hacer tu trabajo y calla la puta boca, haz el favor.

Don no se molestó en replicar, se encogió de hombros, recogió sus papeles y salió una hora antes para llegar a casa y preparar el equipaje. Trató de repasar la conversación con los agentes en Spokane; habían demostrado estar interesados de cojones en la operación Slang, y allí estaba él, pocos días más tarde, disponiéndose a visitar el terreno. La coincidencia le resultaba inquietante.

Acechó la casa de campo, la misma que no podía evitar considerar la casa de Michelle, mientras se aflojaba la corbata con frustración creciente; espió al joven estudiante Kurt, de vuelta de la facultad, tumbado en el sofá con los auriculares enchufados a un radiocasete y leyendo un número de la revista *Heavy Metal* con el

dibujo de una princesa maravillosamente dotada en portada. Bolsas de patatas fritas y latas de refresco vacías emporcaban la zona que lo rodeaba, migas y charcos salpicaban la mesilla. Don supuso que su hijo se había saltado directamente la universidad aquel día y se había montado en el coche de alguno de los degenerados de sus amigos de clase alta, de los que parecía tener hordas. No se entretuvo en echarle la bronca; se mordió la lengua y subió las escaleras para desvestirse, ducharse y tragarse una aspirina.

Ya en calcetines y calzoncillos se sentó en la cama deshecha, siguiendo con apatía el declive de la pesada luz roja a través de la ventana redonda, cómo transfiguraba los nudos de la madera que revestía las paredes en ojos helados, las imperfecciones del yeso en bocas aullando, pómulos hundidos y dientes. Paseó la mirada hasta el retrato enmarcado de una mujer sonriente con gafas de aviadora. Mamá en la época en que parecía una estrella de cine mudo de la Metro Goldwyn Mayer. Una fotografía antigua, porque la versión muchachil de su padre se apostaba en el margen: una sonrisa indefinida y una mano medio levantada, sin camiseta, como una estatua de Hércules hecha carne. Un Adonis criminal con ojos de esfinge, a sueldo de los Rangers del Ejército de los Estados Unidos a pesar de su proclividad natural a las ciencias. En aquellos días, papá estaba más interesado en conocer gente nueva y fascinante para asesinarla. Pues de coña, amiguitos. ¿Hay que pegarle un tiro a alguien, gobernador? Don contempló a un desconocido con el rostro de alguien familiar. ¿Por qué no me lo contaste, papá? ¿Por qué tuviste que volverte loco y hacerte tirotear a lo bestia? Y tú, abuelo, viejo carcamal hijo de puta, ¿qué tal tus trapos sucios? Nanking, ¿qué coño hacías tú en Nanking?

Holly llamó cuando Don estaba cabizbajo frente al espejo, repasando sombríamente sus estrías y canas en el pecho. Tuvo que correr hasta el teléfono del vestíbulo. Después de que la operadora estableciese la conexión y se asegurase de que él se hacía cargo del pago, Holly dijo:

—¿Está mamá?

Se trataba de una comunicación malísima. De fondo se oía una estridente música a bocajarro. Su preciosa Holly no estaba demasiado lejos de un *pub* y del consiguiente hatajo de chusma, cantautores folk y activistas de boina.

—¿Qué hay, cariño? ¿Qué tal te trata Francia?

—Sí, ey, Don. Es Glasgow... ¿No os llegó mi postal? ¿Está mamá?

Tenía un acento decididamente cosmopolita; sonaba exactamente como la mujer que daba las noticias internacionales en el telediario de la BBC.

—Está trabajando, como seguro que ya sabrás, cariño.

—Ah. He llamado antes a la universidad.

Sin duda habría llamado un montón de veces: Holly interrumpía a su madre unas tres veces por semana para contarle lo que le iba pasando o para pedirle dinero. Era algo connatural a su patología.

—Ah, no sé, entonces. ¿Todo bien?



—¿Qué? —su volumen de voz compitió con la bulliciosa música. Metal de las Tierras Altas.

—¿Tienes algún problema?

—¡No! ¡Todo fantástico! ¡Dile a mamá que esta noche intento llamar de nuevo!

—Te quiero.

La comunicación ya se había cortado. Don lanzó el aparato contra la pared; estalló en mil satisfactorios pedazos que en un mundo mejor bien podrían haber sido trozos del cráneo del gran Wayne. Se puso una camisa. Echó los restos del teléfono en el cubo de la basura y barruntó con indiferencia la mejor manera de ocultar aquella salida de tono a su sagaz esposa. Descartó la idea de inmediato. Ella lo sabía todo.

Michelle irrumpió en el pasillo, cabreada también con el mundo. Algo a propósito de la mujer que trabaja en un campo dominado por hombres y de que a la academia en general y a la antropología en particular les vendría bien hacerse una lavativa. Había estado de un humor de perros desde que regresaron del viaje a Spokane. Fue directa al armario de las bebidas, se preparó algo y se instaló enfurruñada en la mesa de la cocina. Don le dio un cachetito en la mejilla mientras se disponía a hacerse un bocadillo y mencionó como de pasada que estaría fuera de la ciudad durante la mayor parte de la semana. Ella se encogió de hombros y se fumó un cigarrillo, dejando caer la ceniza en su vaso vacío. Sólo se enderezó cuando Don comentó que Holly había llamado, y de inmediato quiso saber si había cogido el número. A él no se le había ocurrido, como de costumbre, y la mirada colérica que le dirigió sí que fue espantosa de contemplar.

Don huyó de la cocina. Se refugió en la butaca, frente a Kurt, que lo miró con la suspicacia de una urraca. Le hizo un gesto al chico para que cortase la melodía que salía de sus auriculares a unos decibelios que se le antojaban letales para el cerebro y le preguntó:

—¿Qué te parece el chico de los vecinos... Bronson Ford? ¿Te cae bien?

Kurt frunció el ceño, una expresión que tenía el infausto efecto de estrujar sus rasgos hasta hacerle parecer un roedor albino antropomorfo.

—¿BF? Yo no voy con chavalines, papá.

—¿No? Vive aquí al lado...

—Mmm, debe tener ¿cuántos?, unos doce años —hizo un visaje con los ojos.

—Se me ha ocurrido que a lo mejor os veáis de vez en cuando.

A Don le fastidiaba preguntarle si el chico de los Rourke tenía acceso a sustancias ilegales (lo que era obvio) y si aquel pequeño refugiado se estaba sacando un sobresueldo de camello principiante. *A ver, hijito, ¿el chavalín etíope que vive al final de la calle te pasa hierba? Oh, ¿y no habrás visto por casualidad a un par de capullos acechando entre los matorrales? Unos con pinta de narcos.*

¿Qué es lo que habían dicho los matones de trajes baratos en la conmemoración? No era capaz de recuperarlo, la conversación era un balbuceo cargado de estática. Pensar en ellos le dio un poco de miedo. Pero también le asustaba pensar en el tal

Bronson Ford. De hecho, pensar en el chaval hacía que le temblasen las manos. Cruzó los brazos para que un desavisado Kurt no se apercibiera y renovó su juramento de atajar lo de la bebida sin dilación.

—Pon los pies en el suelo —Kurt volvió a ponerse los auriculares. Después de pensárselo un momento, alzó un brazo y añadió—: Dios mío, papá. Mamá y tú estáis muy raros.

Hablando de rarezas, aquella noche mientras yacían en la cama tras un polvo tremebundo ella se encendió un cigarrillo y lo contempló mientras recogía su oso de peluche aplastado, con una pata todavía enganchada a los pies de la cama, donde lo había lanzado Don.

—¿Dónde dices que vas?

—A ninguna parte. Un sitio de las Olímpicas.

—Pues eso parece alguna parte.

—El campamento Slango. Un viejo emplazamiento en las montañas. Astra C. está llevando a cabo unas pruebas. Wayne me ha pedido que vaya a echarle un ojo al equipo. No te suena, ¿no?

Ella lo examinó con las pupilas dilatadas y negras como siempre después del sexo, cuando estaba furiosa o cuando le hacía vudú.

—Me suena Slango.

—Vaya. Wayne me envía.

—Estoy cansada de que Wayne te mangonee.

—Porque eso interfiere con tus propios mangoneos.

Una vela negra que ella había sacado del cajón de la cómoda iluminaba el dormitorio. A él su cara le recordaba la furia que había advertido en ella en la mansión Wolverton aquella noche, salvo que era menos vulnerable. Su melena enmarañada y el brillo cruel de sus labios, la tirantez marmórea de su cuello y de sus hombros desnudos eran los de una diosa pagana tallada en uno de los tocones que ella se afanaba en coleccionar. Una bebedora de sangre, asesina de hombres, recolectora de cráneos y fecunda como la negra tierra del antiguo bosque. Era una druida brutal tratando de decidir si se lo follaba o le sacaba el corazón con el cuchillo curvo de obsidiana que guardaba bajo la almohada. Aquello le asustaba, pero también le procuró una nueva erección.

Ella dijo:

—Me pregunto si sabría que me iba a Rusia esta semana.

—No lo sabía. Y si lo sabía, le daba igual. Wayne padece una afección cada vez más extendida entre el personal de gerencia: inversión recto-craneal.

Michelle aplastó el cigarrillo en un cenicero de hueso que mantenía en equilibrio sobre un cojín. Se deslizó a cuatro patas por la cama y se sentó a horcajadas sobre él de modo que quedó apresado contra la pila de almohadas. En el momento en que su polla la penetraba, se le pusieron los ojos en blanco, lo estrujó entre sus piernas y se inclinó para besarle suavemente. Le dijo en la boca:

—Deja el trabajo.

Él la agarró de la cintura y ella le arrancó las manos, le cogió por las muñecas y lo apuntaló en el colchón.

—¿Dejar el trabajo? No puedo —hablaba con cierta dificultad.

Ella se mordió el labio y movió las caderas.

—Hay una aldea en lo más profundo de la taiga, en las montañas. La población no es inuit. Boris Kalamov entró en contacto con ellos hace nueve meses, aunque tengo la corazonada de que miente en ese punto. Es un cabrón ladino; puede que los encontrase hace años. Según él, esa gente no ha visto forasteros más que tres veces a lo largo de la última década... cazadores que no tenían ni idea de que se cruzaban con un puñetero milagro de la antropología moderna. Kalamov es el único científico del planeta que conoce su existencia. Me lo contó, y punto. Lou era su confidente, y ahora que Lou ya no está... Voy a participar en un ritual con los nativos. A lo mejor. Depende de si Kalamov es capaz de llevarse a las matriarcas a su terreno.

—Kalamov... Pensaba que estaba arruinado. La debacle...

—Mala hierba nunca muere. No hay nada que hacer. Se levanta y vuelve a empezar. Una vez los nativos lo torturaron. Vivió para contarlo.

—Bonita, mi libido se va a ir a tomar por saco —forcejeó un poco; no logró zafarse de aquel firme abrazo. La edad estaba absorbiéndole la vida mientras que ella se volvía más fuerte.

—Mi libido está perfecta —le lamió una oreja y se restregó contra él. El techo que veía por encima de su hombro se desenfocó levemente—. Don, se te está poniendo el pelo blanco. Un mechón entero justo aquí en el medio. ¿Cuándo ha sido? Es taaan sexy.

De lo que estaba seguro era de que no tenía ni idea. Ni un vislumbre de Bronson Ford cerniéndose sobre él con la altura de un jugador de básquet y el rostro de tiburón pudo dar al traste con aquel momento.

Al terminar, parecía que habían usado sus genitales para jugar a fútbol. Resollando dijo:

—¿Qué clase de ritual? Mejor que no sea de fertilidad o me voy a poner celoso.

—No me han prometido que no lo sea. Es un rito. Salvando las distancias.

—¿Un rito?

—No vayas a Slango.

Él carraspeó y tarareó «Baby Please Don't Go».

Después de que Michelle se abandonase al sueño, Don se levantó y fue al baño a orinar. Una luz parpadeó en el camino de entrada que llevaba al patio. Entrecerró los ojos, tratando de discernir algún contorno en el paisaje negrísimo. La luz se encendió de nuevo: la punta de una linterna diminuta dentro de un coche aparcado allí delante. Don se quedó bloqueado, sin saber qué hacer. Instantes después, el vehículo comenzó a alejarse sin encender los faros, deshizo el camino hasta llegar a la carretera y se esfumó.

Al día siguiente, Michelle partió hacia Siberia. Después de eso, todo cambió.

## 2

**D**on pisó la pista de aterrizaje de Olympia cuando la noche ya se retiraba a sus cavernas. Experimentó algunos instantes de desorientación en el brumoso intervalo que medió entre apagar la alarma del despertador sobre la mesilla de noche y subir las escaleras metálicas de un avión.

Desde lo alto de la plataforma volvió la cabeza para observar el aparcamiento de suelo de grava que se combaba frente a la torre de control y la hilera de hangares beis, ya decolorados en un tono gris azulado, a la luz filtrada del amanecer. Intentó distinguir su coche entre el contorno de bultos que formaban los vehículos y no fue capaz... ¡Un momento! Era Ronnie quien lo había llevado al aeropuerto; Don recordó repentinamente el programa de radio matutino que retransmitían en directo desde Seattle, el ambientador mugriento y reseco bamboleándose colgado del espejo retrovisor, un termo de café y algo de alcohol en la consola que separaba los asientos; una avalancha de lodo, el resplandor de unas luces rojas, y de nuevo se sumió en la confusión. Unas manos enguantadas de blanco flotaron en medio de la oscuridad de la cabina y lo escoltaron cortésmente hacia el interior del avión, disolviendo por completo sus inconexos recelos sin fundamento.

El aparato era un modelo de cuatro motores fabricado en los cincuenta, a juzgar por su apariencia, equipado con un bar y una joven camarera llamada Lisa, cuyos rasgos (presumiblemente hermosos) quedaban aplastados tras capas y capas de maquillaje y mascarillas. El pasaje lo completaban tres personas más.

Don reconoció a cada uno de ellos por la lista que la secretaria de Wayne le había imprimido para que se situase; por su parte, ellos habrían sido informados en cuanto a su papel de enlace enviado por el cuartel general con el objetivo de meter presión y enderezar el rumbo del barco: un abogado jocosos entrado en años llamado Geoffrey Pike; el doctor Justin Rush, un caballero urbanita con el pelo engominado y una sonrisa a lo Clark Kent; y el peso pesado de Oklahoma, el arqueólogo Robert Ring, un hombre delgado y atlético que aseguraba que uno de sus antepasados fue un famoso noble chino exiliado de su patria. Tal vez cinco años más joven que Don, vestía como un modelo de un catálogo de *Field & Stream*: telas a cuadros y pana; el

moreno de su piel no parecía provenir de un balneario de relajación; no había duda de que era el resultado de esquiar, montar en bicicleta o de la herencia real; su apretón de manos era intimidatorio.

Lisa repartió cafés y pastitas y el cuarteto charló mientras la tripulación llevaba a cabo las comprobaciones de última hora. Cada uno de ellos se dirigía a Slango con un objetivo individual. Pike debía solventar las interferencias con los responsables de la Oficina de Administración y Gestión del Territorio. A Rush lo enviaban para ocuparse de varias curas sin importancia entre varios miembros del equipo. Dos investigadores habían enfermado a causa de infecciones bacterianas y otro se había torcido un tobillo al pasar por encima de un sumidero; todo dentro de lo rutinario, tal vez mejor aún que la rutina: aquellas operaciones en lugares remotos solían motivarlas frecuentes y graves accidentes. A Ring le habían encargado que examinase diversas estructuras en previsión de posibles peligros y demás.

¿Estructuras? Don se irguió. No había mención alguna a monumentos históricos en los informes previos, aunque aquel no era su terreno. Le preguntó si aquellos edificios eran restos del campamento maderero que, si bien menos infame que la colonia perdida de Roanoke, se había desvanecido en las brumas de la historia.

Flik y Flak se habían referido críticamente al estado del campamento como a un misterio oficial y Don no había hecho demasiadas pesquisas por su cuenta: doscientos hombres, mujeres y animales varios habían desaparecido de la faz de la tierra a finales del otoño de 1923. Hasta el instrumental, incluidos los vagones de un tren y las casetas, se habían esfumado. A diferencia de otras desapariciones en masa como la de Roanoke o diversos acontecimientos bélicos, la situación de Slango desafiaba explicaciones tales como el ataque de nativos furiosos, de fuerzas enemigas o la subida de la marea. También desafiaba las explicaciones complicadas. Don no le había prestado mucha atención al asunto antes de aquel fin de semana, tras los inquietantes comentarios de los supuestos agentes de la NSA. Una persona no podía hacer gran cosa al enterarse, más que asentir sabiamente y citar a Hamlet. Justo entonces, mientras escuchaba los enormes motores reverberando para despegar, a una o dos horas escasas de visitar el legendario enclave, su ya de por sí vivida imaginación comenzó a revolverse, ansiosa por flexionar sus músculos.

Ring no era generoso con los detalles. Sonrió enigmáticamente y cambió de tema de un modo que demostraba descuido e insolencia a partes iguales. Fanfarroneó de sus partidos de tenis en tierra batida durante los veraneos en el sur de Italia, de una novia ex supermodelo y un cinturón marrón en *jiu-jitsu*, así como del desdén que profesaba a los ingenieros y geólogos por su insatisfactoria competencia social, excluyendo a los presentes, claro estaba. Don decidió odiarlo un poquito, como mínimo.

Una vez despegaron, aquello estaba a un tiro de piedra de un aeropuerto en las afueras de Portland, donde cogieron algunos pertrechos, y después prosiguieron cuarenta minutos de vuelta a Washington y la península Olímpica. Don lo pasó mal

tras el primer envite y el gradual ascenso para alcanzar altura. Cerró los ojos durante unos instantes mientras la gravedad lo clavaba al respaldo y cuando los abrió las ventanas de la cabina estaban oscureciendo. La mancha avanzaba como un jarabe que se extendiera a toda prisa, un borbotón de sangre escapándose de una esclusa. Mientras su propia ventanilla iba oscureciéndose, percibió un tintineo de hielo seco, la punta de un cuchillo rascando hueso, piedras resquebrajándose a causa de un calor extremo. El movimiento se reflejó en el espejo de ónice: el compartimento para maletas del otro lado del pasillo se abrió silenciosamente; dentro relució una membrana, un plexo coroideo cuyo volumen anidaba en la oscuridad más profunda.

Las luces del techo parpadearon rápidamente. Unas serpentinas de oscuridad absoluta daban vueltas por la cabina, seguidas del resplandor de las luces rojas de emergencia. Todas las bombillas se apagaron a una, reventando con la violencia de una traca, huesos secos bajo las ruedas de un tanque. El viento aulló a través del fuselaje y el avión tembló, se ladeó ligeramente a causa de las brutales turbulencias. Alguien soltó un taco y algo metálico chocó con un estruendo en la cocina, las sartenes cayeron estrepitosamente contra la cubierta. Don hincó los dedos en los reposabrazos, el asiento vibraba como si fuese a salirse del anclaje.

Dart le susurró desde el asiento de al lado: *Nanking, Don. Un tren con un pasaje de ciento cincuenta almas —soldados, comerciantes y campesinos, madres y niños, pollos y cabras— desaparecido. No digo descarrilado o secuestrado. Desaparecido, como una pompa de jabón que revienta y se esfuma. ¿Crees que los engulló una grieta en el suelo? ¿Crees que se los llevaron los marcianos?*

Una vez, de niño, Don le preguntó a Luther si creía en extraterrestres, a raíz de todos aquellos proyectos gubernamentales secretos de los que hablaban los documentales y los libros de ensayo. El viejo lo observó con ojos impertérritos y fríos de serpiente. Pareció dispuesto a comerse a su nieto, tal fue el modo en que se abalanzó y abrió la boca. Entonces soltó una risotada tremebunda y flemática hasta que los ojos comenzaron a chispearle y la nariz se le puso violácea. *Pedazo de idiota, carne de mi carne, ay, granuja precoz. La bola dice que vuelvas a preguntar más tarde.*

El avión hizo un viraje repentino; a Don se le salía el corazón por la boca, casi le pareció que sus manos perdían solidez, que se disolvía en la sofocante negrura...

*... hacía tanto frío en el tren que el aliento se transformaba en vapor a pesar de la asfixiante masa humana que se agolpaba de una punta a otra. Había un chaval pequeñito, diminuto; se llamaba Xin o Hin, y su madre lo apretaba contra su pecho mientras las ventanas desaparecían, cubiertas de alquitrán, y las lámparas se apagaban y aquel veloz tubo colosal se convertía en una lata llena de rugidos metálicos, gemidos amortiguados, hedor rancio a cuerpos mal lavados, animales de tiro, de terror. El brazo de la madre cayó y el niño flotó por encima de su asiento a medida que el tren comenzaba a girar sobre sí mismo...*

Don gimió y se llevó una mano a la boca, se mordió la palma y se serenó.

... la cápsula giró sobre sí misma y la Tierra se salió del quicio de la noche infinita y la botella de agua de alguien flotó hacia el morro del aparato, el cinturón de otro, un intestino grueso que se antojaba una cuerda de alabastro, un reloj de pulsera, el crucifijo y el rosario salieron disparados. El teniente vomitó en su casco; las ventanas se volvieron negras como cuencas vacías y una luz sangrienta se filtró desde algún lugar en las profundidades de un corazón mecánico de circuitos derretidos. Uno de los otros balbuceó por los auriculares y por debajo de aquella voz discordante un animal gruñó, los cables chisporroteaban, un descarrilamiento, una avalancha y quién estaba chillando, quién...

Claxton interrumpió desde detrás de su oreja derecha:

*No nos dolió mucho. Nos gustó. Tendrías que probarlo alguna vez. Deberías. Debes.* Don tuvo que sufrir una visión cristalina de Dart y Claxon, Flik y Flak, clavados en los asientos delanteros de un coche del gobierno. Los rostros irreconocibles por unos agujeros de los que manaba sangre. Gritaban y gorgoteaban burbujas de coágulos sin emitir sonido alguno. Bronson Ford metió la cabeza en el plano. Sonrió y saludó con una mano, entonces los agentes se bambolearon como muertos por ahogamiento.

El chico dijo: *Comen niños. Los Niños prefieren niños, ¡ja, ja! El cerebro, cuando aún está vivo, es lo que más les gusta. Ella los acompaña por fin. Tu esposa lo sabe todo, finalmente. Tal vez también lo sepas tú, antes del final.*

Don gruñó, se tapó la cara y se mordió la lengua. Aquella fantasmagoría tenía que deberse al agotamiento, al hábito alcohólico, o era la secuela de alguna conducta antigua: un mal viaje de maría o LSD, de joven no había seguido el estilo de vida de un monaguillo, precisamente. Las imágenes lo asaltaron con el ímpetu y la fuerza de la memoria bloqueada que, una vez libre, adopta la potencia de un maremoto o de una avalancha. La idea gélida, facetada como un diamante, de que aquello pudiera ser un recuerdo auténtico lo sumió en la desesperación.

Entonces el avión acabó de atravesar las nubes y la luz del sol resplandeció ante sus ojos. La voz del piloto surgió del intercomunicador para disculparse por el accidentado tramo y prometió un vuelo plácido durante el resto del trayecto. Don echó una ojeada a los demás, se fijó en su malestar: a Pike se le habían caído las gafas y Rush se bamboleaba de lado con pinta de enfermo; Ring observaba a la auxiliar despeinada mientras esta pronunciaba sus frases conciliadoras. No obstante, el terror momentáneo de todos se evaporó ante sus ojos en medio de risitas y suspiros de alivio.

Lisa abrió y cerró con diligencia el compartimento del equipaje. Le dedicó a Don una sonrisa profesional antes de agachar la cabeza para entrar en la cocina. Él tragó saliva y se secó la cara con la manga de la camisa. Los nubarrones de tormenta les perseguían a sus espaldas; nimbados de negro, asesinos, entreverados de estrías de fuego coruscante.

Aterrizaron sin ninguna incidencia. Por desgracia, el conductor que habían

contratado para recoger a los pasajeros y su equipaje no aparecía por ninguna parte y Ring increpó a voces a todos sus compañeros sin excepción sobre la incoherencia de embutirlos en un coche en lugar de en un camión de la compañía, pero nadie supo qué contestar porque nadie sabía verdaderamente de qué iba aquello, Don el que menos, que se sentía como un cordero de camino al matadero. Después de casi dos horas de espera en un taller mecánico consiguieron convencer a un conductor que no estaba de servicio para que los acercara a un restaurante. Don pidió una hamburguesa y un refresco; masticó con tesón mientras los demás conversaban en voz baja, salvo por las brascas risotadas sarcásticas de Ring.

El restaurante estaba ubicado a poca distancia de la autopista, en medio de un cúmulo de comercios desangelados entre los que se contaba una tienda de comestibles regentada por gente de la localidad y otra de vehículos de ocasión señalizada con un globo gigante, un cíclope que mostraba sus fauces a los transeúntes. Aquello formaba la totalidad de un pueblo descarnado, una de esas plagas esencialmente anónimas que habían devorado el país y que se extendían como un cáncer desde principios de la década anterior. Al este se alzaban montañas bajas, escarpadas y brumosas. El sol refulgía con todas sus fuerzas, reducido y blanco tras una película de acero que lo encapotaba. Don se dio cuenta de que había estado garabateando en la mesa de plástico, trazando líneas irregulares entre borrones y manchas con la punta húmeda de un dedo. Sacudió la cabeza, se concentró en los pedazos de hielo que se derretían en su refresco, intentó recordar cómo se había pinchado el dedo.

Finalmente apareció el conductor; una investigadora enviada desde el campamento base con un cuatro por cuatro embarrado. Elli Mills era una mujer desaseada, melena hasta el hombro y un rostro ancho y bronceado. Le faltaban algunos dientes, y Don se fijó en que tenía los nudillos hinchados y despellejados. Ring comenzó a sermonearla cuando se reunieron en el aparcamiento para cargar el vehículo. Elli se encogió de hombros e insinuó lacónicamente que estaba más guapo calladito, con lo que zanjó aquel rollo teatrero. Don quedó un tanto impresionado.

El grupo se puso en marcha cuando la luz empezaba a suavizarse en tonos violetas y naranjas. A pocos minutos al norte del pueblo, la conductora tomó una carretera estrecha que se internaba sinuosamente a través de densos bosques, colinas pedregosas y serpenteaba en dirección a las montañas. Avisó a todos de que tenían una hora por delante hasta llegar al campamento y de que el trayecto sería «accidentado de cojones». Unas sombras alargadas se cernían sobre la carretera repleta de baches y la emisora de *country* se ahogaba en medio de la estática a medida que entraban en la garganta de unos despeñaderos dentados que se alzaban cincuenta o sesenta metros por encima de los abetos y el río furioso que culebreaba entre sus raíces. Don iba sentado en la parte de atrás del cuatro por cuatro, incrustado entre Rush y Pike. La cabeza le rozaba el techo del coche con cada tumbo brutal y pensaba que se le iban a gelificar los riñones si Elli insistía en seguir conduciendo en



plan *rally*.

Se cernió sobre ellos una noche sin estrellas. Don perdió el sentido de la orientación y dejó de comprender la forma del terreno; se esforzó en seguir el sendero que iluminaban los faros hasta que le dolieron los ojos. Llegó a dormirse cuando dejaron el atajo y recorrieron una pista de tierra muy pedregosa que se extendía entre peñascos y árboles. El polvo tapaba las ventanillas, les llenaba las bocas de tierrecilla, se les metía en las narices, en los conductos lacrimales.

Elli cambió de marcha e hizo rugir el motor mientras subían a toda velocidad la cuesta, salpicando agua contra los árboles invisibles, el río y las rocas. Les explicó que aquello había sido una vía maderera y que uno o dos niveles más arriba una vía férrea descendía haciendo curvas desde las montañas hasta la planicie y la civilización. La línea Pickett-Maynar había prestado servicio históricamente a una serie de minerías y explotaciones madereras que cerraron tras la Segunda Guerra Mundial. La línea había sido abandonada casi por completo; en los rieles crecían las malas hierbas y quedaban bloqueados por aludes; las traviesas se pudrían; y los túneles excavados como arterias a través de la piedra caliza ahora eran cilindros que no servían más que para acumular guano, huesos de animalillos en descomposición y los falsos grafitis ocultistas de algún adolescente aburrido en plena acampada. La explicación oficial era que la localidad conservaba la carretera de Pickett por la estación meteorológica situada en la cima de Mystery Mountain, aunque también estaba prácticamente desatendida ocho meses al año, arrendada a los infrecuentes ermitaños o astrónomos que escapaban a la naturaleza. Era un territorio solitario.

El campamento Slango ocupaba una cuenca poco profunda circundada de aglomeraciones de esquisto y granito frente a Mystery Mountain, tomando como referencia el Mystery Mountain National Park. Media docena de tiendecitas se apretujaban cerca de un pabellón central, una bóveda color azul pólvora que fulguraba como una luciérnaga. Unas lámparas eléctricas en forma de esfera de plástico festoneaban el campamento, envolvían las tiendas hacinadas en un coral resplandeciente, mezclaban y contrarrestaban la aguda luz artificial que surgía de las puertas de las tiendas y a través de las mosquiteras, refractada por los capós de varios vehículos aparcados.

Don se desenmarañó del coche y respiró hondo aquel aire frío y seco mientras sus compañeros forcejeaban con el equipaje e intercambiaban saludos con varios investigadores que deambulaban por allí. Leroy Smelser, cabeza visible hasta aquel momento, emergió de en medio de aquella caótica confluencia de claroscuros surrealistas para estrecharle la mano y escoltarlo hasta la «oficina», que consistía en un nicho subdividido situado en el pabellón central.

Smelser resultó ser genial; un individuo frescachón, lleno de vitalidad, con una barba blanca recortada y una sonrisa sardónica; tenía la piel agrietada y curtida, y llevaba tierra incrustada debajo de las duras uñas. Don supo de inmediato que tenía enfrente a un currante. Los hombres como Smelser constituían la columna vertebral

del campo de operaciones, y cuando terminaba su contrato les daban el reloj taiwanés de rigor y una casita para la jubilación en Florida donde podían irse a sufrir su reumatismo con paz y tranquilidad. O morían en el ínterin. Aquel destino podría haber sido el que le estaba deparado de no ser por la afectuosa aunque incansable insistencia de Michelle en que se especializase en otros ámbitos, que se metiese en la administración y el diseño, que se diese el gusto de expresar sus capacidades artísticas latentes.

*¿A quién quieres engañar, Miller? Te da miedo la oscuridad. Te has ablandado. Por cierto... ¿qué es eso de doscientos leñadores desaparecidos en este punto exacto?* Repasó un fragmento de la pesadilla que había tenido en el avión —Flik y Flak chillaban mientras Bronson Ford se reía— y apretó las mandíbulas con determinación sombría.

Smelser le invitó a sentarse en una silla con un gesto, acercó una botella de Dewar's y echaron un trago mientras Don se iba haciendo con el cubículo: un pequeño escritorio de metal y un archivador de pie, un ordenador y cantidad de componentes electrónicos amontonados sin ton ni son, una pala plegable, montones de sogas y una mochila de excursionista con arnés colgada de la pared de lona. Smelser desapareció durante unos minutos y regresó con unas sobras del comedor; cerdo con judías y panecillos.

Después de que el recién llegado comiese, el anfitrión desplegó sobre la pared varios mapas geofísicos marcados con chinchetas de colores vivos. Los dos más grandes eran de finales de los setenta aproximadamente, tomados durante los vuelos de reconocimiento más recientes de la Oficina de Administración y Gestión del Territorio. Otros tres más pequeños los habían elaborado Smelser y su hábil fotogrametista, Carl Ordbecker, que en ese momento se encontraba sobre el terreno. Estaba en El Sitio, como Smelser se encargó de subrayar con la jovialidad que le era característica.

—¿Qué clase de sitio? —Don maldijo para sus adentros a Wayne por haberlo metido en aquel lío.

—¿Eh? —las arrugas del otro se hicieron más profundas y se rascó la barbilla, calibrando manifiestamente las ramificaciones de aquella pregunta—. Daba por hecho que...

—Vamos a ver, ya sé que hay un sitio arqueológico. Lo que pasa es que no me han dado detalles. Generalmente, cuando me llaman es para asuntos personales.

—Asuntos personales. Entiendo.

—Normalmente no me reciben con pompa ni entusiasmo, señor Smelser.

—Ah, ya imagino. En las galeras romanas usted sería el caballero que blande el látigo. Lo cierto es que algún problemilla con las restricciones gubernamentales sí que tenemos por aquí, y también alguna complicación sin importancia con el personal. Por eso pedimos que nos trajeran a un picapleitos y a un matasanos. Pero ese no es el problema.

—Ajá —Don sonrió con temor y cruzó los brazos—. Cuénteme.

—Esta zona siempre ha sido rica en minerales y madera. Las grandes compañías talaban aquí en los años veinte. Por entonces hubo algunos... incidentes, supongo que los llamaría usted, y cerraron el tenderete durante una década más o menos. Las compañías mineras se trasladaron aquí, perforaron por aquí y por allá y venga. Las minas están cerradas; nada indica que pueda extraerse ningún beneficio de abrirlas nuevamente, y las posibilidades de obtener una cantidad estimable del yacimiento superficial —o como mínimo la cantidad necesaria para que el contador de una corporación se ponga en funcionamiento— son más que remotas. Estamos obligados a aguantar de ocho a diez días más para cumplir con nuestro contrato y listos. Salvo por la sección Y-22 —le dio la vuelta al monitor del ordenador e hizo aparecer un embrollo de mapas topográficos y fotografías. Las fotos eran imágenes de árboles, rocas de variadas formas, estructuras de edificaciones en ruinas (chozas o cabañas, probablemente), y una decoloración en forma de estría que se asemejaba a una costura torcida—. Y-22. Fue una aldeíta hace como tropecientos millones de años, tal vez abandonada en la misma década que el campamento Slango, hasta donde podemos determinar. No aparece documentado ningún nombre salvo la anotación de que B. Kalamov investigó en la zona en el año 1849, descubriendo un sistema de cavernas. No puedo garantizarle que el dato sea auténtico porque no he podido encontrar nada que corrobore que tal sistema exista.

—B. Kalamov. Vaya, qué coincidencia.

—¿A qué se refiere, caballero?

—Ah, nada. ¿Qué más, por favor?

—Lo cierto es que no hay nada documentado excepto una referencia en la biblioteca de archivos de Port Angeles, y ese documento proviene de un historiador vetusto considerado unánimemente un chalado. Un pasaje en un libro de historia local menciona varios pueblos fantasma, entre los que se cuenta este. Había una foto viejísima de una extraña aldeíta poblada de jóvenes vestidos con pieles y damas con sombreritos puritanos de pie alrededor de una torre de piedra como las que se pueden ver en los castillos de Inglaterra. Un grupo con una pinta muy grave, que debía ser la norma por aquella época, imagino.

—Un campamento minero.

—Tal vez. Pero la veta más cercana se encuentra a unos veinticinco kilómetros a ojo de buen cubero... y no hay carreteras ni trochas, nada que indique que los pobladores viajasen por allí. Cari cree que eran una comunidad de cazadores y tramperos, o algo por el estilo. A lo mejor era una comuna religiosa buscándose la vida en las colinas. Todo esto es muy interesante, pero lo verdaderamente peculiar es el sitio. Nada más que un montón de ruinas, pero fíjese en esta fosa —dibujó el cuadrante del mapa con la punta del dedo.

—Maldita sea. Debe de tener como noventa metros de profundidad...

—Y el punto más ancho es de veinte metros. Pues sí, es formidable. ¿Quiere otro

trago?

—No, gracias —aún no había tocado el vaso; el olor del *whisky* lo había transportado a su calamitoso pasado reciente—. Asombroso. Entonces, ¿cuál es el problema, exactamente?

Smelser se sirvió otros tres dedos de la negra bebida y bebió con una mueca.

—Se abrió hace seis días. Carl y Burton, nuestro piloto, sobrevolaban la zona en el helicóptero y se dieron cuenta unos cinco o seis minutos después de que sucediera.

Don miró fijamente el monitor y las lúgubres imágenes. Pómulos, la órbita izquierda, dientes, una cuña donde comenzaba la garganta. Levantó la vista hacia el otro y se encontró con unos ojos brillantes.

—Eso... tiene que ser un error.

—Sí. Eso pensé yo también. Nuestro equipo lo ha comprobado. Carl y Derek saben lo que hacen. La fosa se abrió cuando se abrió. Lo mejor de todo es que no es la primera vez. Mire la topo del 64 y compárela con una del 76 y las que tomamos hace cinco días.

La foto de 1964 mostraba una versión claramente más pequeña de la sima. En el documento de 1976 era casi imperceptible. A Don le pareció la perturbadora imagen de una mandíbula de tierra abriéndose y cerrándose con una implacabilidad geológica.

—Muy bien.

No estaba muy bien ni de coña. Las fosas eran inestables por definición, pero no se comportaban de esa manera. Aquello excedía sus conocimientos.

—El caso es que tenemos gente analizando esto sobre el terreno. Los de arriba nos enviaron un par de especialistas. Tipos raros: uno es un geólogo freelance llamado Spencer Duvall, un pez gordo canadiense; se está recuperando en la enfermería... Se torció un tobillo mientras husmeaba por la sección. El otro es Ed Noonan, un físico. Lo enviaron de la Universidad de Washington, no sé por qué. Todo con mucho secretismo. Un tío bastante legal, parecía que conocía su oficio. Se pasó diecisiete horas caminando alrededor de la fosa, registrando datos y tal. Luego desapareció sin previo aviso. No he visto cosa más rara.

—¿Noonan se marchó? ¿Adónde?

—Se ha encerrado a cal y canto en la estación meteorológica. Está a unos dos kilómetros al norte de la aldea. Intentamos hablar con él desde fuera del edificio, hacer que volviese a su trabajo o al menos averiguar por qué se había fugado. Ni me dirigió la palabra ni salió de allí. Dejé suministros de emergencia e informé del incidente al cuartel general. Me contestaron que siguiera con lo mío y eso hice. Quiero decir que a lo mejor deberíamos avisar al departamento forestal o a la policía.

—No, la compañía nos cortará la cabeza si hacemos saltar la liebre y les creamos mala prensa. Me pasará a hacerle una visita después de investigar el sitio.

—Bueno, gracias a Dios. El señor Rourke dijo que usted se encargaría de todo...

—¿El señor Rourke? ¿Ha hablado con él?

—Ah, sí. Y tiene usted razón al cien por cien: quería que el problema con Noonan se resolviese sin involucrar a la policía. Me dio instrucciones concretas sobre este particular.

Don asintió con calma mientras barruntaba para sus adentros. ¿En qué andaba metido Barry Rourke? Flik y Flak, aquellas fotos espeluznantes, una fosa que por lo visto desafiaba las leyes de la física, y ahora aquello: un científico loco que se había enclaustrado en la torre de un faro. Se sentía extremadamente tentado de apartarse de aquel conflicto, llamar por radio al cuartel general e informarles de que aquel embolado superaba con creces lo que le exigía su sueldo. Algo lo serenó, lo impulsó a continuar, a seguir las miguitas de pan a ver adónde llevaban. Aquella compulsión era más que un deber, algo más que tozudez. Una furia que ardía a fuego lento le calentaba el corazón.

—¿Eso es todo?

—Hay algún otro detalle, pero es mejor que espere a verlo con sus propios ojos. Me parece una locura a mí y he estado allí —se limpió la boca, enroscó el tapón de la botella y la metió en el primer cajón del archivador.

—Le tomo la palabra.

—Como ya le he dicho, obedecemos órdenes del cuartel general: defiendan el fuerte y esperen instrucciones. A partir de aquí, es cosa suya.

—Le agradezco el resumen —el corazón se le aceleraba al contemplar las posibilidades de dar con un hallazgo geológico de gran envergadura—. ¿Dónde puedo tumbarme un rato?

### 3

**S**e despertó de golpe, enmarañado en los pliegues de un saco de dormir. Una oscuridad irrevocable llenaba la tienda. «¿Estoy muerto?». Una vibración en el pecho. El viento rozó la lona y entró un frío virulento. «¿Estoy muerto?». Repitió y repitió en susurros jadeantes hasta que: «No, estás vivo». Se preguntó, mientras la piel comenzaba a cosquillearle, si aquella era su propia voz regresando del vacío, si un doble con su propio rostro flotaba pálido, sobrenatural.

Al momento se durmió de nuevo y soñó con Michelle. Estaba desnuda y sonreía ante la entrada de una cueva. Unas manos extrañas y huesudas emergían de las

sombras y la acariciaban, la arrastraban hacia el interior. La luna refulgía.

El Hombre de la Luna volvió su cabeza deforme, clavó unos ojos de queso verde sobre la larva que era Don en aquel momento. El Hombre de la Luna dijo: *Qué gusto, amigo mío*. Un negro enjambre de insectos brotó de su boca de sima, echaron a volar y se diseminaron en el gélido vacío del espacio ilimitado.

## 4

**D**erek Burton se llevó a Don y Ring en el helicóptero después del desayuno. Don intentó no mirar abajo. Reconoció al piloto como de otra época de su vida, o como perteneciente a la sigilosa bruma de un sueño. *Yo te conozco. Ya nos hemos visto antes. Ah, pero la cosa es ¿dónde?*

Burton tenía los mismos andares trabajosos de Bronson Ford, avanzaba como a saltitos en el aire. Demacrado bajo la luz brillante del amanecer, su rostro de borracho, cetrino, abultado aquí y sumido allá, los ojos resplandecientes, labios finos fruncidos en el ademán de un silbido insonoro, una nana mortífera. La piel le colgaba como un montón de pliegues de pellejo sin curtir. Tenía el pelo blanco. Le sonrió a Don y le guiñó un ojo. *Sí, nos conocemos*, quería decir aquella sonrisa.

Le estrechó la mano a aquel individuo, reticente de pronto a subirse a la cabina del aparato con un personaje tan malsano a los mandos.

Burton charló con Ring a propósito de la ubicación de varias estructuras, la mayoría restos enterrados de la aldea en ruinas. Don los contempló, un tanto molesto por la conducta deferente, casi obsequiosa de su compañero; un perrito faldero que acaba de conocer a su nuevo dueño. Cuando el helicóptero estuvo en lo alto, se colocó los auriculares para evitar el rugido del motor y escuchar la explicación de Burton sobre los diversos puntos de referencia. Los árboles extendían su verdor plástico en los pliegues y repechos del terreno. Aquí y allá los riachuelos y arroyos desgarraban los valles. A la vista no se ofrecía otra cosa que kilómetros y kilómetros de riscos, árboles y nubes de bruma a ras de suelo. La sombra del helicóptero sobrevoló una hoya en la superficie. Desde una altura de ciento cincuenta metros, aquella herida abisal que abría la roca, la tierra y la oscuridad subterránea le puso los pelos de punta. Masculló alguna palabrota mientras el motor traqueteaba y una serie de lucecitas parpadeaban en la cabina.

—Agarraos —dijo la voz de Burton petardeando en los auriculares—. Este trasto es viejo y gruñón. Un excedente del ejército de Estados Unidos. El puto rotor puede romperse de un momento a otro.

Tras un par de embestidas soltó una carcajada. Bien a modo de burla, bien para enfatizar su observación, Don no supo interpretarlo.

Aterrizaron cerca de una tienda minúscula en un delta junto al estrecho valle de un río. Un anciano con chaqueta de lana y gorro manipulaba unas piezas de equipo audiovisual que acababa de sacar de varias cajas enormes. Carl Ordbecker dejó por un momento de ajustar una cámara láser sobre un trípode y saludó cordialmente a Don y Ring agarrándose el gorro de lana con las dos manos hasta que las hélices dejaron de girar.

—Oh, los muchachos que estaba esperando. ¡Bienvenidos! —se quitó el gorro para espantar una nube de mosquitos—. Estarán deseando ver nuestro hallazgo. Está a la vuelta de la esquina, señor Miller, señor Ring.

Sin más ceremonia, los condujo a través de un bosquecillo de abetos y cedros.

El trío atravesó chapoteando un tramo cubierto por una corriente de agua poco profunda y un terreno de varios metros de hierba alta y marrón, y entonces llegaron a lo que quedaba de la aldea anónima. Había un nicho de broza y matojos, y del terreno pantanoso sobresalían las puntas de una empalizada baja y destrozada, como una obra de arte sacada del set de una película ambientada en la Guerra de Independencia; más allá de la empalizada, un puñado de casitas medio quemadas. La casa comunal no conservaba el tejado, pero las paredes seguían en pie. La ominosa torre torcida de las fotografías se alzaba en ángulo forzado en un terreno situado más bien en las afueras de la comunidad. Don se fijó en otras casitas destartadas en una pronunciada ladera poblada de árboles.

—¡La madre que me parió! —dijo Ring—. Esto es... —cerró la boca y se quedó contemplando aquello.

—Pues sí; cuidado con dónde pisan, muchachos —Ordbecker señaló una sección del terreno donde la fosa comenzaba como una grieta para abrirse rápidamente en una sima—. Señor Miller, no hará falta que le diga que es peligroso caminar a partir de aquí.

—¿Algún cambio desde su último informe? —preguntó él. Le dio unos golpecitos a su reloj, un modelo moderno digital, bueno supuestamente para escalar el Kilimanjaro o bucear en las profundidades del mar. Los numerales parpadearon, se desvanecieron, resucitaron.

—No, señor. De momento el hundimiento parece estabilizado. Obviamente, no durará mucho. He hecho algunas grabaciones, he registrado algunas lecturas con el sónar, pero en fin... —el viejo cogió a Don por el codo y lo alejó un poco del acongojado Ring y de Burton, que se había quedado junto a la casa comunal con aquella sonrisa taimada suya, liándose un cigarrillo—. Señor, se me dio a entender que esto era un estudio de viabilidad. Buscamos cobre, oro, gas natural.

—Eso es lo que tengo entendido también yo.

—Muy bien, yo soy de los suyos. Un mandado. Dicho esto, usted es un asesor. No pertenece a AstraCorp al cien por cien, ¿me equivoco?

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Lo que digo es que si usted no me engaña, entonces alguien de arriba nos está ocultando información. Conozco a Ring. Es famoso. El físico, Noonan, tampoco es un don nadie. Pregúntese por qué la compañía necesita a un físico en este trabajo.

—Eso es cosa de ellos. La pregunta que me hago es por qué considera usted que esto es cosa suya.

—Me meto porque este agujero no tiene lógica. Tanto usted como yo lo vemos. Los números no cuadran —Ordbecker se volvió para observar la sima. Se extendía a nivel del suelo a lo largo de veinte metros más o menos y se hundía por un flanco de la ladera, una montaña baja, estrechándose gradualmente en una fisura antes de desaparecer entre la maleza—. Lo que le ha sucedido a Noonan tampoco cuadra. Y luego está la cueva.

—No me han dicho nada de ninguna cueva.

—¿Ve?, a eso me refiero. Somos champiñones: nos tienen a oscuras y nos alimentan con mierda. Pues sí, sí, una cueva precisamente ahí más allá de la espesura. Quiquiera que construyese este lugar, excavó la entrada a la caverna. No comprendo por qué: no hay vestigios de prospección minera. El interior de esta montaña es una colmena. Un sistema completo, nunca antes documentado, tal vez inexplorado. Aunque no pondría la mano en el fuego a propósito de esto último.

Uf, ¿por qué ha tenido que decir eso? Don contempló los árboles enormes y las faldas cenagosas de las montañas. Los pájaros piaban, el agua borboteaba, y poco más. El sol intentaba quemar a través de las nubes y producía esa luz plana que siempre le daba dolor de cabeza si no llevaba gafas oscuras, y desde luego había olvidado meterlas en la maleta.

—Con el debido respeto, si hubiese un sistema por los alrededores estaría recogido en los libros —Ordbecker le dedicó una sonrisa cínica, luego bajó la voz aún más y dijo—: Mire, a lo mejor no es nada. He comprobado si había gas en la sima, y lo que se respira ahí en las capas bajas es metano puro. No hay radiación. Pero es profundo, sin embargo: he verificado doscientos metros sin llegar a tocar fondo.

—Eso es una avería del equipo. No hay otra.

—La abertura se ensancha hasta el punto de que... no hay nada. El equipo registra un abismo. Espero que sea una lectura errónea —los ojos del anciano brillaron con lo que Don reconoció por fin como miedo.

—Está bien. Dejémoslo ahí por el momento. ¿Ha verificado el interior de alguna de esas estructuras?

—No, qué coño. El señor Ring puede hacer los honores. Seguro que no encuentra gran cosa. El fuego lo redujo todo a cenizas, por lo visto —escupió y se metió las



manos en los bolsillos—. Además, tengo la sensación de que fue lo mejor que podía pasar.

Don le dio las gracias al topógrafo y se aproximó al borde de la grieta. Había abandonado la intención de reflexionar sobre el fenómeno como si se tratase de algo tan mundano como una sima desde el momento en que la había divisado desde el helicóptero. Una grieta, o si los datos de Ordbecker eran correctos, un abismo. Permaneció en el filo, donde la tierra y las piedras se desmoronaban hacia el precipicio y echó un vistazo a las estriaciones y demarcaciones del sustrato a la vista. Un sople de aire subterráneo le agitó las mangas de la camisa. Era húmeda, intensa y fría. La brisa transportaba leves quejidos metálicos. Retrocedió varios pasos y llamó a Ordbecker. Cuando el topógrafo se acercó resuelto, Don dijo:

—¿Alguna vez ha oído algo ahí abajo?

—No, señor.

—Pues noto movimiento. Un movimiento importante. Por lo que más quiera, no se acerque a esta cosa.

—No seré yo quien le lleve la contraria.

—Haga las maletas. Podemos hacerle sitio en el helicóptero.

Ordbecker se rio.

—No lo creo.

—Bueno, coja mi asiento. Tengo que andar hasta la estación para intentar convencer a Noonan de que baje del árbol. ¿Sabe algo de este hombre? ¿Le da a la bebida? ¿Le parece un chiflado? Aparte de lo evidente, claro está.

—Un tipo muy agradable. Laborioso como una hormiga. Se pasaba todo el tiempo alrededor de la sima. Tuve que llevármelo a rastras al campamento para cenar antes de que oscureciera. Se quedó horas y horas junto al fuego, repasando documentos y un manual, linterna en mano. El día siguiente comenzó sin problemas, luego hacia la hora del almuerzo desapareció en la cueva de la que le he hablado. Lo seguí unos pocos metros. Una situación demasiado tétrica, sin provisiones ni nadie que nos esperase arriba, así que deshice el camino. No fui capaz de contactar con el campamento base por radio debido a las interferencias. Tras unas cinco horas comencé a sentir cierto pánico. Noonan salió tambaleándose de la cueva. No tenía buen aspecto. Se dio la vuelta y se puso a deambular montaña arriba. Más tarde, me las arreglé para contactar con Smelser, que vino y siguió el rastro de nuestro hombre hasta la estación. No consiguió nada, ni hablar con él siquiera.

Don se dio cuenta de que Burton estaba mirándolos, aunque no podía oírlos, sonriendo francamente mientras se ajustaba una bota apoyada en un tocón. *¿Qué coño le pasaría en la cara?* Había visto algunas víctimas de accidentes subterráneos, quemaduras y apoplejías, y el semblante suave y descolgado del piloto era similar, aunque completamente distinto. La piel encajaba en su rostro como una máscara barata. *¿Sífilis? Igual había sido sífilis. O el baile de san Vito... O lepra. ¿No tendrá lepra este tío? ¿La lepra hace que la cara te quede como si se te fuese a caer un*

trozo de un momento a otro? A lo mejor no está sonriendo ni me mira mal. Igual tiene la cara jodida y no hay nada que hacer.

Bronson Ford susurró: *Le arrancaron la piel y la llevaron puesta durante algún tiempo.*

Don intentó recordar cuándo y dónde había pronunciado aquella frase críptica el chaval, y no fue capaz.

—Ya me hago una idea, señor Ordbecker. Vamos allá, entonces.

Silbó a Burton y se acercó para explicarle que tenía que llevar al topógrafo y a Ring de vuelta al campamento cuanto antes.

Ring escuchó la conversación desde donde estaba arrodillado haciendo fotos del centro calcinado y hundido de la casa comunal.

—Espérate un segundo, Miller, joder. Acabamos de llegar.

—Sé cuánto tiempo llevamos aquí. Guárdate la cámara y métete de cabeza en el helicóptero. No te lo pido, te lo ordeno —Don no dejó de hablar con un tono suave, pero disfrutó en secreto con la expresión de sorpresa de Ring. Los tipos como él sólo respetaban la fuerza bruta; razonar con ellos suponía demostrar debilidad—. Ya has hecho bastantes fotos para empezar. Reúne un grupo, vuelve aquí mañana —y mientras el arqueólogo cogía aire para protestar, concluyó—: Es mi responsabilidad. En lo que respecta a la política de seguridad de la compañía, soy Dios. Si quieres ponerme en la picota, presenta una queja.

Ring se levantó y pasó junto a Don de camino al helicóptero, la mandíbula apretada, el ceño fruncido. Ordbecker disimuló la risa con una tos.

Burton preguntó sin borrar aquella sonrisa perezosa:

—¿Y qué hay de ti, *Dios*? ¿Vas a subir a la montaña para presentar tus respetos?

—Dame dos horas —replicó Don y comprobó el mapa que le había tomado prestado a Smelser, en el que aparecía la estación del guarda forestal. La aldea había sido dibujada hacía poco. Se metió los faldones de la camisa por dentro de los pantalones, se despidió con un gesto de la cabeza del piloto y del topógrafo y emprendió el camino; dejó atrás la periferia de las ruinas, se internó en el bosque y ascendió por el flanco de la apacible y encantadora Mystery Mountain.

La estación forestal del Bobcat Peak se cernía desde lo alto de un acantilado, fatídicamente romántica; una atalaya medieval a la que sólo se podía acceder por una escalera vertical de madera que conducía a una trampilla. El anillo de ventanas al estilo de las torretas ofrecía una panorámica del bosque de kilómetros. La estación constituía una torre del vigía, azotada y maltratada por muchas tormentas a lo largo de las décadas, muda, torva e implacable.

*La casa de los secretos*<sup>[8]</sup>. Don se secó el sudor de la frente con un pañuelo. Hizo altavoz con las manos y llamó a Noonan, escuchó rebotar su voz entre barrancos y peñascos hasta que se transformó en la de un desconocido y se desvaneció. Bajo sus pies se extendía una alfombra de pinaza, y bajo la propia torre había muchas cajas polvorientas y un montón de leña gris y podrida. En aquel puesto no había mucho movimiento, por lo visto. Probablemente recibía una inspección anual y alguien se ocupaba de ella si no había temporales o la usaban como base de operaciones para labores de búsqueda y rescate. No siendo así, vacía como una tumba...

En cierto modo le alivió no recibir respuesta, dado que su contrariada determinación había disminuido un tanto al enfrentarse a la caminata, la lejanía y la lúgubre amenaza que representaba la estación en sí. O Noonan se había marchado (el tipo tenía que volver al campamento tarde o temprano, o caminar hasta un refugio de montaña, a menos que quisiera morir de hambre) o no estaba de humor para recibir visitas. Don tampoco tenía planeado intentar entrar por la fuerza. Así que, una vez relevado de su deber, se guardó el pañuelo en la camisa y dio media vuelta para marcharse. La trampilla crujió y se abrió de golpe, dejando al descubierto un rectángulo negro.

—¿Qué hay, Don? Sube. El té está en el fuego.

Una voz masculina y familiar, aunque distorsionada por la acústica de la construcción, los árboles y el hacinamiento de árboles.

Don maldijo su suerte. Vaciló mientras la consciencia del aprieto en el que se estaba metiendo impactaba contra él como una ola helada. ¿De verdad estaba pensando meterse por propia voluntad en la boca del lobo? El científico podía ser un lunático, habida cuenta de cómo había abandonado el trabajo. Quizás estaba apostado junto a la trampilla para machacarle la cabeza en cuanto entrase.

—No, gracias, doctor. ¿Por qué no baja usted? El helicóptero aterrizará por aquí dentro de un rato. Todo el mundo está preocupado por usted.

Se hizo el silencio durante un buen rato. El hombre oculto soltó una risita y la sensación de familiaridad lo irritó y lo hizo sentirse ridículo.

—Es mejor que subas corriendo, hijo. Si no...

—¿Si no qué?

Don se maldijo por no llevar encima el revólver que guardaba en el baúl del garaje. Un arma tosca y pesada, no recordaba de qué modelo ni la marca, una pistola que había disparado una vez en el rancho de Poger Rock, y que después volvió a guardar en su estuche para olvidarla. En ese momento habría resultado reconfortante

llevarla al cinto.

—Tengo que decirle algo muy importante. Sobre Michelle.

A Don le dio un vuelco el estómago. ¿Seguro que aquel hombre era Noonan? Aquella puñetera voz, tan conocida...

—¿Quién es usted? ¡Déjese ver!

Al hombre se le escapó nuevamente una risilla.

—Vamos. Es peligroso quedarse ahí abajo. Los niños dejan sus mascotas en los árboles. Los animales salvajes salen del bosque por la noche. Ya no queda mucho para que oscurezca.

Don miró a su alrededor, luego comprobó su reloj, que seguía comportándose erráticamente. Calculó que debían de ser las once de la mañana, no mucho más de las once y media.

—¡Ey Noonan!

Esta vez no hubo respuesta ni risitas, sólo la puerta, el rectángulo negro. No sabía qué pensar, salvo que quienquiera que estuviese allí dentro, ya fuese Noonan u otra persona, sabía algo sobre Michelle. Por lo visto, todo el mundo sabía algo sobre ella. *Cariño, ya estoy harto. Cuando vuelvas tendremos una charlita.* Suspiró, se palpó la chaqueta en busca de la navaja automática que siempre llevaba en las excursiones. Era o subir o dar media vuelta y esperar a Burton en el descampado. Meterse de cabeza en una situación potencialmente peligrosa le molestaba menos que pasar un rato con aquel piloto repelente.

Trepó a la escalerilla y subió con paso cauto pero ágil las tres plantas hasta la trampilla y se metió por allí. El interior de la estación era sombrío. Justo a su izquierda había varias cajas parecidas a las que había visto apiladas en la plataforma; en el centro de una sala circular había mesas y sillas de madera y un surtido de utensilios entre los que se contaban un equipo de radio de onda corta, aparatos de grabación de bobina abierta, un sismógrafo y un telescopio montado sobre una complicada tarima rodante. La atmósfera olía a mosto, bolas de alcanfor y menta. Sobre una de las mesas siseaba un hornillo de gas, y una cazuela llena de agua desprendía vaho.

Las ventanas estaban cerradas, menos una hilera orientada hacia el este, desde donde se filtraba una luz anodina y vaporosa. Recortado contra aquella hilera de ventanas había un hombre de pie.

—Me alegro de que haya venido, Don.

En ese momento, tan de cerca, estuvo claro que era la voz de Barry Rourke.

—Barry. ¿Qué hace aquí?

—Esperarte —estaba pálido, tenía los ojos hundidos—. Y tú estás aquí porque yo te he hecho venir.

Se restregó la boca con el dorso de la mano y se acercó desgarbadamente al hervidor burbujeante. Dándole la espalda a Don, cogió un par de tazas de un armarito y sirvió el té.

—¿Has dicho que había niños? ¿Mascotas?

—Sí, sí: de hecho, sería más adecuado decir *servientes* que mascotas. Eso, del mismo modo que decimos perro guardián de un cachorro o tiburón de un alevín. Los que Reptan, los Mutilados; llámalos como quieras, más vale que no te cruces con uno de ellos. Quédate cerca de mí y te irá bien.

—Creo que es mejor que comiences por el principio —dijo Don. Se había recuperado de la caminata y de la subsiguiente escalada por la escalerilla, pero ahora le costaba respirar y el sudor le empapaba la camisa. Respiró hondo y contempló sus posibilidades. Desde luego, el hombre se había venido abajo a causa de la presión. Lo más probable era que las cosas no anduviesen bien en la mansión Rourke; tal vez tenía una deuda de apuestas o una amante lo estuviera chantajeando. Las posibilidades eran infinitas. Cualquiera que fuese el motivo, no hacía falta tener un título en medicina para afirmar que Barry Rourke estaba trastornado.

—Pregúntame lo que quieras. Hoy soy el hombre de las respuestas, sólo esta noche.

—¿Estás metido en algún lío? Después de los matones del gobierno y del secretismo que rodea a este proyecto se me ocurre que AstraCorp está intentado quitarle la venda de los ojos a alguien. Ya me conozco esta clase de triquiñuelas. Intentando saltarse las reglas a la torera. ¿Quieres joder a la Oficina de Administración y Gestión del Territorio? ¿Habéis encontrado un asentamiento antiguo y no tenéis claro si deberíais ocultar el hallazgo? Sólo es dinero.

—¡Ja! Y el sujeto A, Miller, continúa siendo pobre hasta el día de su muerte mientras que el banquero y el mercader mueren de gota en sus yates. Ahora en serio. Estoy sopesando cómo decirte esto con delicadeza. Es más fácil si te digo que pertenezco a una orden. Un culto. Este culto se ha interesado en tu esposa y en ti porque hemos tenido algunos miembros de los Mock y de los Miller entre nosotros durante tantas generaciones que te reventaría la cabeza como si te hubieses metido la mayor dosis de LSD de tu vida.

Don logró que no le temblase la voz y sonrió con elocuencia.

—Perfecto. A los agentes que me encontré en la conmemoración les gustaban bastante las grandes conspiraciones. Cuéntame lo de ese culto tuyo.

—Lleva existiendo desde la prehistoria, cuando los hombres farfullaban en las cavernas y andaban encorvados arrastrando las manos por el suelo. Venerábamos a la Gran Oscuridad, a las cosas que habitan en ella.

—Qué bonito. Por lo visto, el satanismo está muy de moda entre los jóvenes últimamente.

—No seas paternalista.

—Ni se me pasa por la cabeza. Cuesta un poco asumir lo que me cuentas. No pareces...

—¿No parezco esa clase de persona? ¿Es que no sabes nada más que de placas tectónicas y sustratos? Los ricos somos expertos en cultos. Tenemos los medios, los

motivos y la posibilidad real de llevar a cabo nuestras pequeñas perversidades.

—Lo que iba a decir es que con la pinta que tienes de haberte tragado una escoba, me sorprende que resultes ser un hedonista contumaz. De todas formas, ¿cómo os hacéis llamar?

—El culto no tiene nombre. La mayor de nuestras deidades es conocida como la Vieja Sanguijuela. La adoración de la Vieja Sanguijuela constituye la actividad principal de la secta Terrestre. Dicha adoración nos fue transmitida por una raza que existe en los confines del universo y se extiende como la podredumbre sobre la carne. Los llamamos los Niños de la Vieja Sanguijuela. Habitan en las profundidades de las sombras, en la grieta que recorre todas las cosas.

—Extraterrestres con una divinidad extraterrestre. El libro favorito de Michelle es *Recuerdos del futuro*.

—¿Extraterrestres? ¿Por qué no? Vampiros, demonios, diablos. Duendes de miles de culturas.

—Tengo que admitir que se trata de un terreno extraño —dijo Don. Se apresuró a añadir—: No digo que no te crea.

—Mira, Don, es todo verdad. Los Rourke, los Wolverton, los Mock, otros en este Estado y a lo largo y ancho del mundo, todos sirven a la Gran Oscuridad, cada uno a su manera; unos con entusiasmo y otros con reticencia, pero a ultranza y sin compasión. No puedo explicártelo todo. No te conviene que te lo explique todo. Nuestro culto es monolítico, pero posee tentáculos en la totalidad de empresas existentes a lo largo de la historia y de la prehistoria.

—Ah, como la Amway.

Rourke sonrió sinceramente y soltó una carcajada. Hasta entonces, Don no se había dado cuenta de que iba ataviado con una elegante bata de algodón y unas pantuflas, a lo Hugh Hefner, como si acabase de salir de casa para ir a mirar el buzón. Iba despeinado y al mirarlo de cerca no se le veía sano: pálido, sucio, exhausto. Víctima de la ictericia. Una serie de tics y visajes le recorrían las mejillas y la mandíbula.

—Ni siquiera nosotros nos metemos con la Amway —suspiró y le dirigió una mirada heladísima—: Amigo, nunca sabes cuándo es hora de parar. Siempre entrometiéndote. Tenías que salir a perseguir a Michelle en México en lugar de hacer caso al sabio consejo de pasarte borracho un par de días más en el bar del hotel. Tenías que vacilarles a unos discípulos bastante potentes del culto. Luego esos federales de la conmemoración que te intentaron sacar información... no podías pasar de ellos y ya está, ¿verdad? Exactamente la clase de comportamiento que ha marcado a los Miller desde el principio de los tiempos.

—No me gusta el tono que estás utilizando.

—Si no te gusta te jodes. Tenemos cosas importantes de las que hablar. Eres un mosquito atrapado en la savia de una drosera. Tu existencia pende de un hilo.

Aquello le sonó a Don como una amenaza bastante clara.

—¿Dónde está Noonan? —la pregunta indirecta era: *¿Qué le has hecho a Noonan?*

—Estoy bastante seguro de que Burton se lo comió... O los sirvientes.

A Don no se le ocurrió cómo responder a una afirmación tan extravagante. Se quedó mirando fijamente la espalda de Rourke en silencio, esperando indefenso el remate de aquel chiste.

Rourke continuó:

—Por si no te has dado cuenta, Burton es... bueno, no es Burton, realmente... Es uno de ellos, un Oscuro disfrazado para pasar por humano. Un facsímil barato, la verdad. Lo que no comprendo es cómo te metes en un helicóptero con él. Quiero decir: por Dios, Don, ¿no le has visto la cara? —se pasó las manos por el pelo y le temblaron los hombros. Tras unos instantes se recompuso y le llevó una taza de té que olía demasiado fuerte, demasiado dulce.

Don olió la infusión.

—Qué lástima, Barry. Las mismas tácticas de terror y propaganda que me habría esperado de los perros de presa del gobierno. Me decepcionas. ¿Estás cumpliendo tu parte para acabar con la guerra fría? ¿Mi mujer está en alguna lista porque se tomó unas copas con quien no debía en los años cincuenta? ¿O porque aceptó la subvención de un fondo en concreto? Panda de cabrones, ¿no estaréis yendo a por mí porque mi abuelo le tocó los cojones a alguien durante la Guerra de los Bóers? ¿Qué coño os pasa, hombre?

—Los Oscuros no son hombres.

—Es verdad; son una especie extraterrestre con ojos de insecto que vivisecciona al ganado y abduce gente en autopistas solitarias para realizar exploraciones anales y cosas así.

—¿Te interesa saber cuál es su idea de diversión?

—¿De los Oscuros?

—Sí, de ellos.

—¿Joderme la vida? ¿Dispensar exploraciones anales?

—Los Oscuros adoran a una deidad que se comió a los putos dinosaurios, a varias especies de homínidos avanzados y a los mayas. Abrió una puerta y los sorbió a través de un embudo.

—No voy a decir que estás loco porque no me gusta redundar en lo obvio. Pongámoslo de otra manera: ponte un abrigo y sígueme río abajo. Lanzaremos unas piedrecitas, disfrutaremos de las vistas y esperaremos a que Burton nos lleve volando de vuelta a casa. Prometo ir a visitarte una vez al mes a la casa de locos en la que te internen. Podemos darle a la lengua o jugar a las cartas. O al *backgammon*. Me da la sensación de que tú eres más de *backgammon*.

Rourke sonrió con tristeza.

—Dime, ¿cómo de mal estás? Me refiero a las pérdidas de memoria, a las lagunas. ¿Estás convencido de que es demencia prematura? No es eso. Me juego lo

que quieras a que estés como un roble y tienes la memoria de un elefante. Además eres un tío astuto. No, no, Don. No estás confuso. Los amos tienen este efecto en la gente. Exudan un aura que mata parcelas de cerebro. Es como una radiación que envenena la mente. Tras estar expuesto varias veces, los recuerdos comienzan a pudrirse y desaparecen. No te estás quedando senil, pero ¿no es eso lo que temes? — le dio un sorbo al té, luego avanzó un pasó rápidamente hacia Don y le sopló una nube de vapor en los ojos.

Un gong sonó en los recovecos de su consciencia y envió murciélagos aleteando hacia la luz. Dejó caer la taza. Olía a la hierba milagrosa de Bronson Ford, aunque era vapor en lugar de humo. El efecto fue mucho más visceral. Don comprendió que no era marihuana; era un extracto mucho más antiguo y primitivo, un alucinógeno de espantosa potencia.

Un caleidoscopio de imágenes se fracturó en su mente: Flik y Flak persiguiéndolo por la mansión Wolverton; hombres desnudos disfrazados de monstruos sacados de la mitología azteca amenazándolo con hachas y cuchillos; un joven rubicundo embutido en un jersey ridículamente ceñido entrando en un dolmen; Kurt, bronceado y entrado en años, corriendo por el bosque chillando, chillando; Bronson Ford, inflado hasta proporciones gigantescas recogiendo a Don del suelo del museo en penumbra con una mano descomunal...

Titubeó y se vio con las manos arrugadas y retorcidas; las manos de un viejo; y la ropa le colgaba sobre una complexión encogida y encorvada. Don supo que si tuviese un espejo a mano le revelaría un par de mechones blancos sobre una calva y un rostro surcado de arrugas como un busto tallado en granito. Le fallaron las rodillas y se derrumbó sobre la silla de madera, sin dejar de contemplarse estupefacto las manos ajadas, y mientras las miraba volvieron a su forma habitual y de nuevo se arrugaron. La oscilación le recordó a las estelas propias de los viajes de LSD.

—Ayúdame, por favor, dime lo que está sucediendo.

Apenas era capaz de susurrar. El cuarto ondulaba como si fuese un espejismo producto del calor.

Barry Rourke dijo:

—Estoy intentando ayudarte. Ay, mira que elegiste mal al casarte. Los Mock son de las mascotas favoritas de mis amos. Tu mujer es la última de esa estirpe, y sé que quieren mantenerla contenta y obediente. Es la única razón que se me ocurre para que Bronson Ford no se te tragase entero ni te arrastrase chillando a la oscuridad. Uno de tus antepasados cometió el error de cruzarse con los Oscuros. Tengo la sensación de que te reservan para un asunto muy feo. Los niños de la Vieja Sanguijuela tienen muy, pero que muy buena memoria. Pero no es que tú seas importante. Eres una pulga en la panza de un mastodonte.

Agarró a Don por un brazo, lo ayudó a levantarse y lo condujo hacia la ventana.

El sol era una veta naranja que descendía desde la cima de la montaña. Tal como había dicho antes, la noche se acercaba a toda prisa. Un puñado de cúmulos nubosos



se deslizó ante sus ojos, imágenes en un fotograma pasado a cuatro veces la velocidad real. Don se mordió la mano con fuerza para contener una risita. Si en aquel momento se hubiese abandonado a la risa, quién sabe dónde habría terminado.

—Tranquilo, tranquilo. Tómate tu tiempo, deja que el subidón remita. Ya habías probado el néctar del vacío, ¿verdad? No hay nada de qué preocuparse: esta cosa es más concentrada aún y se filtra a la corriente sanguínea rápidamente. No tengo intención de dragarte. Sólo quiero que disfrutes de un momento de claridad antes de que tu cerebro de gruyer vuelva a enturbiarse. Tienes que ver una cosa.

## 6

**R**ourke decía la verdad en lo tocante a aquella sustancia: durante unos minutos, la desorientación de Don disminuyó y recuperó los sentidos poco a poco. Los recuerdos que habían emergido permanecieron a flote, su espantosa agudeza mitigada por la naturaleza fragmentaria de los mismos; un rompecabezas de diez mil piezas ensamblado en el aire.

—Tenemos que ponernos en marcha —dijo Rourke. Encendió una linterna y lo condujo hacia la trampilla y la abrió de golpe. La noche había caído con una celeridad sobrenatural y el haz de luz eléctrico iluminaba un hueco estrecho y los primeros escalones—. Iré yo delante. Pase lo que pase, no mires hacia abajo.

Don estaba demasiado concentrado en aferrarse a la escalera como si le fuera la vida en ello como para preocuparse de mirar cualquier otra cosa que no fueran sus manos nudosas y artríticas. Ya le costaba lo suyo manejar su cuerpo decrepito; mientras tanto, los recuerdos (¿visiones precognitivas?) continuaban filtrándose a través de la membrana rota: los mellizos en la edad adulta; un Argyle de edad indefinida mirando por unos prismáticos; un muchacho musculoso llamado Hank internándose en las fauces de un dolmen...

Sus dedos traicioneros se le resbalaron y habría caído de no ser porque Rourke lo agarró por debajo de los brazos y lo enderezó sin demasiado esfuerzo. No pesaba nada. *La senectud me ha desecado como una ciruela.*

Rourke dejó a un lado la linterna y encendió una antorcha, de esas antiguas con una gran cabeza empapada en brea, que desprendía una luz rojiza y humeaba. La tea reveló los contornos sombríos de un barranco cubierto de maleza y arbolillos. Allí se

abría una cueva. Las inmediaciones estaban divididas por la sima/abismo que se estrechaba en aquel punto como unos dos metros de ancho. La neblina emergía de la grieta y se mezclaba con el humo de la antorcha.

*Dios mío, esto tiene que ser un sueño. Hay un terreno en la base de la torre, una cordillera. Estoy colocadísimo.* No veía claro ni una cosa ni la otra. El crujido de la grava bajo sus zapatos, el aroma de savia y aceite eran demasiado intensos. La pared de roca y la cueva eran demasiado sólidas. Pensó en Milton, en Dante, y sintió una urgente necesidad de orinar.

—Estamos en la caverna de los bosques de la sección Y-22. Te pongo al día: un primo lejano tuyo quemó esta aldea en 1923. Según la versión aceptada, el incendio fue consecuencia de un tiroteo entre Miller, con sus compañeros taladores, y los aldeanos que querían sacrificarlos a la Vieja Sanguijuela. Lo que hacían tu primo y sus amigos tan lejos de Slango es un misterio. ¿Tu padre te comentó alguna vez este incidente?

—No.

Don no sabía nada de aquella leyenda familiar en concreto. Sabía que algunos parientes lejanos habían sido francotiradores y espías durante la Primera Guerra Mundial, y que otro había muerto de tisis tras colaborar en la excavación de una tumba egipcia durante aquella misma época más o menos. Desde luego, estaban su padre y su abuelo, héroes villanescos por propio derecho. En lo referente a aquel gentilhomme leñador y su vínculo con las desapariciones de Slango, nada.

Rourke le hizo un gesto con la antorcha y emprendió el descenso. A medida que caminaban, Don se agarraba del cinturón del otro para mantener el equilibrio. Recordaba una caverna parecida en México y a los hombres que le habían dado una paliza y lo habían tumbado en un altar prehistórico como ofrenda a un dios prehistórico. Recordó sus alaridos cuando las sombras los engulleron. Lo que había sucedido después continuaba borrado.

El túnel se retorció en un declive constante y al poco se abrió en una gran caverna erizada de estalactitas. La gruta estaba seca por completo y apuntalada por toscas vigas. Las paredes aparecían garabateadas con dibujos en tiza, figuras alargadas arrodillándose en masa ante gusanos gigantescos con cráneos humanos y otras cosas aún más extrañas.

—Ya he visto antes un cuadro sobre esto.

Aquello no era del todo correcto: *Veré un cuadro sobre esto. En el desván de la casa de campo. Como dentro de treinta años.* No muy lejos se apreciaban varias formaciones, los parámetros originales distorsionados por siglos de coladas; y un pozo del que emergía un olor nauseabundo.

Don conocía aquel lugar.

—Es la misma cueva que vi en México.

—Todas las cuevas son la misma. Todas conducen a la Gran Oscuridad.

Rourke avanzó unos pocos pasos y la llama iluminó una estructura de piedra no

muy distinta de un zigurat que triplicaba la altura de un hombre, incrustada en el sedimento de la colada.

La roca era milagrosamente translúcida y estaba tachonada por miles de nudos y extravagantes deformidades. Rourke lo llamó por señas y él se acercó con reticencia a aquel objeto para percibir dos detalles: a la altura de los ojos, un agujero penetraba en el zigurat; las deformidades eran esqueletos intactos de niños. Cientos, petrificados y conservados como cálculos de cimentación, como mortero entre ladrillos.

—Los Oscuros no procrean según nuestro método. Su sistema de reproducción es por la vía de la asimilación, la absorción, la metamorfosis. Los recién nacidos y los bebés son un bocado delicadísimo. Si yo engullo un buen plato de caviar de beluga, ellos se atiborran de fetos. Aunque el mayor placer lo extraen de los bebés, de esa delgada línea que separa el punto de sazón con la consciencia de sí mismos. Los chillidos los excitan. Los hombres y mujeres que habitaban la aldea hace cientos de años adoraban a los Niños de la Vieja Sanguijuela como dioses y les ofrecían en sacrificio a sus recién nacidos. Las mujeres siempre estaban preñadas. Aquel era el único propósito de sus vidas; criar como animales, proveer de alimento a la hambrienta oscuridad. Nuestra capacidad de parir como conejos es una auténtica ventaja. Eso y nuestro inveterado miedo a la oscuridad.

Don estaba acongojado, aunque se las arregló para dominar el impulso de salir corriendo a ciegas por aquellas cavernas retorcidas o de caer de rodillas y echarse a farfullar como un simio. Se trataba de una cuestión de habituación. No estaba tan preparado como debió de estarlo Michelle: su oficio no solía implicar la exhumación de escenas de primitivos derramamientos de sangre. No era un antropólogo ni un arqueólogo adiestrado y curtido para la visión de aquellas escenas de atrocidad ritual y extravagancia pagana.

Aunque no había dejado de mirarlo, el agujero del zigurat se dilató, se expandió rápidamente hasta alcanzar el diámetro de un balón, luego el de un hula-hop, y comenzó a emitir un canto helado y metálico. La piel le cosquilleó. Le salió sangre de la nariz y las gotas ondularon en un reguero de glóbulos que el agujero absorbió. Se le endurecieron los pezones y el pene, el cuerpo entero tendía a la ingravidez.

—Por todos los santos. Dios mío. Esto es increíble.

—He aquí el portal. Atravesarlo significa ser transportado al hogar de la Vieja Sanguijuela, cabeza suprema de los Oscuros que sirven a las cosas ciegas y vastas en los páramos sin luz donde la física mortal sucumbe al absurdo. Tal vez tú te atrevas a llegar hasta la Vieja Sanguijuela. Si yo no fuese tan cobarde...

—La cobardía les complace tanto como la devoción —dijo Connor Wolverton. Salió de detrás de una estalagmita y los saludó con una ligera inclinación. Llevaba una toga de seda roja con el anillo truncado bordado en negro cobrizo. Se adornaba los dedos con muchos anillos incrustados de gemas negras. Sus ojos eran negros como aquellas gemas—. La cobardía sabe a miedo, y a ellos les encanta el sabor a miedo. ¿Eh, Barry?

—Apártate de ahí. Las distorsiones en el espacio-tiempo son un poquitín peligrosas. Me dolería tanto ver cómo te fusionas con tu yo geriátrico o con el de tu infancia... Sería un tanto embarazoso tener que explicar el origen de tu segunda cabeza en el consejo de administración.

Rourke se deslizó por el suelo y apartó a Don del agujero negro abierto, que ahora era una réplica más profunda y oscura del pozo del suelo. Lo condujo junto a la losa del altar donde esperaba Wolverton con las manos ocultas en las mangas de su toga. Este último dijo:

—Miller, ¡es excelente verte de nuevo tan pronto! Me temía que aquel par de matones del gobierno te hubiesen hecho huir de mis propiedades; un malentendido que me avergüenza no sabes cuánto.

De vez en cuando algún intrépido bienintencionado de cualquiera de los servicios de inteligencia se suelta de su correa y viene a husmear en nuestros asuntos. No suponen más que un ligero inconveniente. Que no te inquieten; mientras hablamos, esos desgraciados están pagando por su temeridad. Que su sufrimiento dure décadas. ¿Aquellas placas que recibiste por correo? Eso es materia cerebral convertida en algo manejable mediante la inefable tecnología de nuestros amigos al otro lado del golfo abisal.

—Con esa van dos —intervino Rourke dirigiéndose a Don—. Dos veces en que los Niños han intercedido por ti. Tienes su bendición, o su maldición, según lo mires —soltó una carcajada, una risotada frágil y desprovista de humor, y Don adivinó que el hombre se sentía abyectamente aterrorizado por Wolverton.

*Probablemente es un gran Poo-Bah<sup>[9]</sup> dentro del culto. Apuesto a que está al tanto de que Barry Rourke, hombre de destacado carácter, comienza a recular en este rollo de adorar al diablo.* No tenía muy claro qué pensar de esto. Tomó nota mientras otra parte de su cerebro resistía el canto de sirena del portal negro, el impulso de correr hacia él y atravesarlo. El agujero se retorció y crepitaba como un fuego negro, cabía en él un hombre de pie fácilmente.

—De hecho —comentó Wolverton—, la última vez que estuviste aquí fue en manos de ciertos sirvientes, leales y diestros. No tuve el placer de conocer al señor Kinder. Una lástima. Su reputación como acólito de los misterios de espanto era impresionante. Este virtuoso individuo te trajo aquí porque estabas haciendo preguntas sobre tu esposa, husmeando, etcétera, etcétera. Kinder estaba convencido de que los niños deseaban sacrificios sangrientos, que sería recompensado por despedazar a un entrometido. Infravaloró a nuestros amos, su amplitud imaginativa, el nadir de su depravación y celo en lo que a prerrogativas impías se refiere. Al secuestrarte, actuó de manera impulsiva y sin autorización. Más o menos como en el caso del trágico destino de los agentes Dart y Claxton, el pobre Kinder y sus hombres sufrieron por aquella transgresión mil millares de muertes dentro de un pozo que el mismísimo Dante no habría sido capaz de imaginar ni viviendo doce vidas.

Don, hipnotizado por el canto del zigurat, acertó a decir:

—Lo recuerdo. Recuerdo lo que hicieron. Aquellas sabandijas estaban a punto de abrirme en canal.

Wolverton y Rourke lo contemplaron, esperando manifiestamente que llegase por sí solo a la conclusión.

—Barry me ha dicho que se me reserva un final horroroso por culpa de Michelle.

—Sí —respondió Wolverton.

—¿Por qué es tan importante ella? ¿Qué es lo que queréis de ella?

—Queremos que haga lo que han hecho sus antepasados durante innumerables generaciones: unirse a nosotros, los elegidos, la élite. Para servir a la Gran Oscuridad.

—Para convertirse en lo que es Burton, quieres decir.

Don visualizó la sonrisa grotesca del piloto, las pieles en la mansión de Wolverton, y pensó en la hermosa, excitante Michelle desecándose como un cadáver, la boca demasiado grande, sus ojos oscuros titilando con el júbilo maligno de una mente que no era la suya. Para romper el hechizo, se abofeteó con fuerza, torvamente satisfecho al sentir la sacudida de dolor e ira. Soltó un escupitajo de sangre y contempló cómo se estrellaba en el suelo de piedra, luego burbujeaba y se curvaba hacia el zigurat, un reguero de baba de caracol sin caracol.

—¿Sigues sin reconocerlo? —inquirió Rourke—. Lupe Ramírez ayudó a traerte hasta esta misma caverna. Ahora se hace llamar Derek Burton cuando está en la ciudad. Suelen colocar sangre nueva sobre el terreno mientras su perspectiva continúa siendo fresca. O quizás la sangre nueva se ofrece voluntaria.

—Es mejor no entrar en especulaciones —interrumpió Wolverton—. El hombre conocido como Burton o Ramírez pagó su deuda con los grandes tras un período de tormento. Fue absorbido en el Plenum y renació. Se encuentra en una etapa media de desarrollo: es más que un hombre, y de ahí su necesidad de ataviarse con los ropajes de la carne para que el sol no calcine su forma viscosa; sin embargo, tampoco pertenece del todo a la tribu.

»Por otro lado, el destino de tu esposa no es ser nombrada inmortal; por lo menos, no de momento. Mientras tanto, sus virtudes como nativa indígena son valiosas. Conservará su carne igual que yo conservo la mía, la mayor parte de su cerebro, como yo el mío, y casi toda su humanidad esencial. Les encanta investir con sutiles mejoras a humanos selectos; la identidad humana nos permite conservar nuestras dudas y temores, nuestros escrúpulos. Nuestro terror. Está invitada a servir como yo sirvo, como sirve Barry y un largo número de adeptos. Somos vigilantes, enlaces.

—¡Es una antropóloga! —dijo Rourke, y se le escapó una risa tonta—. Hay que reconocer que el universo tiene un gran sentido del humor. La ironía me chifla. Ver la cara que se le quedó cuando Kalamov le mostró la «tribu perdida» que llevaba años buscando... Jane Goodall en el infierno.

—Los pequeños seres —dijo Don esforzándose por refrenar un sollozo—. Os estáis quedando conmigo.

—En lo de la Tierra Hueca había dado en el clavo —explicó Rourke—: Salvo que

no se trata de tierra. Los Niños de la Vieja Sanguijuela habitan en las entrañas de un cúmulo de mundos muertos. Estos mundos están incrustados en un coágulo sanguinolento de la oscuridad. Su Diáspora comenzó muy lejos de aquí, más allá del inconmensurable abismo entre galaxias. Un abismo sin estrellas. Sin embargo, su tecnología es tan avanzada que permite que un número reducido se deslice por el espacio-tiempo y penetre en nuestra querida esferita azul, y en otras similares. Ese zigurat de ahí es un portal, el extremo de un túnel. El conducto de drenaje vital conectado a la vena de la Humanidad. Su activación suele ocasionar fluctuaciones cuánticas en nuestra realidad. Por ejemplo, una sima que conecta con Júpiter; distorsiones temporales...

Wolverton sonrió con amabilidad torva.

—No te inquietes, Miller. Por lo que yo sé, la cosa está hecha. Michelle ha realizado su destino y ha ido a visitar a los amos o ha sido destruida. En cuanto a ti... Sin duda te estarás preguntando por qué te hemos traído aquí. Barry, por favor, ten la bondad de decirle a nuestro amigo qué se oculta tras la puerta número tres.

Rourke asintió. Miró a Don.

—Las instancias superiores te invitan a unas vacaciones con todos los gastos pagados a sus dominios. Los Mutilados podrían haberte destazado en tu casa, podrían haberte dejado atado en un pequeño dolmen muy cuco que hay a pocos kilómetros de tu patio trasero. Sí, los Mock no escogieron esos terrenos por las vistas ni por los verdes pastos. En ese dolmen no hay portal, desafortunadamente. Es más bien una trampa para presas vivas...

—Barry, intentemos no traumatizarlo más de la cuenta, ¿eh? Se está portando como un machote.

—*Mea culpa*. Como iba diciendo, se trata de una invitación muy poco común. Tómatelo con calma. Quién sabe lo que podría suceder si la rechazas.

Don reflexionó unos instantes. Lentamente, dado que su atención estaba dividida, dijo:

—Si vuestros amos son tan poderosos, ¿por qué necesitan piel humana? Es una forma de infiltrarse en el ecosistema que revela más bien atraso tecnológico.

—Para controlar una colonia de hormigas, uno introduce una sonda —explicó Wolverton—. No se trata sencillamente de arrancar la piel a un individuo y ponérsela encima como si fuera un abrigo. El proceso consiste en injertar, receptar aspectos del sistema nervioso central. Dicho proceso facilita las comunicaciones. Sospecho que los mecanismos que entran ahí en juego son más sofisticados que nuestros cohetes lunares, submarinos y superconductores.

—La comunicación es sólo una parte ínfima de algo mucho mayor —intervino Rourke—. El sol y la luna son demasiado brillantes, el mundo es demasiado cálido. No se puede decir que les guste mucho la luz...

—Barry: basta. Esta clase de comentarios les desagradan, lo sabes, ¿no?

Rourke se humedeció los labios, miró a su alrededor. Se recompuso y continuó en

un tono neutro:

—Para ir al grano: quieren que nos caguemos de miedo. ¡Cuando dejan que la máscara se les caiga un poco y que se les vea la cremallera del disfraz la diversión no ha hecho más que empezar! Amigo, repasa los cuentos de hadas clásicos. Rumpelstiltskin lo deja todo bastante claro, si sabes leer entre líneas. Es la biblia de los Oscuros. Qué quieren, cómo son.

—¿Y qué hay de Bronson Ford? Barry, ¿tu chaval es un extraterrestre o el hijo de Satán? El fin de semana pasado tuvimos una buena conversación en tu casa, Connor. El crío y yo nos pusimos en plan cachondeo siniestro y nos lo pasamos de coña. Supongo que estaba intentando darme pistas sobre esta escena. Lástima que mi memoria sea un colador.

—No te estaba dando pistas, te estaba absorbiendo el miedo —le dijo Rourke en un tono decididamente quisquilloso—. Le divertías. Le gusta verte bailar a su son.

—Es un honor inusitado hablar con Él —añadió Wolverton haciendo caso omiso de su correligionario—. Es muy poderoso entre los suyos y muy poco dado a dialogar. Fue él quien dispuso que te trajéramos a este sagrado nexo y se te ofreciese la oportunidad de unirte a nuestra fraternidad. Al otro lado de este portal te espera una panorámica de un esplendor maligno. Una nueva vida. Sé modificado y regresa a nosotros como parte de algo mayor, mucho más grande que el propio ego.

Sin tener consciencia de estar moviéndose, Don se colocó a cuatro o cinco metros del zigurat con Rourke a su lado para ayudarlo y dirigirlo. Wolverton permaneció detrás, rodeado por un círculo de antorchas que se encendieron espontáneamente y revelaron más partes de la caverna: la bóveda del techo se elevaba hasta donde no llegaba la iluminación. Runas antiguas y grabados alienígenas decoraban las toscas paredes que cargaban con siglos de agua goteando y glaciaciones, agujereadas aquí por aberturas vermiculadas. Algunas de las perforaciones eran lo bastante grandes para que pasase un animalillo, otras eran entradas a nuevas cavernas. Don recordó el comentario de Ordbecker: *El interior de esta montaña es una colmena*.

Salvo que la colmena se extendía más allá de Mystery Mountain, desde luego. Esta sospecha fue confirmada cuando en la negrura del agujero del zigurat destelló una pizca de luz, gases fosforescentes y nubes de polvo cósmico, y el aliento se escapó de su boca como escarcha.

La imagen se replegó, las estrellas se desvanecieron y el velo cayó con el suave y húmedo sonido del parto. Una yema negra se derramó en un pequeño torrente al pie del zigurat, donde se estancó y comenzó a heder a desechos, a vísceras podridas por el calor. Mirar por el agujero chorreante era como mirar a través de un telescopio invertido. Algo muy grande obstruía la garganta de aquel túnel entre estrellas: una columna gigantesca, comprimida, del tamaño de un edificio de apartamentos o una torre de control aérea que se bamboleaba y se estremecía como si estuviese viva.

Aquel ser profirió un gemido sibilante que produjo eco y arañó la mente de Don, pronunciando su nombre, engatusador, envuelto en un acertijo extraterrestre de

lombrices, huesos dentro de una boca desdentada que babeaba una lenta cascada de coágulos. La lengua de un gusano colosal y purulento murmuró aduladora y le propuso entrar por su ano y alojarse en su corteza cerebral, inyectarle un amor más grandioso aún que la Vía Láctea. Le prometió que haría alzarse el cuerpo putrefacto de Jesús o de cualquiera de los cientos de santos conocidos y que los obligaría a bailar para él. Cantó.

La vejiga de Don se vació. Clavó una rodilla en el duro suelo helado mientras aquellos susurros corruptos erosionaban su mente e imágenes fantasmales de su esposa desnuda, el llanto de sus hijos, un perro ladrando, lunáticos enmascarados y ríos de sangre pasaban zumbando con la intensidad vertiginosa de un caleidoscopio diabólico. Los efectos sonoros que lo acompañaban tensaron su cordura como si fuera una goma elástica. Pese a la cacofonía, discernió el grito de agonía de Michelle. Un chillido animal y estridente que enmudeció a los pocos segundos.

Rourke se inclinó sobre él y lo ayudó a ponerse en pie.

—Don, amigo mío: es esto o que te hagan rodajas en un ritual sangriento. Me gustaría poder ayudarte más. Es mejor que te pongas en marcha, no toleran los retrasos.

Don apretó los dientes y golpeó a Rourke con la piedra puntiaguda que había agarrado al arrodillarse. El ojo izquierdo se le puso en blanco a causa de la conmoción y el derecho se deformó y se hundió en la cuenca machacado por el filo de la piedra. La sangre se desplegó en forma de cometa hacia el agujero y la silueta que esperaba en el interior, y súbitamente libre de los principios euclidianos sus pies se despegaron del suelo, rotó en horizontal y cayó con perezosa velocidad por la abertura. Rourke fue menguando y menguando y el agujero irisado se cerró, desapareciendo de la superficie desnuda y pétreo del zigurat. El canto cesó en ese instante.

—Mis felicitaciones, Miller. Tienes iniciativa, como acostumbra a decir la boca desdentada. Cada vez me gustas más —Connor Wolverton se rio verdaderamente maravillado. Volvió la cabeza hacia la izquierda y dijo—: Bueno, la cosa ha salido un poco torcida, ¿no? ¿Qué deberíamos hacer con él?

Ramírez (en su atuendo de Burton, por lo visto) salió de entre las sombras; una araña ctenízida emergiendo de su mortífera trampa. El rostro se le había descolgado de un lado, así que Don sólo lo reconoció por el uniforme de piloto. El ser meneó unos dedos larguiruchos para saludarlo.

—Ah, ya se me ocurrirá algo divertido —dijo por una boca que se abría verticalmente, y avanzó a zancadas terroríficamente rápidas.

*No me extraña que se preocupase de llevar puesto el casco y de protegerse bajo las sombras de los árboles esta mañana... Estos Oscuros deben de pasarlas canutas a la luz del sol.* Don se contuvo hasta el último instante y entonces se abalanzó para tratar de machacarle la cabeza con la roca ensangrentada. No funcionó.

Ramírez lo agarró y lo apretó entre sus brazos. Su aliento era venenoso. Le



colgaba la lengua, gorda y blanquecina como un hongo, reluciente de babas. A medida que aquella lengua horrenda se abría paso en la boca de Don y reptaba por su garganta, Ramírez se rio satisfecho. *Sabíamos que rechazarías nuestra oferta. Un Miller detrás de otro, todos sois iguales. Tu ralea nunca aprende, no cambia. Contempla con detenimiento la Oscuridad, Donnie, amigo mío. Nos veremos de nuevo dentro de treinta años.*

Don estaba paralizado mientras la lengua penetraba y penetraba hasta que le cosquilleó en las entrañas. Durante aquellos instantes de agonía y terror deseó la muerte, o al menos perder la consciencia, y ambas cosas le fueron denegadas. Fue consciente de cada momento de aquella violación exquisitamente macabra. La lengua del monstruo se replegó violentamente al eyectar un chorro de bilis y Don vomitó y chilló en medio de aquella vejación. Ramírez se limitó a sonreír con una malignidad inhumana y lo lanzó al pozo del suelo.

Una larga caída.

# CAPÍTULO NUEVE

*El Rito*

*(En la actualidad)*

## 1

**M**ientras Don yacía medio inconsciente en el bosque a oscuras tras huir de lo que fuese que había emergido reptando y cloqueando del dolmen, soñó que se atragantaba con la lengua de Ramírez; soñó que el matón lo lanzaba al pozo que se abría en el suelo de la caverna y que caía sin peso y sin forma no a un abismo subterráneo ni a un lago oculto, sino al espacio exterior. Aceleraba a través de campos de estrellas y salía del radio de visión del potente telescopio Hubble. Su proyección astral se dirigía a toda velocidad hacia una mancha de brea entre dos puntos de luz centelleantes y a medida que se acercaba la mancha se expandía, vasta y terrible, para abarcar a lo ancho y a lo largo numerosos sistemas solares; una pequeña galaxia independiente que bullía y ondulaba. La mancha semoviente contenía muchísimos mundos muertos y descascarillados. Dentro de aquellos planetas huecos, mucho más allá de las capas superficiales, reinaba la oscuridad. Mares de sangre cálida llenaban las cavernas centrales. Los Niños de la Vieja Sanguijuela, cuyo nombre nativo consistía en un gruñido ininteligible para su mente, vivían en aquellos océanos sanguinolentos y se retorcían en playas de hueso diamantinas y en millones de túneles cavados y atiborrados de más huesos cosechados de entre una multitud de víctimas provenientes de planetas azules y verdes en su punto de sazón, igual que la Tierra.

Los Niños rezumaban y se contorsionaban en ruidosos hacinamientos, e incluso dentro del sueño Don dio gracias a Dios por haberlos vislumbrado a duras penas. Porque eran la materia que constituye las pesadillas; abominaciones agusanadas poseedoras de un intelecto vasto y vil que se ataviaban con carne y médulas de humanos y animales para protegerse del sol y poder andar de pie en lugar de conformarse con reptar.

Instantes antes de despertarse, soñó que caía de nuevo a la Tierra. Flotó a la deriva, fantasmal y desapercibido, a través de la escena viviente de un cuento que un día sería escrito en los libros infantiles y se haría legendario.

El Enano llegó a la corte en plena noche y con luna negra. Achaparrado y contrahecho, de ojos protuberantes, nariz aguileña, vestido con la piel sarnosa de un lobo del Bosque Negro, brincaba y triscaba. Tenía las piernas deformes y arrastraba un pie zambo. Reía socarronamente tras una barba grasienta y se mofaba de los

soldados que lo escoltaban, indiferente a sus espadas y sus amenazadores semblantes. Del primero al último, todos habrían ahogado de buena gana al Enano en una cisterna, o le habrían partido el cráneo de un golpe de mandoble.

El Enano se había presentado en la capital para cobrar su deuda de sangre: el primogénito de la mismísima reina, como pago por perpetrar el engaño que hizo posible que la hija del molinero fuese capaz de hilar la paja y convertirla en oro. Evidentemente, la dama había intentado deshacer el trato tras ser nombrada reina y quedarse embarazada. Con diabólica perversidad, el pequeño engendro accedió a rescindir el contrato si lograba adivinar su nombre antes de que se cumpliesen tres meses. De modo que la reina despachó espías, correos y asesinos a los cuatro confines del reino para que averiguasen el nombre de aquel pequeño jayán a toda costa, sin importar si se requería adular, engañar, untar o torturar. A medida que la negrura de la luna se acercaba, todos los agentes fueron informando de su fracaso, excepto uno: su mejor hombre, un astuto mozo de cuadra y antiguo amante suyo que había integrado en el séquito real con su propio ascenso. Él pagó su largueza con buenas noticias: había espiado a aquel cabroncete mientras bailoteaba alrededor de una fogata en las montañas, fanfarroneando ante una panda de brujas y demonios de que la estúpida reina no lograría adivinar ni en un millón de años el nombre de Rumpelstiltskin. Etcétera, etcétera.

Los guardias reales condujeron a R a la antesala privada de la reina. La estancia se encontraba en penumbra y la reina esperaba a solas, vestida de invierno. Estaba pálida de miedo, los labios apretados en una línea torva. Marearon la perdiz tal y como los cuentos de hadas han relatado luego durante siglos, si bien en todos se omite la crudeza del lenguaje del Enano al burlarse de la pretensión al trono de la hija del molinero, así como las alusiones bizarras a los pactos diabólicos y a los Oscuros que habitaban entre las estrellas.

Cuando la reina reunió el valor para pronunciar el nombre de la criatura se desarrolló una asombrosa y terrorífica secuencia de hechos, la mayor parte de los cuales se quedaron fuera de la mesa de edición de la literatura infantil.

Primero las tenues lámparas parpadearon y estuvieron a punto de apagarse.

Una multitud de niños irrumpió en la habitación atravesando la entrada principal, reptando por detrás de los tapices o emergiendo por las rejillas del suelo. Una mirada más atenta revelaba que no se trataba de niños, resplandecían con una palidez húmeda y enfermiza de criaturas de madriguera y se movían de un modo siniestro y dislocado. Larvas o gusanos con extremidades vestigiales y rostros rudimentarios. Un par de estas abominaciones se abalanzaron sobre los guardias. Terminaron con ellos enseguida; los alaridos fueron reprimidos, los hombres arrastrados y arrojados por los respiraderos.

En la penumbra, Rumpelstiltskin duplicó su tamaño, luego lo duplicó por segunda vez. Conservaba sus proporciones enanas, pero se alzaba como un goliath, con la estatura de tres hombres grandes. Le divirtió que el espía de la reina hubiese

presenciado su ritual en las montañas. Rumpelstiltskin<sup>[10]</sup> no era su verdadero nombre, era el nombre de un estúpido enano que había violado y despellejado hacía muchos años. Aun así, un trato es un trato. Agarró a la reina mientras intentaba huir y se la llevó a la boca. Le arrancó la cabeza.

*Cuando el Enano se dio la vuelta le chorreaba sangre por la cara y en su expresión se mezclaban éxtasis y saña. La barba había confundido a Don hasta aquel momento. A través del espacio y del tiempo y de la realidad mutable, reconoció, como siempre reconocía, la sonrisa de Bronson Ford, su rencor insondable.*

## 2

**S**e despertó a causa de un débil rayo de sol que se colaba entre las ramas y por el sabor amargo a barrujo y bilis. Thule levantó el hocico para husmear el aire y gruñó. Don dedicó varios minutos a forcejear con sus músculos agarrotados y entumecidos y a reunir la energía necesaria para ponerse en pie. Sin gafas el mundo era borroso y extraño. Se recriminó no llevar encima las de recambio (estaban bien guardaditas en un cajón de casa). Si Michelle no le había dicho mil veces que se las guardase en el bolsillo no se lo había dicho ninguna. Se apoyó contra el tronco de un árbol y se recompuso mientras examinaba con detenimiento la brújula durante unos minutos. Al parecer, el aparato funcionaba de nuevo.

Se concentró cuanto pudo y emprendió el camino. Mientras andaba, agarrándose a ramas y arbustos para no perder el equilibrio, las nubes rosas y violetas que empañaban su mente se disiparon gradualmente y tuvo una experiencia análoga a lo que se conoce como un viaje fuera del cuerpo, tan comúnmente documentada en todo el mundo; se sacudió y salió del estupor que lo había mantenido aislado durante años, décadas, el coma andante que había dividido su personalidad y lo había ido mermando. Pensó en aquel gran científico, Cooye, muerto en accidente de coche, la serie de placas que supuestamente detallaban el acontecimiento, en cómo Ron Houghton le había prometido que le iba a pedir a un colega que certificase su autenticidad. ¿Dónde estaban aquellas putas placas? ¿Qué les había sucedido a Flik y Flak, los agente del gobierno?

Tras los horrores en las cuevas desconocidas de Mystery Mountain se le fue la cabeza por completo, se había enclaustrado en un caparazón y había sumergido

aquellas atrocidades en el ceno primordial de su subconsciente. Trivialidades tales como especular sobre Flik y Flak, las advertencias crípticas y las fotografías ya no le preocupaban. Se volvió mesurado, sedado, comprometido únicamente con su investigación y con una devoción creciente por su esposa e hijos.

Lo de Mystery Mountain se quedó en una historia vista de pasada en un programa de televisión nocturno.

Sí, la explicación de la compañía fue que Wolverton se esfumó en un incidente desligado de la empresa durante una excursión, mientras que al doctor Noonan y a muchos otros se les dio por perdidos tras caer en una sima en las montañas. Don apareció desorientado y amnésico por segunda vez en su vida, deambulando por el valle del río cerca del campamento. La teoría apuntó a que el metano o algún otro gas nocivo le había dañado el cerebro. AstraCorp tenía dinero de sobra para financiar cualquier cobertura legal o médica ulterior. Él aceptó lo que los conciliadores representantes de la compañía le dijeron del tiempo que había pasado perdido; aceptó también lo que Michelle le contó. Se anquilosó, se atrofió y se convirtió en un viejo desdentado y dócil aquejado de terrores nocturnos, que sufrió desvaríos y alucinaciones el resto de su vida.

Barry Rourke le había dicho en su momento que la degeneración de la memoria era un efecto secundario de la exposición a la Oscuridad. Mientras se perdía por el bosque, hecho polvo y traumatizado, Don llegó a la conclusión de que aquella amnesia leve era también en un cincuenta por ciento un mecanismo de supervivencia. Su consciencia había evaluado la amenaza que suponían aquellas afrentas a la cordura y había decidido apagar las luces y colgar el cartel de NO FUNCIONA.

No había sido sólo el incidente en Mystery Mountain. Hubo otros incidentes en México, en la mansión Wolverton y Dios sabe dónde más. Bien podía ser que le aguardase un depósito entero de recuerdos suprimidos, borboteantes y desbordándose de la superficie de su plácida consciencia. Para empezar, estaba el asunto del accidente de Michelle en Siberia; el vuelco que hizo que la hospitalizasen en situación crítica y que le dio el susto de su vida. Don recibió la mala noticia al poco de ser rescatado de los bosques de las Olímpicas. Le llegó cuando estaba envuelto en una manta aislante y sentado en la puerta trasera de un vehículo del servicio de emergencias del parque; las manos le temblaban tanto que no era capaz de llevarse el vaso de gomaespuma lleno de cacao caliente a los labios.

El guarda que se lo comunicó era un caballero más viejo que él, lacónico, con bastante poco tacto. El hombre gruñó, se alisó el ala del sombrero y dijo algo así como: *Señor Miller, su mujer ha tenido un accidente de coche. Los médicos dicen que pinta mal. Este es el número del consulado.* Don ya estaba tan traumatizado por sus aventuras en las colinas que no acabó de digerir el mensaje hasta que se despertó por la noche con un ataque de pánico y llorando por Michelle.

Entonces le tocó a él correr a su encuentro. Fue curioso, sin embargo, que incluso apesadumbrado profundamente por su estado y atontado por aquella avalancha de

infortunios, al contemplar a su esposa inerte en medio de una resplandeciente cama blanca, su silueta envuelta en una pupa, enredada en un amasijo de cables y poleas le despertó una insensibilidad momentánea, un instante de cautelosa evaluación similar a la del animal que se acerca a abreviar en un charco en plena sabana. Porque, pese a las heridas de Michelle, su frágil estado y los contrapesos y demás, todo parecía artificial; los elementos estaban cuidadosamente dispuestos en escena para producir una particular atmósfera y para evocar una empatía incondicional..., para eclipsar su pensamiento racional y sustituirlo por instinto. Aquel instante de claridad fue un chute de perspicacia que al momento se diluyó junto con las nubes que se desplazaban y dejaban poco más que hacer que lamentarse y pasar miedo.

Don se detuvo para recobrar el aliento y palmeó al perrazo.

—Thule, mi fiel amigo, ¿qué crees que está sucediendo en Turquía? ¿Qué le estará sucediendo a nuestra pobre Holly? —imaginaba atrocidades inenarrables que le acaecían a su hija. Holly tenía quince años, la edad exacta que tenía Michelle cuando se hizo aquellas marcas permanentes. Tuvo visiones de suplicantes encapuchados blandiendo cuchillos mientras bailaban alrededor de una hoguera imponente con Holly atada en un altar de obsidiana—. No hubo ningún puñetero choque con ningún camión. Mi querida esposa lleva mintiéndome toda la vida. Le hicieron cortes con cuchillos de piedra, la despellejaron viva.

Más tarde, tras volver a Estados Unidos y curarse lo suficiente como para cojear de aquí para allá con un bastón, se negó a contarle nada de lo sucedido durante el viaje a través de la taiga y las montañas. No escribió informe de ningún tipo, que él supiese. La universidad debió de obtener alguna información valiosa, porque fue agasajada y ascendida, aunque sin aspavientos. Es posible que Flik y Flak se refirieran a esto cuando decían que era una «intocable», un miembro selecto del rebaño que mantenía tratos con los Oscuros, protegida de las interferencias de las agencias gubernamentales. O, más probablemente, animados por dichas agencias. La res ofreciendo al carnicero el cuchillo y el delantal, como suele suceder.

Durante los años transcurridos después del supuesto accidente de Michelle, mientras se abría paso casi a ciegas a través de los matojos, repasó aquella escena teatral del hospital, revivió el instante de aviesa clarividencia ante el hecho de que los hilos de marioneta que colgaban de su espalda terminaban en las manos de su mujer comatosa, que cada paso que había dado desde que se conocieran en aquella exposición fatal de 1950 eran los triquitraques de un baile que ella dirigía por medio de ligeros toquecitos de aquellos hilos, que su futuro le deparaba más de lo mismo. Lo que él creía su futuro, lo que él creía su pasado, era un espectáculo de marionetas.

*¿Quién maneja tus hilos, cariño?*

Flik y Flak habían intentado explicárselo. Wolverton y Rourke también lo habían dejado caer, y Don continuaba sintiéndose como si no vislumbrase más que la superficie de un dibujo denso y enrevesado. Si miraba el tiempo suficiente, los contornos borrosos acabarían revelándose en una imagen pesadillesca capaz de

aplastar su mente por completo. Sospechaba que las múltiples sinuosidades, las diversas capas y texturas, eran diminutas vacilaciones de una oscuridad perfecta e ilimitada. Ni la luz ni el calor podrían resistirla; contemplar aquella nulidad y asumir su alcance suponía aniquilar la propia humanidad. Sólo lo inhumano se desarrollaba allí fuera, en la negrura absoluta.

### 3

**L**a realidad se contrajo y se dilató rítmicamente, como un latido. Don flotó, astronauta sin casco, por un paisaje que ya no comprendía.

Un sol ajeno descendió hasta el borde de las colinas y las sombras se encendieron, violáceas y rojizas. Las estrellas aparecían suspendidas en un cinturón de vidrio machacado allí donde el cielo iba pasando del azul pálido al hierro candente. La casa aguardaba, serena e informe, al abrigo de los arcos gemelos. Los vehículos de Kurt y Argyle estaban aparcados en el camino de entrada. El acero y el cristal resplandeciente se curvaban en la invisibilidad y parecían ya reliquias bien conservadas en un museo de la humanidad, siglos después de que la humanidad hubiese dejado de existir. Don estaba hecho un despojo, pero su cerebro lo registraba todo y llevaba a cabo una secuencia de cálculos de un espanto creciente. Las hojas secas cubrían la grava y amortiguaban el crujido de sus pasos de camino a la puerta trasera. El pulso le golpeaba en los oídos. En tiempos pasados aquel lugar nunca le había parecido inofensivo, así que en aquel momento... Atravesó la puerta hacia lo desconocido con Thule pisándole los talones.

La cocina era la galería de una cueva permeada por una luz tenue y violeta.

Los ruidos habituales se acallaban o quedaban suspendidos por completo: el tac-tac del agua goteando en alguna parte, los crujidos y el rechinar del edificio asentándose, el canto de los pájaros en el patio, todo amortiguado o ausente. La atmósfera estaba cargada con la electricidad de una tormenta a punto de estallar, y tuvo la impresión de que las fuerzas de la oscuridad se reunían a su alrededor.

A través de aquel sosiego preternatural, una mosca chocaba entre quejidos contra el vidrio de la ventana que había sobre el fregadero. Las voces de un millón de almas en pena reducidas a un zumbido estridente en la contemplación del horizonte de una ciudad mientras la perdición se aproximaba a ellas con paso desmañado desde las

profundidades del espacio. Sus rostros fantasmales se le representaban vivamente a Don hasta que se sacudió de encima la visión, se acercó a la ventana y, tras reflexionar un instante, aplastó la mosca atrapada, terminando así con un millón de miserias de un solo golpe.

—¿Por qué tú, cariño mío? —le dijo a la mancha del cristal—. ¿Por qué de todos los primates de esta bamboleante bola de tierra nuestra, teníais que ser vosotros, los Mock?

Bebió agua del grifo y el líquido le corrió por la garganta como si fuera ácido; miró a su alrededor, preparado para el siguiente espectáculo, la próxima señal, la llegada de lo que fuese que desde luego estaba descendiendo sobre él. Y vio que la puerta de la bodega estaba abierta unos centímetros. Sonrió torvamente, se acercó, la abrió del todo y escudriñó el umbral, la penumbra corrupta y sus misterios.

—Por el amor de Dios, papá, no hagas eso —dijo Kurt. Estaba junto a la mesa de la cocina con el pelo revuelto, los ojos desorbitados, la ropa desgarrada como si hubiese bajado rodando una montaña. Iba cubierto de sangre y tierra. El brazo izquierdo le colgaba fracturado—. Apártate de esa puta puerta.

Al volverse a mirar a su hijo, Don se tambaleó un poco y sintió que la gravedad del hueco de las escaleras lo impelía a hacer el salto del ángel. Se agarró al marco, recuperó el equilibrio y respiró hondo.

—Estás vivo. ¿Y Argyle?

—Vivo, claro. Argyle... El tío ha desaparecido. Esos cabrones se lo han llevado.

Kurt se dirigió a la despensa. Le faltaba un zapato e iba dejando un reguero de sangre igual que la mosca de la ventana.

Don deseó acercarse, consolarlo con un gesto, pero lo único que era capaz de hacer era aferrarse al marco de la puerta con todas sus fuerzas y rezar por que la probóscide del cosmos no lo absorbiera.

—¿Qué es lo que ha pasado allí?

La risa silenciosa de Kurt sacudió sus hombros y le pegó un trago a una botella de jerez que había quedado allí tras la última cena. Se recompuso con visible esfuerzo y dijo:

—Salieron de dentro de los árboles y se lo llevaron. Argyle no podía correr, papá. La cadera. Ni siquiera lo ha intentado. Se ha quedado allí agitando su bastón y gritando. Lo he dejado. Los muy hijos de puta no me han seguido. Hemos pagado con sangre el precio por invadir su territorio, eso es todo. Si vienen a por nosotros hasta aquí, estamos muertos —tenía los ojos llenos de lágrimas, dio otro buen trago de la botella—. Correr no nos servirá de nada, de todas formas. No creo que estemos seguros ni en la ciudad ni en un búnker. Los monstruos van a donde les da la gana.

*Salieron de dentro de los árboles y se lo llevaron.* A Don no le costaba nada imaginar la escena que había tenido lugar mientras Kurt y Argyle se abrían paso por el bosque, apercibiéndose paulatinamente de las puertas talladas en los troncos de los árboles. Luego, en un momento dado antes de la puesta de sol, las puertas se abrieron



del todo y los ocupantes de los huecos salieron en tromba. En cuanto a lo de que los monstruos vagasen a tontas y a locas, decidió que aquello seguramente no era así. A los Oscuros y sus siervos no les gustaba nada la luz del sol. Sus dioses habitaban la oscuridad más absoluta. Deseaban que Sol se apagase y Terra se enfriara y congelase en la penumbra. No se trataba de entidades omnipotentes, sino simplemente de entidades muy poderosas. Al menos existía un resquicio de esperanza de lograr rehuir aquella amenaza.

—Doy por hecho que no encontraste a Hank —le preguntó Kurt.

—Se metió en el dolmen. Le rogué que no lo hiciese.

—Lo más probable es que lo que sea que se arrastre por allí lo haya atrapado. Pensaba que eran gusanos, aunque fuese imposible. Los gusanos no se mueven tan rápido. No son tan grandes. Ni siquiera en el océano —el semblante de Kurt era de confusión, la mirada concentrada en un punto lejano—. En el bosque hay puertas. Por todas partes.

—Lo sé.

—Tendríamos que hacer algo.

—Por supuesto.

—Llamar a la policía, al FBI. A alguien.

Don vislumbró a Flik y Flak chillando mientras la sangre los cubría y los ahogaba.

—Estoy seguro de que el gobierno está como mínimo parcialmente al tanto de la situación. Esto lleva en marcha algún tiempo. El instinto me dice que estamos solos.

—Pues sí —asintió—. También el mío. ¿Crees que el abuelo o Luther tenían idea de esto?

—¿Qué importa?

—A mí me importa. Me gustaría saber en qué bando estaban.

—Insisto, no importa. Ellos están criando malvas y nosotros estamos aquí, metidos en un atolladero.

—Esto me ha roto los esquemas. Me animaría saber que los nuestros no estaban del lado de los Mock. Putos colaboracionistas. A lo mejor no todos. Quizás los que no tragan con el programa desaparecen y por eso sólo hemos conocido a aquel par de viejas, Babette e Yvonne. El resto... No creo que volvamos a ver a Holly jamás.

—No tiremos la toalla aún.

—Sé realista, papá. Mamá llevó a Holly a una práctica perversa. Un ritual diabólico o lo que fuera.

—Puedo aventurar que quemar sujetadores o celebrar la menopausia no estaba en el programa. Sin embargo, no es bueno esperar lo peor. A lo mejor no ha pasado nada. Ella quiere a tu hermana.

—Si no puedes adoctrinar a tus seres queridos, ¿a quién vas a adoctrinar? Mi hermana *está* perdida por completo. Y si vuelve ya no será mi hermana. Mamá no ha sido mamá desde que era un niño, ¿o no? Lleva siendo una Vaina Humana desde

1980 por lo menos. Fue entonces cuando dio con su gentecilla de la Tierra Hueca, ¿verdad? Los gusanos.

—Los Mutilados —corrigió Don.

—¿Qué?

—Así es como alguien llamó a esas... criaturas de los árboles.

—Vi la expresión de sus caras. ¿Qué es lo que sabes de toda esta mierda? ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Lo había olvidado. Con un poco de suerte volveré a olvidarlo. No es de esos de quienes tenemos que preocuparnos. Hay cosas peores.

—Francamente, la que me acojona es mamá. Es la que maneja el cotarro ahora. Tenemos que estar bien lejos de aquí antes de que vuelva a casa toda contenta de sus vacaciones y descubra lo que hemos estado haciendo.

Don observó la bodega y sonrió con tristeza.

—Me temo que es demasiado tarde para eso.

Kurt dejó la botella a un lado. Tenía la cara mugrienta y perlada de sudor. Debía de dolerle el brazo roto, y aquel dolor se intensificaría en los minutos siguientes cuando el *shock* y la adrenalina se disipasen y asumiese la dura realidad.

—Lo percibo. Lo percibo, sí. Algo terrible se esconde ahí abajo. Quieres bajar, ¿verdad?

—¿Querer? —Don negó con la cabeza—. Ni por asomo. Voy a bajar porque no nos queda otra opción. Ninguna en absoluto.

—Los cojones, vas a bajar. Vamos a meternos de cabeza en mi coche y vamos a salir cagando leches.

Kurt se sacudió de encima el estupor, agarró el teléfono de la pared y marcó torpemente con la mano sana, aguantando el auricular entre el hombro y la barbilla. Llamaba a Winnie, sin duda, y Don, a pesar de las circunstancias, sentía una curiosidad morbosa por saber qué pretendía decirle su hijo exactamente. *Cariño, hay un nido de gusanos del que están saliendo unas criaturas del planeta X y tenemos que irnos de aquí por patas.* Pero no contestaron, y Kurt estampó enfadado el aparato contra las baldosas del suelo. La expresión del joven se encontraba en los límites del espectro humano, era el semblante de quien reacciona ante un vecindario en cuarentena o ante una pila de cadáveres.

Por enésima vez en sus ochenta y pico años, Don caviló que el espectáculo de un hombre fuerte derrumbándose era de las cosas más terribles que podían presenciarse.

—Muchacho, has tenido una buena idea. Sube al coche y ve a por tu encantadora esposa. A por tu bebé.

—No puedo dejarte aquí.

—Tu mujer y tu niño. Concéntrate, hijo mío.

—Dios, pero si ni siquiera sé si Winnie sigue jugando en el equipo terrícola. ¿Y qué piensas hacer?

—Esperaré a tu madre. Tenemos que hablar.

—Papá, esa no es una jugada inteligente. Mamá... Lo mismo entra por esa puerta ahora mismo que tarda días o semanas en volver.

—Ah, tengo la corazonada de que no tardará tanto. Vete a casa, con tu propia familia. Esto es un asunto entre tu madre y yo.

Kurt se lo quedó mirando con ojos de pescado, inexpresivo. A continuación silbó unos compases de *El bueno, el feo y el malo* y sonrió con al menos una chispa de sorna auténtica.

—Muy bien, papá. Me voy.

Se acercó y le dio un abrazo a duras penas.

—Si vuelves a vernos a tu madre o a mí, ten cuidado —le dijo Don.

—¿Qué sugieres que haga?

—Comprueba si tenemos cremalleras. No te digo más.

## 4

**H**ombre y perro estaban solos en la casa vacía en la falda de las colinas. Don había intentado que Thule se fuese con Kurt sin éxito. El animal se negaba a moverse del punto desde donde gruñía y se quejaba, a un metro de la puerta de la bodega.

El sol se hundió en el horizonte y la luz púrpura dio paso enseguida a la oscuridad. Don encendió las luces de la cocina y algunas otras de la planta baja. Aquello no le procuró demasiado bienestar, la iluminación era débil, parpadeaba de un modo inquietante y la negrura se agolpaba contra las ventanas.

—Ay, Argyle —dijo dirigiéndose al vacío—. Ya te echo de menos, viejo tarado.

Podría haberse echado a llorar en aquel momento de no ser por lo embotado que tenía el cuerpo y el espíritu. Saqueó el armarito del cuarto de baño en busca de medicamentos usados y encontró un frasco de Demerol. ¿Para qué lo habría necesitado? Allí de pie, en la entrada del salón, consciente por completo de su atestada artificialidad, la delgadez de las paredes, se metió en la boca media docena de pastillas y se ayudó a tragar con un vaso de jerez. El agotamiento comenzaba a apoderarse de él. Razonaba a rachas, oscuros trozos de cristal caían en medio de una tormenta de plumas de ganso.

Se aventuró en el interior de la bodega y descendió los destartalados escalones

iluminando el camino con una lamparilla sucia y barata. Las desvencijadas estanterías de repisas podridas y tarros de conservas corroídos continuaban tal y como los recordaba, igual que el suelo sucio y las telarañas. Le alarmó, aunque no se puede decir que le sorprendiese, encontrar el estrecho túnel perforado en la pared sur donde en su día hubo una pila de retales y ropa vieja. La abertura le obligó a agacharse, olía a húmedo y rancio.

Tuvo lugar una interrupción del tiempo, el movimiento y el sonido; un cigarrillo encendido en una película seguido de un corte. Entonces la electricidad volvió, se tropezó y se vio en el umbral del salón. Los tímpanos le chasquearon a causa de un doloroso cambio de presión. Aunque el cuarto parecía estable, algo en su estómago dio un vuelco como si se encontrase en caída libre.

—El tiempo es circular —dijo Bronson Ford.

El Enano estaba sentado en su mecedora favorita, de cara a la chimenea, de modo que el rostro seguía oculto. La mano derecha le colgaba sobre el reposabrazos. Tenía unos dedos grises tan largos y afilados que arañaban las baldosas. El timbre de su voz era rico y modulado. No quedaba rastro del inglés tosco, de la insinuación de deficiencia mental. Se trataba de una voz común con la clase de animosidad y malignidad que sólo un genio desquiciado podía emitir. Era suave como el viento soplando entre las cañas, y a Don le recordó al habla de los hombres del vivero forestal, mexicanos, hondureños, lo que fuesen; hombres morenos con sombreros de ala ancha y machetes de mango negro; le recordó al gemido peculiar de sus flautas, el canto de una tonada arcana que se elevaba y flotaba entre las frondosas galerías.

—Nosotros viajamos en el círculo, hacia delante y hacia atrás, moldeándolo como si fuese plástico. Tu Michelle también es capaz de hacerlo, en menor grado. Ha dado los primeros pasos indecisos hacia las regiones sin luz como parte de su iniciación. Es muy difícil conservar una apariencia de humanidad una vez se ha atisbado la Gran Oscuridad.

*Oh, Dios, eso lo ha sacado de mi mente.*

—Francamente, llevo años sin pensar en ti.

Don agarró un florero de latón de la estantería y se acercó, decidido a partirle el cráneo a su némesis. Tras dar tres pasos en la habitación, las luces vacilaron y se apagaron y una brisa helada le alborotó el pelo. Bronson Ford dejó escapar una risita desde algún punto distante y el sonido hizo eco como si estuviesen en las profundidades de una caverna.

—La clarividencia que experimentas ahora no durará mucho. Tus daños cerebrales son permanentes. Esa lucidez es un rayo de luz entre las nubes. A punto de extinguirse. Disfruta del interludio.

Don se quedó paralizado, medio agachado, ciego, el corazón palpitándole con fuerza, las oleadas de vértigo amenazaban con tumbarlo. Se sentía abrumado por la sensación de hallarse en un espacio vasto, subterráneo.

—¿Quién eres?

El modo en que sus palabras se abrieron camino en el vacío sin encontrar obstáculos antes de rebotar contra una pared intensificó su aturdimiento. Los minúsculos centelleos de las estrellas se reflejaron en un techo que debía de estar a miles de metros por encima de sus cabezas.

—No era capaz de comprender la fascinación de Michelle por ti. Entonces te miro a los ojos y advierto que de hecho tu doble hélice gira exactamente del mismo modo en que lo hacía uno de tus antepasados. Fue un espía. Es algo hereditario. Tu padre y tu abuelo fueron espías —la voz de Bronson Ford flotó a la deriva, retumbando desde lejos para al momento canturrear en el oído de Don—: Si te vuelves a cruzar con el joven Kurt puedes decirle que ni uno ni el otro fueron particularmente valientes, sabios ni nobles. Luther sabía un par de cosas y adivinó otras pocas. Nunca lo consideramos una amenaza para nuestros planes. En cuanto a tu padre... Un soldado raso que murió por Dios y la Patria con la misma elegancia y consciencia de sí mismo con la que una hormiga legionaria se sacrifica por la colonia.

—Repito: ¿quién eres?

—Alguien interesado en tu especie. El hombre del saco de vuestros cuentos y leyendas. Somos muchísimo más viejos de lo que puedas imaginar y llevamos acechándote desde que eras una partícula de cieno protoplasmático flotando en la marea alta. Los míos son epicúreos. Vivimos entregados a los placeres sensuales, ya sea como glotones o como sibaritas. Nos alimentamos de sangre y miedo, nos deleitamos desollando todo aquello que oculta la verdad. No merece la pena repetir lo que ya sabes. Wolverton y Rourke te lo contaron todo. Tu identificación de estos hechos constituye una floración química que ilumina tu corteza cerebral con fuegos artificiales. Este nacimiento del horror en las mentes primitivas es lo que me proporciona a mí el más formidable estremecimiento. He vivido miles de vuestros ciclos vitales, pero el sabor de vuestra repulsión y horror jamás me cansa.

—Cierto. Somos hormigas y tú eres el chico de la lupa. ¿Eso es todo? Tenía la esperanza de que el universo se rigiese según un gran plan, o que al menos fuese monumentalmente indiferente. Esta chorrada del Olimpo es más que decepcionante.

Don continuaba aferrando el jarrón, esperando su oportunidad. Temía dar otro paso y precipitarse al abismo desde un pináculo de piedra.

—A pesar de nuestra superioridad respecto a ti, no dejamos de ser una pieza más de la cadena. No somos dioses, aunque desde vuestra perspectiva la diferencia es insignificante. Con independencia de las discrepancias entre unas formas de vida y otras, es muy útil teneros a mano. De vuestros bebés extraemos el alimento: mi festín de sangre y terror. Vuestra población adulta nos proporciona sujetos para la investigación y para el deporte. Un grupo selecto de tus congéneres nos abastece de material crudo para surtir de nuevo nuestro linaje eterno. A estos los decorticamos y reorganizamos a través de la agonía y la degradación hasta lograr que nos plazcan estéticamente según nuestras tradiciones. A estos pocos afortunados, ejemplares excelsos de la Humanidad, los hacemos inmortales. En el pasado se te hizo esta

oferta. Tú la rechazaste con gran descortesía. Una casta tozuda, la de los Miller, la de los molineros.

Don lanzó el jarrón hacia el punto de donde salía el monólogo de Bronson Ford. Esperaba oír un grito de contrariedad, un golpe seco, cualquier cosa. Ninguna respuesta. Aguardó varios segundos y dijo:

—¿Dónde están mi mujer y mi hija, malnacido? ¿Y Argyle y Hank?

—Tus compañeros se pudren ahora en un hormiguero metafórico. Sufrirán un verdadero infierno cristiano durante los siglos venideros. No hay nada que hacer con esos estúpidos. Tu mujer... Ese es un asunto más delicado.

—Si no eres un dios, entonces tienes que ser el Papa negro. Algo quieres, cuando estás haciendo visitas de puerta en puerta.

La carcajada de Bronson Ford en respuesta fue estruendosa. Una sección de la oscuridad se onduló con un pálido fuego y multitud de estrellas rotaron como si se las mirase a través de un cristal cilindrado. Unas constelaciones extrañas resplandecieron tenuemente y se contorsionaron a medida que una mancha negra se extendía sobre ellas; el sol ardía bajo y rojo, el sistema solar y sus planetas en descomposición, la Tierra...

Una bruma carmesí y deletérea encapotaba la Tierra. Los océanos eran una sopa estancada. Las selvas frondosas de color granate y ocre cubrían un hemisferio; el otro lo ocupaban los desiertos volcánicos estériles. La mayoría de ciudades fueron enterradas bajo las arenas en los corrimientos de tierra, bajo la vegetación pútrida o cayeron en pozos abiertos en el suelo. Las estructuras que permanecieron intactas las sepultó el follaje, las sellaron en ámbar las glaciaciones, y se retorcieron en torres espigadas que guardaban un parecido escaso con su forma original.

Los primates se congregaban en aquellas regiones marginalmente habitables, pero cuando la lupa de Bronson Ford cayó en picado sobre ellos se hizo evidente que aquellos desventurados despojos habían perdido tanta verticalidad como sus rascacielos. Las masas peregrinaban en desorden hacia un zigurat del tamaño del Empire State. La colosal pirámide estaba hecha de carne y huesos provenientes de innumerables cadáveres vivientes. Un túnel negro y chorreante que llevaba a Cualquier Otra Parte se abrió en el corazón del zigurat. En grupúsculos primero y luego en manadas, las figuras alargadas que iban llegando eran absorbidas por aquel iris con obturador. Chillaban como chillan las moscas.

—¿Comprendes lo que le espera a tu civilización en sus últimos días? Ese agujero viscoso del altar no conduce a mi casa. Qué va, hombrecillo; es la boca de nuestro padre, la Vieja Sanguijuela. Este ente venerable se alza de época en época y reclama su forraje. La suave y vocinglera humanidad constituye uno de los más dulces manjares. Lo que presencias aquí no es más que el principio del fin. La Gran Oscuridad llegará y envolverá en un capullo tu mundo como envuelve en un capullo el nuestro. Terra será vaciada y refinada del mismo modo que nosotros vaciamos y refinamos la carne sapiente, y el planeta será añadido a la Diáspora, arrancado de la

órbita de Sol, arrebatado. Esto es lo que sucede siempre.

Bronson Ford reveló su silueta iluminada por un resplandor sanguinoso, un gigante monstruoso e hinchado, encorvado en lo alto de una caprichosa pila de huesos que flotaban en la superficie de un vacío. Sus ojos y su boca eran portales que replicaban el iris del zigurat, el vacío mismo. Era el Saturno de Goya, Polifemo y Satán sin cuernos. Su piel parecía hecha de múltiples pellejos cosidos entre ellos como una colcha de retales. En su rostro se abrió una sonrisa de benigna malevolencia.

Don tenía la garganta seca. Se esforzó en hacer que su voz sonase valerosa:

—Por suerte, yo ya llevaré mucho tiempo muerto para entonces. Toda la gente que conozco habrá desaparecido.

—Una observación razonable. ¡Ay, infeliz de ti!, no por razonable es necesariamente correcta. La Diáspora no alcanzará un espacio local en eones. Sin embargo, yo tengo la capacidad de preservaros a ti y a tus seres queridos con el fin de que seáis testigos de primera mano de este horrendo crepúsculo. Dime, molinerito, ¿no preferirías ser un beneficiario de la inevitable conquista, en lugar de una víctima? ¿Y tu compañera? Me muero de curiosidad por descubrir cuánto la amas. Las hembras del linaje de los Mock nos han servido de manera adecuada. Aun así, intuyo que su afecto por ti podría suponer un obstáculo para la absorción definitiva en nuestras jerarquías. La pobre mujer te tiene un cariño tan desproporcionado, mi antiguo antagonista. Francamente, me temo que terminaremos devorándola viva. En mi tierra natal no vemos con buenos ojos las lealtades divididas.

Don intuía lo que se avecinaba. Las criaturas como Bronson Ford podían aniquilar vidas con facilidad o tomar por la fuerza lo que les viniera en gana. No obstante, no era eso lo que más les gustaba. Aquellos demonios, como todos los demonios, eran manipuladores. El tiempo y el espacio se extendían ante sus ojos como un yermo interminable. El tedio era el único enemigo mortal de los monstruos. Buscaban la victoria por medio de la corrupción y la condenación de los blandos, de los inocentes, de los débiles. Barajó la posibilidad de saltar hacia delante y caer en su perdición, o precipitar una reacción violenta en su diabólico adversario, cualquier cosa con tal de evitar el destino que le aguardaba tan inequívocamente como la tumba. En lugar de eso, se oyó decir:

—Dime qué quieres a cambio.

—Es una cosita de nada —al decir esto, Bronson Ford se rio de nuevo, regocijándose en un obsceno chiste privado—. El intercambio es indoloro, para ti. Te garantizo que la descendiente de los Mock conservará su estatus como enlace y al final de tu vida natural se te conducirá hasta nuestro redil, donde os reuniréis para siempre. A cambio, tú me prometes el precioso regalito que tradicionalmente acepto como recompensa. Niégate y tu mujercita irá de cabeza al hormiguero con el tío Argyle, el desdichado Hank, Flik y Flak, por nombrar a unos pocos, mientras tú vuelves a usar pañales y pereces, entre babeos y delirios, en un hospicio de mala

muerte. Mi objetivo siempre ha sido el hijo. Dame ese trozo de carne, por decirlo así, y estaremos en paz.

Cuando el sentido de la propuesta penetró en Don, cuando comprendió a qué hijo se refería la criatura, sus fuerzas flaquearon y cayó de rodillas.

—Pero por lo más sagrado, lo que me pides yo no tengo ningún derecho a dártelo.

—Oh, no te ofusques con los detalles. Como tú mismo dices, nosotros cogemos lo que nos viene en gana. Sólo quiero oírte decir que me lo das.

—No puedo —Don juntó las manos en gesto de súplica y lloró. Por un instante tuvo una visión de Michelle desnuda e iluminada por una radiación angelical, suspendida en el espacio. Se trataba de Michelle como había sido en la flor de su juventud. Le sonrió y se esfumó. La siguiente visión fue la de un niño dando alaridos mientras unas garras puntiagudas y aceradas como agujas se clavaban en su carne y hacían brotar la sangre—. No puedo. No puedo.

Se abofeteó la frente y las sienes. Se arrancó los pocos mechones que le quedaban en la cabeza. Suplicó que la demencia y la inconsciencia se apoderaran de él, torturado al saber que sus facultades se deteriorarían solamente una vez hubiese sido obligado a hacer aquella detestable elección.

Bronson Ford se limitó a sonreír y esperó que el viejo escogiese.

## 5

**A**lguien lo encontró en el suelo de la bodega, deshidratado e inconsciente. Sin contar algunas contusiones y abrasiones, Don estaba físicamente sano. Su agudeza mental no se encontraba tan intacta.

Pasó el tiempo. Don guardó cama primero en casa, atendido con diligencia por Michelle, y más tarde, hacia el final, su familia lo trasladó a una habitación privada en un hospital de la ciudad. No era demasiado consciente del mundo exterior, emergía a la superficie de vez en cuando para fijarse en un anuncio de televisión que le resultaba familiar, en la voz de alguien querido, o el golpeteo de la lluvia contra la ventana. Se apercibía vagamente de las frecuentes vigiliadas de sus familiares y en una ocasión casi se despertó del todo al recibir la visita de un par de hombres en traje negro y gafas de sol. Hicieron una serie de preguntas y las mujeres de blanco terminaron por acompañarlos a la salida. De vez en cuando escuchaba retazos de



conversaciones entre su familia y los médicos. Un individuo insulso con un guardapolvo insistía en repetir las expresiones *encefalitis*, *perforaciones vermiculares en el cerebro* y *terminal*. Se derramaron muchas lágrimas.

Una tarde, a última hora, la lucidez penetró en Don como una descarga eléctrica, y con ello fue consciente de que se moría, aunque sus sentidos estaban amortiguados entre gasas y le costaba concentrarse, no digamos ya analizar su fatídico estado.

El sol era una franja rojo sangre que se hundía a toda prisa. La habitación del hospital fue quedándose a oscuras, salvo por el rayo de luz que iluminaba su estrecha cama. Sus familiares inmediatos estaban de pie a los pies del lecho: Kurt y Kaiwin y su bebé; Michelle y Holly al otro lado. La pobre Holly había tenido alguna clase de accidente; una cicatriz brutal asomaba por el escote de su blusa. Una marca rosa y descarnada.

Don se esforzó por concentrarse. Estaba contento de que la cama quedase justo bajo el rayo de sol, porque la oscuridad era muy fría. Nunca le había gustado la oscuridad.

Kurt se le acercó y le besó la mejilla, le siguieron Holly y Kaiwin, que hicieron lo mismo. Cada uno le susurró palabras cariñosas y abrazaron a Michelle al salir. Michelle detuvo a Kaiwin y la convenció de que dejase al pequeño Jonathan con su abuela.

—Pareces tan cansada... —le dijo.

La puerta se cerró y los abuelos y el nieto se miraron en la luz mortecina y roja. El niño se encaramó a la cama. El agradable vacío de la mente de Don comenzó a llenarse de hielo.

—Cariño —dijo Michelle con infinita ternura. Sus labios rojos brillaban. Tenía el pelo negro y lustroso como de joven. Se inclinó, levantó al bebé y lo atrajo hacia las sombras. Musitó—: Te amo. Gracias.





LAIRD SAMUEL BARRON (Palmer, Alaska, EE. UU., 1970). Escritor norteamericano que crio *huskies* y trabajó en las industrias de la construcción y la pesca durante gran parte de su juventud, hasta que se trasladó al noroeste del Pacífico a mediados de los años noventa y se dedicó a la escritura.

Su primera compilación de relatos, *The Imago Sequence*, fue publicada en 2007, seguida de tres compilaciones más y un par de novelas. Nominado a los premios Locus, World Fantasy y Bram Stoker, ha ganado en tres ocasiones el premio Shirley Jackson.

Gran parte de sus obras se inscriben en el género del horror, el género negro y la fantasía oscura. También ha sido redactor jefe de la revista literaria en línea *Melic Review*.

# Notas

[1] En español en el original. (N. del T.). <<

[2] Alusión al verso *The rabbits running in the ditch*, de «Season of the Witch», en el álbum *Sunshine Superman* (1966) del cantautor británico Donovan. (N. del T). <<

[3] Cóctel caliente en el que intervienen un licor (*whisky*, coñac o ron), azúcar y hierbas en infusión. (N. del T.) <<

[4] *Reyes 9, 27-28*: «Y envió Hiram en ellas [las naves] a sus siervos, marineros y diestros en el mar, con los siervos de Salomón, los cuales fueron a Ofir y tomaron de allí oro, cuatrocientos veinte talentos, y lo trajeron al rey Salomón». (N. del T.). <<

[5] La lista de las quinientas empresas más grandes del mundo, publicada anualmente por la revista *Fortune*. (N. del T.). <<



[6] *The Osterman Weekend* (1983), *thriller* dirigido por Sam Peckinpah y basado en la novela que publicó en 1972 Robert Ludlum con el mismo título. (N. del T.). <<

[7] Phineas Taylor Barnum (1810-1891), el fundador del Ringling Bros. and Barnum & Bailey Circus, autodenominado «príncipe de las mentiras» por la gran cantidad de espectáculos falaces y maravillosos que ideó a lo largo de su vida para atraer público a su negocio. (N. del. T.). <<

[8] La primera época de la revista de terror, misterio y fantasía *The House of Secrets* de la editorial DC Comics no se publicó en España (1956-1966), pero a mediados de los años 90 sí hubo una serie que retomó el nombre. Esta vez fue traducida. (N. del T.). <<

[9] El Lord-de-Todo-lo-Demás de la ópera cómica de Sullivan y Gilbert *El mikado* (1885). Representa la figura de un alto cargo, o pez gordo. (N. del. T.). <<

[10] Según la etimología alemana (y teóricamente correcta): Rumpelstilzchen, de *Rumpeln* [tronar, retumbar, armar estruendo] y *Stilz* > *Stultz* [1. Patilargo, 2. Cojitranco]. La etimología de Barron: *Rumpel* > *Rumple* [arrugado] / *stilts* [zancos] / *skin* [piel, pellejo]. (N. del T.). <<